
UNA GUÍA PARA LA ORACIÓN FERVIENTE
LOS HÉROES DE LA
FE
ARTHUR PINK


UNA GUÍA PARA LA ORACIÓN FERVIENTE
LOS HÉROES DE LA
FE
ARTHUR PINK

Los Héroes De La Fe

POR

Arthur Pink

Contents

CAPÍTULO 1. La excelencia de la fe

(Hebreos 11:1-3)

Antes de abordar el contenido del capítulo 11 de Hebreos, repasemos muy brevemente la epístola misma. Los capítulos 1 y 2 son más o menos introductorios en su carácter. En ellos se nos presenta la maravillosa Persona del Dios-Hombre Mediador, como superior a los profetas del Antiguo Testamento y como superior a los ángeles. La primera división principal de la Epístola comienza en 3:1 y se extiende hasta el final de 4:15, y trata de la misión de Cristo: se ve que ésta supera la de Moisés o Josué, pues ninguno de ellos condujo al pueblo al verdadero descanso de Dios; la sección va seguida de una aplicación práctica en 4:16. La segunda división principal comienza con 5:1 y se extiende hasta 10:18, y trata del sacerdocio de Cristo: se muestra que éste trasciende al aarónico en dignidad, eficacia y permanencia; la sección va seguida de una aplicación práctica, contenida en 10:19 a 12:29. El capítulo final es la conclusión de la epístola.

"La naturaleza general de esta Epístola, en cuanto al tipo de escritura, es exhortatoria, lo que se desprende de su fin y diseño. La exhortación que se propone es a la constancia y perseverancia en la fe del Señor Jesucristo, y en la profesión del Evangelio, contra las tentaciones y persecuciones. Los hebreos tuvieron que enfrentarse a ambas cosas en su profesión, una de ellas por parte del propio estado eclesiástico judaico, y la otra por parte de los miembros del mismo. Sus tentaciones de retroceder y abandonar su profesión surgieron de la consideración del estado eclesiástico judaico y de las ordenanzas mosaicas de culto, a las que fueron llamados por el Evangelio a renunciar. La institución divina de ese estado, con su culto, la solemnidad del pacto en el que se estableció, la gloria de su sacerdocio, los sacrificios y otras ordenanzas divinas (Romanos 9:4), con su eficacia para ser aceptados por Dios, se les proponía continuamente y se les presionaba para atraerlos y apartarlos del Evangelio. Y la

prueba fue muy grande, después de que se puso de manifiesto la inconsistencia de los dos estados. Porque al declarar la naturaleza, el uso, el fin y la significación de todas las instituciones divinas bajo el Antiguo Testamento, y al concederles toda la gloria y la eficacia que podían pretender, el escritor de esta Epístola declara a partir de la propia Escritura que el estado de la iglesia evangélica, en su sumo sacerdote, sacrificio, pacto, culto, privilegios y eficacia, es incomparablemente preferible al del Antiguo Testamento; Sí, que toda la excelencia y la gloria de ese estado, y todo lo que le pertenecía, consistía sólo en la representación que se hacía de la mayor gloria de Cristo y del Evangelio, sin la cual no servían de nada, y por lo tanto eran ruinosos o perniciosos para ser perseguidos.

"Después de haber fijado sus mentes en la verdad, y de haberlos armado contra las tentaciones a las que estaban continuamente expuestos, el Apóstol procede al segundo medio, por el cual su firmeza y constancia en la profesión del Evangelio, a la que los exhortaba, ya era atacada, y aún era probable que fuera atacada con mayor fuerza y furia. Esto surgió de la oposición que les sobrevino, y de las persecuciones de todo tipo que habían soportado, y que aún podían sufrir, por su fe en Cristo Jesús con la profesión de la misma, y la observancia del santo culto ordenado en el Evangelio. Esto lo sufrían por parte de los miembros obstinados de la iglesia judía, al igual que la otra (tentación) por parte del estado de esa misma iglesia. El Apóstol les explica esto al final del capítulo anterior, y además les declara el único camino y medio por el que pueden ser preservados y mantenerse constantes en su profesión a pesar de todos los males que puedan ocurrirles, y esto es sólo por la fe. De sus tentaciones fueron liberados por la doctrina de la verdad, y de la oposición que se les hizo, por la fe en ejercicio" (John Owen).

El carácter particular de la sección iniciada en 10:19 no es difícil de determinar: se dirige a nuestra responsabilidad. Esto es evidente de inmediato en el "déjanos" de 10:22, 23, 24. En 10:32-36 hay una llamada a la espera paciente del cumplimiento de las promesas de Dios. Sólo la fe real en la veracidad del Prometidor puede sostener el corazón e impulsar a la resistencia firme durante una prolongada temporada de pruebas y sufrimientos. De ahí que en 10:38 el Apóstol cite esa sorprendente palabra de Habacuc: "El justo vivirá por su fe"

(2:4). Esa frase constituye realmente el texto del que Hebreos 11 es el sermón. El propósito central de este capítulo es evidenciar la paciencia de aquellos que, en épocas anteriores, soportaron por fe antes de recibir el cumplimiento de las promesas de Dios: nótese particularmente los versículos 13, 39.

"Quien haya hecho de este (v. 1) el comienzo del capítulo undécimo, ha desarticulado imprudentemente el contexto; porque el objeto del Apóstol era probar lo que ya había dicho: que hay necesidad de paciencia. Había citado el testimonio de Habacuc, que dice que el justo vive por la fe; ahora muestra lo que quedaba por demostrar: que la fe no puede separarse de la paciencia más que de ella misma. El orden, pues, de lo que dice es el siguiente: No alcanzaremos la meta de la salvación si no tenemos paciencia, pues el Profeta declara que el justo vive de la fe; pero la fe nos dirige a algo lejano que todavía no disfrutamos; entonces incluye necesariamente la paciencia". Por lo tanto, la proposición menor del argumento es ésta: "La fe es la sustancia de las cosas que se esperan" (J. Calvino).

"El Apóstol ahora, para ilustrar y reforzar su exhortación, presenta una gran variedad de casos, de la historia de épocas anteriores, en los que la fe ha permitido a los individuos realizar deberes muy difíciles, soportar pruebas muy severas y obtener bendiciones muy importantes. Los principios de la exhortación del Apóstol son claramente estos: Los que se vuelven atrás, se vuelven a la perdición. Sólo los que perseveran en la fe obtienen la salvación del alma. Sólo una fe perseverante puede permitir a una persona, a través de una constante perseverancia en el bien hacer, y una paciente y humilde sumisión a la voluntad de Dios, obtener la gloria, el honor y la inmortalidad que el Evangelio promete. Nada más que una fe perseverante puede hacer esto; y una fe perseverante puede hacerlo, como está claro por lo que ha hecho en épocas anteriores" (John Brown).

El orden de pensamiento seguido por el Apóstol en Hebreos 11, tal como lo expuso hábilmente y con gran ayuda un antiguo puritano: "Las partes de todo este capítulo son dos: 1. Una descripción general de la fe: versículos 1 a 4. 2. 2.

Una ilustración o declaración de esa descripción, mediante un amplio ensayo de múltiples ejemplos de hombres antiguos y dignos en el Antiguo Testamento: versículos 4 a 40. La descripción de la fe consiste en tres acciones o efectos de la fe, expuestos en tres versículos distintos. El primer efecto es que la fe hace que las cosas que no son (sino que sólo se esperan), en cierto modo, existan y estén presentes con el creyente: versículo 1. El segundo efecto es que la fe hace que el creyente sea aprobado por Dios: versículo 2. El tercer efecto es que la fe hace que un hombre entienda y crea cosas increíbles para el sentido y la razón" (Wm. Perkins, 1595).

"La fe es la sustancia de lo que se espera, la evidencia de lo que no se ve" (Hebreos 11:1). El "ahora" inicial tiene casi la fuerza de "para", lo que denota una confirmación ulterior de lo que se acaba de declarar. Al final del capítulo 10 el Apóstol acababa de afirmar que la salvación del alma se obtiene por medio de la creencia, por lo que ahora aprovecha la ocasión para mostrar lo que es y hace la fe. Que la fe puede preservar, y de hecho lo hace, el alma, impulsándola a la firmeza bajo toda clase de pruebas y que se traduce en la salvación, no sólo se puede argumentar a partir de los efectos que produce su propia naturaleza, sino que se ilustra y demuestra con un ejemplo tras otro, citado en los versículos que siguen. Es importante tener en cuenta desde el principio que Hebreos 11 es una ampliación y ejemplificación de 10:38, 39: la "fe" que el Apóstol está describiendo e ilustrando es la que lleva anexa la salvación del alma.

"En el versículo 1 está la cosa descrita, y la descripción misma. La cosa descrita es la Fe; la descripción es esta: 'es la sustancia de las cosas que se esperan', etc. La descripción es propia, según las reglas de son; los hábitos (o las gracias) se describen por sus actos formales, y los actos restringidos a sus objetos propios; así la fe se describe aquí por sus actos primarios y formales, que se refieren a sus objetos distintos. Los actos de la fe son dos: es la sustancia, es la evidencia. No te extrañe que los llame actos, pues eso es lo que pretende el Apóstol; por eso Beza dice que, al traducir este lugar, prefirió parafrasear el texto antes que oscurecer su alcance, y lo interpreta así: la fe fundamenta o da una subsistencia a nuestras esperanzas, y demuestra las cosas que no se ven. Hay una gran diferencia entre los actos de fe y los efectos de la fe. Los efectos de la fe se cuentan a lo largo de este capítulo; los actos formales de la fe están en este

versículo. Estos actos son adecuados con sus objetos. Como los asuntos de la creencia están por venir, la fe les da una sustancia, un ser, ya que están ocultos a los ojos del sentido y de la razón carnal; la fe también les da una evidencia, y convence a los hombres de su valor; de modo que uno de estos actos pertenece al entendimiento, el otro a la voluntad" (Thomas. Manton, 1670).

El contenido del versículo 1 no proporciona tanto una definición formal de la fe, como una descripción concisa de cómo opera y qué produce. La fe, ya sea natural o espiritual, es la creencia de un testimonio. Aquí, la fe es creer en el testimonio de Dios. El Espíritu Santo explica aquí cómo opera en referencia a los temas de este testimonio, ya sea que se consideren simplemente como futuros, o como invisibles y futuros, y los efectos producidos en y sobre el alma. Primero, nos dice que "la fe es la sustancia de las cosas que se esperan". La palabra griega que se traduce como "sustancia" ha sido traducida de diversas maneras. El margen de la A.V. dice "fundamento de la confianza". La R.V. tiene "seguridad" en el texto, y "dando sustancia a" en el margen. La palabra griega es "hypostasis" y se traduce como "confianza" (debería ser "esta confianza de la que se jacta", como en Bag. Int.) tanto en 2 Corintios 9:4 como en 11:17; "persona" (debería ser "subsistencia" o "ser esencial") en Hebreos 1:3 y "confianza" en 3:14. Personalmente, el escritor cree que tiene una doble fuerza, por lo que tratará de exponerla en consecuencia.

"La fe es la confianza en lo que se espera". En este capítulo (y en general en todo el Nuevo Testamento) la "fe" es mucho más que un simple asentimiento a cualquier cosa revelada y declarada por Dios: es una firme persuasión de lo que se espera, porque asegura a su poseedor no sólo que hay tales cosas, sino que por el poder y la fidelidad de Dios las poseerá. Así se convierte en el fundamento de la expectativa. La Palabra de Dios es el fundamento objetivo sobre el que descansan mis esperanzas, pero la fe proporciona un fundamento subjetivo, pues me convence de la certeza de las mismas. La fe y la confianza son inseparables; sólo en la medida en que cuente con la capacidad y la fidelidad del Promotor, tendré confianza en recibir las cosas prometidas y que espero. "Creemos y estamos seguros" (Juan 6:69).

Por lo que acabamos de decir, el lector quizá perciba mejor la fuerza de la palabra "sustancia", bastante peculiar, que aparece en el texto de la A.V. Viene de dos palabras latinas, sub stans, que significa "estar de pie debajo". La fe proporciona una base firme mientras espero el cumplimiento de las promesas de Dios. La fe proporciona a mi corazón un apoyo seguro durante el intervalo. La fe cree en Dios y confía en su veracidad: al hacerlo, el corazón está anclado y permanece firme, no importa cuán feroz sea la tormenta ni cuán prolongada sea la temporada de espera. "Todos ellos murieron en la fe, no habiendo recibido el (cumplimiento de las) promesas, sino habiéndolas visto de lejos, y persuadidos de ellas, las abrazaron" (Hebreos 11:13). La verdadera fe se traduce en una expectativa confiada y permanente de las cosas futuras.

"La fe es la sustancia de las cosas esperadas": como sugiere la lectura marginal de la R.V., "dando sustancia a". Creyendo en el testimonio seguro de Dios, descansando en sus promesas y esperando su cumplimiento, la fe da al objeto esperado en un período futuro, una realidad y un poder presentes en el alma, como si ya se poseyera; porque el creyente está satisfecho con la seguridad ofrecida, y actúa bajo la plena persuasión de que Dios no faltará a su compromiso. La fe hace que el alma se apropie de ellas. "La fe es una firme persuasión y expectativa de que Dios cumplirá todo lo que nos ha prometido en Cristo; y esta persuasión es tan fuerte que le da al alma una especie de posesión y fruición presente de esas cosas, les da una subsistencia en el alma por las primicias y los presentimientos de ellas; de modo que los creyentes en el ejercicio de la fe están llenos de un gozo indecible y lleno de gloria" (Matthew Henry).

La expectativa confiada que inspira la fe da a los objetos de la esperanza del cristiano un ser presente y real en su corazón. La fe no mira con pensamientos fríos las cosas por venir, sino que les imparte vida y realidad. La fe hace por nosotros espiritualmente lo que la fantasía hace por nosotros naturalmente. Hay una facultad del entendimiento que nos permite imaginarnos las cosas que aún son futuras. Pero la fe hace más: no da una apariencia imaginaria a las cosas, sino una subsistencia real. La fe es una gracia que une el sujeto y el objeto: no hay necesidad de subir al cielo, porque la fe hace cercanas las cosas lejanas (ver Romanos 10:6, 7). La fe, pues, es el vínculo de unión entre el alma y las cosas

que Dios ha prometido. Creyendo "recibimos"; creyendo en Cristo, Él se hace nuestro (Juan 1:12). Por lo tanto, la fe permite al cristiano alabar al Señor por las bendiciones futuras como si ya estuviera en plena posesión de ellas.

Pero, ¿cómo trae la fe al corazón una subsistencia presente de las cosas futuras? En primer lugar, extrayendo de las promesas lo que, por institución divina, está almacenado en ellas: de ahí que se las llame "pechos de consolación" (Isaías 66:11). Segundo, haciendo de las promesas el alimento del alma (Jeremías 15:16), lo cual no puede ser si no están realmente presentes en ella. Tercero, transmitiendo una experiencia de su poder, como para todos los fines que se proponen: es a medida que la verdad divina es apropiada y asimilada que se vuelve poderosamente operativa en el alma. En cuarto lugar, al comunicarnos las primicias de las promesas; la fe da una realidad viva a lo que absorbe, y es tan real y potente la impresión causada, que el corazón es transformado en la misma imagen (2 Corintios 3:18).

Antes de continuar, hagamos una pausa para una palabra de aplicación. Muchos profesan "creer", pero ¿qué influencia tienen sus esperanzas sobre ellos? ¿Cómo les afectan las cosas que su fe dice haber alcanzado? Yo profeso creer que el pecado es algo sumamente atroz; ¿acaso le temo, lo odio, lo evito? Creo que dentro de poco estaré ante el tribunal de Cristo; ¿mi conducta demuestra que estoy viviendo a la luz de ese solemne día? Creo que el mundo es una baratija vacía; ¿desprecio sus oropeles pintados? Creo que Dios suplirá todas mis necesidades; ¿tengo miedo del día siguiente? Creo que la oración es un medio esencial para el crecimiento en la gracia; ¿paso mucho tiempo en el lugar secreto? Creo que Cristo volverá de nuevo; ¿soy diligente en procurar que mi lámpara esté recortada y encendida? La fe es evidente por sus frutos, obras y efectos.

La fe es "la evidencia de las cosas que no se ven". El sustantivo griego que aquí se traduce como "evidencia" ("probando" en la R.V., con "prueba" en el margen) se deriva de un verbo que significa convencer, y eso por demostración. Fue utilizado por el Señor Jesús cuando pronunció aquel desafío, "¿quién de vosotros

me convence de pecado?" (Juan 8:46). El sustantivo aparece sólo en otro lugar, a saber, en 2 Timoteo 3:16, "Toda la Escritura es... útil para la doctrina, para la reprensión", o "convicción", para dar seguridad y certeza de lo que es verdad. Por lo tanto, la palabra "evidencia" en nuestro texto denota lo que proporciona la prueba, de modo que uno se asegura de la realidad y la certeza de las cosas divinas. La "fe", entonces, es primero la mano del alma que "se aferra" al contenido de las promesas de Dios; en segundo lugar, es el ojo del alma que mira hacia ellas y las representa de manera clara y convincente para nosotros.

Para los incrédulos, las cosas invisibles, espirituales y futuras reveladas en la Palabra de Dios parecen dudosas e irreales, porque no tienen ningún medio para percibirlas: "El hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no puede conocerlas, porque se disciernen espiritualmente" (1 Corintios 2:14). Pero el hijo de Dios ve "al que es invisible" (Hebreos 11:27). Tal vez podríamos ilustrarlo así: dos hombres están en la cubierta de un barco mirando hacia el lejano horizonte; el uno no ve nada, el otro describe los detalles de un vapor lejano. El primero sólo tiene la vista, el segundo utiliza un telescopio. Ahora bien, al igual que un potente cristal hace ver a los ojos un objeto que está más allá del alcance de la visión natural, la fe da realidad al corazón de las cosas que están fuera del alcance de nuestro sentido físico. La fe pone las cosas divinas ante el alma con toda la luz y el poder de la demostración, y así proporciona la convicción interna de su existencia. "La fe demuestra al ojo de la mente la realidad de aquellas cosas que no pueden ser discernidas por el ojo del cuerpo" (Matthew Henry).

El hombre natural prefiere una vida de sentido, y no creer más que lo que es capaz de demostración científica. Cuando se le insiste en las cosas eternas, aunque invisibles, está lleno de objeciones contra ellas. Esas son las objeciones de la incredulidad, que se activan con los "dardos de fuego" de Satanás, y nada más que el escudo de la fe puede apagarlas. Pero cuando el Espíritu Santo renueva el corazón, el poder prevaleciente de la incredulidad se rompe; la fe argumenta "Dios lo ha dicho, así que debe ser verdad". La fe convence de tal manera al entendimiento que se ve obligado, por la fuerza de argumentos incontestables, a creer en la certeza de todo lo que Dios ha dicho. La convicción es tan poderosa que el corazón es influenciado por ella, y la voluntad es movida

a conformarse con ella. Esto es lo que hace que el cristiano abandone los "placeres del pecado" que son sólo "por un tiempo" (Hebreos 11:25), porque por la fe ha echado mano de esos satisfactorios "placeres a la diestra de Dios" que son "para siempre" (Salmo 16:11).

Para resumir el contenido del versículo 1. Para la incredulidad, los objetos que Dios pone ante nosotros en su Palabra parecen irreales e improbables, nebulosos y vagos. Pero la fe visualiza lo que no se ve, dando sustancia a las cosas que se esperan y realidad a las cosas invisibles. La fe cierra sus ojos a todo lo que se ve, y abre sus oídos a todo lo que Dios ha dicho. La fe es un poder de convicción que supera los razonamientos carnales, los prejuicios carnales y las excusas carnales. Ilumina el juicio, moldea el corazón, mueve la voluntad y reforma la vida. Nos aparta de las cosas terrenales y de las vanidades mundanas, y nos ocupa de las realidades espirituales y divinas. Envalentona contra los desalientos, se ríe de las dificultades, resiste al Diablo y triunfa sobre las tentaciones. Lo hace porque une el alma a Dios y saca fuerzas de Él. Así pues, la fe es una cosa totalmente sobrenatural.

"Porque por ella los ancianos obtuvieron buena fama" (Hebreos 11:2). Después de haber descrito las principales cualidades de la fe, el Apóstol procede ahora a dar una prueba más de su excelencia, como se desprende del "Porque" inicial. Por la fe somos aprobados por Dios. Por los "ancianos" se entiende a los que vivieron en tiempos pasados, es decir, los santos del Antiguo Testamento, incluidos entre los "padres" o 1:1. No fue por su amabilidad, sinceridad, seriedad o cualquier otra virtud natural, sino por la fe que los antiguos "obtuvieron un buen informe". Esta declaración fue hecha por el Apóstol con el propósito de recordar a los hebreos que sus piadosos progenitores fueron justificados por la fe, y hasta el final del capítulo muestra que la fe fue el principio de toda su santa obediencia, eminentes servicios y pacientes sufrimientos en la causa de Dios. Por lo tanto, los que estaban unidos espiritualmente a ellos debían tener algo más que una descendencia física de ellos.

"Porque por ella los ancianos obtuvieron un buen informe". Obsérvese la

hermosa precisión de la Escritura: no fue por su fe (¡ni podría serlo sin ella!), sino "por" su fe: no fue una causa, y sin embargo fue una condición; no hubo nada meritorio en ella, y sin embargo fue un medio necesario. Observemos también que la fe no es algo nuevo, sino una gracia plantada en los corazones de los elegidos de Dios desde el principio. Entonces, como ahora, la fe era la sustancia de las cosas esperadas, las promesas que se cumplirían en el futuro. La fe de Abel se aferró a Cristo tan verdaderamente como la nuestra. Dios ha tenido un solo camino de salvación desde que el pecado entró en el mundo: "por gracia, mediante la fe, no por obras". Se equivocan gravemente quienes suponen que bajo el antiguo pacto la gente se salvaba por guardar la ley. Los "padres" tenían la misma promesa que tenemos nosotros: no sólo de Canaán, sino del Cielo- véase 11:16.

La palabra griega para "obtuvieron un buen informe" no está en voz activa, sino en pasiva: literalmente, "fueron atestiguados", un testimonio honorable que fue dado a ellos - cf. versículos 4, 5. Dios tuvo cuidado de que se guardara un registro (completo en el cielo, en parte transcrito en las Escrituras) de todos los actos de su fe. Dios ha dado testimonio de que Enoc "anduvo con Él" (Génesis 5:24), que David era "un hombre según su corazón" (1 Samuel 13:14), que Abraham era su "amigo" (2 Crónicas 20:7). Este testimonio de Su aceptación de ellos a causa de su fe fue dado por Dios. No sólo externamente en Su Palabra, sino en sus conciencias. Les dio su Espíritu que les aseguró su aceptación: Salmo 51:12, Hechos 15:8. Que el escritor y el lector aprendan a estimar lo que Dios hace: valoremos a un cristiano no por su intelecto, sus encantos naturales o su posición social, sino por su fe, evidenciada por un andar obediente y una vida piadosa.

No podemos hacer nada mejor para terminar nuestros comentarios sobre el versículo 2 que dar las "observaciones prácticas" de John Owen sobre él: "1. Los casos o ejemplos son las confirmaciones más poderosas de las verdades prácticas. 2. Aquellos que tienen un buen testimonio de Dios nunca querrán reproches del mundo. 3. Es la fe sola, la que, desde el principio del mundo (o desde la entrega de la primera promesa), fue el medio y el camino para obtener la aceptación con Dios. 4. La fe de los verdaderos creyentes, desde el principio del mundo, estaba fijada en las cosas futuras, esperadas, invisibles. 5. Esa fe por

la que los hombres agradan a Dios actúa en una contemplación fija en las cosas futuras e invisibles, de la cual derivó un estímulo y fuerza para soportar y permanecer firme en la profesión, contra toda oposición y persecución. 6. Los hombres pueden ser despreciados, vilipendiados y reprobados en el mundo, pero si tienen fe, si son verdaderos creyentes, son aceptados por Dios, y Él les dará un buen informe."

"Por la fe entendemos que los mundos fueron creados por el Verbo de Dios, de modo que las cosas que se ven no fueron hechas de cosas que se ven" (Hebreos 11:3). Hay una conexión mucho más estrecha entre este versículo y los dos anteriores de lo que la mayoría de los comentaristas han percibido. El Apóstol sigue exponiendo la importancia y la excelencia de la fe: aquí afirma que por medio de ella sus favorecidos poseedores son capaces de aprehender cosas que están muy por encima del alcance de la razón humana. El origen del universo presenta un problema que ni la ciencia ni la filosofía pueden resolver, como se desprende de sus conflictivos y ridículos intentos; pero esa dificultad se desvanece por completo ante la fe.

"Por la fe entendemos". La fe es el vehículo o medio de la percepción espiritual: "si creyerais, veríais la gloria de Dios" (Juan 11:40); "que Dios ha creado para ser recibido con acción de gracias por los que creen y conocen la verdad" (1 Timoteo 4:3). La fe no es una confianza ciega en la Palabra de Dios, sino una persuasión inteligente de su veracidad, sabiduría y belleza. Por eso, los cristianos, lejos de ser los tontos crédulos que el mundo considera, son los más sabios de los habitantes de la tierra. Los "necios" son los que son "lentos de corazón para creer" (Lucas 24:25). A través de la fe en lo que se ha revelado en las Escrituras, sabemos que el universo ha sido creado y modelado por Dios. ¿Qué nos da a entender la fe sobre los mundos, es decir, las regiones superior, media e inferior del universo? 1. Que no fueron eternos, ni se produjeron por sí mismos, sino que fueron hechos por otro. 2. Que el Hacedor del mundo es Dios; Él es el Hacedor de todas las cosas; y quien es así debe ser Dios. 3. Que Él hizo el mundo con gran exactitud; fue una obra enmarcada, en todo debidamente adaptada y dispuesta para responder a su fin, y para expresar las perfecciones del Creador. 4. Que Dios hizo el mundo por su Palabra; es decir, por su sabiduría esencial y su Hijo eterno, y por su voluntad activa, diciendo: Hágase, y se hizo.

5. 5. Que el mundo fue creado así de la nada, de ninguna materia preexistente, contrariamente a la máxima recibida de que de la nada se puede hacer, lo cual, aunque es cierto para el poder creado, no puede tener lugar con Dios, que puede llamar a las cosas que no son como si fueran, y ordenarlas a ser. Estas cosas las entendemos por la fe" (Matthew Henry).

"Que los mundos fueron creados por la palabra de Dios". La palabra "mundos" en el griego significa "edades", pero por una metonimia se usa aquí del universo. "El mundo celestial, con sus habitantes, los ángeles; los mundos estelar y etéreo, con todo lo que hay en ellos, el sol, la luna, las estrellas y las aves del cielo; el mundo terrestre, con todo lo que hay en él, el hombre, las bestias, etc.; y el mundo acuático, el mar, y todo lo que hay en él" (John Gill). Estos mundos fueron hechos al principio del tiempo mundano y han continuado a través de todas las edades. "El Apóstol acomodó su expresión a la opinión recibida de los judíos, y a su forma de expresarse sobre el mundo. 'Olam' denota el mundo en cuanto a su subsistencia, y en cuanto a su duración" (John Owen). No compartimos, pues, el extraño punto de vista de Bullinger sobre este versículo.

Los "mundos", o el universo, fueron "enmarcados", es decir, fueron ajustados y dispuestos en un orden sabio y hermoso, por "la Palabra de Dios". Esta expresión se utiliza en un triple sentido. En primer lugar, está la Palabra esencial y personal, el Hijo eterno de Dios (Juan 1:1). En segundo lugar, está la Palabra escrita y siempre viva, las Sagradas Escrituras (Juan 10:35). En tercer lugar, está la Palabra de Poder o manifestación de la invencible voluntad de Dios. En Hebreos 11:3 se habla de esta última. La palabra griega para "palabra" no es "logos" (como en Juan 1:1), sino "rhema" (como en Hebreos 1:3); "rhema" significa una palabra hablada. La referencia es al fiat imperial de Dios. Su mandato efectivo, como en todo el Génesis 1: "Dijo Dios (la manifestación de su invencible voluntad) sea la luz, y la luz fue". "Porque habló, y fue hecho; mandó, y fue firme" (Salmo 33:9). Una ilustración de la Palabra de Su Poder (ver Hebreos 1:3) se encuentra en Juan 5:28, 29.

"Así que las cosas que se ven, no fueron hechas de las cosas que aparecen". Hay

cierta dificultad (en el griego) para determinar el significado preciso de esta frase. Personalmente, nos inclinamos a considerar que se refiere a Génesis 1:2. El versículo que nos ocupa se refiere más directamente a la formación de los actuales cielos y tierra, aunque eso presupone necesariamente su creación original. Los elementos estaban sumergidos y la oscuridad los envolvía. La fuerza práctica del versículo para nosotros es: nuestra "fe" no se basa en lo que "aparece" exteriormente, sino que se satisface con la palabra desnuda de Dios. Puesto que Dios creó el universo de la nada, ¡qué fácil es que nos conserve y sostenga cuando no hay nada (a nuestra vista) a la vista! Aquel que puede llamar a los mundos a la existencia mediante la palabra de Su Poder, puede ordenar que se provea al más necesitado de Sus criaturas.

CAPÍTULO 2. La fe de Abel

(Hebreos 11:4)

El capítulo 11 de Hebreos tiene tres divisiones. La primera, que comprende los versículos 1 a 3, es introductoria y expone la excelencia de la fe. La segunda, que abarca los versículos 4 a 7, esboza la vida de la fe. La tercera, que comienza en el versículo 8 y se extiende hasta el final del capítulo, completa ese esquema y, además, describe los logros de la fe. La primera división la repasamos en el capítulo primero. Allí vimos la excelencia de la fe demostrada por cuatro hechos. La fe da una realidad y substancialidad a las cosas que la Palabra de Dios nos garantiza esperar (v. 1). La fe proporciona una prueba al corazón de aquellas cosas espirituales que no pueden ser descubiertas por nuestros sentidos naturales (v. 1). La fe aseguraba a los santos del Antiguo Testamento un buen informe (v. 2). La fe permite a su favorecido poseedor entender lo que es incomprensible para la mera razón, impartiendo un conocimiento al que los filósofos y científicos son ajenos (v. 3). De este modo, la tremenda importancia y el inestimable valor de la fe se ponen de manifiesto de inmediato.

La segunda división de nuestro capítulo puede resumirse así. Primero, el comienzo de la vida de fe (v. 4). Segundo, el carácter de la vida de fe, mostrando en qué consiste (v. 5). Tercero, se da una advertencia y un estímulo (v. 6). Cuarto, el fin de la vida de fe, o la meta a la que conduce (v. 7). Lo que el Espíritu Santo nos presenta ahora es mucho más que una lista de personajes del Antiguo Testamento, o una galería de imágenes en miniatura de los santos de tiempos pasados. Para aquellos a quienes Dios concede un corazón receptivo y un ojo ungido, hay aquí una profunda e importante instrucción doctrinal, así como la más bendita enseñanza práctica. El contenido de Hebreos 11 concierne a nuestra paz eterna, y nos corresponde prestarle nuestra más diligente y orante atención. Que el Espíritu de la Verdad actúe como nuestro guía mientras tratamos de pasar de un versículo a otro.

"Por la fe Abel ofreció a Dios un sacrificio más excelente que el de Caín, por el cual obtuvo testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus dones; y por él, estando muerto, aún habla" (Hebreos 11:4). Bien entendido, este versículo describe el comienzo de la vida de fe. Tratemos de sopesar con atención cada una de las expresiones que aparecen en él.

Primero, fue "por la fe" que Abel ofreció a Dios su sacrificio. Es el primer hombre, según el registro sagrado, que lo hizo. No tenía ningún precedente establecido que seguir, ningún ejemplo que emular, ningún estímulo externo que estimular. Por lo tanto, su conducta no fue sugerida por la costumbre popular, ni su acción fue regulada por el "sentido común". Ni la razón carnal ni las inclinaciones personales podrían haber movido a Abel a presentar un cordero sangrante para la aceptación de Dios. ¿Cómo se explica entonces su extraño procedimiento? Nuestro texto responde: fue "por fe" que actuó, y no por fantasía o por sentimientos. Pero, ¿qué significa esta expresión? Ah, las meras palabras "por fe" son mucho más familiares para muchos, de lo que se entiende su verdadero significado. En efecto, las concepciones que las multitudes tienen ahora al respecto son vagas y visionarias. Por lo tanto, no debemos dar nada por sentado, sino más bien proceder lentamente y tratar de asegurarnos de nuestro fundamento.

La Escritura que, tal vez, más que ninguna otra nos desvela el significado del "por la fe" que se encuentra tan frecuentemente en Hebreos 11 es Romanos 10:17. Allí leemos: "La fe viene por la fe". Allí leemos: "La fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios". La fe debe tener un fundamento en el que apoyarse, y ese fundamento debe ser la Palabra de Aquel que no puede mentir. Dios habla, y el corazón recibe y actúa sobre lo que Él dice. Es cierto que hay dos clases de "oír", así como hay dos clases de "fe". Hay un "oír" exterior, y hay un "oír" interior: el uno simplemente informa, el otro influye; el uno simplemente instruye la mente, el otro moldea el corazón y mueve la voluntad. Así pues, el término "Palabra de Dios" tiene un doble significado (véase nuestra observación sobre 11,3), a saber, la palabra escrita y la palabra operativa, cuando Dios habla con fuerza viva al alma. Por lo tanto, hay una doble "fe": la que es un

mero asentimiento intelectual a lo que Dios ha revelado, y la que es un principio vital y sobrenatural de acción, que "obra por amor" (Gálatas 5:6).

No hace falta decir que es el segundo el que se contempla aquí en Hebreos 11:4, y en todo el capítulo. Pero vayamos con cuidado, paso a paso. Fue "por la fe" que Abel ofreció a Dios su sacrificio aceptable, y como declara Romanos 10:17, "la fe viene por el oír y el oír por la Palabra de Dios". Por lo tanto, se deduce que Dios había revelado definitivamente su voluntad, que Abel creyó esa revelación y que actuó en consecuencia. Ahora bien, en los tiempos del Antiguo Testamento, Dios hablaba a los hombres a veces directamente, a veces a través de otros. En este caso, creemos que la referencia es a lo que Dios había dicho a Adán y Eva, y que ellos habían comunicado a Caín y Abel. Volviendo a Génesis 3 descubrimos lo que el Señor dijo a sus padres.

"A la mujer le dijo: Multiplicaré en gran manera tu dolor y tu concepción; con dolor darás a luz hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti. Y a Adán le dijo: Por haber escuchado la voz de tu mujer, y haber comido del árbol del cual te mandé decir: No comerás de él; maldita es la tierra por causa de ti; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. También os producirá espinas y cardos, y comeréis la hierba del campo; con el sudor de vuestro rostro comeréis el pan, hasta que volváis a la tierra, porque de ella fuisteis tomados; porque polvo sois y al polvo volveréis" (Génesis 3:16-19). Pero además: "También a Adán y a su mujer les hizo Jehová Dios túnicas de pieles, y los vistió" (v. 21). Aquí el Señor habló a Adán y a Eva por medio de acciones: cuatro cosas fueron claramente insinuadas. Primero, que para que un pecador pudiera presentarse ante el Dios tres veces santo, necesitaba una cubierta. Segundo, que lo que era de fabricación humana (3:7), no tenía valor. Tercero, que Dios mismo debía proporcionar la cobertura necesaria. Cuarto, que la cubierta necesaria sólo podía obtenerse mediante la muerte, mediante el derramamiento de sangre.

En Génesis 3:15 y 21 tenemos el primer sermón evangélico que se predicó en esta tierra, y eso, por el propio Señor. La vida debe salir de la muerte. Caín y

Abel, y toda la raza humana, pecaron en Adán (Romanos 5:12, 18, 19), y la paga del pecado es la muerte, la muerte penal. O bien yo debo recibir esa paga y sufrir esa muerte, o bien otro -un inocente, sobre quien la muerte no tiene derecho- debe recibir esa paga en mi lugar. Y para que yo reciba el beneficio de la compasión de ese sustituto, debe haber un vínculo de contacto entre él y yo. La fe es lo que me une a Cristo. La fe salvadora, entonces, en su forma más simple, es la colocación de un Sustituto entre mi ser culpable y un Dios que odia el pecado.

Ahora bien, lo que acabamos de repasar fue dado a conocer (probablemente a través de Adán) a Caín y Abel. ¿Cómo sabemos esto? Porque, como hemos visto, Abel llevó sus ofrendas a Dios "por fe", y Romanos 10:17 deja claro que la "fe" presupone una revelación divina. Otra confirmación de esto se encuentra en Génesis 4:7: cuando el semblante de Caín se abatió ante el rechazo de su ofrenda, el Señor le dijo: "Si haces bien, ¿no serás aceptado? y si no haces bien, el pecado está a la puerta". Así, una institución divina de sacrificio, claramente definida y dada a conocer, está aquí claramente implicada. Era como si Dios hubiera dicho a Caín: "¿Prometí aceptar otra ofrenda que la que se ajustara a mi prescripción?"

"Por la fe Abel ofreció a Dios un sacrificio más excelente que Caín". Tres cosas reclaman aquí nuestra atención: el origen de la acción de Abel (la fe), la naturaleza de su ofrenda, y en qué fue más excelente que la de Caín. El primero ya lo hemos considerado, el segundo lo examinaremos ahora. El lenguaje de nuestro versículo actual nos remite a Génesis 4; allí leemos: "Y Abel también trajo de los primogénitos de su rebaño y de su grosor". (v. 4). Su acción aquí ("trajo") contrasta fuertemente con la de sus padres en Génesis 3:8, quienes "se escondieron de la presencia de Jehová Dios". El contraste es muy significativo: la conciencia de culpa hizo que Adán y Eva huyeran; el sentimiento de necesidad movió a Abel a buscar al Señor. La diferencia entre ellos se debe atribuir a las obras respectivas de la conciencia y la fe. Una conciencia intranquila nunca conduce por sí misma a Cristo: "Y los que lo oyeron, condenados por su propia conciencia, se fueron uno por uno... y Jesús quedó solo" (Juan 8:9).

"Y Abel, también trajo de los primogénitos de su rebaño y de su grasa" (Génesis 4:4). La mención separada de la "grasa" nos indica que el cordero había sido sacrificado. Al matar el cordero y ofrecerlo a Dios, Able reconoció al menos cinco cosas. En primer lugar, reconoció que Dios era justo al expulsar al hombre caído del Edén (Génesis 3:24). En segundo lugar, reconoció que era un pecador culpable, y que la muerte era lo que le correspondía. En tercer lugar, reconoció que Dios era santo y debía castigar el pecado. En cuarto lugar, comprendió que Dios era misericordioso y estaba dispuesto a aceptar la muerte de un Sustituto inocente en su lugar. En quinto lugar, sabía que buscaba la aceptación de Dios en Cristo, el Cordero. Por lo tanto, por fe, colocó la sangre de sus primogénitos de su rebaño (tipo de Aquel que es "el Primogénito" o Cabeza "de toda criatura" - Colosenses 1:15) entre sus pecados y la justicia vengadora de Dios.

Aquí, entonces, es donde comienza la vida de fe. Primero debe haber una inclinación ante el justo veredicto del Juez Divino de que soy un pecador, un transgresor de su santa ley, y por lo tanto justamente bajo su "maldición" o sentencia de muerte. No tengo excusas que ofrecer, ni méritos que alegar, ni mitigación de la sentencia que pueda pedir. Mis mejores actuaciones no son más que trapos de inmundicia a los ojos de Él, que sabe que fueron forjadas por amor propio y para promover los intereses propios, en lugar de para Su gloria. No puedo más que declararme culpable, y esconder mi rostro por la propia vergüenza. Pero a medida que el Evangelio de Su gracia se aplica a mi conciencia golpeada por el poder del Espíritu, la esperanza revive. Cuando me da a conocer el hecho asombroso de que el Cordero de Dios murió para que todos los que se inclinan ante el veredicto de Dios, se reconocen como perdidos, y se odian a sí mismos por sus pecados, puedan vivir; entonces la fe extiende una mano temblorosa y echa mano del Redentor, y el criminal es perdonado y aceptado por Dios.

Habiendo reflexionado sobre el carácter del sacrificio de Abel, consideremos ahora en qué fue "más excelente" que el de Caín. En Génesis 4:3 leemos: "Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová". Caín no era infiel, pues reconocía la existencia de Dios; tampoco era irreligioso, pues se presentó ante Él

como adorador; pero se negó a conformarse con la designación divina. Al observar cuidadosamente la naturaleza de su ofrenda, podemos observar cuatro cosas. Primero, era incruenta, y "sin derramamiento de sangre no hay remisión" (Hebreos 9:22). Segundo, era simplemente el fruto de sus esfuerzos, el producto de sus labores. Tercero, ignoró deliberadamente la sentencia de Dios en Génesis 3:17: "Maldita sea la tierra". En cuarto lugar, despreció la gracia dada a conocer en Génesis 3:21.

Así, en Caín contemplamos al primer hipócrita. Se negó a cumplir con la voluntad revelada de Dios, pero encubrió su rebelión presentándose ante Él como un adorador. No quiso obedecer la designación divina, pero trajo una ofrenda al Señor. No creía que su caso era tan desesperado que la muerte le correspondía, y que sólo podía escapar si otro la sufría en su lugar; sin embargo, trató de acercarse al Señor y ser condescendiente con él. Este es el "camino de Caín" del que habla Judas (v. 11). Es el camino de la voluntad propia, de la incredulidad, de la desobediencia y de la hipocresía religiosa. ¡Qué contraste con Abel! Así vemos que desde el principio de la historia de la humanidad hubo un sorprendente presagio de que la iglesia en la tierra es una asamblea mixta, compuesta de trigo y cizaña.

Caín y Abel están ante nosotros como dos hombres representativos. Encabezan las dos, y las únicas dos clases, que se encuentran en el mundo religioso. Tipifican, respectivamente, las dos secciones de la cristiandad. Caín, el mayor, que se menciona primero en Génesis 4 y por lo tanto representa la sección prominente, representa esa vasta compañía que honra a Dios con sus labios, pero cuyos corazones están lejos de Él; que piensan en hacer un cumplido a Dios, pero que se niegan a cumplir con sus requerimientos; que posan como adoradores, pero viven para complacerse a sí mismos. Por otra parte, Abel, odiado por Caín, prefigura ese "pequeño rebaño", cuyos miembros son llevados a sentir su condición de pecadores, se inclinan a la voluntad de Dios, cumplen sus mandamientos, vuelan a Cristo en busca de refugio, y son aceptados por Dios.

También Caín y Abel nos proporcionan un ejemplo sorprendente de la soberanía de la gracia divina. Ambos fueron "formados en la iniquidad y concebidos en el pecado", pues ambos eran hijos caídos de padres caídos, y ambos nacieron fuera del Edén; sin embargo, uno era "de aquel inicuo" (1 Juan 3:12), mientras que el otro era uno de los elegidos de Dios. Maravillosamente y de manera muy bendita podemos contemplar aquí el hecho de que la gracia soberana "no hace acepción de personas", sino que pasa por alto (para las ideas humanas) lo más probable, y se inclina por lo improbable. Siendo el más joven de los dos, Abel era inferior en dignidad; Dios mismo dijo a Caín: "Tú te enseñorearás de él" (Génesis 4:7). Pero las bendiciones espirituales no siguen el orden de los privilegios externos: Sem es preferido antes que Jafet (Génesis 5:32, 10:2, 21); Isaac antes que Ismael, Jacob antes que Esaú.

"Por (una fe divinamente dada y divinamente forjada), Abel ofreció a Dios un sacrificio más excelente que Caín". La superioridad de la adoración de Abel puede, tal vez, exponerse así. Primero, fue ofrecido en obediencia a la voluntad revelada de Dios. Esto se encuentra en la base misma de todas las acciones que son aceptables para Dios: nada puede serle agradable excepto lo que Él ha estipulado: todo lo demás es "adoración de voluntad" (Colosenses 2:23). En segundo lugar, fue ofrecida "por la fe": esto nos dice que había algo más que el mero cumplimiento de un deber exterior; sólo es aprobado por Dios lo que procede del principio vivo de la fe, encendido en el corazón por el Espíritu Santo. La verdadera obediencia y la fe nunca están separadas; por eso leemos de "la obediencia de la fe" (Romanos 1:5). Sin embargo, aunque son inseparables, se distinguen en el pensamiento: la fe respeta la palabra de la promesa; la obediencia, la palabra del mandato, porque las promesas y los preceptos van de la mano. Actuamos en obediencia cuando el mandamiento es lo más importante en nuestras mentes y corazones, lo que nos lleva a cumplir con los deberes; actuamos en fe cuando se espera la promesa y se cuenta con la recompensa.

En tercer lugar, Abel tenía una "mente dispuesta" (2 Corintios 8:12). La fe obra por "amor" (Gálatas 5:6). Esto se ve en el hecho de que trajo de lo mejor que tenía: era "de los primogénitos de su rebaño", que luego Dios tomó como su porción (Éxodo 13:12); cuando fue sacrificado, fue la "grasa" que presentó la que luego Dios también reclamó como suya (Levítico 3:16; 7:25). Así, fue de las

cosas más preciosas y valiosas de la tierra lo que Abel trajo a Dios. Así que es lo mejor que Él requiere de nosotros: "Hijo, dame tu corazón" (Proverbios 23:26): es "con el corazón que el hombre cree para la justicia" (Romanos 10:10). En cuarto lugar, su ofrenda sacrificial anticipaba y advertía el gran sacrificio, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. En estas cuatro cosas Abel superó a Caín. Caín no actuó en obediencia, pues ignoró la designación divina. No ofreció con fe. No se dice nada sobre la elección de un fruto excelente: fue como si trajera el primero que se le presentara. Su ofrenda no contenía ninguna prefiguración de Cristo.

Antes de seguir adelante, tratemos de recoger la enseñanza práctica de lo que hemos visto. 1. Para servir a Dios de manera aceptable, debemos prescindir de todas las invenciones humanas, no apoyarnos en nuestros propios entendimientos o inclinaciones, y adherirnos estrictamente a la revelación que Él hizo de su voluntad. 2. Toda obediencia, servicio y adoración, debe proceder de la fe, pues "sin fe es imposible agradarle" (Hebreos 11:6): donde ésta falte, por muy exacto que sea el cumplimiento de nuestro deber, es inaceptable para Dios. 3. Debemos servir a Dios con lo mejor que tenemos: con lo mejor de nuestras capacidades, y con lo mejor de nuestra sustancia; sólo en la medida en que el amor nos constriña habrá un hacer "de corazón como para el Señor." 4. En todos nuestros ejercicios religiosos, Cristo debe estar delante de nosotros, pues sólo en la medida en que estén perfumados con sus méritos podrán encontrar la aceptación de Dios.

"Por lo cual obtuvo testimonio de que era justo". Hay un poco de incertidumbre en cuanto a si el "por el cual" se refiere a la "fe" de Abel o al "sacrificio más excelente" que ofreció. Aunque este último es el antecedente más cercano, sin embargo, con Owen, Gouge y Manton, creemos que la referencia es a su fe. En primer lugar, porque no es el propósito del Apóstol en este capítulo especificar la clase de sacrificios que eran aceptables para Dios. Segundo, porque su propósito obvio era ilustrar y demostrar la eficacia de la fe. Tercero, porque el Apóstol ejemplifica aquí lo que acababa de decir de los santos del Antiguo Testamento, a saber, que por la fe "obtuvieron una buena reputación" (v. 2). Cuarto, porque esto concuerda mucho más con la Analogía de la Fe: por la única ofrenda perfecta de Cristo el cristiano es constituido "justo" ante Dios; pero es por medio de la fe

que obtiene el testimonio de la misma en su corazón.

"Por lo cual obtuvo testimonio de que era justo". Aquí se nos suministra una ilustración de "Porque a los que me honran, yo los honraré" (1 Samuel 2:30). Al guardar los preceptos de Dios hay "gran recompensa" (Salmo 19:11). Dios no será deudor del hombre: el que obediente, humilde, confiado y amorosamente, respeta sus designaciones y obedece sus mandamientos, será recompensado, no como un reconocimiento de mérito, sino como lo que es divinamente conveniente y gracioso. Dios no dejó a Abel en un estado de incertidumbre, ignorando si su ofrenda fue aprobada o no. El Señor se complació en asegurar a Abel que el sacrificio había sido aceptado, y que era considerado justo ante Él. La palabra griega para "obtuvo testimonio" es la misma que se traduce como "obtuvo un buen informe" en el versículo 2.

"Por lo cual obtuvo testimonio de que era justo". Esto también se registra para nuestra instrucción y consuelo. De estas palabras aprendemos que a Dios le agrada que sus hijos obedientes y creyentes conozcan su opinión sobre ellos. Cuando hay una fe justificadora en Cristo que mueve al cristiano a caminar según los preceptos divinos, Dios honra esa fe concediendo seguridad a su poseedor. Cuando somos capacitados por la fe para abogar por el sacrificio más excelente y presentar una adoración aceptable a Dios, entonces obtenemos el testimonio de Él a través de Su Palabra y por Su Espíritu de que nuestras personas y servicios son aceptados por Él. En el caso de Abel, recibió de Dios una atestación externa; en el caso del cristiano de hoy es la autentificación interna de su conciencia (2 Corintios 1:12), a la que el Espíritu Santo añade también su confirmación (Romanos 8:15).

"Dios da testimonio de sus dones". No se nos dice en Génesis 4 con tantas palabras cómo lo hizo, pero la Analogía de la Fe deja poco espacio para la duda. Comparando otras Escrituras, puede ser que el Señor evidenció Su aceptación de la ofrenda de Abel (y por lo tanto testificó que era "justo") haciendo que el fuego descendiera del Cielo y consumiera el sacrificio, el cual a su vez, ascendió a Él como un olor dulce. En Levítico 9:24 leemos: "Y salió fuego de delante de

Jehová, y consumió sobre el altar el holocausto y la grosura". Así también, se nos dice: "Entonces el fuego de Jehová cayó y consumió el holocausto" (1 Reyes 18:38). Compárese también Jueces 6:21; 13:19, 20; 1 Crónicas 21:26; Salmo 20:3 al margen. Sin embargo, no hay certeza sobre este punto.

"Por lo cual (la fe) obtuvo testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus dones". La segunda cláusula es explicativa de la primera: el paralelo se encuentra en Génesis 4:4, donde leemos: "y el Señor tuvo respeto a Abel y a su ofrenda". En la aprobación de su ofrenda testificó que tuvo respeto a su persona; es decir, que lo juzgó, estimó y consideró justo, pues de otro modo Dios no hace acepción de personas. "A quien Dios acepta o respeta, lo declara justo, es decir, justificado y libremente aceptado con Él. Este Abel fue por fe, antes de su ofrenda. No fue hecho justo, no fue justificado por su sacrificio, sino que en él mostró su fe por sus obras; y Dios, al aceptar sus obras de obediencia, lo justificó, como Abraham fue justificado por las obras, es decir, declarativamente, lo declaró así. Nuestras personas deben ser primero justificadas antes de que nuestras obras de obediencia puedan ser aceptadas por Dios; porque por esa aceptación Él testifica que somos justos" (John Owen).

"Y por ella, estando muerto, habla". Las palabras de Dios son maravillosamente completas. Su mandamiento es "sumamente amplio" (Salmo 119:96). En cada frase de la Sagrada Escritura hay una profundidad y una amplitud que nuestras mentes sin ayuda son incapaces de percibir y apreciar. Sólo cuando el Espíritu Santo, el inspirador y dador de la Palabra, se digna a "guiarnos" (Juan 16:13), sólo cuando nos enseña a comparar pasaje con pasaje, para que entonces, a su luz, "veamos la luz" (Salmo 36:9), seamos capaces de discernir, en mayor medida, la belleza, el significado y la multiplicidad de cualquier verso o cláusula. Tal es el caso de la frase que tenemos ante nosotros. Estamos convencidos de que hay al menos un triple significado y referencia en ella. Brevemente, los consideraremos uno tras otro.

"Y por ella, estando muerto, habla". El primer y más obvio significado de estas palabras es que, por la obediencia de su fe, como se registra en Génesis 4 y

Hebreos 11, Abel nos predica un sermón muy importante. Su adoración y los frutos de la misma están registrados en los registros eternos de la Sagrada Escritura, y por lo tanto habla tan evidentemente como si lo oyéramos audiblemente. Nos llega una voz del pasado lejano, del otro lado del diluvio, que dice: "El hombre caído sólo puede acercarse a Dios por medio de la muerte de un Sustituto inocente; sin embargo, nadie, salvo los elegidos de Dios, sentirá jamás su necesidad, dejará de lado sus propias inclinaciones, se inclinará ante la voluntad revelada de Dios y se someterá a sus designaciones; pero los que así lo hagan, obtendrán el testimonio de que son "justos" (cf. Mateo 13:43), y recibirán la ayuda de Dios. Mateo 13:43), y reciben la seguridad divina de que son aceptados en el Amado y de que su obediencia (imperfecta en sí misma, pero procedente de un corazón que desea y busca agradarle plenamente) es aprobada por Él."

"Y por ella, estando muerto, habla". ¿Y cómo murió? Por la mano asesina de un hipócrita religioso que lo odiaba. Entonces comenzó lo que el Apóstol afirma que aún continúa: "el que había nacido según la carne, perseguía al que había nacido según el Espíritu" (Gálatas 4:29). He aquí la primera manifestación pública y visible de esa enemistad entre la simiente (mística) de la mujer y la simiente (mística) de la Serpiente. La muerte de Abel fue, por lo tanto, también una prenda y representación de la muerte de Cristo mismo, asesinado por el mundo religioso. Aquellos que Dios aprueba deben esperar ser refutados por los hombres, más particularmente por aquellos que profesan ser cristianos. Pero se acerca el momento en que la situación actual se invertirá. En Génesis 4:10 Dios dijo a Caín "la voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra". La propia sangre de Abel "habla", clamando a Dios por venganza.

"Y por ella, estando muerto, aún habla". Aunque fue asesinado despiadadamente por su hermano, el alma de Abel existe en un estado separado, vivo, consciente y vocal. Se encuentra entre esa compañía de la que el Apóstol dijo: "Vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por la Palabra de Dios y por el testimonio que tenían; y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que habitan la tierra?" (Apocalipsis 6:9, 10). Así, Abel no sólo es un tipo de la persecución y el sufrimiento de los piadosos, sino que da una prenda de la segura venganza que

Dios tomará a su debido tiempo sobre sus opresores. Dios todavía vengará a sus propios elegidos (tanto los que están en el cielo como los que están en la tierra) que claman a él día y noche para que los vengue (Lucas 18:7, 8). Busquemos, pues, la gracia de poseer nuestras almas en paciencia, sabiendo que antes de mucho tiempo Dios recompensará a los justos y castigará a los impíos.

CAPÍTULO 3. La fe de Enoc

(Hebreos 11:5, 6)

El Apóstol tiene como principal propósito en Hebreos 11 convencer a los hebreos de la naturaleza, importancia y eficacia de la fe salvadora. En la ejecución de su diseño, primero describió los actos esenciales de la fe (v. 1), y luego en todo lo que sigue trata de los efectos, frutos y logros de la fe. Es bendito contemplar cómo una vez más su apelación fue a las Sagradas Escrituras. No los persuadió con argumentos abstractos, ni mucho menos con simples afirmaciones, sino exponiendo algunos de los muchos ejemplos y pruebas que ofrecen los registros sagrados. Habiéndoles recordado lo que la obediencia de fe de Abel procuró, a saber, la obtención de un testimonio de Dios de que era justo, el Apóstol cita el caso de Enoc, que ejemplifica otro aspecto y consecuencia de la fe.

El orden observado por el Espíritu Santo en Hebreos 11 no es el histórico. Una lectura atenta de su contenido lo dejará claro. Por ejemplo, en el versículo 9 se hace referencia a Isaac y Jacob antes de dirigir la atención a Sara en el versículo 11; la caída de los muros de Jericó (v. 30), se menciona antes de la fe de Rahab (v. 31); en el versículo 32 se menciona a Gedeón antes que a Barac, a Sansón antes que a Jefté, y a David antes que a Samuel. Así, es evidente que debemos "buscar" algo más profundo. Puesto que el orden cronológico se aparta una y otra vez, ¿no debe haber un significado espiritual en la forma en que se hace referencia a los santos del Antiguo Testamento? Sin duda, así debe ser. La razón de esto no está lejos de buscarse: es el orden experimental que se sigue en este capítulo. Si el Señor lo permite, esto se hará más y más claro a medida que avancemos de versículo en versículo.

Lo que los tres ejemplos suministrados en los versículos 4 a 7 ponen ante nosotros es un esquema de la vida de fe. Abel se menciona primero no porque haya nacido antes que Enoc y Noé, sino porque lo que se registra de él en Génesis 4 ilustró y demostró dónde comienza la vida de fe. Del mismo modo, se menciona a Enoc a continuación, no porque se le mencione antes que a Noé en el libro del Génesis, sino porque lo que se encontró en él (o más bien, lo que la gracia divina había obrado en él), debe preceder a lo que fue tipificado por el constructor del arca. Cada uno de estos tres hombres advertía un rasgo o aspecto distinto de la vida de la fe, y el orden relativo a ellos es inviolable. Otro autor los ha caracterizado así: en Abel vemos la adoración de la fe, en Enoc el caminar de la fe, en Noé el testimonio de la fe. Creemos que ésta es una forma precisa y útil de expresarlo, y cuanto más se reflexione sobre ello, más se percibirá su belleza y bendición.

Pero el hombre siempre invierte el orden de Dios, y nunca fue este hecho más claramente evidente para el ojo ungido que en estos tiempos degenerados en los que está echada nuestra suerte. El testimonio y el trabajo ("servicio") es lo que tanto se enfatiza hoy en día. Sin embargo, querido lector, Hebreos 11 no comienza con el ejemplo de Noé. No, en efecto. Noé fue precedido por Enoc, y por esta razón: no puede haber un testimonio o trabajo divinamente aceptable a menos que y hasta que haya un caminar con Dios. El caminar de Enoc con Dios debe venir antes de cualquier servicio que sea agradable a Él. Lamentablemente, esto se ha perdido de vista en la actualidad. Lamentablemente, tan generalmente, tan pronto como una persona joven hace la profesión de ser un cristiano, él o ella son empujados a alguna forma de "actividad cristiana" -hablar al aire libre, el trabajo personal, la enseñanza de una clase de la escuela dominical- cuando la Palabra de Dios dice tan claramente, "No un novato (margen, "uno recién llegado a la fe") para que no siendo levantado con orgullo (que casi siempre resulta ser el caso) caiga en la condenación del Diablo" (1 Timoteo 3:6).

Cuánto nos perdemos por no prestar atención al orden de las palabras de Dios. En estas páginas hemos subrayado con frecuencia este hecho, aunque no con demasiada frecuencia. Dios es el Dios del orden, y en el momento en que nos apartamos de sus disposiciones, la confusión, con todos sus males concomitantes, sobreviene de inmediato. No podemos prestar una atención

demasiado estricta al orden en que se nos presentan las cosas en la Sagrada Escritura, pues sólo cuando lo hacemos, estamos en condiciones de aprender algunas de sus lecciones más beneficiosas y admirar su sabiduría celestial. Tal es el caso que nos ocupa. El camino de fe de Enoc debe preceder al testimonio de fe de Noé; y éste, a su vez, debe ser precedido por la adoración de fe de Abel. Tiene que haber ese dejar de lado nuestras propias preferencias y caminos, ese inclinarse a la voluntad de Dios, ese someterse a sus designaciones, esa obediencia a sus requerimientos, antes de que pueda haber un verdadero caminar con Él. La obediencia a Él, luego el caminar con Él, luego el testificar por Él, es el orden inmutable del Cielo.

"Por la fe, Enoc fue trasladado para no ver la muerte; y no fue hallado, porque Dios lo había trasladado; porque antes de su traslado tenía este testimonio, que agradaba a Dios" (v. 5). El caso de Abel nos muestra dónde comienza la vida de fe; el ejemplo de Enoc nos enseña en qué consiste la vida de fe. Ahora bien, así como tuvimos que remitirnos a Génesis 4 para entender Hebreos 11:4, tenemos que volver a Génesis 5 para que su luz sea arrojada sobre nuestro presente versículo.

"Y Enoc anduvo con Dios; y no fue, porque Dios lo tomó" (Génesis 5:24). Aquí hemos expuesto, en forma de un breve resumen, la nueva vida del creyente: "caminar con Dios". Anteriormente, Enoc había "caminado según el curso de este mundo" (Efesios 2:2), había seguido su "propio camino" (Isaías 53:6) de complacencia propia, y despreocupado por el futuro, había pensado sólo en el presente. Pero ahora se había "reconciliado con Dios" (2 Corintios 5:20), porque "¿Acaso pueden andar dos juntos, si no están de acuerdo?" (Amós 3:3). El término "caminar" significa un acto voluntario, un avance constante, un progreso en las cosas espirituales. Caminar con Dios" significa una vida entregada a Dios, una vida controlada por Dios, una vida vivida para Dios. A eso se refiere nuestro versículo actual.

"Por la fe Enoc fue trasladado para no ver la muerte; y no fue hallado, porque Dios lo había trasladado; porque antes de su traslado tenía este testimonio, que

agradaba a Dios". Debería ser obvio para cualquier corazón instruido por el Espíritu que necesitamos mirar bajo la superficie aquí si queremos descubrir el principio espiritual del versículo, y buscar la gracia para aplicarlo a nosotros mismos. Como mera declaración histórica es sin duda muy interesante, pero como tal no imparte fuerza a mi alma necesitada. El mero hecho de que un hombre que caminó por esta tierra hace miles de años escapara de la muerte puede asombrar, pero no proporciona ninguna ayuda práctica. Lo que deseamos recalcar al lector es la necesidad de preguntarse, en cada porción de la Escritura que lea, qué hay aquí, qué lección práctica, para ayudarme mientras permanezco en la tierra. Esto no se descubre siempre en un momento: se requiere oración, paciencia y meditación.

Cuando nos esforzamos por estudiar nuestro versículo con el objeto de determinar su mensaje práctico y significativo para nosotros hoy, lo primero que notará el ponderador reflexivo es la repetición de la palabra "traducido": ésta, que aparece no menos de tres veces en un versículo, es evidentemente la palabra clave. Según su etimología, "trasladado" significa llevar, soportar, quitar, cambiar de un lugar a otro. Esto nos trae a la mente de inmediato (si la Palabra de Cristo mora ricamente en nosotros) aquel versículo: "El cual nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino de su amado Hijo" (Colosenses 1:13). Esto se refiere al gran hecho de la posición y estado actual del cristiano ante Dios: ha "pasado de la muerte a la vida" (Juan 5:24). Ahora bien, el privilegio y el deber del cristiano es vivir en el poder de este hecho, y hacer que se cumpla en su caso y experiencia reales; y esto será así, justo en la medida en que esté capacitado para vivir y caminar por fe.

"Por la fe Enoc fue trasladado para no ver la muerte": la palabra "ver" tiene aquí la fuerza del gusto o la experiencia. Enoc no debía ser vencido por la muerte: pero no limitemos nuestros pensamientos a la muerte física. Así como el "traslado" de Enoc de la tierra al cielo tiene un significado más profundo que el natural, así "que no vea la muerte" significa más que un escape de la tumba. La "muerte" es la paga del pecado, la maldición de la ley rota. Vivimos en un mundo que está bajo la justa maldición de Dios y la muerte está claramente estampada en todo lo que hay. Pero cuando la fe se ejercita, el alma se eleva por encima de la escena, y su favorecido poseedor está capacitado para "andar en

novedad de vida". Como vimos al reflexionar sobre el versículo inicial, la naturaleza de la fe es acercar las cosas futuras, y obtener la prueba y el disfrute de lo que es invisible a la vista natural. Sólo en la medida en que caminamos por la fe, el corazón es "trasladado", elevado por encima de este pobre mundo; y entonces es cuando experimentamos el "poder de su (de Cristo) resurrección" (Filipenses 3:10).

Unamos ahora los versículos 4 y 5, observando su fuerza doctrinal. Cuando un pecador, por la entrega a Dios y la fe en el sacrificio de Cristo, es declarado justo por el Juez de todos, es hecho heredero de la vida eterna, y el pecado y la muerte ya no pueden tener dominio sobre él: es decir, ya no tienen ningún derecho legal sobre él. Esto es lo que se ilustra aquí: el siguiente santo que se menciona después de Abel, fue llevado al cielo sin morir, demostrando así que el poder de la "muerte" sobre el cristiano ha sido anulado. Primero un pecador salvado por la sangre del Cordero (Abel), luego un pecador salvado trasladado de la tierra al Cielo, y nada más. ¡Cuán inexpresablemente bendecido! Las palabras nos fallan, y no podemos sino inclinarnos en silencioso asombro, y adorar. ¡Cuán "grande" es la salvación de Dios!

Ahora bien, lo que es un hecho de la doctrina cristiana necesita convertirse en un hecho de la experiencia cristiana: necesitamos disfrutar del bien, del poder, de la bendición de ello en nuestras almas día a día. Y esto sólo puede ser en la medida en que se ejercite una fe sobrenatural. El mero conocimiento de la doctrina carece prácticamente de valor, a menos que el corazón busque fervientemente de Dios una realización práctica de la misma. Una cosa es creer que he pasado judicialmente de la muerte a la vida, y otra muy distinta es vivir prácticamente en el reino de la VIDA. Pero eso es exactamente lo que es una vida de fe: es un ser elevado por encima de las cosas que se ven, y un ser ocupado con las cosas que no se ven. Es que los afectos ya no se fijen en las cosas de la tierra, sino que se fijen en las cosas del cielo.

Tal vez el lector se sienta inclinado a decir: El ideal que nos presentas es ciertamente hermoso, pero es imposible que la carne y la sangre lo alcancen.

Muy cierto, querido amigo; lo admitimos plenamente. Por sí mismo, el cristiano no puede vivir prácticamente en el terreno de la resurrección, como tampoco Enoc pudo transportarse al cielo. Pero observen cuidadosamente las siguientes palabras de nuestro maravilloso texto: "porque Dios lo había trasladado". Nuevamente les rogamos que no carnalicen estas palabras, y vean en ellas sólo una referencia a su traslado corporal al Cielo; o que no vean en ellas más que un tipo y prenda del Arrebatamiento-el cumplimiento de 1 Tesalonicenses 4:16, 17: ese es el significado profético. Pero también hay un significado espiritual y una aplicación práctica, y esto es lo que tanto deseamos aclarar a cada lector espiritual.

El traslado de Enoc al cielo fue un milagro, y lo que simboliza espiritualmente es una experiencia sobrenatural. Toda la vida cristiana, de principio a fin, es algo sobrenatural. El nuevo nacimiento es un milagro de la gracia, pues quien está muerto en delitos y pecados no puede regenerarse a sí mismo, como tampoco puede crear un mundo. Un arrepentimiento espiritual y una fe espiritual son impartidos por "la operación de Dios" (Colosenses 2:12), pues una criatura caída no puede originarlos más de lo que podría darse a sí misma el ser. Tener el corazón divorciado del mundo, ser llevado a odiar las cosas que antes amábamos y amar ahora las cosas que antes odiábamos, es el único fruto de la obra omnipotente del Espíritu Santo. Y el hecho de que el corazón funcione en el ámbito de la vida de resurrección, mientras su poseedor queda en un escenario de muerte, sólo puede hacerse posible y convertirse en realidad cuando la gracia sobrenatural de Dios sostiene y pone en ejercicio una fe sobrenatural. Sólo Dios puede despojar diariamente nuestros corazones de las cosas de este mundo de muerte y llevarnos a una comunión real con el Príncipe de la Vida.

Una palabra de advertencia. Estemos en guardia para no cruzarnos de brazos de forma fatalista y decir: Dios no ha ordenado que yo viva la vida traducida. Es cierto que Dios es soberano y distribuye sus favores como quiere. Es cierto que concede más gracia a algunos de los suyos que a otros. Sin embargo, también está escrito que "no tenéis, porque no pedís" (Santiago 4:2). Además, observa bien las siguientes palabras de nuestro texto: "antes de su traslado tenía este testimonio, que agradaba a Dios". Ah, ¿no explica esto por qué nuestra fe es tan débil, y por qué las cosas de la tierra forjan cadenas tan pesadas alrededor de

nuestros corazones? No es probable que Dios fortalezca y aumente nuestra fe mientras seamos tan indiferentes a su placer. Primero debe haber un esfuerzo diario, diligente y de oración para agradarle en todas las cosas; esto es absolutamente esencial si queremos entrar en la experiencia de la vida traducida.

Tratemos de anticiparnos a una posible objeción. Algunos pueden decir: La vida traducida es difícil en estos días. Entonces recordemos los tiempos en que vivió Enoc. Fue justo antes del Diluvio, y probablemente las condiciones de entonces eran mucho peores que las de ahora. "Y también Enoc, séptimo desde Adán, profetizó sobre esto, diciendo: He aquí que el Señor viene con diez mil de sus santos Para ejecutar el juicio sobre todos, y para convencer a todos los impíos de entre ellos de todas sus obras impías que han cometido impíamente, y de todas sus duras palabras que los pecadores impíos han pronunciado contra él" (Judas 14, 15). Hay que recordar que esas palabras tienen una fuerza histórica, además de profética. Por lo tanto, una vida de agradar a Dios, de caminar con Él, de que el corazón se eleve por encima del mundo, no era más fácil entonces que ahora. Sin embargo, la gracia divina lo hizo realidad en Enoc; y esa gracia es tan potente hoy como lo fue entonces.

A menudo es útil invertir las cláusulas de un versículo para percibir más claramente su relación. A fin de ilustrar esto, y porque estamos tan ansiosos de que el lector se aferre a la enseñanza de vital importancia de Hebreos 11:5, lo trataremos de la manera correspondiente. "Antes de su traslado tenía este testimonio, de que agradaba a Dios". ¿Lo tengo? ¿Lo tiene usted? Esta es una pregunta muy oportuna. Si no estamos "agradando a Dios", entonces cuanto más conocimiento tengamos de su verdad, peor para nosotros. "El siervo que conoció la voluntad de su Señor, y no se preparó, ni hizo según su voluntad, será azotado con muchos azotes" (Lucas 12:47). Dios no será burlado. Las palabras bonitas y las posturas reverentes no pueden engañarle. No se trata de cuánta luz tengo, sino de hasta dónde estoy en completa sujeción al Señor.

"Dios lo había trasladado". Por supuesto que lo hizo. Dios siempre honra a los que le honran; pero recordemos que el mismo versículo añade: "Y los que me

desprecian serán poco estimados" (1 Samuel 2:30). Dios es demasiado santo como para alentar la autocomplacencia y dar importancia a la autocomplacencia. Mientras gratifiquemos la carne, la bendición del Espíritu será retenida. Mientras nuestros corazones estén tan ocupados con las preocupaciones de la tierra, Él no hará que las cosas del cielo sean reales y eficaces para nosotros. Oh, lector mío, si Dios no obra poderosamente en tu vida y en la mía, mostrándose fuerte a nuestro favor (2 Crónicas 16:9), entonces algo está muy mal en nosotros.

"Por la fe Enoc fue trasladado para no ver la muerte". Recordemos lo que se dijo en el capítulo anterior: "La fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios" (Romanos 10:17). La fe siempre presupone una revelación divina. La fe debe tener un fundamento en el que apoyarse, y ese fundamento debe ser la Palabra de Aquel que no puede mentir. Dios había hablado, y Enoc creyó. Pero ¡qué prueba de fe! Dios declaró que Enoc debía ser trasladado de la tierra al cielo, sin pasar por los portales de la tumba. Pasaron uno, dos, trescientos años; pero Enoc creyó a Dios, y antes de que se completara el cuarto siglo se cumplió su promesa. "Que no viera la muerte" fue la recompensa por haber complacido a Dios. Y Él no cambia: donde hay un genuino "agrado" a Él, un verdadero caminar con Él, Él eleva el corazón por encima de esta escena al reino de la vida, la luz y la libertad.

Antes de pasar al siguiente versículo, vamos a enumerar otros puntos de interés y valor contenidos en éste, aunque no podemos hacer más que mencionarlos apenas. 1. Dios no está atado al orden de la naturaleza: Génesis 3:19 fue dejado de lado en los casos de Enoc y Elías. 2. Dios pone grandes diferencias externas (providenciales) entre los que son igualmente aceptados por Él: Lo hizo entre Abel y Enoc. 3. Para exhibir la enemistad del mundo Dios permitió que Abel fuera martirizado, para consolar a su pueblo Dios preservó a Enoc. 4. Lo que Dios hizo por Enoc lo puede hacer y lo hará todavía por toda una generación de sus santos (1 Corintios 15:51). 5. Hay una vida futura para los creyentes: el traslado de Enoc al Cielo lo dio a entender claramente. 6. El cuerpo es partícipe con el alma en la vida eterna: la traslación corpórea de Enoc lo demostró. 7. Los más piadosos no siempre viven más tiempo: todos los mencionados en el Génesis 5 permanecieron en la tierra mucho más tiempo que Enoc. 8. Los que viven con Dios en el más allá deben aprender a agradar a Dios antes de partir de

allí. 9. Los que caminan con Dios le agradan. 10. Los que agradan a Dios no carecen de testimonio de ello.

"Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque el que se acerca a Dios debe creer que Él existe, y que es remunerador de los que le buscan con diligencia" (v. 6). El Apóstol acababa de hablar de la traslación de Enoc como una consecuencia de su agrado a Dios, y ahora del hecho de su agrado a Dios, demuestra su fe. La partícula adversativa "Pero" se utiliza para introducir un silogismo. El argumento está enmarcado así: Dios mismo había trasladado a Enoc, quien antes de su traslado lo había complacido (como lo demostró su traslado); pero sin fe es imposible complacer a Dios; por lo tanto, Enoc fue trasladado por fe. Así, esta declaración en el versículo 6 tiene especial referencia a la última cláusula del versículo anterior. El argumento se extrae de la imposibilidad de lo contrario: como es imposible agradar a Dios sin fe, y como Enoc recibió el testimonio de que agradó a Dios, entonces debe haber tenido fe-una fe justificadora y santificadora.

Si bien hay una relación íntima entre nuestro versículo actual y el inmediatamente anterior, y si bien veremos (si el Señor quiere) que está estrechamente conectado con el caso de Noé en el versículo 7, también hace su propia contribución particular al tema que el Apóstol está desarrollando aquí, proporcionando tanto una advertencia solemne como un bendito estímulo. El Espíritu Santo seguía teniendo ante sí la necesidad especial de los hebreos vacilantes, y quería insistir en el hecho de que lo más importante que Dios requería no era la asistencia a las ordenanzas externas, sino la búsqueda diligente de Él mediante una confianza de todo corazón. Donde faltaba la fe, nada podía obtener su aprobación; pero donde la fe realmente existía y se ejercía, sería ricamente recompensada. Este principio es inmutable, de modo que el mensaje central de nuestro versículo nos habla con fuerza hoy, y debería escudriñar el corazón de cada uno de nosotros.

"Pero sin fe es imposible agradarle". Estas palabras atestiguan solemnemente la total depravación del hombre. Tan corrupta es la criatura caída, tanto en el alma

como en el cuerpo, en cada poder y parte de él, y tan contaminado está todo lo que sale de él, que no puede por sí mismo hacer nada que sea aceptable al Santo. "Así que los que están en la carne no pueden agradar a Dios" (Romanos 8:8): "los que están en la carne" significa, los que todavía están en su estado natural o no regenerado. Una fuente amarga no puede enviar aguas dulces. Pero la fe mira fuera de sí misma a Cristo, se aplica a su justicia, alega su valor y valía, y hace todas las cosas hacia Dios en el nombre y por la mediación del Señor Jesús. Así, por la fe podemos agradar a Dios.

"Pero sin fe es imposible agradarle". Sin embargo, en todas las épocas ha habido muchos que intentaron agradar a Dios sin fe. Caín lo inició, pero fracasó lamentablemente. Todos, en su culto divino, profesan el deseo de agradar a Dios, y esperan hacerlo; ¿por qué, si no, habrían de hacer el intento? Pero, como declara el Apóstol en otro lugar, muchos buscan a Dios "pero no por la fe, sino como por las obras de la ley" (Romanos 9:32). Pero donde falta la fe, aunque los hombres deseen, diseñen y hagan lo que quieran, nunca podrán alcanzar la aceptación divina. "Pero al que no obra, sino que cree en el que justifica a los impíos, su fe le es contada por ("para") justicia" (Romanos 4:5). Cualquiera que sea la necesidad de otras gracias, la fe es la única que obtiene la aceptación de Dios.

Para agradar a Dios, deben concurrir cuatro cosas, todas las cuales se logran por la fe. Primero, la persona que agrada a Dios debe ser aceptada por Él (Génesis 4:4). Segundo, la cosa hecha que agrada a Dios debe estar de acuerdo con Su voluntad (Hebreos 13:21). Tercero, la manera de hacerlo debe ser agradable a Dios: debe realizarse con humildad (1 Corintios 15:10), con sinceridad (Isaías 38:3), con alegría (2 Corintios 8:12; 9:7). En cuarto lugar, el fin que se persigue debe ser la gloria de Dios (1 Corintios 10:31). Ahora bien, la fe es el único medio por el que se cumplen estos cuatro requisitos. Por la fe en Cristo la persona es aceptada por Dios. La fe nos hace someternos a la voluntad de Dios. La fe nos hace examinar la manera de hacer las cosas hacia Dios. La fe tiene como objetivo la gloria de Dios: de Abraham se dice que "era fuerte en la fe, dando gloria a Dios" (Romanos 4:20).

Qué esencial es entonces que cada uno de nosotros se examine a sí mismo con diligencia y se asegure de que tiene fe. Es por la fe que el pecador convicto y arrepentido se salva (Hechos 16:31). Es por la fe que Cristo habita en el corazón (Efesios 3:17). Es por la fe que vivimos (Gálatas 2:20). Por la fe estamos de pie (Romanos 11:20; 2 Corintios 1:24). Es por la fe que caminamos (2 Corintios 5:7). Es por la fe que resistimos con éxito al Diablo (1 Pedro 5:8, 9). Es por la fe que somos santificados experimentalmente (Hechos 26:18). Es por la fe que tenemos acceso a Dios (Efesios 3:12; Hebreos 10:22). Es por la fe que peleamos la buena batalla (1 Timoteo 6:12). Es por la fe que el mundo es vencido (1 Juan 5:4). Lector, ¿estás seguro de que tienes la "fe de los elegidos de Dios" (Tito 1:1)? Si no es así, ya es hora de que te asegures, porque "sin fe es imposible agradar a Dios".

CAPÍTULO 4. La fe de Noé

(Hebreos 11:6, 7)

Los versículos que ahora van a ocupar nuestra atención no están de ninguna manera exentos de dificultad, especialmente para aquellos que se han sentado bajo un ministerio que ha fallado en preservar el equilibrio entre la gracia divina y la justicia divina. Donde se ha enfatizado fuertemente el favor gratuito de Dios y se han ignorado en gran medida sus reclamos, donde se han enfatizado los privilegios y casi se han descuidado los deberes, no es nada fácil ver muchas Escrituras en su verdadera perspectiva. Cuando se pide a los que han escuchado poco más que el desprecio de las capacidades de las criaturas y la denuncia de los méritos de las criaturas que enfrenten honesta y seriamente los términos de Hebreos 11:6, 7, son bastante incapaces de encajarlos en su sistema de teología. Cuando tal es el caso, es una prueba positiva de que algo está mal en nuestra teología. A menudo, aquellos que están menos encorsetados por los prejuicios sectarios encuentran que la verdad de Dios es demasiado grande, demasiado polifacética, para ser encajada en definiciones y credos humanos.

Otros de nuestros lectores probablemente se preguntan a qué nos referimos cuando decimos que nuestra porción actual de Hebreos 11 no está en absoluto libre de dificultades. Entonces, planteemos algunas preguntas sobre estos versículos. Si el ejercicio de la fe es agradable a Dios, ¿significa esto que es algo meritorio? ¿Cómo puede evitarse este concepto a la luz de la afirmación de que Dios es un Premiador de los que le buscan diligentemente? ¿En qué consiste una "recompensa" con la pura gracia? ¿Y cuál es la fuerza doctrinal del siguiente versículo? ¿Enseña el caso de Noé la salvación por obras? Si no hubiera hecho tantos gastos y trabajos para construir el arca, ¿habrían escapado él y su casa del diluvio? ¿Acaso el convertirse en "heredero de la justicia" fue algo que se ganó por su trabajo obediente? ¿Cómo se puede evitar esta conclusión? Nos esforzaremos por mantener estas preguntas ante nosotros en el curso de nuestra

exposición.

"Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan" (v. 6). Hay un triple "acercamiento a Dios": uno inicial, uno continuo y uno final. La primera tiene lugar en el momento de la conversión, la segunda se repite a lo largo de la vida del cristiano, y la tercera tiene lugar en el momento de la muerte o de la segunda venida de Cristo. Acudir a Dios significa buscar y tener comunión con Él. Denota un deseo de entrar en su favor y ser partícipe de sus bendiciones en esta vida y de su salvación en la vida futura. Es el acercamiento del corazón a Él en y por medio de Cristo: Juan 14:6, Hebreos 7:25. Pero antes de que haya un acceso consciente a Él, Dios tiene que ser buscado diligentemente.

Nadie viene a Dios, nadie lo busca verdaderamente, hasta que se hace consciente de su condición perdida. El Espíritu debe obrar primero en el alma la comprensión de que el pecado nos ha alejado "de la vida de Dios" (Efesios 4:18). Hay que hacernos sentir que estamos alejados de Dios, fuera de su favor, bajo su justa condenación, antes de que realmente hagamos como el pródigo, y digamos: "Me levantaré e iré a mi Padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti" (Lucas 15:18). El mismo principio es válido en relación con la repetida "venida" del cristiano (1 Pedro 2:4); es un sentido de necesidad que nos hace buscar a Aquel que es el Dador de todo bien y todo don perfecto. Hay también una comunión mantenida con Dios en el cumplimiento de los deberes santos: en todos los ejercicios de piedad renovamos nuestro acceso a Dios en Cristo: al leer o escuchar su Palabra, acudimos a Él como Maestro, en la oración acudimos a Él como Benefactor.

Pero para buscar a Dios correctamente, hay que buscarlo con fe, porque "sin fe es imposible agradarle", por lo tanto, "el que se acerca a Dios debe creer que Él existe, y que es remunerador de los que le buscan diligentemente". Tiene que haber primero una firme persuasión de Su ser, y segundo de Su bondad. Creer que "Él es" significa mucho más que asentir al hecho de una "Causa Primera" o

permitir que haya un "Ser Supremo"; significa creer en el carácter de Dios tal como se ha revelado en Sus obras, en Su Palabra y en Cristo. Debe ser concebido correctamente, o de lo contrario sólo estamos persiguiendo un fantasma de nuestra propia imaginación. Por lo tanto, creer que "Dios es" es ejercer la fe en Él como un Ser tal como Su Palabra declara que es: soberano supremo, inefablemente santo, todopoderoso, inflexiblemente justo, pero abundante en misericordia y gracia hacia los pobres pecadores a través de Cristo.

El corazón no sólo debe dirigirse a Dios tal como su ser y su carácter se revelan en las Escrituras, sino que, en particular, la fe ha de asirse a su bondad: que es "un Recompensador", etc. La actuación de la fe hacia Dios como "Recompensador" es la aprehensión y anticipación del corazón del hecho de que Él está listo y dispuesto a conducirse hacia los pecadores necesitados de una manera generosa, que Él actuará en todas las cosas hacia ellos de una manera adecuada a la propuesta de la que Él hace de sí mismo a través del Evangelio. Fue la comprensión de esto (además de su necesidad sentida) lo que impulsó al pródigo a actuar. Así como sería inútil orar a menos que hubiera una esperanza de que Dios escuche y responda a la oración, ningún pecador buscará realmente a Dios hasta que nazca en su corazón una expectativa de misericordia de parte de Él, de que lo recibirá graciosamente. Esto es un asimiento de Su promesa.

En la Escritura, los privilegios son propuestos con sus necesarias limitaciones, y desarticulamos todo el sistema de la verdad si separamos la recompensa del deber. Hay algo que hacer de nuestra parte: Dios es un "Recompensador", pero ¿de quién? De aquellos que "le buscan diligentemente". "Los impíos serán convertidos en el infierno, todas las naciones que se olvidan de Dios" (Salmo 9:17): no sólo "niegan", sino que lo "olvidan"; así como echan a Dios de sus pensamientos y afectos, así Él los echará de su presencia. ¿Qué significa "buscarlo diligentemente"? Buscar" a Dios es abandonar, negar, salir del yo, y tomarlo sólo a Él como nuestro Gobernante y porción satisfactoria. Buscarlo "diligentemente" es buscarlo temprano (Proverbios 8:17), de todo corazón (Salmo 119:10), seriamente (Salmo 27:4), incansablemente (Lucas 11:8). ¿Cómo puede un hombre sediento buscar agua? La promesa es: "Me buscarás y me encontrarás, cuando me busques con todo tu corazón" (Jeremías 29:13 y cf. 2 Crónicas 15:15).

¿Y cómo "recompensa" Dios al buscador diligente? Ofreciéndose graciosamente para ser encontrado por aquellos que penitente, seria y confiadamente se acercan a Él a través del Mediador designado. Concediéndoles el acceso a su favor: esto no lo hizo con Caín, que lo buscó de manera equivocada. Otorgándoles realmente su favor, como lo hizo con el pródigo. Perdonando sus pecados y borrando sus iniquidades (Isaías 55:7). Escribiendo sus leyes en sus corazones, para que ahora deseen y se decidan a abandonar todos los ídolos y servirle sólo a él. Dándoles la seguridad de que son aceptados en el Amado, y concediéndoles el dulce sabor del descanso y la felicidad que les espera en lo alto. Atendiendo a todas sus necesidades, tanto espirituales como temporales. Finalmente, llevándolos al Cielo, donde pasarán la eternidad en el disfrute sin nubes de las maravillosas riquezas de Su gracia.

Pero, ¿tiene esta palabra "Recompensador" un tono legalista? No, si se entiende correctamente. ¿Significa que nuestra "búsqueda diligente" es un desempeño meritorio que tiene derecho a ser reconocido? Por supuesto que no. ¿Qué significa entonces? Primero, citemos los útiles comentarios de John Owen: "Lo que estas palabras del Apóstol tienen que ver, y que es el fundamento de la fe aquí requerida, está contenido en la revelación que Dios hizo de sí mismo a Abraham: 'No temas: Abram, yo soy tu escudo y tu recompensa muy grande" (Génesis 15:1). Dios es tan recompensador para los que lo buscan, que Él mismo es su recompensa, lo cual excluye eternamente todo pensamiento de mérito en los que son recompensados de esta manera. ¿Quién puede merecer que Dios sea su recompensa? La recompensa en Dios, especialmente cuando Él mismo es la recompensa, es un acto de gracia y generosidad infinitas. Y esto nos orienta plenamente hacia el objeto de la fe que aquí se pretende, es decir, Dios en Cristo, como se revela en la promesa de Él, dándose a sí mismo a los creyentes como recompensa, (para ser su Dios) de una manera de bondad y generosidad infinitas. La propuesta aquí, es la única que da ánimo para venir a Él, que el Apóstol diseña para declarar".

"Ahora bien, al que trabaja no se le cuenta la recompensa por gracia, sino por deuda" (Romanos 4:4): ¿no es clara la implicación de que la gracia misma

también "recompensa"? La gracia y la recompensa no son más inconsistentes que la alta soberanía de Dios y la responsabilidad real del hombre, o entre el hecho de que Cristo es y fue tanto "Siervo" (Isaías 42:1) como "Señor" (Juan 13:13). El lenguaje de Colosenses 3:24 lo deja claro como un rayo de sol: "Sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque servís al Señor Cristo". La "herencia" es el Cielo mismo, la salvación en su consumación. ¿Pero no es la salvación un don gratuito? Sí, ciertamente; sin embargo, tiene que ser "comprada" por su destinatario (Isaías 55:1), aunque "sin dinero y sin precio". La salvación es tanto un "regalo" como una "recompensa".

Si bien es cierto que el Cielo no puede ser ganado por el pecador, es igualmente cierto que el Cielo no es para ociosos y holgazanes. Hay que buscar a Dios "diligentemente". Para entrar por la puerta estrecha el alma tiene que agonizar (Lucas 13:24). Estamos llamados a "trabajar" por esa carne que perdura hasta la vida eterna (Juan 6:27) y a entrar en el descanso celestial (Hebreos 4:11). Tales esfuerzos son "recompensados" por Dios, no porque sean meritorios, sino porque Él considera oportuno reconocerlos y recompensarlos. Hay quienes enseñan que al servir a Dios no debemos tener "respeto a la recompensa de la recompensa" (Hebreos 11:26), pero este versículo los refuta, pues el Apóstol declara explícitamente que esto forma parte necesaria de esa verdad que debe ser creída para obedecer a nuestro agradable Dios.

Se habla del cielo, o de la salvación completada, como una "recompensa" para insinuar el carácter de aquellos a quienes se les otorga, es decir, el trabajador diligente. En segundo lugar, porque no se otorga hasta que nuestra obra esté completa: 2 Timoteo 4:7, 8. En tercer lugar, para dar a entender la seguridad de la misma: podemos esperarla con tanta confianza como el obrero que ha sido contratado por un amo honesto: Santiago 1:12. Esta "recompensa" es principalmente en la otra vida: Hebreos 11:16, 2 Corintios 4:17; es entonces cuando toda verdadera piedad será recompensada con creces: Marcos 10:29, 30. Sólo nos queda añadir ahora que el motivo por el que Dios otorga la "recompensa" son los méritos infinitos de Cristo, y por respeto a su propia promesa. Lo que Él "recompensa" es la obra de Su propio Espíritu en nosotros, de modo que no tenemos motivo para jactarnos.

"Por la fe, Noé, advertido por Dios de cosas que aún no se veían, con temor, preparó un arca para la salvación de su casa; por lo cual condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que es por la fe" (v. 7). El Apóstol presenta ahora un ejemplo concreto que ilustra lo que había dicho en el versículo 6. El trato de Dios con Noé y el mundo en su tiempo fue claramente una muestra y una prenda de su trato con el mundo en todas las épocas, especialmente cuando su historia se termina finalmente. Puesto que Dios es el Recompensador de los que lo buscan diligentemente, se deduce necesariamente que también es el Vencedor de todos los que lo desprecian. En la destrucción del mundo antiguo, Dios mostró su desagrado contra el pecado (Job 22:15, 16); en la preservación de Noé, puso de manifiesto los privilegios de su propio pueblo (2 Pedro 2:9). Que el conjunto era una prenda y un tipo queda claro en 2 Pedro 3:6, 7.

En el versículo que tenemos ante nosotros, tres cosas reclaman la atención. Primero, la fe de Noé y su fundamento, es decir, la advertencia que había recibido de Dios. Segundo, los efectos de su fe, es decir, internamente, el impulso de "temor"; externamente, su obediencia al construir el arca bajo las órdenes de Dios. Tercero, las consecuencias de su fe, es decir, la salvación de su casa, la condena del mundo, su conversión en heredero de la justicia que es por la fe. Pero antes de abordar estos puntos, afrontemos y tratemos de eliminar una dificultad que, según algunos, plantea este versículo. Digámoslo así: ¿se salvó Noé por sus propias obras? Creemos que la respuesta es tanto Sí como No. Rogamos al lector que tenga paciencia y reflexione en oración sobre lo que sigue, y que no grite que es una herejía y se niegue a seguir leyendo.

Si Noé no hubiera "preparado un arca" en obediencia al mandato de Dios, ¿no habría perecido en el diluvio? Entonces, ¿fueron sus propios esfuerzos los que lo preservaron de la muerte en el gran diluvio? No, fue el poder de Dios el que lo preservó. Aquella arca no tenía ni mástil, ni vela, ni volante: sólo la bondadosa mano del Señor evitó que aquel frágil barroco se hiciera pedazos contra las rocas y las montañas. Entonces, ¿cuál es la relación entre estas dos cosas? Esta: Noé hizo uso de los medios que Dios había prescrito, y por su gracia y poder esos medios fueron eficaces para su preservación. ¿No debe el agricultor esforzarse

en sus campos? ¿No debo observar las leyes de la higiene y comer alimentos sanos? Lo mismo sucede en las cosas espirituales: la salvación por la sola gracia no excluye la necesidad imperiosa de que utilicemos los medios que Dios ha señalado y prescrito.

La liberación temporal de Noé del diluvio es indudablemente una advertencia de la liberación eterna de los elegidos de Dios de la ira venidera: y aquí, como en todas partes, el tipo es preciso y perfecto. Ninguna argucia sofística puede deshacerse honestamente del hecho de que la construcción del arca por parte de Noé -¡un trabajo muy costoso y arduo!- fue un medio para su preservación. Entonces, ¿el caso de Noé proporciona un claro ejemplo de salvación por obras? Nuevamente respondemos con audacia: Sí y No. Pero la dificultad se alivia en gran medida si tenemos en cuenta que Noé ya era un hombre salvo antes de que Dios le ordenara construir el arca. Una referencia a Génesis 6:8, 9 y una comparación con 6:14, 22 dejan esto claro sin lugar a dudas. Pero, ¿no echa por tierra este hecho todo lo que se ha dicho en los párrafos anteriores? En absoluto. La salvación del cristiano no sólo es algo pasado (2 Timoteo 1:9), sino también presente (Filipenses 2:12) y futuro (Romanos 13:11). Confiamos en que la solución de la dificultad será más evidente a medida que avancemos en la exposición del versículo.

Como ya hemos señalado, los tres primeros versículos de Hebreos 11 son introductorios, y su objetivo es exponer la importancia y la excelencia de la fe. Luego, en los versículos 4-7 tenemos un bosquejo de la vida de la fe: el comienzo de la misma se ve en el versículo 4, la naturaleza de lo que consiste en el versículo 5, una advertencia y estímulo se suministra en el versículo 6, y el fin de la misma se muestra en el versículo 7. Antes de presentarnos la meta gloriosa a la que llega la vida de la fe, el versículo 7 nos da la otra cara de lo que teníamos delante en el versículo 5: allí vimos que la fe se elevaba por encima de un mundo de muerte, llevando el corazón de su favorecido poseedor al cielo. Pero todavía estamos en el mundo, y ese es el lugar de la oposición, del peligro y, por lo tanto, de la prueba. Así, en el versículo 7 no sólo se nos muestra lo que la fe obtiene, sino cómo lo obtiene.

Ahora bien, así como fue necesario volver a Génesis 3 y 4 para interpretar Hebreos 11:4, y a Génesis 5:24 para obtener el significado de 11:5, ahora tenemos que consultar Génesis 6 para descubrir lo que aquí se adorna. Que el lector vuelva a Génesis 6:5-22. Allí encontramos el anuncio de un juicio divino implacable (v. 13), un camino de liberación presentado a quien había "hallado gracia" en los ojos del Señor (v. 14), la obediencia de la fe requerida si se quería escapar del juicio (v. 14), los medios divinamente prescritos que debían utilizarse (v. 15); empleando esos medios se obtuvo la liberación. Ahora, de la misma manera, se nos ha dado una advertencia muy solemne, un anuncio del juicio venidero: véase 2 Tesalonicenses 1:7, 8; 2 Pedro 3:10-17; observe el lector debidamente que ambos pasajes se encuentran en Epístolas dirigidas a los hijos de Dios.

Al decir arriba que Hebreos 11:7 nos da el otro lado de lo que se expone espiritualmente en el versículo 5, queremos decir que nos da la verdad de equilibrio. Es muy importante observar esto, porque de lo contrario estamos muy expuestos a tener un concepto místico del versículo 5 y volvernos torpes. Satanás está dispuesto a decirnos que el versículo 5 nos presenta un bello ideal, pero que es totalmente impracticable para la gente común, bien para los predicadores, pero imposible para los demás. Después de leer nuestro artículo sobre el versículo 5, es probable que muchos exclamen: No podemos estar pensando en las cosas celestiales todo el tiempo, tenemos nuestros deberes diarios que atender aquí en la tierra: la única manera en que podríamos alcanzar el estándar del versículo 5 sería entrando en un monasterio o convento, aislándonos completamente del mundo; y seguramente Dios no requiere esto de nosotros. No, ciertamente; ese fue el gran error de la "Edad Media".

"Por la fe, Noé, siendo advertido por Dios de cosas que aún no se veían, movido por el temor, preparó un arca para salvar su casa". Esto nos da el otro lado del verso 5. Nos muestra que tenemos deberes que cumplir en la tierra, y nos da a entender cómo han de cumplirse: por fe, en el temor de Dios, obedeciendo implícitamente sus mandatos. Y más: nuestro versículo actual insiste en el hecho (ahora tan poco aprehendido) de que, el cumplimiento de estos deberes, la prestación de la obediencia de la fe a Dios, es indispensablemente necesaria para nuestra misma salvación. La "salvación" del alma es todavía futura: nótese

"salvar" y no "salvación" en Hebreos 11:7, y compárese también 1 Pedro 1:5. Para ser salvados del poder destructivo del pecado, de las seducciones ruinosas del mundo y de los asaltos devoradores de Satanás, debemos recorrer el camino de la obediencia a Cristo (Hebreos 5:9), pues sólo allí escapamos de estos enemigos fatales. Reflexione el lector en oración sobre Marcos 9:43-50; Lucas 14:26, 27, 33; Romanos 8:13; 1 Corintios 9:27; Colosenses 3:5; Hebreos 3:12, 14.

Hebreos 11:5 y 7 se complementan entre sí. El versículo 5 nos muestra que por el ejercicio de la fe nuestros afectos se elevan por encima de la tierra y se fijan en las cosas de arriba. El versículo 7 nos enseña que nuestra vida en la tierra debe ser regulada por los principios celestiales. El verdadero cristiano es un hombre celestial que vive en la tierra como un hombre celestial; es decir, se rige por principios espirituales y divinos, y no por motivos carnales e intereses mundanos. El cristiano realiza muchas de las mismas acciones que el no cristiano, pero con un objeto y una finalidad muy diferentes. Todo lo que haga debe hacerlo en obediencia a Dios, en respuesta gozosa a su voluntad revelada. Seamos específicos y lleguemos a los detalles. Que la esposa cristiana lea Efesios 5:22-24 y el esposo 5:25-31, y que cada uno reconozca que al obedecer al esposo y amar a la esposa, están obedeciendo a Dios. Que los empleados cristianos mediten en Efesios 6:5-7, y reconozcan que al obedecer a sus amos están obedeciendo al Señor; por el contrario, al enfurruñarse o hablar contra ellos, ¡murmuran contra el Señor!

Ahora bien, tal obediencia a los mandamientos de Dios en las relaciones ordinarias de la vida es necesaria para la salvación. Si esto hace tambalear al lector, que contemple lo contrario. Esos preceptos y mandatos nos han sido dados por Dios, y desatenderlos es rebelión, y negarse a cumplirlos es desafío; y ningún rebelde contra Dios puede entrar en el cielo. A menos que nuestras voluntades hayan sido quebrantadas, a menos que nuestros corazones hayan sido sometidos a Dios, no tenemos ninguna garantía bíblica para concluir que Él ha comenzado una buena obra en nosotros (Filipenses 1:6). "El que dice que lo conoce, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él" (1 Juan 2:4). El único camino que lleva al Cielo es el de caminar en obediencia a los mandatos de Dios.

Ahora bien, la salvación del alma se encuentra al final de ese camino. ¿Acaso el lector exclama: "Yo creía que estaba al principio del mismo, y que nadie más que una persona regenerada podía o quería caminar por él"? Desde un punto de vista, eso es muy cierto. Cuando se convierte genuinamente un pecador es salvado de la pena eterna de sus pecados, y es "librado de la ira venidera". Pero, ¿es entonces trasladado al cielo? Salvo raras excepciones, no. En cambio, Dios lo deja aquí en este mundo. Y este mundo es el lugar del peligro, porque las tentaciones de volver a sus caminos y placeres abundan por todos lados. Además, el juicio de Dios pende sobre él, y un día estallará y lo consumirá. ¿Y quién escapará a esa destrucción? Sólo aquellos que, como Noé, tienen una fe que se mueve con temor y produce obediencia. Pero ya es hora de que consideremos más de cerca los detalles del versículo 7.

"Por la fe, Noé, siendo advertido por Dios de cosas que aún no se veían, movido por el temor, preparó un arca para salvar su casa". Ah, aquí está la clave de nuestro versículo, colgada justo en la puerta del mismo. Al igual que todos los demás elegidos de Dios, Noé fue salvado por gracia mediante la fe; y sin embargo, no por una fe inactiva: Efesios 2:10 sigue al versículo 9. La fe fue la fuente de todas sus obras: una fe que era mucho más que un asentimiento intelectual, que era un principio sobrenatural que la gracia soberana había obrado en él. Dios había decidido enviar un diluvio y destruir el mundo malvado, pero antes de hacerlo, dio a conocer a Noé su propósito. Lo mismo hizo con nosotros: véase Romanos 1:18. Esa advertencia divina fue la base de la fe de Noé. No discutió ni razonó sobre su incredibilidad; en cambio, creyó en Dios. La amenaza, así como la promesa de Dios, es el objeto de la fe; la justicia de Dios debe ser vista, así como su misericordia.

La razón humana se oponía totalmente a lo que Dios había dado a conocer a Noé. Hasta entonces no había llovido (Génesis 2:6), entonces ¿por qué esperar un diluvio abrumador? Parecía totalmente improbable que Dios destruyera a toda la raza humana, y que su misericordia fuera así totalmente absorbida por su justicia vengadora. El juicio amenazado estaba muy lejos (120 años: Génesis 6:3), y durante ese tiempo el mundo podría arrepentirse y reformarse. Cuando

predicó a los hombres (2 Pedro 2:5) nadie creyó en su mensaje: ¿por qué entonces iba a tener tanto miedo, cuando todos los demás estaban tranquilos? Construir un arca de tan grandes dimensiones era una empresa enorme y, además, implicaría las burlas de todos sus compañeros. E incluso si llegaba el diluvio, ¿cómo podría flotar el arca con una carga tan inmensamente pesada? ¿No era totalmente impracticable, ya que Noé era bastante inexperto en materia de náutica? Además, para él y su familia, habitar durante un período indefinido en un arca sellada no era una perspectiva agradable para la carne y la sangre. Pero contra todas estas objeciones carnales la fe ofreció una firme resistencia, y creyó a Dios.

"Conmovido por el temor". Esto evidenció la realidad y el poder de su fe, pues la fe salvadora no sólo "obra por amor" (Gálatas 5:6), sino en "temor y temblor" (Filipenses 2:12). El temor reverencial a Dios es un fruto seguro de la fe salvadora. Ese "temor" actuó como un ímpetu benéfico en Noé y operó como un poderoso motivo en su construcción del arca. "Su creencia en la palabra de Dios, tuvo este efecto en él... un temor reverencial es de las amenazas de Dios, y no un temor ansioso y solícito del mal amenazado. En la advertencia que se le dio, consideró la grandeza, la santidad y el poder de Dios, con la venganza que se convertía en esas propiedades santas de su naturaleza, que amenazaba con traer sobre el mundo. Al ver a Dios por la fe bajo esta representación de Él, se llenó de un temor reverencial hacia Él. Véase Habacuc 3:16, Salmo 119:120, Malaquías 2:5" (John Owen).

"Preparó un arca para salvar su casa". Como dice Matthew Henry: "La fe influye primero en nuestros afectos y luego en nuestras acciones". "La fe sin obras está muerta" (Santiago 2:20), particularmente las obras de obediencia. "Así hizo Noé: según todo lo que Dios le mandó, así lo hizo" (Génesis 6:22). El privilegio y el deber están inseparablemente conectados, pero el deber nunca se cumplirá donde la fe está ausente. La fe en Noé le hizo perseverar en sus arduas labores en medio de muchas dificultades y desalientos. Así, su construcción del arca fue una obra de fe y paciencia, una labor de temor piadoso, un acto de obediencia, un medio para su preservación -pues el pacto de Dios con él (Génesis 6:18) no excluía su uso diligente de medios- y un tipo de Cristo. Así como por la obediencia de la fe preparó el arca, por la obediencia de la fe vino la "salvación

de su casa". Dios siempre honra a los que le honran. Esta salvación temporal fue una figura de la salvación eterna a la que nos dirigimos, pues obsérvese que la destrucción de los antediluvianos fue eterna, pues sus espíritus están ahora "en prisión" (1 Pedro 3:19). Obsérvese que es nuestra responsabilidad buscar nuestra propia salvación y la de aquellos que nos han sido confiados: véase Hechos 2:40, 2 Timoteo 4:16.

"Por la cual condenó al mundo". La referencia es a todo lo que precede. Por su propio ejemplo, por su fe en la advertencia de Dios, su temor reverencial a la santidad y la justicia de Dios, su obediencia implícita e incansable en la preparación del arca, Noé "condenó" a la gente incrédula, despreocupada e impía que le rodeaba. Se dice que un hombre "condena" a otro cuando, por sus acciones piadosas, muestra lo que el otro debería hacer, y que al no hacerlo, su culpa se agrava; véase Mateo 12:41, 42. El que guarda el sábado "condena" al que lo rompe. El que abandona una iglesia mundana y sale a Cristo fuera del campamento, "condena" al transigente. Los trabajos diligentes y costosos de Noé aumentaron la culpa de los descuidados, que descansaron en una falsa seguridad. Aunque no podemos convertir a los malvados, debemos tener cuidado de poner ante ellos tal ejemplo de piedad personal que los deje "sin excusa".

"Y llegó a ser heredero de la justicia que es por la fe". La "justicia" a la que nos referimos aquí es esa perfecta obediencia de Cristo que Dios imputa a todos los que creen salvadoramente en su Hijo: Jeremías 23:6, Romanos 5:19, 2 Corintios 5:21. Esta justicia se llama a veces, absolutamente, la "justicia de Dios" (Romanos 1:17, etc.), a veces el "don de la justicia... por uno, Jesucristo" (Romanos 5:17), a veces "la justicia que es de Dios por la fe" (Filipenses 3:9); en todos los cuales se pretende nuestra justificación libre y gratuita por la justicia de Cristo contada a nuestra cuenta por medio de la fe. Al decir que Noé "llegó a ser heredero" de la justicia, puede haber un doble significado. En primer lugar, por la obediencia de la fe demostró ser un hombre justificado (Génesis 6:9), como lo hizo Abraham cuando ofreció a Isaac (Santiago 2:21). En segundo lugar, estableció su título a esa justicia de la que se habla aquí como una "herencia": esto está en contraste con Esaú que despreció la suya. Esa justicia que Cristo compró para su pueblo se denomina aquí "herencia", para enfatizar la dignidad y excelencia de la misma, magnificar la libertad de su tenencia, declarar la certeza

e inviolabilidad de la misma.

La entrada real a nuestra herencia es todavía futura. "Para que, justificados por su gracia, seamos hechos herederos según la esperanza de la vida eterna" (Tito 3:7). La gran pregunta que cada uno de nosotros debe resolver es: ¿Soy un "heredero"? Para ayudarme a hacerlo, permítanme preguntarme: ¿Tengo el espíritu de uno? ¿Es mi principal cuidado asegurarse de que tengo el derecho de nacimiento? ¿Estoy poniendo los reclamos de Dios y Su justicia (Mateo 6:33) por encima de todo lo demás? ¿Tengo tales pensamientos de la bendición de mi porción en Cristo que nada puede inducirme a venderla o separarme de ella (Hebreos 12:16)? ¿Está mi corazón envuelto en esa herencia de tal manera que gimo en mi interior, "esperando la adopción" (Romanos 8:23)? ¿Estoy caminando por fe, con el temor de Dios sobre mí, atendiendo diligentemente a sus mandamientos, condenando así al mundo? Si es así, tres veces bendito soy; y pronto seré salvo "para no pecar más".

CAPÍTULO 5. El llamado de Abraham

(Hebreos 11:8)

"El objetivo del Apóstol en el capítulo 11 de Hebreos es demostrar que la doctrina de la fe es una doctrina antigua y que la fe se ha ejercido siempre sobre cosas que no se ven, no susceptibles de ser juzgadas por el sentido y la razón. Había probado ambos puntos con ejemplos de los padres antes del diluvio, y ahora viene a probarlos con los ejemplos de los que fueron eminentes por la fe después del diluvio. Y en primer lugar se centra en Abraham, un ejemplo adecuado: era el padre de los fieles, y una persona de la que se jactaban los hebreos; su vida no fue más que una práctica continua de la fe, y por eso insiste en Abraham más que en cualquier otro de los patriarcas. La primera cosa por la que se elogia a Abraham en la Escritura es su obediencia a Dios, cuando lo llamó de su país; ahora el Apóstol muestra que esto fue un efecto de la fe" (T. Manton, 1660).

La segunda división de Hebreos 11 comienza con el versículo que ahora nos ocupa. Como se señaló en los capítulos anteriores, los versículos 4-7 presentan un esquema de la vida de fe. En el versículo 4 se nos muestra dónde comienza la vida de la fe, es decir, en ese punto en el que la conciencia es despertada a nuestra condición perdida, en el que el alma hace una completa entrega a Dios, y en el que el corazón descansa en la perfecta satisfacción hecha por Cristo, nuestra garantía. En el versículo 5 se nos muestra el carácter de la vida de fe: un agradar a Dios, un caminar con Él, el corazón elevado por encima de este mundo de muerte. En los versículos 6 y 7 se nos muestra el fin de la vida de fe: una búsqueda diligente de Dios, un corazón que es movido por su temor a usar los medios que él designó y prescribió, lo que resulta en la salvación del alma y el establecimiento de su título para ser un heredero de la justicia que es por la fe. El contenido de estos primeros versículos es maravillosamente amplio, y el estudiante orante que los medite una y otra vez será bien recompensado.

Desde el versículo 8 hasta el final del capítulo, el Espíritu Santo nos da detalles más completos acerca de la vida de la fe, viéndola desde diferentes ángulos, contemplando diversos aspectos, y exhibiendo las diferentes pruebas a las que está sujeta y los benditos triunfos que la gracia divina le permite alcanzar. Esta nueva sección de nuestro capítulo se abre oportunamente presentándonos el caso de Abraham. En sus días comenzó una nueva e importante era de la historia humana. Hasta entonces Dios había mantenido una relación general con toda la raza humana, pero en la Torre de Babel esa relación se rompió. Fue allí donde la humanidad, en su conjunto, consumó su rebelión contra su Hacedor, a consecuencia de lo cual Él la abandonó. A ese punto hay que remontar el origen del "paganismo": Romanos 1:18-30 debe leerse en este sentido. A partir de este punto, el trato de Dios con los hombres se limitó prácticamente a Abraham y su posteridad.

Que una nueva división de nuestro capítulo comienza en el versículo 8 es más evidente por el hecho de que Abraham es designado "el padre de todos los que creen" (Romanos 4:11), lo que significa no sólo que es (por así decirlo) la cabeza terrenal de toda la elección de la gracia, sino aquel a cuya semejanza se conforman sus hijos espirituales. Hay una semejanza familiar entre Abraham y el verdadero cristiano, pues si somos de Cristo, entonces somos "simiente de Abraham y herederos según la promesa" (Gálatas 3:29), ya que "los que son de la fe, éstos son hijos de Abraham" (Gálatas 3:7), lo cual se evidencia en que hacen "las obras de Abraham" (Juan 8:39), pues éstas son las marcas de identificación. De la misma manera, Cristo declaró de los fariseos: "Vosotros sois de vuestro padre el Diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer" (Juan 8:44). Los malvados llevan la semejanza familiar del Maligno. La "paternidad de Abraham" es doble: natural, como progenitor de una semilla física; espiritual, como el patrón al que se conforman moralmente sus hijos.

"Por la fe, Abraham, cuando fue llamado a salir a un lugar que después recibiría como herencia, obedeció; y salió sin saber a dónde iba" (v. 8). Al estudiar este versículo, nuestra primera preocupación debe ser averiguar su significado y su mensaje para nosotros hoy. Para descubrirlo, debemos empezar por buscar lo que

se ha ensombrecido en el gran incidente aquí registrado. Un poco de meditación debería hacer obvio que la cosa central a la que se refiere es el llamado divino del cual Abraham fue hecho el destinatario. Esto se confirma con una referencia a Génesis 12:1, donde tenemos el relato histórico de aquello a lo que el Espíritu por el Apóstol alude aquí. Otra prueba es la proporcionada por Hechos 7:2, 3. Este, entonces, debe ser nuestro punto de partida.

"Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, a los que han sido llamados según su propósito" (Romanos 8:28) Hay dos clases distintas de "llamadas" de Dios mencionadas en la Escritura: una general y otra particular, una externa y otra interna, una inoperante y otra eficaz. El "llamado" general, externo e ineficaz, se da a todos los que escuchan el Evangelio, o vienen bajo el sonido de la Palabra. Este llamado es rechazado por todos. Se encuentra en pasajes como el siguiente: "A vosotros, oh hombres, llamo; y mi voz es para los hijos del hombre" (Proverbios 8:4); "Porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos" (Mateo 20:16); "Y a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los convidados: Venid, porque ya está todo preparado. Y todos, de común acuerdo, comenzaron a excusarse" (Lucas 14:17, 18); "Porque llamé, y no quisisteis; extendí mi mano, y nadie miró", etc. (Proverbios 1:24-28).

El "llamado" especial, interno y eficaz de Dios llega sólo a sus elegidos. Es respondido por cada favorecido que lo recibe. Se menciona en pasajes como el siguiente: "Los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que oigan vivirán" (Juan 5:25); "Él llama a sus ovejas por su nombre, y las saca. Y cuando saca a sus ovejas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz... y tengo otras ovejas que no son de este redil; también a ellas debo traer, y oirán mi voz" (Juan 10:3, 4, 16); "A los que llamó, también los justificó" (Romanos 8:30); "No fueron llamados muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles, sino que Dios escogió lo necio del mundo para confundir a los sabios" (1 Corintios 1:26-29). Este llamado se ilustra y ejemplifica en casos como el de Mateo (Lucas 5:27, 28), Zaqueo (Lucas 19:5, 6), Saulo de Tarso (Hechos 9:4, 5).

El llamado individual, interno e invencible de Dios es un acto de gracia soberana, acompañado de un poder omnipotente, que vivifica a los que están muertos en delitos y pecados, impartiéndoles vida espiritual. Este llamado divino es la regeneración, o el nuevo nacimiento, cuando su favorecido receptor es llevado "de las tinieblas a su luz admirable" (1 Pedro 2:9). Ahora bien, esto es lo que tenemos ante nosotros en Hebreos 11:8, lo que da una prueba adicional de que este versículo comienza una nueva sección del capítulo. El maravilloso llamado que Abraham recibió de Dios se coloca necesariamente a la cabeza de la descripción detallada del Espíritu de la vida de fe; necesariamente, decimos, porque la fe misma es totalmente imposible hasta que el alma haya sido divinamente vivificada.

Contemplemos primero el estado en que se encontraba Abraham hasta el momento en que Dios lo llamó. Verlo en su condición no regenerada es un deber que el Espíritu Santo presionó sobre el Israel de antaño: "Mira a la roca de la cual has sido cortado, y al hoyo de la fosa en que has sido cavado; mira a Abraham tu padre, y a Sara que te dio a luz" (Isaías 51:1, 2). La ayuda se ofrece si acudimos a Josué 24:2, "Así dice el Señor Dios de Israel: Tus padres habitaron antiguamente al otro lado del diluvio, Taré, padre de Abraham, y el padre de Nacor, y sirvieron a otros dioses". Abraham, pues, pertenecía a una familia pagana, y habitó en una gran ciudad, hasta los setenta años. Sin duda vivió su vida de la misma manera que sus compañeros: contento con las "cáscaras" de las que se alimentan los cerdos, con poco o ningún pensamiento serio sobre el Más Allá. Así es con cada uno de los elegidos de Dios hasta que el llamado divino llega a ellos y los detiene en su curso de voluntad propia, loco y destructivo.

"El Dios de la gloria se apareció a nuestro padre Abraham, cuando estaba en Mesopotamia, antes de habitar en Canaán" (Hechos 7:2). ¡Qué gracia tan maravillosa! El Dios de la gloria condescendió a acercarse y revelarse a alguien que estaba hundido en el pecado, inmerso en la idolatría, sin preocuparse por el honor divino. No había nada en Abraham para merecer la atención de Dios, y menos aún para merecer su estima. Pero aún más: no sólo la gracia de Dios se hizo aquí evidente, sino que la soberanía de su gracia se manifestó al destacarlo de entre todos sus compañeros. Como dice en Isaías 51:2: "Sólo a él lo llamé, y lo bendije". "Por qué Dios no llamó a su padre y a su parentela, no puede haber

otra respuesta que ésta: Dios tiene misericordia de quien quiere (Romanos 9:18). Llama a Isaac y rechaza a Ismael; ama a Jacob, y odia a Esaú; toma a Abel, y deja a Caín: incluso porque quiere, y por ninguna causa que conozcamos" (W. Perkins, 1595).

"El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham" (Hechos 7:2). Todo lo que se incluye en estas palabras, no lo sabemos; en cuanto a cómo se le "apareció" Dios, no podemos decirlo. Pero de dos cosas podemos estar seguros: por primera vez en la vida de Abraham, Dios se convirtió en una Realidad viva para él; además, percibió que era un Ser todoglorioso. Así es, tarde o temprano, en la experiencia personal de cada uno de los elegidos de Dios. En medio de su mundanidad, búsqueda y complacencia de sí mismos, un día aparece ante sus corazones Aquel de quien sólo tenían las más vagas nociones, y a quien trataban de apartar de sus pensamientos, aterrorizando, despertando y luego atrayendo. Ahora pueden decir: "He oído hablar de ti con el oído, pero ahora mis ojos te ven" (Job 42:5).

Oh querido lector, nuestro deseo aquí no es simplemente escribir un artículo, sino ser usados por Dios para dirigir un mensaje definitivo de Él directamente a su corazón más íntimo. Permítanos entonces preguntarle: ¿Sabe usted algo de lo que se ha dicho en el párrafo anterior? ¿Se ha convertido Dios en una realidad viva para tu alma? ¿Se ha acercado realmente a ti, se ha manifestado en su imponente majestad y ha tenido un trato directo y personal con tu alma? ¿O no sabes más de Él que lo que otros escriben y dicen de Él? Esta es una cuestión de vital importancia, pues si Él no tiene un trato personal con usted aquí en forma de gracia, tendrá un trato personal con usted en el futuro, en forma de justicia y juicio. Entonces, "buscad al Señor mientras pueda ser hallado, invocadlo mientras esté cerca" (Isaías 55:6).

Este es, pues, un aspecto importante de la regeneración: Dios hace una revelación personal de sí mismo al alma. El resultado es que Él "que mandó que la luz brillara en las tinieblas, ha brillado en nuestros corazones, para dar la luz del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo" (2 Corintios 4:6).

El individuo favorecido en el que se produce este milagro de la gracia es sacado ahora de ese terrible estado en el que yacía por naturaleza, por el cual "el hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios, porque le son locura, y no las puede conocer, porque se disciernen espiritualmente" (1 Corintios 2:14). Tan temible es ese estado en el que se encuentran todos los no regenerados, que se describe como "teniendo el entendimiento entenebrecido, alejados de la vida de Dios por la ignorancia que hay en ellos, a causa de la ceguera de su corazón" (Efesios 4:18). Pero en el nuevo nacimiento el alma es liberada de las terribles tinieblas del pecado y de la depravación en las que la caída de Adán ha llevado a todos sus descendientes, y es introducida en la maravillosa y gloriosa luz de Dios.

Consideremos a continuación el acompañamiento de los términos del llamado que Abraham recibió ahora de Dios. Un registro de esto se encuentra en Génesis 12:1, "Sal de tu país, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré". ¡Qué prueba de fe fue ésta! ¡Qué prueba para la carne y la sangre! Abraham tenía ya setenta años, y los viajes largos y la ruptura de viejas relaciones no se recomiendan a los ancianos. Abandonar la tierra donde había nacido, abandonar su hogar y sus bienes, romper los lazos familiares y dejar atrás a sus seres queridos, abandonar la certeza presente por (lo que a la sabiduría humana le parecía) una incertidumbre futura, y partir sin saber adónde, debió parecer duro y severo a los sentimientos naturales. ¿Por qué, entonces, debía Dios hacer tal demanda? Para probar a Abraham, para dar el golpe de gracia a sus corrupciones naturales, para demostrar el poder de su gracia. Sin embargo, debemos buscar algo más profundo, y que se aplique directamente a nosotros.

Como hemos señalado anteriormente, la aparición de Dios a Abraham y su llamado, nos habla de ese milagro de la gracia que tiene lugar en el alma en la regeneración. Ahora bien, la evidencia de la regeneración se encuentra en la conversión genuina: es esa ruptura completa de la vieja vida, tanto interna como externa, lo que proporciona la prueba del nuevo nacimiento. Es evidente para cualquier mente renovada que cuando un alma ha sido favorecida con una manifestación real y personal de Dios, se requiere un movimiento o respuesta de su parte. Es sencillamente imposible que continúe con su antigua forma de vida.

Un nuevo Objeto está ante él, una nueva relación se ha establecido, nuevos deseos llenan ahora su corazón, y nuevas responsabilidades lo reclaman. En el momento en que un hombre se da cuenta realmente de que tiene que ver con Dios, debe haber un cambio radical: "Por tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva criatura; las cosas viejas han pasado, he aquí que todas son nuevas" (2 Corintios 5:17).

La llamada que Abraham recibió de Dios exigía de él una doble respuesta: debía dejar la tierra donde había nacido y abandonar a su propia parentela. ¿Cuál es, entonces, el significado espiritual de estas cosas? Recordad que Abraham era un caso modelo, pues es el "padre" de todos los cristianos, y los hijos deben conformarse a la semejanza familiar. Abraham es el prototipo de los que son "hermanos santos, participantes del llamamiento celestial" (Hebreos 3:1). Ahora bien, la aplicación espiritual para nosotros de lo que se advertía en los términos del llamamiento de Abraham es doble: doctrinal y práctica, legal y experimental. Considerémoslas brevemente por separado.

"Sal de tu país" encuentra su contrapartida en el hecho de que el cristiano es alguien que ha sido, por la gracia, la obra redentora de Cristo y la operación milagrosa del Espíritu, liberado de su antigua posición. Por naturaleza, el cristiano era un miembro del "mundo", cuyo conjunto "yace en el inicuo" (1 Juan 5:19), y por lo tanto está destinado a la destrucción. Pero los elegidos de Dios han sido liberados de esto: Cristo "se entregó a sí mismo por nuestros pecados, para librarnos de este presente mundo malo, según la voluntad de Dios nuestro Padre" (Gálatas 1:4); por eso dice a los suyos: "porque no sois del mundo, porque os he elegido del mundo, por eso el mundo os odia" (Juan 15:19).

"Salid de vuestro país" encuentra su cumplimiento, primero, en que el cristiano es liberado de su vieja condición, es decir, "en la carne": "Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre está crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que en adelante no sirvamos al pecado" (Romanos 6:6). Ahora ha sido hecho miembro de una nueva familia: "Mirad qué amor nos ha dado el

Padre para que seamos llamados hijos de Dios" (1 Juan 3:1). Ahora está unido a una nueva "familia", pues todas las almas nacidas de nuevo son sus hermanos y hermanas en Cristo: "Los que están en la carne no pueden agradar a Dios; pero vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros" (Romanos 8:8-9). Por lo tanto, el llamado de Dios es un llamado de separación, de nuestra vieja posición y estado, a uno nuevo.

Ahora bien, lo que se acaba de señalar arriba es ya, desde el lado divino, un hecho consumado. Legalmente, el cristiano ya no pertenece al "mundo" ni está "en la carne". Pero esto tiene que ser introducido prácticamente desde el lado humano, y hecho bueno en nuestra experiencia real. Porque nuestra "ciudadanía está en el cielo" (Filipenses 3:20), debemos vivir aquí como "extranjeros y peregrinos". Se nos exige una separación práctica del mundo, porque "la amistad del mundo es enemistad con Dios" (Santiago 4:4); por eso dice Dios: "No os unáis en yugo desigual con los incrédulos... salid de en medio de ellos y apartaos" (2 Corintios 6:14, 17). Así también la "carne", que aún está en nosotros, no debe tener rienda suelta. "Os ruego, pues, hermanos, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional" (Romanos 12:1); "No proveáis a los deseos de la carne" (Romanos 13:14); "Mortificad, pues, vuestros miembros que están en la tierra" (Colosenses 3:5).

Las demandas de Cristo sobre su pueblo son primordiales. Él les recuerda que "no sois vuestros, porque habéis sido comprados por precio" (1 Corintios 6:19, 20). Por eso dice: "Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, y aun su propia vida, no puede ser mi discípulo" (Lucas 14:26). La respuesta se declara en: "Los que son de Cristo han crucificado la carne con los afectos y las concupiscencias" (Gálatas 5:24). Así, los términos del llamado que Abraham recibió de Dios se dirigen a nuestros corazones. Se requiere de nosotros una completa ruptura con la vieja vida.

La separación práctica del mundo es imperativa. Esto fue tipificado desde

antiguo en la historia de los descendientes de Abraham. Se habían establecido en Egipto -figura del mundo- y después de estar bajo la sangre del Cordero, y antes de entrar en Canaán (tipo del Cielo), debían abandonar la tierra del Faraón. De ahí también que Dios diga de nuestro Fiador "De Egipto llamé a mi Hijo" (Mateo 2:15): la Cabeza debe ser conformada a los miembros, y los miembros a su Cabeza. La mortificación práctica de la carne es igualmente imperativa. "Porque si vivís según la carne, moriréis (eternamente); pero si por el Espíritu mortificáis las obras del cuerpo, viviréis" (eternamente): (Romanos 8:13); "pero el que siembra para su carne, de la carne cosechará corrupción; pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna" (Gálatas 6:8).

"Por la fe, Abraham, cuando fue llamado a salir a un lugar que después recibiría como herencia, obedeció; y salió sin saber a dónde iba". Este versículo, leído a la luz de Génesis 12:1, significa claramente que Dios exigía el lugar supremo en los afectos de Abraham. Su vida ya no debía ser regulada por la voluntad propia, el amor propio, la complacencia propia; el yo debía ser enteramente dejado de lado, "crucificado". En adelante, la voluntad y la palabra de Dios debían gobernarlo y dirigirlo en todas las cosas. En lo sucesivo, debía ser un hombre sin hogar en la tierra, pero buscando uno en el Cielo, y recorriendo ese camino que es el único que conduce allí.

Ahora bien, debería ser muy evidente, por lo que se ha dicho anteriormente, que la regeneración o una llamada eficaz de Dios es algo milagroso, tan por encima del alcance de la naturaleza como los cielos están por encima de la tierra. Cuando Dios hace una revelación personal de sí mismo al alma, esto va acompañado de la comunicación de la gracia sobrenatural, que produce un fruto sobrenatural. Fue contrario a la naturaleza que Abraham dejara su hogar y su país, y saliera "sin saber a dónde iba". Igualmente es contrario a la naturaleza que el cristiano se separe del mundo y crucifique la carne. Un milagro de la gracia divina tiene que ser forjado dentro de él, antes de que cualquier hombre realmente niegue el yo y viva en completa sujeción a Dios. Y esto nos lleva a decir que, los casos genuinos de regeneración son mucho más raros de lo que muchos suponen. Los hijos espirituales de Abraham están muy lejos de ser una compañía numerosa, como es abundantemente evidente por el hecho de que son pocos los que se parecen a él. De todos los miles de cristianos que profesan a

nuestro alrededor, ¿cuántos manifiestan la fe de Abraham o hacen las obras de Abraham?

"Por la fe, Abraham, cuando fue llamado a salir a un lugar que después recibiría como herencia, obedeció; y salió sin saber a dónde iba". Este versículo, leído a la luz en la que queremos fijar nuestra atención, es la obediencia de Abraham. Una fe salvadora es la que presta atención a los mandatos divinos, así como la que confía en las promesas divinas. No te equivoques en este punto, querido lector: Cristo es "el autor de la salvación eterna para todos los que le obedecen" (Hebreos 5:9). Abraham se puso sin reservas en las manos de Dios, se rindió a su señorío, y suscribió su sabiduría como la más adecuada para dirigirlo. Y lo mismo debemos hacer nosotros, o nunca seremos "llevados al seno de Abraham" (Lucas 16:22).

Abraham "obedeció, y salió". Aquí hay dos cosas: "obedeció" significa el consentimiento de su mente, "y salió" habla de su actuación real. Obedeció no sólo de palabra, sino de hecho. En esto, estaba en marcado contraste con el rebelde mencionado en Mateo 21:30, "voy, señor, y no fui". "El primer acto de la fe salvadora consiste en descubrir y ver la infinita grandeza, bondad y otras excelencias de la naturaleza de Dios, de modo que juzgamos que es nuestro deber ante su llamado, su mandato y su promesa, negarnos a nosotros mismos, renunciar a todas las cosas, y hacerlo en consecuencia" (John Owen). Así debe ser nuestra obediencia al llamado de Dios y a toda manifestación de su voluntad. Debe ser una simple obediencia en sujeción a su autoridad, sin indagar la razón de la misma, y sin objetar ningún escrúpulo o dificultad contra ella.

"Observad que la fe, dondequiera que esté, produce obediencia: por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció a Dios. La fe y la obediencia nunca pueden separarse; como el sol y la luz, el fuego y el calor. Por eso leemos de la "obediencia de la fe" (Romanos 1:5). La obediencia es hija de la fe. La fe no sólo tiene que ver con la gracia de Dios, sino con el deber de la criatura. Al aprehender la gracia, obra sobre el deber: 'la fe obra por el amor' (Gálatas 5:6); llena el alma con la aprehensión del amor de Dios, y luego se vale de la dulzura

del amor para impulsarnos a más trabajo u obediencia. Toda nuestra obediencia a Dios proviene del amor a Dios, y nuestro amor proviene de la persuasión del amor de Dios hacia nosotros. El argumento y el discurso que hay en un alma santificada se establece así: 'Vivo por la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí' (Gálatas 2:20). ¿No harás esto por Dios, que te amó? por Jesucristo, que se entregó por ti? La fe obra la obediencia ordenando los afectos" (Thomas. Manton, 1680).

"Salió sin saber a dónde iba". Cómo demuestra esto la realidad y el poder de su fe: dejar una posesión presente por una futura. La obediencia de Abraham es más conspicua porque en el momento en que Dios lo llamó, no especificó a qué tierra debía viajar, ni dónde estaba ubicada. Por lo tanto, fue por fe y no por vista, que avanzó. Era necesaria la confianza implícita en Aquel que le había llamado por parte de Abraham. Imagínate que un total desconocido viene y te pide que le sigas, sin decirte dónde. Emprender un viaje de duración desconocida, difícil y peligroso, hacia una tierra de la que no sabía nada, exigía una fe real en el Dios vivo. Ved aquí el poder de la fe para triunfar sobre las desganas carnales, para superar los obstáculos, para cumplir los deberes difíciles. Lector, ¿es ésta la naturaleza de tu fe? ¿Produce tu fe obras que no sólo están por encima del poder de la simple naturaleza para realizarlas, sino que son directamente contrarias a ella?

La fe de Abraham es difícil de encontrar en estos días. Hay mucha palabrería y jactancia, pero la mayor parte son palabras vacías: las obras de Abraham brillan por su ausencia, en la gran mayoría de los que dicen ser sus hijos. Al cristiano se le exige que ponga sus afectos en las cosas de arriba, y no en las de abajo (Colosenses 3:1). Se le exige que camine por fe, y no por vista; que recorra el camino de la obediencia a los mandatos de Dios, y no que se complazca a sí mismo; que vaya y haga todo lo que el Señor le ordene. Aunque los mandatos de Dios parezcan severos o irrazonables, debemos obedecerlos: "Que nadie se engañe a sí mismo; si alguno de vosotros parece ser sabio en este mundo, que se haga tonto para ser sabio" (1 Corintios 3:18); "Y a todos les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame" (Lucas 9:23).

Pero una obediencia como la que Dios requiere, sólo puede proceder de una fe sobrenatural. Una confianza inquebrantable en el Dios vivo, y una entrega sin reservas a su santa voluntad, siendo cada paso de nuestras vidas ordenado por su Palabra (Salmo 119:105), sólo puede provenir de una obra milagrosa de gracia que él mismo ha realizado en el corazón. Cuántos hay que profesan ser el pueblo de Dios, pero sólo le obedecen mientras consideran que sus propios intereses están siendo servidos. ¡Cuántos no están dispuestos a dejar de comerciar en el día de reposo porque temen que se pierdan unos cuantos dólares! Ahora bien, así como un viajero a pie, que emprende un largo viaje a través de un país desconocido, busca un guía confiable, se compromete con su conducción, confía en su conocimiento, y lo sigue implícitamente por montes y valles, así Dios requiere que nos comprometamos plenamente con él, confiando en su fidelidad, sabiduría y poder, y cediendo a toda demanda que nos haga.

"Salió sin saber a dónde iba". Lo más probable es que muchos de sus vecinos y conocidos en Caldea le preguntaran por qué los dejaba y a dónde se dirigía. Imagínense su sorpresa cuando Abraham tuvo que decir: "No sé". ¿Podrían apreciar el hecho de que estaba caminando por fe y no por vista? ¿Lo elogiarían por seguir las órdenes divinas? ¿No lo considerarían más bien un loco? Y, querido lector, los impíos no entenderán más los motivos que impulsan a los verdaderos hijos de Dios hoy, de lo que pudieron entender los caldeos a Abraham; los cristianos profesantes no regenerados que nos rodean, no aprobarán más nuestro estricto cumplimiento de los mandatos de Dios que los vecinos paganos de Abraham. El mundo se rige por los sentidos, no por la fe; vive para complacer al yo, no a Dios. Y si el mundo no nos considera locos a ti y a mí, entonces hay algo radicalmente equivocado en nuestros corazones y en nuestras vidas.

Queda un punto más por considerar, y debemos concluir de mala gana este capítulo. La obediencia de la fe de Abraham fue para "una tierra que después recibiría como herencia" (v. 8). Literalmente, esa "herencia" era Canaán; espiritualmente, presagiaba el Cielo. Ahora bien, si Abraham se hubiera negado a hacer la ruptura radical que hizo de su vieja vida, a crucificar los afectos de la

carne y a abandonar Caldea, nunca habría llegado a la tierra prometida. La "herencia" del cristiano es puramente de gracia, pues ¿qué puede hacer un hombre en el tiempo para ganar algo que es eterno? Es totalmente imposible que una criatura finita realice algo que merezca una recompensa infinita. Sin embargo, Dios ha marcado un camino determinado que conduce a la Herencia prometida: el camino de la obediencia, el "Camino Estrecho" que "conduce a la Vida" (Mateo 7:14), y sólo llegan al Cielo quienes recorren ese camino hasta el final.

Como ahora reina la mayor confusión sobre este tema, y como muchos, por una reserva injustificada, tienen miedo de hablar claramente al respecto, nos sentimos obligados a añadir un poco más. Se requiere de nosotros una obediencia incondicional: no para proporcionarnos un título para el cielo, que se encuentra únicamente en los méritos de Cristo; no para capacitarnos para el cielo, que es suministrado únicamente por la obra sobrenatural del Espíritu en el corazón; sino para que Dios pueda ser reconocido y honrado por nosotros en nuestro camino hacia allí, para que podamos probar y manifestar la suficiencia de Su gracia, para que podamos proporcionar evidencia de que somos SUS hijos, para que podamos ser preservados de aquellas cosas que de otra manera nos destruirían, sólo en el camino de la obediencia podemos evitar aquellos enemigos que buscan matarnos.

Oh, querido lector, como valoras tu alma, te rogamos que no desprecies estas palabras, y en particular los párrafos finales, porque su enseñanza difiere radicalmente de lo que estás acostumbrado a oír o leer. El camino de la obediencia debe ser recorrido si alguna vez quieres llegar al Cielo. Muchos conocen esa senda o "camino", pero no andan por ella: véase 2 Pedro 2:20. Muchos, como la mujer de Lot, empiezan a recorrerlo y luego se apartan de él: véase Lucas 9:62. Muchos lo siguen durante un tiempo, pero no perseveran; y, como el Israel de antaño, perecen en el desierto. Ningún rebelde puede entrar en el Cielo; el que está encerrado en sí mismo no puede; ningún alma desobediente lo hará. Sólo participarán de la "herencia" celestial aquellos que sean "hijos de Abraham", que tengan su fe, sigan sus ejemplos, realicen sus obras. Que el Señor se digne añadir sus bendiciones a lo anterior, y a Él será toda la alabanza.

CAPÍTULO 6. La vida de Abraham

(Hebreos 11:9, 10)

En el capítulo anterior consideramos la aparición del Señor al idólatra Abraham en Caldea, el llamado que entonces recibió para romper completamente con su antigua vida, y avanzar en la fe en completa sujeción a la voluntad revelada de Dios. Esto lo contemplamos como una figura y un tipo, una ilustración y un ejemplo de una característica esencial de la regeneración, a saber, que Dios llama eficazmente a sus elegidos de la muerte a la vida, de las tinieblas a su maravillosa luz, con los benditos frutos que esto produce. Como vimos en la última ocasión, se produjo un poderoso cambio en Abrahán, de modo que su modo de vida se alteró por completo: "Por la fe, Abraham, cuando fue llamado a salir a un lugar que después recibiría como herencia, obedeció; y salió sin saber a dónde iba".

Antes de pasar a los versículos que van a formar nuestra presente porción, preguntemos primero y tratemos de responder a la siguiente pregunta: ¿Fue perfecta la respuesta de Abraham al llamado de Dios? ¿Fue su obediencia impecable? Ah, querido lector, ¿es difícil anticipar la respuesta? Sólo ha habido una vida perfecta vivida en esta tierra. Además, si no hubiera habido ningún fracaso en el caminar de Abraham, ¿no habría sido defectuoso el tipo? Pero los tipos de Dios son precisos en cada punto, y en su Palabra el Espíritu ha retratado los caracteres de su pueblo con los colores de la verdad y la realidad. Los ha descrito fielmente como eran en realidad. Es cierto que una obra sobrenatural de gracia había sido realizada en Abraham, pero la "carne" no había sido quitada de él. Es cierto que se le había comunicado una fe sobrenatural, pero la raíz de la incredulidad no había sido quitada de él. Dos principios contrarios estaban actuando en Abraham (como lo están en nosotros), y ambos se evidenciaban.

Las exigencias de Dios a Abrahán fueron claramente dadas a conocer: "Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré" (Génesis 12:1). La primera respuesta que dio a esto está registrada en Génesis 11:31: "Y tomó Taré a su hijo Abram, y a Lot, hijo de Harán, hijo de su hijo, y a Sarai, su nuera, mujer de su hijo Abram; y salieron con ellos de Ur de los Caldeos, para ir a la tierra de Canaán; y llegaron a Harán, y habitaron allí". Abandonó Caldea, pero en lugar de separarse de su "parentela", permitió que su sobrino Lot lo acompañara; en lugar de abandonar la casa de su padre, se permitió que Taré tomara la delantera; y en lugar de entrar en Canaán, Abraham se detuvo en seco y se estableció en Harán. Abraham contemporizó: su obediencia fue parcial, vacilante, tardía. Cedió a los afectos de la carne. Ay, ¿no pueden tanto el escritor como el lector ver aquí un claro reflejo de sí mismo, un retrato de sus propios y tristes fracasos? Sí, "Como en el agua el rostro responde al rostro, así el corazón del hombre al hombre" (Proverbios 27:19).

Pero busquemos seriamente la gracia en este punto para estar muy en guardia, no sea que "desbaratemos" (2 Pedro 3:16) para nuestro propio daño lo que acaba de ser presentado ante nosotros. Si surge el pensamiento "Oh, bueno, Abraham no era perfecto, no siempre hizo lo que Dios le mandó, así que no se puede esperar que yo lo haga mejor que él", entonces reconoce que esto es una tentación del Diablo. Los fracasos de Abraham no están registrados para que nos refugiemos detrás de ellos, para que los convirtamos en tantos paliativos para nuestras propias caídas pecaminosas; no, más bien deben ser considerados como tantas advertencias para que las tomemos a pecho y las atendamos en oración. Tales advertencias sólo nos dejan más sin excusa. Y cuando descubrimos que hemos repetido tristemente las recaídas de los santos del Antiguo Testamento, ese mismo descubrimiento debería humillarnos aún más ante Dios, llevarnos a un arrepentimiento más profundo, conducirnos a una creciente desconfianza en nosotros mismos, y desembocar en una búsqueda más ferviente y constante de la gracia divina para que nos sostenga y mantenga en los caminos de la justicia.

Aunque Abraham fracasó, no hubo fracaso en Dios. Es una bendición contemplar su larga paciencia, su gracia sobreabundante, su fidelidad inmutable y el cumplimiento final de su propio propósito. Esto nos revela, para alegría de nuestros corazones y alabanza de nuestras almas, otra razón por la que el

Espíritu Santo ha dejado constancia tan fielmente de las sombras así como de las luces en las vidas de los santos del Antiguo Testamento: No sólo han de servirnos como solemnes advertencias, sino también como tantos ejemplos de esa maravillosa paciencia de Dios que soporta tan larga y tiernamente la torpeza y el descarrío de sus hijos; ejemplos también de esa infinita misericordia que no trata a su pueblo según sus pecados, ni lo recompensa según sus iniquidades. Oh, cómo la comprensión de esto debería derretir nuestros corazones, y evocar la verdadera adoración y acción de gracias al "Dios de toda gracia" (1 Pedro 5:10). Así será, así debe ser, en cada alma verdaderamente regenerada: aunque los no regenerados sólo convertirán la misma gracia de Dios "en lascivia" (Judas 4) para su perdición eterna.

La secuela de Génesis 11:31 se encuentra en 12:5, "Y tomó Abram a Sarai su mujer, y a Lot el hijo de su hermano, y toda su hacienda que habían recogido, y las almas que habían adquirido en Harán; y salieron para ir a la tierra de Canaán, y a la tierra de Canaán llegaron". Aunque Abraham se había establecido en Harán, Dios no le permitió continuar allí indefinidamente. El Señor se había propuesto que entrara en Canaán, y ningún propósito suyo puede fallar. Por lo tanto, Dios lo echó del nido que se había hecho (Deuteronomio 32:11), y es muy solemne observar los medios que utilizó: "Y Taré murió en Harán (Génesis 11:32 y cf. Hechos 7:4): ¡la muerte tuvo que llegar antes de que Abraham dejara la Casa de la Mitad del Camino! Nunca comenzó a cruzar el desierto hasta que la muerte cortó ese lazo de la carne que lo había retenido. Pero lo que nos interesa especialmente en este punto es el maravilloso amor de Dios hacia su hijo descarriado.

"Yo soy el Señor, no cambio; por eso vosotros, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos" (Malaquías 3:6).

Bendito, tres veces bendito, es esto. Aunque los perros puedan consumirlo para su propia ruina, eso no debe hacernos retener esta dulce porción del "pan de los hijos". La inmutabilidad de la naturaleza divina es la indemnización de los santos; la inmutabilidad de Dios proporciona la más plena seguridad de su

fidelidad en las promesas. Ningún cambio en nosotros puede alterar su mente, ninguna infidelidad de nuestra parte hará que Él revoque su palabra. Aunque seamos inestables, aunque seamos tentados con frecuencia, aunque seamos tropezados con frecuencia, sin embargo, Dios "nos confirmará hasta el fin...". Dios es fiel" (1 Corintios 1:8, 9). Los poderes de Satanás y del mundo están contra nosotros, el sufrimiento y la muerte ante nosotros, un corazón traicionero y temeroso dentro de nosotros; sin embargo, Dios "nos confirmará hasta el fin". Lo hizo con Abraham; lo hará con nosotros. Aleluya.

"Por la fe habitó en la tierra prometida, como en tierra extraña, habitando en tabernáculos con Isaac y Jacob, herederos con él de la misma promesa" (Heb.11:9). Este versículo nos presenta el segundo efecto o prueba de la fe de Abraham. En el versículo anterior el Apóstol había hablado del lugar de donde fue llamado Abraham, aquí del lugar al que fue llamado. Allí había mostrado el poder de la fe en la abnegación en la obediencia al mandato de Dios, aquí contemplamos la paciencia y la constancia de la fe en la espera del cumplimiento de la promesa. Pero la mera lectura de este versículo por sí sola no puede impresionarnos mucho: necesitamos consultar diligentemente y ponderar cuidadosamente otros pasajes, para estar en condiciones de apreciar su verdadera fuerza.

En primer lugar se nos dice: "Y pasó Abram por la tierra hasta el lugar de Siquem, hasta la llanura de Moreh. Y el cananeo estaba entonces en la tierra". A menos que una obra sobrenatural de la gracia hubiera sido obrada en el corazón de Abraham, sometiendo (aunque no erradicando) sus deseos y razonamientos naturales, ciertamente no habría permanecido en Canaán. Un pueblo idólatra ya estaba ocupando la tierra. De nuevo, se nos dice que "Él (Dios) no le dio ninguna herencia en ella, ni siquiera para poner el pie" (Hechos 7:5). Sólo las extensiones no reclamadas, que eran utilizadas comúnmente por quienes tenían rebaños y manadas, estaban disponibles para su uso. No poseía ni un acre, pues tuvo que "comprar" una parcela para enterrar a sus muertos (Génesis 23). Qué prueba de fe fue ésta, pues Hebreos 11:8 declara expresamente que después iba a "recibir" esa tierra "como herencia". Sin embargo, en lugar de que esto represente una dificultad, sólo realza la belleza y la exactitud del tipo.

El cristiano también ha sido engendrado "para una herencia" (1 Pedro 1:4), pero no entra plenamente en ella en el momento en que es llamado de la muerte a la vida. No, en cambio, se le deja aquí (muy a menudo) durante muchos años para que luche en un mundo hostil y contra un Diablo adverso. Durante esa lucha se encuentra con muchos desalientos y recibe numerosas heridas. Hay que cumplir duros deberes, superar dificultades y soportar pruebas, antes de que el cristiano entre plenamente en la herencia a la que la gracia divina le ha destinado. Y nada más que una fe divinamente otorgada y divinamente mantenida es suficiente para estas cosas: sólo ella sostendrá el corazón frente a las pérdidas, los reproches y las dolorosas demoras. Así fue con Abraham: fue "por la fe" que dejó la tierra de su nacimiento, emprendió un viaje que no sabía a dónde, cruzó un desierto lúgubre, y luego permaneció en tiendas durante más de medio siglo en una tierra extraña. Con razón dijo el puritano Manton:

"Por el hecho de que Dios educó a Abraham en un curso de dificultades, vemos que no es un asunto fácil ir al cielo; hay una gran cantidad de problemas para separar a un creyente del mundo, y hay una gran cantidad de problemas para fijar el corazón en la expectativa del cielo. Primero debe haber abnegación al salir del mundo, y divorciarnos de nuestros pecados más íntimos y de nuestros intereses más queridos; y luego debe haber paciencia al esperar la misericordia de Dios para la vida eterna, esperando su tiempo libre así como cumpliendo su voluntad. Este es el tiempo de nuestro ejercicio, y debemos esperarlo, ya que el padre de los fieles se formó así antes de poder heredar las promesas".

"Por la fe habitó en la tierra prometida, como en tierra extraña". La fuerza de esto será más evidente si unimos dos afirmaciones del Génesis: "Y el cananeo estaba entonces en la tierra" (12:6) "Y el Señor dijo a Abram . . toda la tierra que ves te la daré a ti y a tu descendencia para siempre" (13:14, 15). Este era el terreno sobre el que descansaba la fe de Abraham, la palabra clara de Aquel que no puede mentir. En esa promesa descansaba su corazón, y por lo tanto estaba ocupado no con los cananeos que estaban entonces en la tierra, sino con el invisible Jehová que se la había prometido. Cuán diferente fue el caso de los espías, que, en un día posterior, subieron a esta misma tierra, con la seguridad

del Señor de que era una "buena tierra". Su informe fue: "La tierra por la que hemos pasado para registrarla, es una tierra que devora a sus habitantes; y todos los pueblos que vimos en ella son hombres de gran estatura. Y allí vimos a los gigantes, hijos de Anac, que vienen de los gigantes; y éramos a nuestros ojos como saltamontes, y así éramos a sus ojos" (Números 13:32, 33).

"Por la fe habitó en la tierra prometida, como en tierra extraña". Así como fue por la fe que Abraham salió de Caldea, así fue por la fe que permaneció, fuera del país del cual era originalmente nativo. Esto ilustra el hecho de que no sólo nos convertimos en cristianos por un acto de fe (la entrega de todo el hombre a Dios), sino que como cristianos estamos llamados a vivir por fe (Gálatas 2:20), a caminar por fe y no por vista (2 Corintios 5:7). El lugar en el que Abraham se encontraba ahora se llama aquí "la tierra de la promesa", en lugar de Canaán, para enseñarnos que es la promesa de Dios la que da vigor a la fe. Obsérvese cómo tanto Moisés como Josué, más tarde, trataron de avivar la fe de los israelitas por este medio: "Escucha, pues, oh Israel, y procura hacer, para que te vaya bien, y para que crezcas poderosamente, como el Señor, el Dios de tus padres, te ha prometido" (Deuteronomio 6:3). "Y el Señor, tu Dios, los expulsará de delante de ti, y los echará de tu vista; y poseerás su tierra, como el Señor, tu Dios, te ha prometido" (Josué 23:5).

"Como en un país extraño". Esto nos dice cómo consideraba Abraham aquella tierra que entonces estaba ocupada por los cananeos, y cómo se comportó en ella. No compró ninguna finca, ni construyó ninguna casa, ni se alió con sus habitantes. Es cierto que estableció una alianza de paz y amistad con Aner, Escol y Mambré (Génesis 14:13), pero fue como un extranjero, y no como alguien que tenía algo propio en esa tierra. No consideraba aquel país más suyo que cualquier otra tierra del mundo. No tomó parte en su política, no tuvo nada que ver con su religión, tuvo muy poca comunión social con su gente, sino que vivió por fe y encontró su alegría y satisfacción en la comunión con el Señor. Esto nos enseña que, aunque el cristiano sigue estando en el mundo, no es de él, ni debe cultivar su amistad (Santiago 4:4). Puede utilizarlo según lo requiera la necesidad, pero debe estar siempre en guardia de oración para no abusar de él (1 Corintios 7:31).

"Morar en tiendas". Estas palabras nos informan tanto de la forma de vida como de la disposición del corazón de Abraham durante su estancia en Canaán. Considerémoslas desde este doble punto de vista. Abraham no se comportó como poseedor de Canaán, sino como extranjero y peregrino en ella. A los hijos de Het les confesó: "Soy extranjero y peregrino con vosotros" (Génesis 23:4). Como padre de los fieles, dio un ejemplo de abnegación y paciencia. No es que no pudiera comprar una finca, construir una mansión elaborada y establecerse en algún lugar atractivo, pues Génesis 13:2 nos dice que "Abraham era muy rico en ganado, en plata y en oro"; pero Dios no lo había llamado a esto. Ah, lector mío, un palacio sin la presencia disfrutada del Señor no es más que una baratija vacía; mientras que una mazmorra ocupada por alguien en verdadera comunión con Él, puede ser el mismo vestíbulo del cielo.

Viviendo en un país extraño, rodeado de paganos malvados, ¿no habría sido más sabio para Abraham erigir un castillo fuertemente fortificado? Una "tienda" ofrece poca o ninguna defensa contra los ataques. Ah, pero "el ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen, y los libra". Y Abraham temía y confiaba en Dios. "Cuando la fe permite a los hombres vivir para Dios, como para sus intereses eternos, los capacitará para confiar en él en todas las dificultades, peligros y riesgos de esta vida. Pretender confiar en Dios en lo que respecta a nuestras almas y cosas invisibles, y no renunciar a nuestros asuntos temporales con paciencia y tranquilidad a su disposición, es una vana pretensión. Y podemos tomar de esto una prueba eminente de nuestra fe. Demasiados se engañan a sí mismos con una presunción de fe en las promesas de Dios, en cuanto a las cosas futuras y eternas. Suponen que creen de tal manera que serán salvados eternamente, pero si son llevados a cualquier prueba, en cuanto a las cosas temporales, que les concierne, no saben lo que pertenece a la vida de la fe, ni cómo confiar en Dios de la manera debida. No fue así con Abraham: su fe actuó uniformemente con respecto a las providencias, así como a las promesas de Dios" (John Owen).

El hecho de que Abram "habitara en tiendas" también denotaba la disposición de su corazón. Una vida de fe es aquella que tiene respeto por las cosas espirituales

y eternas, y por lo tanto uno de sus frutos es contentarse con una porción muy pequeña de las cosas terrenales. La fe no sólo engendra una confianza y una alegría en las cosas prometidas, sino que también obra una compostura de espíritu y una sumisión a la voluntad del Señor. Un poco serviría a Abraham en la tierra porque esperaba mucho en el Cielo. Nada está más calculado para librar al corazón de la codicia, de desear las cosas perecederas del tiempo y del sentido, de envidiar a los pobres ricos, que prestar atención a esa exhortación: "Poned vuestro afecto en las cosas de arriba, no en las de la tierra" (Colosenses 3:2). Pero una cosa es citar ese versículo y otra ponerlo en práctica. Si somos hijos de Abraham, debemos emular el ejemplo de Abraham. ¿Están mortificados nuestros afectos carnales? ¿Podemos someternos a la comida de un peregrino sin murmurar? ¿Soportamos la dureza como buenos soldados de Jesucristo (2 Timoteo 2:3)?

La vida en tienda de los patriarcas demostraba su carácter peregrino: ponía de manifiesto su satisfacción por vivir en la superficie de la tierra, pues una tienda no tiene cimientos y puede ser montada o desmontada en un momento dado. Eran peregrinos y estaban de paso en este escenario del desierto sin echar raíces en él. Su vida en la tienda hablaba de su separación de los atractivos del mundo, la política, las amistades y la religión. Es profundamente significativo observar que cuando se hace referencia a la "tienda" de Abraham, se menciona también su "altar": "y levantó su tienda, teniendo Betel al occidente y Has al oriente, y edificó allí un altar a Jehová" (Génesis 12:8); "y siguió sus viajes... hasta el lugar donde había estado su tienda al principio, hasta el lugar del altar" (Génesis 13:3, 4); "Entonces Abram quitó su tienda, y vino y habitó en la llanura de Mamre, que está en Hebrón, y edificó allí un altar a Jehová" (13:18). Observe cuidadosamente el orden en cada uno de estos pasajes: debe haber una separación del corazón del mundo antes de que un Dios tres veces santo pueda ser adorado en espíritu y en verdad.

"Morando en tiendas con Isaac y Jacob, herederos con él de la misma promesa". El griego es aquí más expresivo que nuestra traducción: "en tiendas morando": el Espíritu Santo enfatizó primero no el acto de morar, sino el hecho de que esta morada era en tiendas. La mención de Isaac y Jacob en este versículo es con el propósito de llamar nuestra atención al hecho adicional de que Abraham

continuó así por el espacio de casi un siglo, Jacob no nació hasta que había permanecido en Canaán durante ochenta y cinco años. Aquí se nos enseña que "una vez que estamos comprometidos y nos hemos entregado a Dios en una forma de creer, no debe haber elección, ni división, ni vacilación, ni división a medias; sino que debemos seguirlo plenamente, enteramente, viviendo por fe en todas las cosas" (John Owen), y eso hasta el mismo final de nuestro curso terrenal.

No parece que haya nada que nos obligue a creer que Isaac y Jacob compartieron la tienda de Abraham, sino más bien el pensamiento de que también vivieron la misma vida de peregrinos en Canaán: así como Abraham fue un peregrino en esa tierra, sin ninguna posesión allí, ellos también lo fueron. El "con" puede extenderse para abarcar todo lo que se dice en la parte anterior del versículo, indicando que fue "por la fe" que tanto el hijo como el nieto de Abraham siguieron el ejemplo que se les dio. Las palabras que siguen lo confirman: eran "herederos con él de la misma promesa". Se trata de una expresión sorprendente, ya que normalmente los hijos son simplemente "herederos" y no coherentes con sus padres. Esto nos muestra que Isaac no estaba en deuda con Abraham por la promesa, ni Jacob con Isaac, recibiendo cada uno la misma promesa directamente de Dios. Esto queda claro al comparar Génesis 13:15 y 17:8 con 26:3 y 28:13, 35:12. También nos dice que si queremos tener interés en las bendiciones de Abraham, debemos caminar en los pasos de su fe.

El principio ejemplificado en la última cláusula de Hebreos 11:9 es muy bendito y a la vez muy escrutador. Los santos de Dios tienen todos la misma disposición espiritual. Son miembros de la misma familia, unidos al mismo Cristo, habitados por el mismo Espíritu. "Y la multitud de los que creyeron tenían un solo corazón y una sola alma" (Hechos 4:32). Se rigen por las mismas leyes: "Pondré mis leyes en su mente y las escribiré en sus corazones" (Hebreos 8:10). Todos tienen un mismo objetivo: agradar a Dios y glorificarlo en la tierra. Están llamados a los mismos privilegios: "a los que han obtenido una fe tan preciosa como la nuestra", etc. (2 Pedro 1:1).

"Porque esperaba una ciudad que tiene fundamentos, cuyo constructor y hacedor es Dios" (Hebreos 11:10). Ah, aquí está la explicación de lo que se ha expuesto en el versículo anterior, como lo indica el "porque" inicial; Abraham caminaba por fe, y no por vista, y por lo tanto su corazón estaba puesto en las cosas de arriba y no en las de abajo. Es el ejercicio de la fe y la esperanza hacia los objetos celestiales lo que nos hace llevar un corazón suelto hacia las comodidades mundanas. Abraham comprendió que su porción y su posesión no estaban en la tierra, sino en el cielo. Fue esto lo que le hizo contentarse con habitar en tiendas. No construyó una ciudad, como hizo Caín (Génesis 4:17), sino que "buscó" una de la cual Dios mismo es el Hacedor. Qué ilustración y ejemplificación fue esta del versículo inicial de nuestro capítulo: "La fe es la sustancia de lo que se espera, la evidencia de lo que no se ve".

Lo que Abraham esperaba era el Cielo mismo, aquí comparado con una ciudad con fundamentos, en manifiesta antítesis de las "tiendas" que no tienen fundamentos. Se utilizan varias figuras para expresar la porción eterna de los santos. Se le llama "herencia" (1 Pedro 1:4), para significar la libertad de su tenencia. Se la denomina "muchas mansiones" en la Casa del Padre. Se le llama "país celestial" (Hebreos 11:16) para significar su amplitud. Hay varias semejanzas entre el Cielo y una "ciudad". Una ciudad es una sociedad civil que está bajo gobierno: así en el Cielo hay una sociedad de ángeles y santos gobernados por Dios: Hebreos 12:22-24. En los días de la Biblia, una ciudad era un lugar seguro, ya que estaba rodeada de fuertes y altos muros: así en el Cielo estaremos eternamente seguros del pecado y de Satanás, de la muerte y de todo enemigo. Una ciudad está bien abastecida de provisiones: así en el Cielo no faltará nada que sea bueno y bendito. Los "cimientos" de la Ciudad Celestial son el decreto y el amor eterno de Dios, el pacto inalterable de la gracia, Cristo Jesús la Roca de los Siglos, sobre la cual se mantiene firme e inamovible.

Es el poder de una fe que es activa y operativa la que sostendrá el corazón bajo las dificultades y los sufrimientos como ninguna otra cosa lo hará. "Por lo cual no desmayamos, sino que, aunque nuestro hombre exterior perezca, el interior se renueva de día en día. Porque nuestra ligera aflicción, que es momentánea, nos produce un peso de gloria mucho más grande y eterno; mientras no miramos las cosas que se ven, sino las que no se ven; porque las cosas que se ven son

temporales, pero las que no se ven son eternas" (2 Corintios 4:16-18). Como bien dijo J. Owen: "Esta es una descripción completa de la fe de Abraham, en la operación y el efecto que aquí le atribuye el Apóstol. Y en esto es ejemplar y alentador para todos los creyentes bajo sus actuales pruebas y sufrimientos".

Ah, hermanos míos, ¿no vemos, por lo que hemos visto, por qué las atracciones del mundo o los efectos deprimentes del sufrimiento, tienen tal poder sobre nosotros? ¿No es porque somos negligentes en la estimulación de nuestra fe para "aferrarnos a la esperanza que está puesta ante nosotros"? Si meditáramos con más frecuencia en la gloria y la dicha del Cielo, y nos viéramos favorecidos con los presentimientos de la misma en nuestras almas, ¿no suspiraríamos por ella con más ardor y avanzaríamos hacia ella con más ahínco? "Abraham se alegró de ver el día de Cristo, y lo vio, y se alegró" (Juan 8:56); y si tuviéramos pensamientos más serios y espirituales del Día venidero, no estaríamos tan tristes como a menudo lo estamos. "El que tiene esta esperanza en Él, se purifica a sí mismo, así como Él es puro" (1 Juan 3:3), porque eleva el corazón por encima de esta escena y nos lleva en espíritu dentro del velo. Cuanto más atraiga nuestro corazón al cielo, menos nos atraerán las pobres cosas de este mundo.

CAPÍTULO 7. La fe de Sara

(Hebreos 11:11, 12)

En los versículos que ahora nos ocupan, el Apóstol llama la atención sobre el maravilloso poder de una fe dada por Dios para ejercitarse en presencia de las circunstancias más desalentadoras, perseverar frente a los obstáculos más formidables y confiar en que Dios hará lo que a la razón humana le parece totalmente imposible. Nos muestran que esta fe fue ejercitada por una mujer frágil y anciana, que al principio se vio obstaculizada y resistida por las obras de la incredulidad, pero que al final confió en la veracidad de Dios y descansó en su promesa. Muestran lo intensamente práctica que es la fe: que no sólo eleva el alma al cielo, sino que es capaz de extraer fuerzas para el cuerpo en la tierra. Demuestran qué grandes finales surgen a veces de pequeños comienzos, y que como una piedra arrojada a un lago produce círculos cada vez más grandes en las aguas ondulantes, así la fe da frutos que aumentan de generación en generación.

Cuanto más se reflexione sobre el versículo 11 del presente capítulo, más evidente resultará que la fe de la que se habla es de un orden radicalmente distinto a la fe mental y teórica de los soñadores de sillón. La "fe" de la gran mayoría de los que profesan ser cristianos es tan diferente de la descrita en Hebreos 11 como las tinieblas de la luz. La primera se queda en palabras, la otra se expresa en hechos. La una se rompe cuando se la pone a prueba, la otra sobrevive a todas las pruebas a las que se la expone. La una es inoperante e ineficaz, la otra era activa y poderosa. La una es improductiva, la otra dio frutos para la gloria de Dios. Ah, ¿no es evidente que la gran diferencia entre ellas es que una es meramente humana, la otra divina; una meramente natural, la otra totalmente sobrenatural? Esto es lo que nuestros corazones y nuestras conciencias necesitan para asir y convertir en oración ferviente.

Lo que acabamos de señalar debería ejercitar profundamente tanto al escritor como al lector. Debería escudriñarnos a fondo, haciéndonos sopesar seria y diligentemente el carácter de nuestra "fe". De poco sirve entretenerse con artículos interesantes, si no nos llevan a un cuidadoso autoexamen. De poco sirve que nos asombremos de los logros de la fe de los santos del Antiguo Testamento, a menos que nos avergüence y nos haga clamar poderosamente a Dios para que obre en nosotros una "fe tan preciosa". A menos que nuestra fe se traduzca en obras que la mera naturaleza no puede producir, a menos que nos permita "vencer al mundo" (1 Juan 5:4) y triunfar sobre los deseos de la carne, entonces tenemos graves motivos para temer que nuestra fe no sea "la fe de los elegidos de Dios" (Tito 1:1). Clama con David: "Examíname, Señor, y pruébame; prueba mis riendas y mi corazón" (Salmo 26:2).

No es que ningún cristiano viva una vida de fe perfecta: sólo el Señor Jesús lo hizo. No, porque en primer lugar, como todas las demás gracias espirituales, está sujeta a crecimiento (2 Tesalonicenses 1:3), y la plena madurez no se alcanza en esta vida. En segundo lugar, la fe no está siempre en ejercicio, ni podemos ordenar sus actividades: El que la otorgó, debe también renovarla. En tercer lugar, la fe de todo santo vacila a veces: lo hizo en Abraham, en Moisés, en Elías, en los Apóstoles. La carne está todavía en nosotros, y por lo tanto los razonamientos de la incredulidad están siempre listos (a menos que la gracia divina los someta) para oponerse a los actos de la fe. No instamos, pues, al lector a que busque en sí mismo una fe perfecta, ni en su crecimiento, ni en su constancia, ni en sus logros. Más bien debemos buscar la ayuda divina y asegurarnos de si tenemos una fe superior a la adquirida por la educación religiosa; si tenemos una fe que, a pesar de las luchas de la incredulidad, confía en el Dios vivo; si tenemos una fe que produce algún fruto que emana manifiestamente de una raíz espiritual.

Después de hablar de la fe de Abraham, el Apóstol menciona ahora la de Sara. "Observad qué bendición es cuando el marido y la mujer son compañeros de fe, cuando ambos en el mismo yugo trazan un camino. Abraham es el padre de los fieles, y Sara es recomendada entre los creyentes como compañera en las mismas promesas, y en las mismas dificultades y pruebas. Así se dice de Zacarías e Isabel: 'Y ambos eran justos delante de Dios, andando

irreprochablemente en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor' (Lucas 1:6). Es un poderoso estímulo cuando el compañero constante de nuestras vidas es también un compañero en la misma fe. Esto debe orientarnos en el asunto de la elección: no puede ser una ayuda para el encuentro que va en sentido contrario en la religión. La religión decae en las familias por nada, como por la falta de cuidado en los encuentros" (T. Manton).

"Por la fe también la misma Sara recibió fuerza para concebir la simiente, y dio a luz un hijo cuando ya había pasado la edad, porque juzgó fiel al que había prometido" (Hebreos 11:11). Hay cinco cosas en las que hay que centrar nuestra atención. Primero, los impedimentos de su fe: eran su esterilidad, su vejez y su incredulidad. Segundo, el efecto de su fe: "recibió fuerza para concebir". Tercero, la constancia de su fe: confió en Dios hasta la liberación o el nacimiento del niño. Cuarto, el fundamento de su fe: se apoyó en la veracidad del Promotor Divino. Quinto, el fruto de su fe: la numerosa posteridad que surgió de su hijo Isaac. Consideremos cada uno de ellos por separado.

"Por la fe también la propia Sara". El griego es el mismo aquí que en todos los demás versículos, y debería haberse traducido uniformemente "Por la fe", etc. La palabra "también" parece añadirse con un doble propósito. En primer lugar, para contrarrestar y corregir cualquier error que pudiera suponer que las mujeres estaban excluidas de las bendiciones y privilegios de la gracia. Es cierto que en la esfera oficial Dios les ha prohibido ocupar el lugar de gobierno o usurpar la autoridad sobre los hombres, de modo que se les ordena guardar silencio en las iglesias (1 Corintios 14:34), no se les permite enseñar (1 Timoteo 2:12), y se les ordena estar sujetas a sus maridos (Efesios 5:22). Pero en la esfera espiritual todas las desigualdades desaparecen, pues "no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay hombre ni mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús" (Gálatas 3:28), y por lo tanto el marido y la mujer creyentes son "herederos juntos de la gracia de la vida".

En segundo lugar, este "también" añadido nos informa de que, aunque era mujer, Sara ejerció la misma fe que Abraham. Ella había dejado Caldea cuando él lo

hizo, lo acompañó a Canaán, habitó con él en tiendas. No sólo eso, sino que actuó personalmente la fe en el Dios vivo. Necesariamente, porque ella estaba igualmente involucrada en la revelación divina con Abraham, y era tan parte de las grandes dificultades de su realización. La bendición de la simiente prometida le fue asignada y apropiada a ella, tanto como a él y por él; y por lo tanto se propone a la Iglesia como un ejemplo (1 Pedro 3:5, 6). "Así como Abraham fue el padre de los fieles, o de la Iglesia, así también ella fue la madre de ella, de tal manera que era necesaria la mención distintiva de su fe. Ella fue la mujer libre de la que surgió la Iglesia: Gálatas 4:22, 23. Y todas las mujeres creyentes son sus hijas: 1 Pedro 3:6" (John Owen).

"Por la fe también Sara misma recibió fuerza". La palabra "ella misma" es enfática: no fue sólo su esposo, por cuya fe podría recibir la bendición, sino por su propia fe que recibió la fuerza, y esto, a pesar de los obstáculos muy reales y formidables que se interpusieron en el camino de su ejercicio. Estos, como hemos señalado, eran tres. En primer lugar, no había tenido hijos durante los años habituales de embarazo: como nos informa Génesis 11:30, "Sarai era estéril"; "Sarai, la mujer de Abram, no le dio hijos" (Génesis 16:1). En segundo lugar, hacía tiempo que había superado la edad de procrear, ya que tenía "noventa años" (Génesis 17:17). En tercer lugar, la obra de la incredulidad se interpuso, persuadiéndola de que era totalmente contrario a la naturaleza y a la razón que una mujer, en tales circunstancias, diera a luz un hijo. Esto se ve en Génesis 18. Allí leemos que tres hombres se le aparecieron a Abraham, uno de los cuales era el Señor en manifestación teofánica. A él le dijo: "Sara, tu mujer, tendrá un hijo". Al oír esto "Sara se rió en su interior".

La risa de Sara era la de la duda y la desconfianza, pues dijo: "He envejecido". En seguida el Señor reprende su incredulidad, preguntando: "¿Hay algo demasiado difícil para el Señor? Al tiempo señalado volveré a ti, según el tiempo de la vida, y Sara tendrá un hijo". Solemne es en verdad la secuela. "Entonces Sara negó, diciendo: No me he reído; porque tenía miedo. Y él dijo: No, sino que te reíste" (Génesis 18:15). Siempre es una vergüenza hacer algo malo, pero una vergüenza mayor es negarlo. Era un pecado dar paso a la incredulidad, pero era añadir iniquidad a la iniquidad cubrirla con una mentira. Pero nos engañamos a nosotros mismos si pensamos en imponernos a Dios, pues nada puede ocultarse

a su ojo que todo lo ve. Al comparar Hebreos 11:11 con lo que se registra en Génesis 18, aprendemos que después de que el Señor hubo reprendido la incredulidad de Sara, y ella comenzó a darse cuenta de que la promesa venía de Dios, su fe fue puesta en ejercicio. Como su risa provenía de la debilidad y no del desprecio, Dios no la golpeó, como lo hizo con Zacarías por su incredulidad" (Lucas 1:20).

Son variadas las lecciones que se pueden aprender del incidente anterior. Muchas veces la Palabra no surte efecto inmediatamente. No lo hizo en el caso de Sara: aunque después creyó, al principio se rió. Sólo cuando se le repitió la promesa divina, su fe comenzó a actuar. Que los predicadores y los padres cristianos, que se desaniman por la falta de éxito, tomen esto en cuenta. De nuevo: ved aquí que antes de que se establezca la fe a menudo hay un conflicto: "¿tendré un hijo que sea viejo?" -la razón se opuso a la promesa. Así como cuando se enciende un fuego se ve el humo antes de la llama, así también antes de que el corazón se apoye en la Palabra hay generalmente duda y temor. Una vez más, observe la gracia con que Dios oculta los defectos de sus hijos: no se dice nada de la mentira de Rahab (Hebreos 11:31), de la impaciencia de Job (Santiago 5:11), ni aquí de la risa de Sara: "Sed, pues, seguidores de Dios, como hijos amados, y andad en amor" (Efesios 5:1, 2).

Consideremos a continuación lo que se atribuye aquí a la fe de Sara: "recibió fuerza para concebir la semilla". Obtuvo lo que antes no estaba en ella: ahora hubo una restauración de su naturaleza para realizar sus funciones normales. Su vientre muerto fue vivificado sobrenaturalmente. En respuesta a su fe, el Omnipotente hizo con Sara lo que había hecho con Abraham en respuesta a su confianza en Él: "Te he hecho padre de muchas naciones, delante de aquel a quien creyó, es decir, de Dios, que vivifica a los muertos" (Romanos 4:17). "Todo es posible para Dios"; sí, y también es cierto que "Todo es posible para el que cree" (Marcos 9:23): ¡cuán bendita y sorprendentemente ilustra esto el incidente que ahora tenemos ante nosotros! Oh, que hable a cada uno de nuestros corazones y nos haga anhelar y orar por un aumento de nuestra fe. Qué glorifica más a Dios que una mirada confiada a Él para que obre en y a través de nosotros lo que la mera naturaleza no puede producir.

"Por la fe también Sara recibió fuerza". Lector cristiano, esto se registra tanto para tu instrucción como para tu estímulo. La fe obró un vigor en el cuerpo de Sara donde antes no lo había. ¿No está escrito: "Pero los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas" (Isaías 40:31)? ¿Realmente creemos esto? ¿Actuamos como si lo hiciéramos? El escritor puede dar testimonio de la veracidad de esa promesa. Cuando estaba en Australia, editando esta revista, manteniendo una pesada correspondencia, y predicando cinco y seis veces cada semana, cuando había más de cien personas en la sombra, muchas veces ha arrastrado su cuerpo cansado al púlpito, y luego ha mirado al Señor para una definitiva revigorización del cuerpo. Nunca nos falló. Después de hablar durante dos horas, generalmente nos sentimos más frescos que cuando nos levantamos al principio del día. ¿Y por qué no? ¿No ha prometido Dios "suplir toda nuestra necesidad"? De cuántos es cierto que "no tenéis, porque no pedís (con fe)" (Santiago 4:2).

Ah, querido lector, "El ejercicio corporal es de poca utilidad; pero la piedad es provechosa para todo, pues tiene promesa de la vida presente y futura" (1 Timoteo 4:8): "provechoso" para el cuerpo, así como para el alma. Si bien reprobamos fuertemente mucho de lo que se hace ahora bajo el nombre de "curación por la fe", tenemos tan poca paciencia con la pretendida hipersantidad que desprecia cualquier mirada a Dios para el suministro de nuestras necesidades corporales. En este mismo capítulo que ahora comentamos, leemos de otros que "de la debilidad se hicieron fuertes" (Hebreos 11:34). Es triste ver a tantos de los queridos hijos de Dios viviendo muy por debajo de sus privilegios. Es cierto que muchos están bajo la mano castigadora de Dios. Pero esto no debe ser así: se debe buscar la causa, corregir el mal, confesar el pecado, buscar diligentemente la restauración tanto espiritual como temporal.

No queremos dar la impresión de que la única aplicación para nosotros de estas palabras, "Por la fe también Sara recibió fortaleza", se refiere a la reanimación del cuerpo físico; no es así, aunque esa es, sin duda, la primera lección que debemos aprender. Pero también hay un significado más elevado. Muchos cristianos sienten su debilidad espiritual: eso está bien, pero en lugar de que esto sea un obstáculo, debe procurar echar mano de la fuerza del Señor (Isaías 27:5).

A fin de cuentas, no es más que la falta de fe lo que permite que la "carne" nos impida dar los frutos evangélicos de la santidad. No desesperes de la fragilidad personal, sino avanza con la fuerza de Dios: "Fortalécete en el Señor y en el poder de su fuerza" (Efesios 6:10): convierte esto en una oración creyente para obtener la ayuda divina. "Aunque tu principio fue pequeño, tu fin último ha de ser muy grande" (Job 8:7).

¿Aún dice el lector: "Ah, pero tal experiencia no es para mí; ay, soy tan indigno, tan impotente; me siento tan sin vida y apático"? ¡Así era Sara! Sin embargo, "por la fe" ella "recibió fuerza". Y, querido amigo, la fe no se ocupa del yo, sino de Dios. "Abraham no consideró su propio cuerpo" (Romanos 4:19), ni tampoco Sara. Cada uno de ellos apartó la mirada del yo, y contó con Dios para obrar un milagro. Y Dios no les falló: Él está comprometido a honrar a aquellos que lo honran, y nada lo honra más que una expectativa confiada. Él siempre responde a la fe. No hay ninguna razón por la que debas permanecer débil y apático. Es cierto que sin Cristo no puedes hacer nada; pero en Él hay una plenitud infinita (Juan 1:16) de la que puedes echar mano. Entonces, a partir de este día, que tu actitud sea: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Filipenses 4:13). Recurre a Él, cuenta con Él: "hijo mío, esfuérzate en la gracia que hay en Cristo Jesús" (2 Timoteo 2:1).

"Y fue entregado un niño". El "y" conecta aquí lo que sigue con cada uno de los verbos anteriores. Fue "por la fe" que Sara "recibió la fuerza", y fue también "por la fe" que ahora fue "librada de un hijo". Es la constancia y la perseverancia de su fe lo que se insinúa aquí. No hubo aborto, ni aborto involuntario; ella confió en Dios hasta el final. Esto nos lleva a un tema sobre el que se escribe muy poco en estos días: el deber y el privilegio de las mujeres cristianas de contar con Dios para un resultado seguro en la época más difícil y crítica de sus vidas. La fe debe ejercerse no sólo en los actos de adoración, sino en los oficios ordinarios de nuestros asuntos diarios. Debemos comer y beber con fe; trabajar y dormir con fe; y la esposa cristiana debe dar a luz a su hijo por fe. El peligro es grande, y si en cualquier extremo se necesita la fe, mucho más cuando la vida misma está involucrada. Tratemos de condensar los útiles comentarios del puritano Manton.

En primer lugar, debemos ser conscientes de la necesidad que tenemos de ejercitar la fe en este caso, para no correr hacia el peligro con los ojos vendados; y si escapamos, pensar que nuestra liberación es una mera casualidad. Raquel murió en este caso; también lo hizo la esposa de Finees (1 Samuel 4:19, 20); se corre un gran peligro, y por lo tanto hay que ser consciente de ello. Cuanto más dificultad y peligro se aprecia, mejor es la oportunidad para el ejercicio de la fe: 2 Crónicas 20:12, 2 Corintios 1:9. En segundo lugar, porque los dolores de parto son un monumento del desagrado de Dios contra el pecado (Génesis 3:16), por lo tanto, esto debe impulsarte más a buscar un interés en Cristo, para que tengas remedio contra el pecado. Tercero, medita en la promesa de 1 Timoteo 2:15 que se hace buena eternamente o temporalmente según Dios lo considere. Cuarto, la fe que ejerzas debe ser la glorificación de Su poder y el sometimiento a Su voluntad. Esto expresa la clase de fe que es propia de todas las misericordias temporales: Señor, si Tú quieres, puedes salvarme; es suficiente para aliviar el corazón de una gran cantidad de problemas y temores desconcertantes.

"Y fue librado de un niño". Como hemos señalado en el último párrafo, esta cláusula se añade para mostrar la continuidad de la fe de Sara y la bendición de Dios sobre ella. La verdadera fe no sólo se apropia de su promesa, sino que continúa descansando en ella hasta que lo que se cree se cumpla realmente. El principio de esto se enuncia en Hebreos 3:14 y 10:36. "Porque somos hechos partícipes de Cristo, si mantenemos firme el principio de nuestra confianza hasta el fin"; "No desechéis, pues, vuestra confianza". Es en este punto donde muchos fracasan. Se esfuerzan por aferrarse a una promesa divina, pero en el intervalo de la prueba la abandonan. Por eso Cristo dijo: "Si tenéis fe y no dudáis, no sólo haréis esto", etc., Mateo 21:21; "no dudéis", no sólo en el momento de invocar la promesa, sino durante el tiempo que esperéis su cumplimiento. De ahí también que a "Confía en el Señor con todo tu corazón" se añada "y no te apoyes en tu propia inteligencia" (Proverbios 3:5).

"Cuando haya pasado la edad". Esta cláusula se añade para realzar el milagro que Dios realizó tan graciosamente en respuesta a la fe de Sara. Magnifica la gloria de su poder. Se registra para animarnos. Nos muestra que ninguna

dificultad u obstáculo debe hacernos descreer de la promesa. Dios no está atado al orden de la naturaleza, ni limitado por ninguna causa secundaria. Él dará la vuelta a la naturaleza antes que no ser tan bueno como su palabra. Ha sacado agua de una roca, ha hecho flotar el hierro (2 Reyes 6:6), ha sostenido a dos millones de personas en un desierto aullante. Estas cosas deberían estimular al cristiano a esperar en Dios con plena confianza ante la mayor emergencia. Sí, cuanto más grandes sean los impedimentos que enfrentemos, la fe debería aumentar. El corazón confiado dice: Aquí hay una ocasión adecuada para la fe; ahora que todas las corrientes de las criaturas se han secado, es una gran oportunidad para contar con que Dios se muestre fuerte a mi favor. ¡Qué no puede hacer Él! Él hizo que una mujer de noventa años diera a luz un hijo, algo muy contrario a la naturaleza, así que seguramente puedo esperar que Él haga maravillas por mí también.

"Porque ella juzgó fiel al que había prometido". Aquí está el secreto de todo el asunto. Aquí estaba la base de la confianza de Sara, el fundamento sobre el que descansaba la fe. Ella no miraba las promesas de Dios a través de la niebla de los obstáculos que se interponían, sino que veía las dificultades y los obstáculos a través de la clara luz de las promesas de Dios. El acto que aquí se atribuye a Sara es que "juzgó" o consideró, reputó y estimó que Dios era fiel: estaba segura de que él cumpliría su palabra, en la que le había hecho esperar. Dios había hablado: Sara había oído; a pesar de todo lo que parecía hacer imposible que la promesa se cumpliera en su caso, creyó firmemente. Con razón dijo Lutero: "Si quieres confiar en Dios, debes aprender a crucificar la pregunta Cómo". Fiel es el que os llama, que también lo hará" (1 Tesalonicenses 5:24): esto es suficiente para que el corazón descanse; la fe lo dejará alegremente en manos de la Omnisciencia en cuanto a cómo se nos cumplirá la promesa.

"Porque ella juzgó fiel al que había prometido". Obsérvese cuidadosamente que la fe de Sara fue más allá de la promesa. Mientras su mente pensaba en la cosa prometida, le parecía totalmente increíble, pero cuando apartó sus pensamientos de todas las causas secundarias y los fijó en Dios mismo, entonces las dificultades ya no la perturbaron: su corazón estaba tranquilo en Dios. Sabía que podía confiar en Dios: Él es "fiel": capaz, dispuesto, seguro de cumplir su palabra. Sara miró más allá de la promesa, hacia el Promotor, y al hacerlo todas

las dudas se acallaron. Descansó con plena confianza en la inmutabilidad de Aquel que no puede mentir, sabiendo que donde se compromete la veracidad divina, la omnipotencia la hará buena. Es por medio de meditaciones creyentes sobre el carácter de Dios que la fe se alimenta y se fortalece para esperar la bendición, a pesar de todas las dificultades aparentes y supuestas imposibilidades. Es la contemplación del corazón de las perfecciones de Dios lo que hace prevalecer la fe. Como esto es de tan vital importancia práctica, dediquemos otro párrafo a ampliarlo.

Fijar nuestra mente en las cosas prometidas, tener una expectativa segura de disfrutarlas, sin que el corazón descanse primero en la veracidad, inmutabilidad y omnipotencia de Dios, no es más que una imaginación engañosa. J. Owen señaló acertadamente que "el objeto formal de la fe en las promesas divinas no son las cosas prometidas en primer lugar, sino Dios mismo en sus excelencias esenciales, de verdad, o fidelidad y poder". Sin embargo, las perfecciones divinas no obran, por sí mismas, la fe en nosotros: es sólo cuando el corazón pondera con fe los atributos divinos que "juzgaremos" o concluiremos que es fiel el que ha prometido. Es el hombre cuya mente se mantiene en Dios mismo, que se mantiene en "perfecta paz" (Isaías 26:3): es decir, aquel que contempla con alegría quién y qué es Dios, que será preservado de dudar y vacilar mientras espera el cumplimiento de la promesa. Como ocurrió con Sara, así ocurre con nosotros: toda promesa de Dios lleva tácitamente anexa esta consideración: "¿Hay algo demasiado difícil para el Señor?"

"Por lo cual también de uno nació, y además de (uno) muerto, como las estrellas del cielo en multitud, y como la arena que (está) a la orilla del mar la innumerable" (Hebreos 11:12). Hemos citado la traducción del Interlineal de Bagster porque es más literal y precisa que nuestra versión inglesa. El "him" de la traducción inglesa es engañoso, ya que en este verso no hay pronombre masculino: como mucho, el "one" debe referirse a una pareja, pero personalmente creemos que apunta a una mujer, Sara, como da a entender el "born" (más que el "begotten"). Consideramos que el versículo 12 expone el fruto de su fe, es decir, la numerosa posteridad que surgió de su hijo Isaac. La doble referencia a la "arena" y a las "estrellas" llama la atención sobre la doble semilla: la terrenal y la celestial, el Israel natural y el espiritual.

Al igual que la "gran multitud que nadie podía contar" de Apocalipsis 7:9, así "como las estrellas del cielo en multitud y como la arena que está a la orilla del mar innumerable" de nuestro verso actual, es obviamente una hipérbole: es un lenguaje figurativo, y no debe entenderse literalmente. Esto puede parecer una afirmación atrevida e injustificada para algunos de nuestros lectores, pero si se compara la Escritura con la Escritura, no es posible otra conclusión. Los siguientes pasajes lo dejan claro: Deuteronomio 1:10, Josué 11:4, Jueces 7:12, 1 Samuel 13:5, 2 Samuel 17:11, 1 Reyes 4:20. Para otros ejemplos de esta figura retórica, véase Deuteronomio 9:1, Salmo 78:27, Isaías 60:22, Juan 21:25. Las hipérboles no se emplean para hacernos creer en falsedades, sino que, por medio del énfasis, captan nuestra atención y nos hacen prestar atención a asuntos de peso. Se deben observar las siguientes reglas al emplearlas. En primer lugar, deben usarse sólo para las cosas que son realmente verdaderas en su esencia. En segundo lugar, sólo de las cosas que son dignas de una consideración más que ordinaria. Tercero, que se expongan, en la medida de lo posible, en lenguaje proverbial. Cuarto, expresado con palabras de similitud y desemejanza, más que con palabras de igualdad y desigualdad (W. Gouge).

Pero dejemos que nuestro pensamiento final sea sobre la rica recompensa por la que Dios recompensó la fe de Sara. El "por tanto" inicial del versículo 12 señala la bendita consecuencia de que ella confiara en la fidelidad de Dios frente a los mayores desalientos naturales. De su fe surgió Isaac, y de él, en última instancia, el propio Cristo. Y esto se registra para nuestra instrucción. ¿Quién puede estimar los frutos de la fe? ¿Quién puede decir cuántas vidas pueden ser afectadas para bien, incluso en las generaciones venideras, a través de tu fe y mi fe hoy? Oh, cómo el pensamiento de esto debería incitarnos a clamar más fervientemente "Señor, aumenta nuestra fe" para alabanza de la gloria de tu gracia: Amén.

CAPÍTULO 8. La perseverancia de la fe

(Hebreos 11:13, 14)

Después de haber descrito algunos de los actos eminentes de fe realizados por los primeros miembros de la familia de Dios, el Apóstol se detiene ahora para insertar un elogio general de la fe de los que ya había nombrado, y (como se desprende de los vv. 39, 40) de otros que aún están por venir. Este elogio se expone en el versículo 13 y se amplía en los tres versículos siguientes. El propósito evidente del Espíritu Santo en esto era insistir en los hebreos, y en nosotros, en la necesidad imperiosa de una fe que durara, se desgastara, superara los obstáculos y perdurara hasta el final. Incluso el hombre natural es capaz de "tomar buenas resoluciones" y tiene destellos de esfuerzo para agradar a Dios, pero carece por completo de ese principio que "todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta" (1 Corintios 13:7).

La fe de los elegidos de Dios es semejante a su Divino Autor en estos aspectos: es viva, incorruptible, y no puede ser conquistada por el Diablo. Siendo implantada por Dios, el don y la gracia de la fe nunca pueden perderse. La historia de los patriarcas ilustra esto de manera sorprendente. Llamados a dejar la tierra donde nacieron, a vivir en un país lleno de idólatras, sin poseer ninguna porción de ella, habitando en tiendas, sufriendo muchas penurias y pruebas, y viviendo sin ninguna ventaja temporal peculiar que pudiera responder al singular favor que el Señor declaró que les otorgaba; sin embargo, todos ellos murieron en la fe. El ojo de sus corazones vio claramente las bendiciones que Dios había prometido, y persuadidos de que serían suyas a su debido tiempo, anticiparon alegremente su futura porción y renunciaron a las ventajas presentes por causa de ella.

En los versículos que nos ocupan, el Apóstol subraya, pues, la gran importancia de buscar y poseer una fe perseverante; por eso menciona el hecho de que, mientras permanecieron en este mundo, los santos del Antiguo Testamento fueron creyentes en las promesas de Dios. Lo que se elogia es la durabilidad y la constancia de su fe. A pesar de todas las obras de la incredulidad en su interior (los registros de las cuales se encuentran en el Génesis en el caso de Abraham, Isaac y Jacob) y todos los asaltos de la tentación desde el exterior, persistieron en aferrarse a Dios y su Palabra. Vivieron por la fe, y murieron en la fe: por eso nos han dejado un ejemplo para que sigamos sus pasos. Bellamente lo señaló Juan Calvino:

"Aquí se expresa una diferencia entre nosotros y los padres: aunque Dios les dio a los padres sólo una muestra de esa gracia que se derrama ampliamente sobre nosotros, aunque les mostró a distancia sólo una oscura representación de Cristo, que ahora se nos presenta claramente ante nuestros ojos, sin embargo, quedaron satisfechos y nunca se apartaron de su fe: ¡cuánta mayor razón tenemos nosotros en este día para perseverar! Si desfallecemos, somos doblemente inexcusables. Es, pues, una circunstancia que realza el hecho de que los padres tenían una visión lejana del reino espiritual de Cristo, mientras que nosotros en este día lo tenemos tan cerca, y que todos ellos aclamaban las promesas de lejos, mientras que nosotros las tenemos como muy cerca, pues si, no obstante, perseveraron hasta la muerte, qué pereza será cansarse en la fe, cuando el Señor nos sostiene con tantas ayudas. Si alguien objetara y dijera que no podían haber creído sin recibir las promesas en las que necesariamente se funda la fe, la respuesta es que la expresión debe entenderse comparativamente, pues estaban lejos de la elevada posición a la que Dios nos ha elevado. De ahí que, aunque tenían la misma salvación prometida, no se les revelaron las promesas tan claramente como a nosotros bajo el reino de Cristo, sino que se contentaron con contemplarlas de lejos."

"Todos estos murieron en la fe" (Hebreos 11:13), o, más literalmente, "En (o "según") la fe murieron todos estos". A diferencia de la mayoría de los comentaristas, creemos que esas palabras incluyen a las personas mencionadas anteriormente, desde Abel en adelante: "Estos todos" incluye gramaticalmente tanto a los que preceden como a los que siguen, pues el pronombre relativo

abarca a todos los expuestos en el catálogo, es decir, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, grandes y pequeños. "El mismo Espíritu obra en todos, y muestra su poder en todos, 2 Corintios 4:13" (W. Gouge). Contra esto se puede objetar que Enoc no murió. Es cierto, pero el Apóstol se refiere sólo a los que murieron, así como en Génesis 46:7 debe entenderse que se exceptúa a José, que ya estaba en Egipto. Además, aunque Enoc no murió como los demás, fue trasladado de la tierra al cielo, y antes de su traslado continuó viviendo por fe hasta el final, que es lo principal que aquí se pretende.

"En (o "según") la fe murieron todos estos". La fe en la que murieron es la misma que se describe en el primer versículo de nuestro capítulo, es decir, una fe justificadora y santificadora. Que "murieron en la fe" no significa necesariamente que su fe estuviera realmente en ejercicio durante la hora de la muerte, sino más estrictamente, que nunca apostataron de la fe: aunque realmente obtuvieran o poseyeran lo que era el objeto de su fe, sin embargo, hasta el final de su peregrinaje terrenal esperaban confiadamente lo mismo. Aquí se mencionan cinco efectos u obras de su fe, cada uno de los cuales debemos ponderar cuidadosamente. Primero, "no recibieron las promesas". Segundo, pero las vieron "de lejos". Tercero, fueron "persuadidos de ellas". Cuarto, las "abrazaron". Quinto, como consecuencia de ello "confesaron que eran extranjeros y peregrinos en la tierra".

Como veremos (D. V.) al retomar versículos posteriores, algunos de los santos del Antiguo Testamento murieron en el ejercicio real de la fe. Morir en la fe es tener una confianza asegurada en un estado de gloria y bienaventuranza. "Y esto es lo que se requiere: 1. La firme creencia de una existencia sustancial después de esta vida; sin esto, toda la fe y la esperanza deben perecer en la muerte. 2. 2. Una resignación y confianza de sus almas que parten en el cuidado y el poder de Dios. 3. La creencia en un futuro estado de bendición y descanso, aquí llamado país celestial, una ciudad preparada para ellos por Dios. 4. La fe en la resurrección de sus cuerpos después de la muerte, para que sus personas enteras, que habían pasado por el peregrinaje de esta vida, fueran instaladas en el descanso eterno" (John Owen).

A miles de personas que ahora están en sus tumbas se les enseñó que era un error esperar la muerte y hacer una preparación adecuada para ella. Se les dijo que el regreso de Cristo estaba tan cerca, que ciertamente vendría durante su vida. Lamentablemente, el escritor ha sido, en cierta medida, culpable de lo mismo. Es cierto que el cristiano tiene el feliz privilegio y el obligado deber de estar "aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo" (Tito 2:13), ya que ésta es la gran perspectiva que Dios ha puesto ante su pueblo en todas las épocas; pero no nos ha dicho en ninguna parte cuándo descenderá su Hijo; puede hacerlo hoy, o puede no hacerlo hasta dentro de cientos de años. Pero decir que "esperar esa bendita esperanza" hace que sea incorrecto anticipar la muerte es manifiestamente absurdo: los santos del Antiguo Testamento tenían promesas tan definidas para el primer advenimiento de Cristo como las tienen los santos del Nuevo Testamento para Su segundo advenimiento, y pensaban frecuentemente en la muerte.

Es de temer que gran parte de la popularidad con la que se ha recibido la "premilenaria e inminente venida de Cristo", pueda atribuirse a un temor carnal a la muerte: se apela fuertemente a la carne cuando se puede persuadir a la gente de que es probable que escapen de la tumba. Que una generación de cristianos lo hará está claro en 1 Corintios 15:51, 1 Tesalonicenses 4:17, pero cuántas generaciones han supuesto ya que la suya era la que sería raptada al Cielo, y cuántas de ellas no estaban preparadas cuando la muerte las alcanzó, sólo ese Día lo mostrará. Somos muy conscientes de que estas líneas probablemente no tendrán una acogida favorable por parte de algunos de nuestros lectores, pero no buscamos complacerlos a ellos, sino a Dios. Cualquier hombre que esté preparado para morir está preparado para el regreso del Señor; como es muy probable que usted muera antes del segundo advenimiento, es sólo parte de la sabiduría asegurarse de que está preparado para la muerte.

¿Y quiénes son aquellos cuyas almas están preparadas para la disolución del cuerpo? Aquellos que han desarmado a la muerte de antemano arrancando su aguijón, y esto buscando la reconciliación con Dios a través de Jesucristo. El avispón es inofensivo cuando se le extrae el aguijón; no hay que temer a la serpiente si se le ha quitado el colmillo y el veneno. Lo mismo ocurre con la

muerte. "El aguijón de la muerte es el pecado" (1 Corintios 15:56), y si nos hemos arrepentido de nuestros pecados, nos hemos alejado de ellos con pleno propósito de servir a Dios, y hemos buscado y obtenido el perdón y la curación en la sangre expiatoria y limpiadora de Cristo, entonces la muerte no puede dañarnos, sino que nos conducirá a la presencia de Dios y a la felicidad eterna. ¿Quiénes están preparados para morir? Aquellos que evidencian y establecen su título a la Vida Eterna por medio de la santidad personal, que es la "primicia" de la gloria celestial. Es caminando en la luz de la Palabra de Dios que manifestamos que somos aptos para la Herencia de los santos en la Luz.

"En (o "según") la fe murieron todos estos". Para morir en la fe debemos vivir por la fe. Y para ello debe haber, primero, un trabajo diligente para obtener un conocimiento de las cosas divinas. El entendimiento debe ser instruido antes de conocer el camino del deber. "Enséñame Tu camino", "Ordena mis pasos en Tu Palabra", debe ser nuestra oración diaria. En segundo lugar, el ocultamiento de la Palabra de Dios en nuestros corazones. Sus preceptos deben ser meditados, memorizados y concientizados: sólo así nuestros afectos y nuestras vidas se conformarán a ellos. La Palabra de Dios está destinada a ser no sólo una luz para nuestro entendimiento, sino también una lámpara en nuestro camino: nuestro andar debe ser guiado por ella. En tercer lugar, la contemplación regular de Cristo por parte del alma: una consideración adoradora de su amor insondable, su maravillosa gracia, su infinita compasión, su intercesión presente. Esto nos librará de un espíritu legal, calentará el corazón, nos dará fuerza para el deber y nos hará desear agradarle.

"En la fe murieron todos estos, no habiendo recibido las promesas". La palabra "promesas" es una metonimia, para las cosas prometidas. Literalmente habían "recibido las promesas", pues lo que habían oído de Dios era la base de su fe: esto se desprende de Hebreos 11:10, 14, 16. Las cosas prometidas se referían a las bendiciones espirituales de la dispensación del Evangelio y a la futura herencia celestial. Las promesas hechas a los padres o "ancianos" se referían a Cristo, la bendita "simiente", y al cielo, del cual Canaán era el tipo. Obsérvese que esta primera cláusula del versículo 13 da a entender claramente que las mismas promesas fueron dadas -aunque la envoltura exterior de las mismas varió- a Abel, Enoc y Noé, como fueron repetidas posteriormente a Abraham,

Isaac y Jacob. Cada uno de ellos murió en la firme expectativa del Mesías prometido, y en vistas creyentes de la gloria celestial. Así que morir, era confortable para ellos mismos, y confirmaba a los demás la realidad de lo que profesaban.

"No habiendo recibido las promesas". La palabra griega para "recibido" significa la participación real y la posesión de: la fe, entonces, se basa y descansa en lo que aún no es nuestro. Una gran parte de la vida de la fe consiste en aferrarse y disfrutar de las cosas prometidas, antes de obtener la posesión real de las mismas. Es meditando y extrayendo su dulzura como se alimenta y fortalece el alma. La felicidad espiritual presente del cristiano consiste más en las promesas y en la anticipación que en la posesión real, porque "la fe es la sustancia de las cosas que se esperan, la evidencia de las cosas que no se ven". Esto es lo que nos permite decir: "Porque considero que los sufrimientos de este tiempo no son dignos de compararse con la gloria que se ha de manifestar en nosotros" (Romanos 8:18).

"Pero habiéndolos visto de lejos". Esto, porque los ojos de su entendimiento habían sido iluminados divinamente (Efesios 1:18), y así pudieron percibir en las promesas la sabiduría, la bondad y el amor de Dios. Es cierto que el cumplimiento de esas promesas estaría en un futuro remoto, pero el ojo de la fe es fuerte y está dotado de una visión a larga distancia. Así sucedió con Abraham: "se alegró de ver mi día", dijo Cristo, "y lo vio y se alegró" (Juan 8:56). Así fue con Moisés, que "tuvo respeto a la recompensa de la recompensa" y "soportó como si viera al que es invisible" (Hebreos 11:26, 27). Solemne en verdad es el contraste presentado en 2 Pedro 1:9, donde leemos de aquellos que no añadieron a su fe la virtud, el conocimiento, el autocontrol, la paciencia, la piedad, la bondad fraternal, el amor, y como consecuencia de un carácter cristiano no desarrollado "no pueden ver de lejos".

"Y se persuadieron de ellos". Esto anuncia la aquiescencia satisfactoria del alma en la veracidad de Dios en cuanto a la realización de su Palabra. Fue la fijación de su sello de que Él es verdadero (Juan 3:33), lo cual se hace cuando el corazón

recibe verdaderamente Su testimonio. La palabra "persuadido" significa una confianza segura, que es lo que la fe obra en la mente. Un ejemplo bendito de esto se ve en el caso de Abraham, quien, aunque tenía cerca de cien años de edad y el vientre de su esposa estaba muerto, sin embargo, cuando Dios declaró que tendrían un hijo, estaba "plenamente persuadido de que lo que había prometido, podía también cumplirlo" (Romanos 4:21). Ah, mi lector, ¿no es porque somos tan dilatados en meditar sobre las "grandísimas y preciosas promesas" de Dios, que nuestros corazones están tan poco persuadidos de la veracidad y el valor de ellas?

"Y las abrazó", no con una recepción fría y formal de ellas, sino con una acogida cálida y cordial: tal es la naturaleza de la verdadera fe cuando se aferra a las promesas de salvación. Este es siempre el efecto de la seguridad: una apropiación agradecida y gozosa de las cosas de Dios. La fe no sólo discierne el valor de las cosas espirituales, está plenamente persuadida de su realidad, sino que también las ama. La fe se adhiere además de asentir: en la Escritura la fe se expresa tanto por el gusto como por la vista. La fe "ve" con el entendimiento, está "persuadida" en el corazón y "abraza" con la voluntad. Así, el orden de los verbos en este versículo (Hebreos 11:13) nos enseña una importante lección práctica. Las promesas de Dios primero se ven o se contemplan, luego se consideran confiables, y luego se disfrutan. Si queremos tener afectos más vivos, debemos meditar más en las promesas de Dios: es la mente la que afecta al corazón.

Antes de continuar, preguntemos: ¿Son las promesas de Dios realmente preciosas para nosotros? Tal vez estemos dispuestos a responder de inmediato que sí; pero pongámonos a prueba. ¿Se aferra nuestro corazón a ellas con amor y deleite? ¿Podemos decir realmente: "Me he alegrado en el camino de tus testimonios, tanto como en todas las riquezas" (Salmo 119:14)? ¿Qué influencia tienen las promesas de Dios sobre nosotros en épocas de prueba y dolor? ¿Nos proporcionan más consuelo que las cosas más queridas de este mundo? En medio de la angustia y el dolor, ¿nos damos cuenta de que "nuestra ligera aflicción, que es momentánea, nos produce un peso de gloria mucho más grande y eterno" (2 Corintios 4:17)? ¿Qué efecto tienen las promesas de Dios en nuestras oraciones? ¿Las invocamos ante el Trono de la Gracia? ¿Damos con

David "Acuérdate de la palabra dada a tu siervo, en la que me has hecho esperar" (Salmo 119:49)?

"Y confesaron que eran extranjeros y peregrinos en la tierra". Los que realmente abrazan las promesas de Dios se ven convenientemente afectados e influenciados por ellas: su deleite en las cosas celestiales se manifiesta por un destete de las cosas terrenales: como la mujer del pozo se olvidó de su cubo cuando Cristo se reveló a su alma (Juan 4:28). Cuando un hombre se convierte verdaderamente en cristiano, comienza a ver el tiempo y todos los objetos del tiempo bajo una luz muy diferente a la que tenía antes. Así sucedió con los patriarcas: su fe tuvo un efecto poderoso y transformador en sus vidas. Hicieron profesión de su fe y de su esperanza: manifestaron que su principal interés no estaba en el mundo ni era del mundo. Tenían una porción tan satisfactoria en las promesas de Dios que renunciaron públicamente a una preocupación por el mundo como la que tienen otros hombres cuya porción está sólo en esta vida.

Los patriarcas no ocultaban que su ciudadanía y su herencia estaban en otra parte. Ante los hijos de Het, Abraham confesó: "Soy extranjero y forastero con vosotros" (Génesis 23:4). A Faraón, Jacob le dijo: "Los días de mi peregrinación son ciento treinta" (Génesis 47:9). Mucho después de que Israel entrara en posesión de esa tierra, David clamó: "Escucha mi oración, Señor, y presta atención a mi clamor; no calles ante mis lágrimas, porque soy un extranjero para ti, y un forastero como lo fueron todos mis padres" (Salmo 39:12); y de nuevo: "Soy un extranjero en la tierra; no me ocultes tus mandamientos" (Salmo 119:19). Así también, delante de toda la congregación, le dijo a Dios: "Porque somos extranjeros ante ti, y forasteros, como lo fueron todos nuestros padres" (1 Crónicas 29:15). Estos versículos proporcionan una prueba clara de que los santos del Antiguo Testamento, al igual que los del Nuevo, comprendieron su llamado y gloria celestiales.

"Y confesaron que eran extranjeros y peregrinos en la tierra". Los dos términos, aunque muy similares en pensamiento, no son idénticos. El uno se refiere más a la posición, al lugar que se ocupa; el otro a la condición, a cómo se conduce uno

en ese lugar. Eran "extranjeros" porque su hogar estaba en el cielo; "peregrinos", porque viajaban hacia allí. Como ha dicho otro: "Es posible ser "peregrino" sin ser "extranjero". Pero una vez que nos damos cuenta de nuestra verdadera condición de extranjeros, nos vemos obligados a ser "peregrinos". Podemos ser 'peregrinos' y, sin embargo, en nuestro peregrinaje, visitar todas las ciudades e iglesias del mundo, e incluirlas a todas en nuestro abrazo; pero si somos verdaderos 'moradores' seremos 'extraños' a todas ellas, y nos veremos obligados, como lo fue Abraham, a erigir nuestro propio altar solitario a Jehová en medio de todas ellas. ¿Cómo pudo Abraham ser un adorador con los cananeos? Imposible. Por eso el 'altar' está tan estrechamente relacionado con la 'tienda' en Génesis 12:8 y en la estancia de Abraham" (E. W. B.)

Lo que fue tipificado espiritualmente por la vida externa de los patriarcas como "extranjeros y peregrinos" fue la renuncia del cristiano al mundo. Como aquellos cuya ciudadanía está en el cielo (Filipenses 3:20), se nos pide que "no nos conformemos a este mundo" (Romanos 12:2). Los patriarcas demostraron que eran "extranjeros" al no tomar parte en la religión apóstata, la política o la vida social de los cananeos; y evidenciaron que eran "peregrinos" al habitar en tiendas, desplazándose de un lugar a otro. ¿Hasta qué punto estamos manifestando nuestra crucifixión al mundo (Gálatas 6:14)? ¿Muestra nuestro caminar diario que somos "partícipes de la vocación celestial"? ¿Hemos dejado de considerar este mundo como nuestro hogar, y a su gente como nuestro pueblo? ¿Buscamos acumular tesoros en el Cielo, o seguimos anhelando las carnes de Egipto? Cuando rezamos "Señor, confórtame a tu imagen", ¿queremos decir "quítame todo lo que me estorba"?

La figura del "extranjero" aplicada al hijo de Dios aquí en la tierra, es muy pertinente y plena. Las analogías entre el que está en un país extranjero y el cristiano en este mundo, son marcadas y numerosas. En una tierra extraña uno no es apreciado por su nacimiento, sino que es evitado: Juan 15:19. Las costumbres, los modos y el lenguaje le son extraños: 1 Pedro 4:4. Tiene que contentarse con la comida de un extranjero: 1 Timoteo 6:7, 8. Debe tener cuidado de no ofender al gobierno: Colosenses 4:6. Tiene que inquirir continuamente sus caminos: Salmo 5:8. A menos que se ajuste a las costumbres de ese país extranjero, será fácilmente identificado: Mateo 26:73. A menudo le

asalta la nostalgia, porque su corazón no está donde está su cuerpo: Filipenses 1:23.

La figura del "peregrino" aplicada al cristiano es igualmente sugestiva. Al ir de un lugar a otro, nunca se siente en casa. Se encuentra muy solo, ya que se encuentra con pocos que recorren su camino. Los que encuentra lo animan muy poco, porque lo consideran peculiar. Está muy agradecido por cualquier amabilidad que se le muestre: consciente de su dependencia de la Providencia, agradece cada vez que Dios le concede el favor a los ojos de los malvados. No lleva consigo nada más que lo que considera útil para su viaje: todo lo superfluo lo considera un estorbo. No se detiene a contemplar las diversas vanidades que le rodean. Nunca piensa en retroceder a causa de las dificultades del camino: tiene una meta definida a la vista, y hacia ella presiona con firmeza.

Debemos demostrar que somos "extranjeros y peregrinos" utilizando las cosas de este mundo (cuando la necesidad lo requiere), pero sin abusar de ellas (1 Corintios 7:31). Contentándonos con la parte de los bienes de este mundo que Dios nos ha asignado (Filipenses 4:11). Procurando conscientemente cumplir con nuestra propia responsabilidad, y no siendo un "entrometido en asuntos ajenos" (1 Pedro 4:15). Siendo moderados y templados en todas las cosas, y así "absteniéndonos de los deseos carnales que combaten el alma" (1 Pedro 2:11). Despojándonos de todo peso que nos estorba y mortificando nuestros miembros que están sobre la tierra, a fin de correr con paciencia la carrera que tenemos por delante (Hebreos 12:1). Recordando diariamente la brevedad e incertidumbre de esta vida (Proverbios 27:1). Manteniendo constantemente ante el corazón nuestra futura herencia, sabiendo que sólo estaremos satisfechos cuando despertemos a la semejanza de nuestro Señor.

"Si ellos, en espíritu, en medio de oscuros nubarrones, emprendieron la huida hacia el país celestial, ¿qué debemos hacer nosotros en este día? pues Cristo nos tiende su mano, como si fuera abiertamente, desde el cielo, para elevarnos a Él. Si la tierra de Canaán no absorbió su atención, ¿cuánto más despojados de las cosas de abajo debemos estar nosotros, que no tenemos ninguna morada

prometida en este mundo?" (Juan Calvino). Cuando Basilio (un devoto siervo de Cristo, al principio de la "Edad Oscura") fue amenazado con el exilio por Modesto, dijo: "No conozco el destierro, quien no tiene morada aquí en el mundo. No cuento este lugar como mío, ni puedo decir que el otro no es mío; más bien todo es de Dios, de quien soy extranjero y peregrino."

"Porque los que dicen tales cosas declaran claramente que buscan un país" (Hebreos 11:14). En estas palabras se extrae una inferencia lógica de la última cláusula del versículo anterior, que suministra una valiosa pista sobre cómo se deben exponer las Escrituras. El Apóstol nos da a conocer aquí lo que significaba la confesión de los patriarcas. Así como lo negativo implica lo positivo - "no codiciarás" significa también "te contentarás con lo que Dios te ha dado"-, el hecho de que los santos se comporten como extranjeros y peregrinos, y eso hasta el final de su estancia en este mundo, pone de manifiesto el hecho de que están viajando hacia el cielo. "Esta es la manera genuina y apropiada de interpretar las Escrituras: cuando a partir de las palabras mismas, consideradas con relación a las personas que las hablan y a todas sus circunstancias, declaramos cuál era su mente y sentido determinados" (John Owen).

"Porque los que dicen tales cosas declaran claramente que buscan un país". Su confesión de extrañeza implicaba algo más que el hecho de que todavía no habían entrado en la herencia prometida: también mostraba que estaban presionando seriamente hacia ella. Tenían todas las razones para hacerlo: era su propia "Patria", pues era allí donde Dios los había bendecido con todas las bendiciones espirituales antes de la fundación del mundo (Efesios 1:3, 4), era de allí donde habían nacido de nuevo (Juan 3:3, margen), era allí donde moraban su Padre, Salvador y compañeros santos. Buscar" la herencia prometida denota esa búsqueda ferviente del creyente por aquello que desea supremamente. Es esto lo que lo distingue del profesor vacío: este último desea lo que es bueno para sí mismo, como dijo Balaam: "Muera yo la muerte de los justos" (Números 23:10); pero sólo el regenerado puede decir verdaderamente: "Una cosa he deseado del Señor, esa buscaré; que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida" (Salmo 27:4).

Buscar el Cielo debe ser el objetivo principal y la tarea suprema que el cristiano se propone: dejar de lado todo lo que lo impida y utilizar todos los medios que Dios ha designado. El mundo debe estar suelto, los afectos deben estar puestos en las cosas de arriba, y el corazón debe ejercitarse constantemente en recorrer el Camino Estrecho, que es el único que conduce allí. "Busca un país": "Sus designios son para ella, sus deseos son después de ella, sus discursos sobre ella; se esfuerzan diligentemente para aclarar su título a ella, para tener su temperamento adecuado a ella, y tener su conversación en ella, y llegar al disfrute de ella" (Matthew Henry). El cielo se llama aquí "País" por su extensión: es un País agradable, la tierra de la rectitud, el descanso y la alegría. Que la gracia divina conduzca tanto al escritor como al lector hacia él.

CAPÍTULO 9. La recompensa de la fe

(Hebreos 11:15, 16)

Una vez más queremos recordar las circunstancias particulares en que se encontraban aquellos santos a quienes se dirigió por primera vez nuestra epístola. Sólo si lo hacemos, estaremos en la mejor posición para discernir el significado de su contenido, y más aptos para hacer una correcta aplicación del mismo a nosotros. No es que los hebreos fueran judíos según la carne y nosotros gentiles, pues ellos, al igual que nosotros, eran "hermanos santos, participantes de la vocación celestial" (Hebreos 3:1). No, es la posición peculiar que ocupaban, con las tentaciones apremiantes que los solicitaban, lo que debemos ponderar cuidadosamente. La gracia divina los había llamado a salir del judaísmo (Juan 10:3), pero el juicio divino aún no había caído sobre el judaísmo. El templo seguía intacto, y sus servicios continuaban, y mientras lo hicieran, se hacía un llamamiento a los hebreos para que volvieran a él.

Ahora bien, esa situación histórica advertía una situación moral. El cristiano ha sido llamado a salir del mundo para seguir a Cristo, pero el juicio de Dios aún no ha caído sobre el mundo y lo ha quemado. No, todavía está en pie, y nosotros todavía estamos en él, y mientras esto sea así, Satanás trata de hacer que volvamos a él. Esto es lo que nos permite ver la fuerza de esos versículos que ahora nos llaman la atención. Teniendo en cuenta lo que acabamos de decir, el lector no debería tener dificultad en discernir por qué el Apóstol nos recuerda, primero, que los patriarcas vivieron en la tierra como extranjeros y peregrinos; y segundo, que no volvieron a la tierra de su nacimiento. Como vimos en el capítulo 8, lo que fue tipificado por los patriarcas al vivir separados de los cananeos y su "morada en tiendas", fue la renuncia del cristiano a este mundo; lo que fue prefigurado por su negativa a regresar a Caldea fue la continua renuncia del cristiano al mundo, y su ganancia real a través del Cielo.

Los versículos que ahora nos ocupan arrojan una clara luz sobre un elemento esencial de la vida cristiana. Nos presentan un aspecto de la verdad que, en algunos círculos, es ampliamente ignorado o negado hoy en día. Hay quienes han insistido en la bendita verdad de la Seguridad eterna de los santos con un celo que no siempre ha sido acorde con el conocimiento: lo han presentado de una manera que sugiere que Dios preserva a Su pueblo totalmente al margen de su uso de medios. Lo han expuesto de una manera que prácticamente niega la responsabilidad del cristiano. Han dado a entender que, habiendo encomendado mi alma a la custodia del Señor, no tengo más que ver con su seguridad que con el dinero que he confiado a la custodia de un banco o del gobierno. El resultado ha sido que muchos que han aceptado esta falsa presentación de la verdad se han sentido muy a gusto en un curso de vida descuidado y temerario.

Tan unilateral es la enseñanza a la que nos referimos, que sus defensores no permitirán ni por un momento que haya el más mínimo peligro de que un verdadero cristiano apostate. Si un siervo de Dios insiste en que lo hay, y sin embargo también afirma que ningún verdadero santo de Dios ha perecido o lo hará jamás, lo consideran inconsistente e ilógico. Parecen incapaces de reconocer el hecho de que, si bien es perfectamente cierto desde el punto de vista de los consejos eternos de Dios, el valor de la redención de Cristo, la eficacia de la obra del Espíritu, que ninguno de los elegidos puede perderse finalmente; sin embargo, es igualmente cierto desde el punto de vista de la fragilidad del cristiano, la existencia de la carne todavía en su interior, su sujeción a los asaltos de Satanás, y su vida en un mundo malvado, que el peligro real (no teórico o imaginario) le amenaza desde todos los lados. No, ellos se imaginan cariñosamente que sólo hay un lado del tema, el lado divino.

Pero los versos que vamos a considerar ahora muestran la falacia de esto. Lejos de afirmar que no había ninguna posibilidad de que los patriarcas volvieran a ese país que habían dejado -lo que, en el tipo, significaría volver al mundo-, el Apóstol afirma audazmente (sin importarle quién podría acusarlo de ser inconsistente consigo mismo) que si sus corazones hubieran estado puestos en Caldea, "podrían haber tenido la oportunidad de haber regresado". Si se hubieran

cansado de habitar en tiendas y de ir de un lugar a otro en una tierra extraña, y se hubieran propuesto volver sobre sus pasos a Mesopotamia, ¿qué les impediría hacerlo? Es cierto que habría sido un acto de incredulidad y desobediencia, un desprecio y una renuncia a las promesas; sin embargo, desde el punto de vista humano, el camino para que actuaran así siempre estuvo abierto. Sopesemos ahora los detalles de nuestro pasaje.

"Y en verdad, si hubieran tenido presente la patria de donde salieron, habrían tenido oportunidad de volver" (Hebreos 11:15). Hay una triple conexión entre estas palabras y las que preceden inmediatamente. En primer lugar, al principio del versículo 13 el Apóstol había afirmado que todos aquellos a los que se refería (y a los que dirigía la atención especial de los hebreos) habían "muerto en la fe"; en todo lo que sigue hasta el final del versículo 16 aporta pruebas de su afirmación. En segundo lugar, en el versículo 15 el Apóstol continúa la inferencia que había sacado en el versículo 14 de la última cláusula del versículo 13: la confesión hecha por los patriarcas manifestaba que sus corazones estaban puestos en el Cielo, lo que se evidenciaba además por su negativa a volver a Caldea. En tercer lugar, se anticipa y elimina una objeción: dado que Dios les había ordenado fijar su residencia en otra tierra (Canaán), eran "extranjeros" allí por necesidad. No, dice el Apóstol, eran "extranjeros y peregrinos" también por su propio consentimiento: sus corazones, así como sus cuerpos, estaban separados de Caldea.

La permanencia de los patriarcas en una tierra extraña fue algo totalmente voluntario de su parte. Y esto nos lleva al corazón mismo de lo que es una verdadera dificultad para muchos: no ven que cuando Dios "atrae" a una persona (Juan 6:44), no violenta su voluntad, que aunque ejerce su soberanía el hombre también conserva su libertad. Ambas cosas son verdaderas, y valen para la vida cristiana en todas sus etapas. La conversión en sí misma se produce totalmente por las poderosas operaciones de la gracia divina, sin embargo también es un acto libre por parte de la criatura. Los que son llamados eficazmente por Dios a salir de las tinieblas para entrar en su maravillosa luz, en el momento de la conversión le entregan todo su ser, renunciando a la carne, al mundo y al diablo, y juran librar (por su gracia) una guerra incesante contra ellos. La vida cristiana es la continuación habitual de lo que tuvo lugar en la conversión, el

cumplimiento del voto hecho entonces, la puesta en práctica del mismo.

Inmediatamente antes de la conversión tiene lugar en el alma un conflicto feroz. Por un lado está el diablo, que trata de retener a su cautivo presentándole los placeres del pecado y las seducciones del mundo, diciéndole al alma que no habrá más felicidad si se renuncia a ellos y se atiende a las rígidas exigencias de los mandamientos de Cristo. Del otro lado está el Espíritu Santo, declarando que la paga del pecado es la muerte, que el mundo está condenado a la destrucción, y que a menos que renunciemos al pecado y abandonemos el mundo, pereceremos eternamente. Además, el Espíritu Santo nos insiste en que nada que no sea una entrega de todo corazón al señorío de Cristo puede llevarnos al "camino de la salvación". Dividida entre estas impresiones conflictivas en su mente, se le pide al alma que se siente y "cuente el costo" (Lucas 14:28); que sopese deliberadamente las ofertas de Satanás y los términos del discipulado cristiano, y que haga definitivamente su elección entre ellos.

No es que el hombre tenga el poder dentro de sí mismo para rechazar el mal y elegir el bien; no es que Dios haya dejado que la criatura determine su propio destino; no es que las tentaciones de Satanás sean igual de poderosas que las convicciones del Espíritu Santo, y que nuestra decisión haga girar la balanza entre ambas. No, ciertamente: no es eso lo que enseñan las Escrituras, y no es eso lo que cree este escritor. El pecado ha despojado al hombre caído de todo poder para hacer el bien, pero no de su obligación de realizarlo. El destino de todas las criaturas ha sido fijado inalterablemente por los decretos eternos de Dios, pero no de tal manera que las reduzca a automatizaciones irresponsables. Las operaciones del Espíritu Santo en los elegidos de Dios son invencibles, pero no violentan la voluntad humana. Pero aunque la salvación, desde el principio hasta el final, debe atribuirse enteramente a la gracia libre y soberana de Dios, no es menos cierto que la conversión misma es un acto voluntario del hombre, su propia entrega consciente y libre a Dios en Cristo.

Ahora bien, los mismos factores diversos entran en la vida cristiana misma. Necesariamente, ya que, como se ha dicho anteriormente, la vida cristiana no es

más que una continuación progresiva de cómo empezamos. El arrepentimiento no es de una vez por todas, sino tantas veces como seamos conscientes de haber desagradado a Dios. Creer en Cristo no es un acto único que no necesita repetirse, sino una exigencia constante, como muestran claramente el "cree" de Juan 3:16 y el "viene" de 1 Pedro 2:4. Así también nuestra renuncia al mundo ha de ser un proceso diario. Los mismos objetos que nos cautivaban antes de la conversión siguen estando a la mano, y a menos que estemos muy atentos, a menos que nuestros corazones se calienten y encanten con la belleza de Cristo, manteniendo una estrecha comunión con él, pronto ganarán poder sobre nosotros. Satanás está siempre listo para tentar, y a menos que busquemos diligentemente la gracia para resistirlo, nos hará tropezar.

"Y en verdad, si se hubieran acordado del país de donde salieron, habrían tenido oportunidad de volver", pero como muestra el siguiente versículo, no lo hicieron. En esto estaban en sorprendente y bendito contraste con Esaú, que vendió su primogenitura, valorando más las cosas temporales que las espirituales. En contraste con los hijos de Israel, que se dijeron unos a otros: "Hagamos un capitán, y volvamos a Egipto" (Números 14:4). En contraste con los gadarenos, que preferían sus cerdos a Cristo y su salvación (Marcos 5). En contraste con los oyentes de la tierra de piedra que "no tienen raíz, que por un tiempo creen, y en el tiempo de la tentación caen" (Lucas 8:13). En contraste con los apóstatas de 2 Pedro 2:20-22, cuyo último fin es "peor que el principio". Estas son las solemnes advertencias que cada cristiano profesante debe tomar a pecho.

Nótese lo positivamente que lo expresa el Apóstol: "Y verdaderamente" o "verdaderamente". "Si hubieran estado atentos", es decir, si sus mentes hubieran pensado frecuentemente en Caldea, si sus corazones lo hubieran deseado. Cómo muestra esto la gran importancia de "ceñir los lomos de nuestra mente" (1 Pedro 1:13), de disciplinar nuestros pensamientos, pues como un hombre "piensa en su corazón, así es él" (Proverbios 23:7). "Está en la naturaleza de la fe mortificar, no sólo las lujurias corruptas y pecaminosas, sino también nuestros afectos naturales, y sus inclinaciones más vehementes, aunque en sí mismas sean inocentes, si de alguna manera no cumplen con los deberes de obediencia a los mandatos de Dios; sí, aquí radica la prueba principal de la sinceridad y el poder de la fe. Nuestras vidas, nuestros padres, nuestras esposas, nuestros hijos,

nuestras casas, nuestras posesiones, nuestra patria, son los objetos principales, propios y legítimos de nuestros afectos naturales. Pero cuando ellos, o cualquiera de ellos, se interponen en el camino de los mandatos de Dios, si son obstáculos para hacer o sufrir algo según su voluntad, la fe no sólo mortifica, debilita y quita ese amor, sino que nos da un odio comparativo hacia ellos" (John Owen).

"Podrían haber tenido la oportunidad de haber regresado". Conocían el camino, estaban bien provistos de fondos, tenían mucho tiempo a su disposición, y salud y fuerza para el viaje. Los cananeos no se habrían afligido por su partida (Génesis 26:18-21), e indudablemente sus antiguos amigos les habrían dado una cordial bienvenida. De la misma manera (como hemos dicho antes), el camino de regreso estaba abierto para que los hebreos volvieran al judaísmo: era su trampa especial, y se les exigía una renuncia constante y habitual a él. Así también, si elegimos volver al mundo y participar de nuevo en todas sus vanas actividades, hay suficientes "oportunidades": las seducciones abundan por todas partes, y los amigos mundanos nos darían la bienvenida a su sociedad si bajáramos nuestros colores, dejáramos nuestra piedad y siguiéramos su curso.

Pero los patriarcas no volvieron a ese país del que salieron, sino que perseveraron en el camino del deber y, a pesar de todos los desalientos, siguieron el rumbo que les marcaban los mandamientos divinos. En esto nos han dejado un ejemplo. No ansiaban la riqueza, los honores, los placeres o la sociedad de Caldea: sus corazones estaban comprometidos con algo enormemente superior. Sabían que en el Cielo tenían "una sustancia mejor y duradera", y por eso desdeñaban las chucherías que antes les satisfacían. La gracia divina les había enseñado que esas fuentes de gozo que antes buscaban con tanto ahínco, eran "cisternas que no pueden contener agua" (Jeremías 2:13), pero que en Cristo tenían un pozo que fluye siempre, que brota para vida eterna. La gracia les había enseñado que es pecaminoso hacer de las cosas materiales los principales objetos de esta vida: buscaban primero el reino de Dios y su justicia.

Tan poco estimaba Abraham a Caldea que no quiso ir allí en persona para obtener una esposa para su hijo, ni permitir que Isaac fuera, sino que envió a su

siervo y le hizo jurar que no la llevaría allí, si ella no estaba dispuesta a venir; otra ilustración de que nada es más voluntario que la piedad. Lo mismo sucede con el cristiano cuando se convierte por primera vez: el mundo ha perdido todo su atractivo para él, y no puede volver a apoderarse de su corazón mientras camine con Dios. La prueba más aguda llega en las épocas de prosperidad. "David se declara forastero y peregrino, no sólo cuando era cazado como una perdiz en los montes, sino cuando estaba en su palacio, y en su mejor estado. No hemos de renunciar a nuestras comodidades, ni desechar las bendiciones de Dios; pero sí hemos de renunciar a nuestros afectos carnales. No podemos salir del mundo cuando nos plazca, sino que debemos sacar al mundo de nosotros. Es una gran prueba de la gracia rechazar la oportunidad; es la lección más difícil aprender a abundar, más difícil que aprender a querer, y ser abatido; tener comodidades, y sin embargo tener el corazón destetado de comodidades; no ser necesariamente mortificado, sino ser voluntariamente mortificado" (T. Manton).

No es la ausencia de tentaciones, sino el resistirlas y prevalecer sobre ellas lo que evidencia la eficacia de la gracia residente. El poder de la piedad voluntaria se manifiesta en el conflicto, cuando tenemos la "oportunidad" de equivocarnos, pero la rechazamos. José tuvo no sólo una tentación, sino la "ocasión" de ceder a ella, pero la gracia se lo impidió (Génesis 39:9). Fue el mandato de Dios el que impidió a los patriarcas regresar a Caldea, y lo mismo controla los corazones de todos los regenerados. "Es fácil ser bueno cuando no podemos ser de otra manera, o cuando todas las tentaciones en contra están fuera del camino. Toda la aparente bondad que hay en muchos, la deben a la falta de una tentación y a la falta de una oportunidad de hacer lo contrario" (T. Manton). No es así con el verdadero cristiano.

"Pero ahora desean una patria mejor, es decir, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos, pues les ha preparado una ciudad" (Hebreos 11:16). La primera mitad de este versículo da el lado positivo de lo que nos ha precedido, y amplía lo dicho en el versículo 14. No basta con renunciar al mundo, sino que es necesario que nuestro corazón sea llevado a cosas mejores: debemos creer y buscar el propio Cielo. Hay quienes desprecian las ganancias mundanas, pero en lugar de buscar las verdaderas riquezas, se sumergen en los placeres mundanos. Otros, mientras desprecian las recreaciones y disipaciones

carnales, se dedican a ocupaciones más serias, pero "trabajan por lo que no satisface" (Isaías 55:2). Pero el cristiano, mientras pasa por él, hace un uso santificado del mundo, y tiene sus afectos puestos en las cosas de arriba.

"Pero ahora desean una patria mejor, es decir, celestial". Nos ayuda a relacionar las cuatro afirmaciones hechas al respecto. Primero, "Abraham buscó una Patria" (v. 10), lo cual denota las expectativas de fe de la bendición venidera: no era una mera mirada pasajera de la mente, sino una anticipación seria y constante de la Dicha Celestial. En segundo lugar, "Buscan una patria" (v. 14): hacen que el gran objetivo y el negocio de sus vidas sea evitar todo obstáculo, superar todos los obstáculos y avanzar firmemente por el Camino Estrecho que conduce allí: "Acumulando para sí un buen fundamento para el tiempo venidero, a fin de asir la vida eterna" (1 Timoteo 6:19). En tercer lugar, "desean un País mejor" (v. 16): anhelan ser relevados del cuerpo de esta muerte, alejados de esta escena de pecado, y ser llevados a estar para siempre con el Señor: "Nosotros mismos gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, es decir, la redención de nuestro cuerpo" (Romanos 8:23): el que ha tenido un sabor del Cielo en el gozo del Espíritu, su corazón clama "¡cuándo llegaré al pleno disfrute de mi Herencia!" En cuarto lugar, "declaran claramente que buscan una patria" (v. 14): su caminar diario pone de manifiesto que no pertenecen a este mundo, sino que son ciudadanos del Cielo.

Una de las mejores evidencias de que realmente buscamos el Cielo es la posesión de corazones destetados de este mundo. Nadie entrará jamás en la Casa del Padre en las alturas en cuya alma no crezcan ahora las primicias de la paz y la alegría celestiales. El que encuentra su satisfacción en las cosas temporales se engaña lamentablemente si imagina que puede disfrutar de las cosas eternas. Aquel cuyo gozo se esfuma cuando se le arrebatan las posesiones terrenales, no conoce nada de esa paz que "sobrepasa todo entendimiento". Y, sin embargo, si el automóvil, la radio, el periódico, el dinero para ir al cine, le fueran arrebatados al "miembro de la iglesia" promedio, ¿qué le quedaría entonces para hacer que la vida valga la pena? Oh, qué pocos pueden decir realmente: "Aunque la higuera no florezca, ni haya fruto en las vides; el trabajo de la aceituna se acabe, y los campos no produzcan carne; el rebaño sea cortado del redil, y no haya manada en los establos: Pero me alegraré en el Señor, me gozaré en el Dios de mi

salvación" (Habacuc 3:17, 18).

"Por tanto, Dios no se avergüenza de ser llamado su Dios". "La palabra 'por lo tanto' denota no la causa procuradora o meritoria de la cosa en sí, sino la consecuente o lo que sobrevino a ella" (John Owen). Dios no será deudor del hombre: "Yo honraré a los que me honren" (1 Samuel 2:30 y cf. 2 Timoteo 2:21) es su promesa segura. Al confesar que eran extranjeros y peregrinos, los patriarcas habían manifestado su supremo deseo y esperanza de una porción superior a cualquiera que pudiera encontrarse en la tierra. Por lo tanto, ya que estaban dispuestos a renunciar a todas las perspectivas mundanas para seguir a Dios en una fe obediente, por el bien de una herencia invisible pero eterna, Él no desdeñó ser conocido como su Amigo y Porción. "Por lo tanto, debemos concluir que no hay lugar para nosotros entre los hijos de Dios si no renunciamos al mundo, y que no habrá para nosotros ninguna herencia en el cielo si no nos convertimos en peregrinos en la tierra" (J. Calvino).

"Dios no se avergüenza de ser llamado su Dios". He aquí la gran recompensa de su fe. Tan bien aprobó Dios su deseo y designio, que se complació en darles pruebas de su especial consideración. "No se avergonzó" significa literalmente que no tenía motivos para "sonrojarse" porque había sido deshonrado por ellos; es Dios hablando a la manera de los hombres; es la manera negativa de decir que hizo un reconocimiento gozoso de ellos, como lo hace un padre de los hijos obedientes. Cuando pensamos no sólo en la indignidad personal de los patriarcas (criaturas caídas y pecadoras), sino también en su despreciable situación -"habitando en tiendas" en una tierra extraña-, podemos maravillarnos de la infinita condescendencia del Hacedor del universo al identificarse con ellos. ¡Qué increíble gracia la de la Divina Majestad al declararse Dios de los gusanos de la tierra!

Ah, los que renuncian al mundo por causa de Dios no serán los perdedores. Pero observen que no fue simplemente: "Dios no se avergüenza de ser su Dios", sino "de ser llamado su Dios". Tomó este mismo título de una manera peculiar: a Moisés le dijo: "Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de

Isaac y el Dios de Jacob" (Exo. 3:6). Así, ser "llamado su Dios" significa que Él era su Dios y Padre del pacto. No sólo es el Dios de sus hijos por creación y providencia, sino que también es para ellos "el Dios de toda gracia" (1 Pedro 5:10), ya que es el Dios de Cristo y de todos los elegidos en Él. Esto lo manifiesta vivificando, iluminando, guiando, protegiendo y haciendo que todas las cosas funcionen para su bien. Continúa siendo tal Dios para ellos a través de la vida y en la muerte, para que puedan depender de Su amor, estar seguros de Su fidelidad, contar con Su poder, y ser llevados con seguridad a través de cada prueba, hasta que sean desembarcados en las costas de la Dicha Eterna.

"Dios no se avergüenza de ser llamado su Dios". La referencia más amplia es a todos los elegidos, que tienen un interés especial en Él. Estos son conocidos, en primer lugar, por la forma en que entran en esta relación. Dios trae a Su pueblo a esta relación especial llamándolo eficazmente, y luego, cuando ha tomado posesión de sus corazones, lo eligen como su porción suficiente, y se entregan completamente a Él. Su lenguaje es: "¿A quién tengo yo en el cielo sino a ti? y no hay en la tierra otro que yo desee fuera de ti" (Salmo 73:25). Su entrega a Él se evidencia en: "Señor, ¿qué quieres que haga? (Hechos 9:6). Segundo, por su manera de vivir en esta relación. Glorifican a Dios por su sujeción a Él, su amor por Él, su confianza en Él. Para aquellos que han renunciado a todos los ídolos, Dios no se avergüenza de ser conocido como su Dios.

Ahora bien, si Dios es nuestro "Dios", ¡qué contentos deberíamos estar! "El Señor es la porción de mi herencia y de mi copa: Tú mantienes mi suerte. Las líneas me han caído en lugares agradables; sí, tengo una buena herencia" (Salmo 16:5, 6): este debería ser siempre nuestro lenguaje. ¡Qué confianza debemos tener! "El Señor es mi pastor; nada me falta" (Salmo 23:1): este debería ser siempre nuestro alarde. ¡Qué alegres deberíamos estar! "Porque tu bondad es mejor que la vida, mis labios te alabarán" (Salmo 63:3): ésta debería ser siempre nuestra confesión. "Tú me mostrarás el camino de la vida: en tu presencia hay plenitud de alegría; a tu derecha hay placeres para siempre". (Salmo 16:11): cuando seamos llevados al Hogar de la Gloria entenderemos mejor lo que esto connota: "su Dios".

¿Cómo puedo saber que Dios es mi "Dios"? ¿Entró alguna vez en pacto con Él? "¿Fue tu espíritu alguna vez sometido para rendirse a Él? ¿Recuerdan que cuando eran esclavos de Satanás, Dios irrumpió en ustedes con una poderosa obra de gracia, subyugando su corazón, y haciendo que se rindieran, que le dieran la mano, que vinieran y se echaran a sus pies, y depusieran las armas del desafío? ¿Has venido alguna vez como una criatura culpable, dispuesta a aceptar las leyes de Dios? Aunque la condescendencia de Dios sea capitular con nosotros, no capitulamos con Él como iguales, sino como una criatura sometida, que es tomada cautiva y está dispuesta a ser destruida a cada momento, y por lo tanto está dispuesta a ceder y gritar cuartel. ¿Cómo os comportáis en la alianza? ¿Amáis a Dios como el bien principal? ¿Veis su gloria como el fin supremo? ¿Le obedecéis como el más alto Señor? ¿Dependen de Él como su único pagador? Esto es dar a Dios la gloria de un Dios" (T. Manton).

"Porque les ha preparado una Ciudad". Aquí está la evidencia suprema de que Él es su "Dios". La "Ciudad" es el mismo Cielo. Se habla de ella como "preparada" porque Dios, en sus consejos eternos, la designó: véase Mateo 20:23, 1 Corintios 2:9. ¿Pero el pecado entró? Cierto, y Cristo ha quitado los pecados de su pueblo, y ha entrado en el cielo como su representante y precursor: por lo tanto, ha ido allí a "preparar" un lugar para nosotros, habiendo puesto el fundamento para ello en sus propios méritos; y de ahí que leamos sobre "la posesión adquirida" (Efesios 1:14). Ahora está en el cielo poseyéndola en nuestro nombre. Oh, qué motivo tenemos para inclinarnos en asombro y adoración.

CAPÍTULO 10. La fe de Abraham

(Hebreos 11:17-19)

El capítulo 11 de Hebreos es la cronología de la fe, o un registro de algunos de los actos sobresalientes que esa gracia ha producido en todas las épocas. El Apóstol, después de haber mencionado las obras realizadas por la fe de los que vivieron antes del diluvio (vv. 4-7), y de haber hablado de los patriarcas en general (vv. 9-16), las menciona ahora en detalle. Comienza de nuevo con la de Abrahán, que en esta gloriosa constelación brilla como una estrella de primera magnitud, por lo que se le llama con toda propiedad el padre de los fieles. Aquí se destacan tres productos principales de su fe: su salida de la tierra natal, ante la llamada de Dios (v. 8); la forma de su vida en Canaán, habitando en tiendas (v. 9); y su ofrecimiento de Isaac. El primero representa la conversión, el segundo la vida del cristiano en este mundo, el tercero la consumación triunfal de la fe.

Entre todas las acciones de la fe de Abraham, nada fue más notable y digno de mención que la ofrenda de su hijo Isaac. No sólo fue la obra de fe más maravillosa que jamás se haya realizado, y por lo tanto es el más ilustre de todos los ejemplos que debemos seguir (exceptuando la vida y la muerte de Cristo), sino que también proporciona la más bendita sombra del amor de Dios Padre en el don de su amado Hijo. Las semejanzas señaladas por el tipo son numerosas y sorprendentes. Abraham ofreció un hijo, su hijo unigénito. Abraham entregó a su hijo a una muerte sacrificial, y, a propósito, lo golpeó. Pero observad también cómo el antitipo superó al tipo. El hijo de Abraham era sólo un hombre. Abraham ofreció a Isaac bajo el mandato divino: Dios no estaba obligado, sino que dio a Cristo libremente. El hijo de Abraham no sufrió: Cristo lo hizo.

No olvidemos que el principal propósito del Apóstol a lo largo de este capítulo,

era demostrar a sus hermanos probados la gran eficacia de la fe: su poder para sostener una prueba muy grande, para realizar un deber muy difícil, y para obtener una bendición muy importante. Estas tres cosas quedaron inequívocamente ilustradas en el caso que ahora vamos a considerar. Como ya hemos visto, no fue sin razón que Abraham es designado como el padre de todos los que creen. Pero entre todos los actos de su fe ninguno fue más memorable que su ejercicio en el Monte Moriah. Si consideramos el objeto, la ocasión, los obstáculos que se interpusieron en su camino y su bendita victoria, no podemos sino admirar y maravillarnos del poder de la gracia divina que triunfa sobre la debilidad de la carne.

"Por la fe, Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofreció a su hijo unigénito" (v. 17). Para una comprensión más clara de este versículo debemos consultar Génesis 22: allí leemos: "Después de esto, Dios tentó a Abrahán y le dijo: Abrahán, y él dijo: Heme aquí. Y dijo: Toma ahora tu hijo, tu único hijo Isaac, a quien amas, y vete a la tierra de Moriah; y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré" (vv. 1, 2). Todo lo que sigue en Génesis 22, hasta el final del versículo 19, debe ser leído cuidadosamente. Antes de intentar exponer nuestro versículo actual y aplicar a nosotros mismos sus enseñanzas prácticas, tratemos de eliminar una o dos dificultades que pueden interponerse en el camino del lector reflexivo.

Primero: "Por la fe, Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac". La palabra "ofreció" es la misma que se usa para matar y ofrecer sacrificios. Aquí está el problema: ¿cómo pudo Abraham "ofrecer" a su hijo por fe, viendo que era contra la ley de la naturaleza y la ley de Dios que un hombre matara a su propio hijo? Sin embargo, Génesis 22:2 muestra que su fe tenía un fundamento seguro en el que apoyarse, ya que el propio Señor le había ordenado que lo hiciera. Pero esto sólo parece eliminar la dificultad una etapa más atrás: Dios mismo había establecido como ley que "quien derrame la sangre del hombre, por el hombre será derramada su sangre" (Génesis 9:6). Es cierto, pero aunque sus criaturas están obligadas por las leyes que Él les ha prescrito, Dios mismo no lo está.

Dios no está sometido a ninguna ley, sino que es absolutamente soberano. Además, es el Señor de la vida, tanto el que la da como el que la preserva, y por lo tanto tiene un derecho indiscutible a disponer de ella, a quitarla cuando le plazca, por los medios o instrumentos que considere oportunos. Dios posee la autoridad suprema y, cuando le place, anula sus propias leyes o dicta otras nuevas contrarias a las anteriores. Por su propio fiat imperial, Jehová ahora, por mandato especial y extraordinario, constituyó un deber para Abraham hacer lo que antes había sido un pecado. De manera similar, Aquel que dio el mandamiento "no te harás ninguna imagen, ni ninguna semejanza" (Exo. 20:4), ordenó a Moisés hacer una serpiente de bronce (Números 21:8). Aprende, pues, que Dios no está obligado por ninguna ley, pues está por encima de toda ley.

En segundo lugar, pero ¿cómo puede decirse realmente que Abraham "ofreció a Isaac", viendo que no lo mató realmente? En lo que respecta a su voluntad, en lo que respecta a su propósito establecido, y en lo que respecta a la aceptación de la voluntad de Dios para el acto, lo hizo. No había ninguna reserva en su corazón, y no hubo ningún fracaso en sus honestos esfuerzos. Hizo el viaje de tres días hasta el lugar designado para el sacrificio; ató a Isaac al altar, y tomó el cuchillo en su mano para matarlo. Y Dios aceptó la voluntad para el hecho. Esto ejemplifica un principio importantísimo en relación con la aceptación por parte de Dios de la obediencia del cristiano. Los términos de su ley no han sido rebajados: Dios sigue exigiendo de nosotros una obediencia personal, perpetua y perfecta. Pero esto no podemos rendirlo mientras estemos en nuestro estado actual. Y así, por amor a Cristo, donde el corazón (al que Dios siempre mira) verdaderamente desea complacerlo plenamente en todas las cosas, y hace un esfuerzo honesto y sincero por hacerlo, Dios acepta graciosamente la voluntad por el hecho. Medite cuidadosamente en 2 Corintios 8:12, que ilustra el mismo hecho bendito, y observe la palabra "dispuesto" en Hebreos 13:18.

En tercer lugar, la declaración hecha en Génesis 22:1, "Dios tentó a Abraham", o como dice nuestro texto, "cuando fue probado", porque eso es exactamente lo que significa tanto la palabra original en hebreo como en griego: hacer una prueba. "Es un acto de Dios por el cual prueba y hace experiencia de la lealtad y obediencia de sus siervos" (W. Perkins). Y esto no para su propia información (porque Él "conoce nuestros pensamientos de lejos"), sino para su propio

conocimiento y el de sus compañeros. Cristo puso a prueba al joven gobernante rico cuando le dijo: "Ve y vende lo que tienes, y dalo a los pobres" (Mateo 19:21). Así también puso a prueba a la mujer cananea cuando dijo: "No conviene tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros" (Mateo 15:26).

"Por la fe, Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac". Para entender y apreciar el hecho de que fue "por fe" que Abraham ofreció a Isaac, debemos examinar más de cerca la naturaleza de esa prueba a la que el Señor sometió a aquel a quien condescendió en llamar su "amigo". Al pedirle que sacrificara a su amado hijo, esa prueba combinaba varias y distintas características: era una prueba de su sumisión o lealtad a Dios; era una prueba de sus afectos, en cuanto a quién amaba realmente más: Dios o Isaac; fue una prueba de cuál era el más fuerte dentro de él: la gracia o el pecado; pero supremamente, fue una prueba de su fe.

Los escritores carnales ven en este incidente poco más que una severa prueba de los afectos naturales de Abraham. No puede ser de otra manera, porque el agua nunca se eleva por encima de su propio nivel; y los hombres carnales son incapaces de discernir las cosas espirituales. Pero hay que notar cuidadosamente que Hebreos 11:17 no dice: "En sumisión a la santa voluntad de Dios, Abraham ofreció a Isaac", aunque eso era cierto; ni "por supremo amor a Dios ofreció a su hijo", aunque también era el caso. En cambio, el Espíritu Santo declara que fue "por fe" que el patriarca actuó declarando que "el que había recibido las promesas ofreció a su hijo unigénito". La mayoría de los comentaristas modernos, llenos de sentimientos carnales más que del Espíritu Santo, pasan completamente por alto este punto, que es la belleza central de nuestro versículo. Tratemos, pues, de atenderlo más particularmente.

Al pedir a Abraham que sacrificara a su hijo como holocausto, el Señor sometió su fe a una prueba de fuego. ¿Por qué? Porque las promesas de Dios a Abraham respecto a su "simiente" se centraban en Isaac, y al pedirle que matara a su único hijo, parecía contradecirse a sí mismo. Ismael había sido expulsado, y sólo la posteridad de Isaac debía ser contada a Abraham como la simiente bendita entre

la cual Dios tendría su Iglesia. Isaac había sido entregado a Abraham después de que éste se había quedado sin hijos y cuando el vientre de Sara estaba muerto, por lo que no había ninguna probabilidad de que tuviera más hijos de ella. En ese momento, el propio Isaac no tenía hijos, y matarlo era como cortar todas sus esperanzas. ¿Cómo podía entonces Abraham conciliar el mandato divino con la promesa divina? Sacrificar a su hijo y heredero no sólo era contrario a sus afectos naturales, sino también a la razón carnal.

De la misma manera, Dios pone a prueba la fe de su pueblo hoy en día. Los llama a realizar actos de obediencia que son contrarios a sus afectos naturales y que se oponen a la razón carnal. "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mateo 16:24). Cuántos cristianos han tenido sus afectos hacia un no cristiano, y entonces les ha llegado esa palabra punzante: "No os unáis en yugo desigual con los incrédulos" (2 Corintios 6:14). Cuántos hijos de Dios han sido miembros de una "iglesia" en la que vieron que Cristo era deshonrado; hacer caso a ese mandato divino: "Salid, pues, de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor" (2 Corintios 6:17) implicaba dejar atrás a los más cercanos y queridos en la carne; pero el llamado de Dios no podía ser desatendido, por muy dolorosa que fuera su obediencia.

Pero, ¿cuándo se nos somete a una prueba tal como para ofrecer a nuestro Isaac? A esta pregunta, el puritano Manton dio una triple respuesta. En primer lugar, en el caso de la sumisión a los golpes de la providencia, cuando se nos quitan los parientes cercanos. Dios sabe cómo golpearnos en la vena correcta; habrá la mayor prueba donde nuestro amor esté puesto. En segundo lugar, en caso de abnegación, renunciando a nuestros intereses más selectos por una buena conciencia. No sólo debemos desprendernos de las cosas mezquinas, sino de las que apreciamos más que nada en el mundo. Cuando Dios requiere (como lo hizo con el escritor) que dejemos a nuestro padre y a nuestra madre, no debemos objetar; es más, nuestras vidas no deben ser apreciadas (Hechos 20:24). En tercer lugar, en mortificar nuestra lujuria del pecho: esto es lo que significa cortar una "mano derecha" o sacar un "ojo derecho" (Mateo 5:29, 30).

Fijémonos en el momento en que Abraham fue así probado. El Espíritu Santo ha enfatizado esto en Génesis 22:1 al decir: "Y sucedió después de estas cosas, que Dios tentó a Abraham". Parece que se hace una doble referencia en estas palabras. En primer lugar, una referencia general a todas las pruebas anteriores que Abraham había soportado: su viaje a Canaán, su estancia allí en tiendas, la larga, larga espera del heredero prometido. Ahora que había pasado por una gran lucha de aflicciones, es llamado a sufrir una prueba aún más severa. Ah, Dios educa a sus hijos poco a poco: a medida que crecen en la gracia se les asignan tareas más duras, y se les pide que atraviesen aguas más profundas, para que se les brinden mayores oportunidades de manifestar su creciente fe en Dios. No es el recluta en bruto, sino el veterano con cicatrices, a quien se le asigna un lugar en las primeras filas de la batalla. No te extrañes, pues, compañero cristiano, si tu Dios te asigna ahora pruebas más severas que hace algunos años.

En segundo lugar, en Génesis 22:1 se hace una referencia más específica a lo que se registra en el capítulo anterior: el nacimiento milagroso de Isaac, la gran fiesta que hizo Abraham, cuando fue destetado (v. 8), y la expulsión de Ismael (v. 14). La copa de la alegría del patriarca estaba ahora llena. Su perspectiva parecía muy prometedora: no aparecía ni una nube en el horizonte. Sin embargo, fue entonces, como un fuerte trueno en un cielo despejado, cuando le llegó la prueba más dura de todas. Sí, y así fue justo después de que Dios había declarado a Job "hombre perfecto y recto", que entregó todo lo que tenía en manos de Satanás (Job 1:8, 12). Así también fue cuando Pablo había sido arrebatado al tercer cielo, cuando recibió tal "abundancia de revelaciones", que le fue dado "un aguijón en la carne, mensajero de Satanás para que lo abofeteara" (2 Corintios 12:1-7).

Cuánta necesidad tenemos de buscar la gracia para que seamos capaces de sostener todo aquí con una mano ligera. Con razón dijo un antiguo escritor: "No construyas tu nido en ningún árbol terrenal, porque todo el bosque está condenado a ser cortado". No es sólo para la gloria de Dios, sino para nuestro propio bien, que pongamos nuestros afectos en "las cosas de arriba". Y en vista de lo que acabamos de ver, cuán necesario es que esperemos y busquemos por adelantado estar preparados para las pruebas severas. ¿No se nos pide que "escuchemos para el tiempo venidero" (Isaías 42:23)? Cuanto más anticipemos con calma las pruebas futuras, menos probable será que nos tambaleemos y

seamos vencidos por ellas cuando lleguen: "Amados, no os extrañéis de la prueba de fuego que os ha de probar, como si os sucediera algo extraño" (1 Pedro 4:12).

Habiendo observado el tiempo en que Abraham fue probado, consideremos ahora la severidad de su prueba. Primero el acto mismo. Se le ordenó a Abraham que matara, no a todos sus bueyes y rebaños, sino a un ser humano; y no a uno de sus fieles siervos, sino a su amado hijo. Se le ordenó a Abraham que no lo desterrara de su casa ni lo enviara fuera de Canaán, sino que lo cortara de la tierra de los vivos. Se le ordenó hacer una cosa para la cual no se podía asignar ninguna razón sino la autoridad de Aquel que dio la orden. Se le ordenó hacer lo que era más aborrecible para los sentimientos naturales. No sólo debía consentir la muerte de su querido Isaac, sino ser él mismo su verdugo. Debía matar a alguien que no era culpable de ningún crimen, pero que (según el registro divino) era un niño inusualmente obediente y cariñoso. ¿Se ha hecho alguna vez una exigencia semejante a una criatura humana antes o después?

En segundo lugar, consideremos al oferente. En nuestro texto se le presenta con un carácter particular: "el que había recibido las promesas", que es la cláusula clave del versículo. Dios había declarado a Abraham que establecería un pacto eterno con Isaac y con su descendencia después de él (Génesis 17:9). Isaac, y ningún otro, era la "semilla" por cuya posteridad se poseería Canaán (Génesis 12:7). Por medio de él debían ser bendecidas todas las naciones (Génesis 17:7), y por lo tanto debía ser por medio de él que Cristo, según la carne, procediera. Estas promesas Abraham las había "recibido": había dado crédito a ellas, las creía firmemente, esperaba plenamente su cumplimiento. Ahora el cumplimiento de esas promesas dependía de la preservación de la vida de Isaac, al menos hasta que tuviera un hijo; y sacrificarlo ahora parecía anularlas todas, haciendo imposible su cumplimiento.

"El que había recibido las promesas", lo cual indica no sólo la revelación de las promesas, relativas a una descendencia numerosa y al Mesías que vendría de sus lomos, sino la recepción de las mismas y el asentimiento cordial a ellas. Las

recibió no sólo como un creyente privado, sino como una oferta gratuita en confianza para el uso de la iglesia. En las primeras edades del mundo, Dios tuvo algunas personas eminentes que recibieron una revelación de su voluntad en nombre de los demás. Este fue el caso de Abraham, y aquí se le ve no sólo como un padre, un padre amoroso, sino como alguien que había recibido las promesas como persona pública, y padre de los fieles: la persona que Dios había elegido para depositar las promesas" (T. Manton). Aquí radica la agudeza espiritual de la prueba: al matar a Isaac, ¿no sería infiel a su confianza? ¿no pondría con su propio acto la lápida a toda esperanza de cumplimiento de tales promesas?

Con mucha fuerza, Matthew Henry, al comentar el momento en que Abraham recibió esta difícil orden de Dios, dijo: "Después de haber recibido las promesas de que este Isaac edificaría su familia, y que 'en él sería llamada su descendencia' (Hebreos 11: 18), y que sería uno de los progenitores del Mesías, y que todas las naciones serían bendecidas en él, al ser llamado a ofrecer a su Isaac, parecía ser llamado a destruir y cortar su propia familia, a cancelar las promesas de Dios, a impedir la venida de Cristo, a destruir toda la verdad, a sacrificar su propia alma y su esperanza de salvación, a cortar la iglesia de Dios de un solo golpe; ¡una prueba terrible! " Si Isaac era asesinado, entonces todo parecía estar perdido.

Se puede preguntar: Pero, ¿por qué iba Dios a probar así la fe del patriarca? Por el bien de Abraham, para que conociera mejor la eficacia de la gracia que Dios le había concedido. Así como la suspensión de un pesado peso sobre una cadena revela su debilidad o su fuerza, así Dios coloca a su pueblo en diversas circunstancias que manifiestan el estado de sus corazones, si su confianza está realmente en él o no. El Señor probó a Ezequías para mostrarle su fragilidad (2 Crónicas 32:31); probó a Job para mostrarle que, aunque lo matara, seguiría confiando en Dios. En segundo lugar, por el bien de los demás, para que Abraham fuera un ejemplo para ellos. Dios lo había llamado a ser el padre de los fieles, y por lo tanto quería mostrar a todas las generaciones de sus hijos qué gracia le había conferido, qué digno "padre" o modelo era (condensado de W. Gouge).

De la misma manera, Dios prueba a su pueblo hoy y pone a prueba la gracia que ha comunicado a sus corazones: esto, tanto para su propia gloria, como para su propio consuelo. El Señor está decidido a poner de manifiesto que tiene en la tierra un pueblo que renunciará a cualquier comodidad y soportará cualquier miseria antes que renunciar a su simple deber; que le ama más que a su propia vida, y que está dispuesto a confiar en Él en la oscuridad. También nosotros somos los ganadores, pues nunca tenemos una prueba más clara de la realidad de la gracia que cuando estamos bajo duras pruebas. "Sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, experiencia; y la experiencia, esperanza" (Romanos 5:3, 4). Como otro ha dicho: "Al golpear el vaso vemos si está lleno o vacío, agrietado o sano; así por estos golpes de la providencia somos descubiertos".

Acertadamente, John Owen señaló: "Las pruebas son la única piedra de toque de la fe, sin la cual los hombres deben querer (carecer) de la mejor evidencia de su sinceridad y eficacia, y la mejor manera de testificarla a otros. Por lo tanto, no debemos tener miedo de las pruebas, a causa de las admirables ventajas de la fe, en y por ellas." Sí, la Palabra de Dios va más allá, y nos ordena: "Considera que todo es alegría cuando caigas en diversas tentaciones" o "pruebas", declarando "que la prueba de tu fe produce paciencia. Pero dejad que la paciencia haga su obra perfecta, para que seáis perfectos y completos, sin que os falte nada" (Santiago 1:2-4). Así también, "Aunque ahora, por un tiempo, si es necesario, estáis afligidos por múltiples tentaciones (o "pruebas"), para que la prueba de vuestra fe, siendo mucho más preciosa que el oro que perece, aunque sea probada con fuego, sea hallada para alabanza, honor y gloria en la aparición de Jesucristo" (1 Pedro 1:6, 7).

En conclusión, observemos cómo se comportó Abraham bajo esta dolorosa prueba: "el que había recibido las promesas ofreció a su hijo unigénito". En Génesis 22 se registran muchos detalles instructivos al respecto. Allí se encontrará que Abraham no consultó con Sara: ¡por qué habría de hacerlo, si ya conocía la voluntad de Dios al respecto! Tampoco hubo ninguna disputa con Dios, en cuanto a la aparentemente flagrante discrepancia entre su mandato actual y sus promesas anteriores. Tampoco hubo ninguna demora: "Y Abraham se levantó de mañana, y ensilló su asno, y tomó consigo dos de sus jóvenes, y a

Isaac su hijo, y cortó la leña para el holocausto, y se levantó, y fue al lugar que Dios le había dicho" (Génesis 22:3). ¿Y cómo se explica su acción sin parangón? ¿De qué principio supercarnal surgió? Una sola palabra da la respuesta: FE. No una fe teórica, no un mero conocimiento mental de Dios, sino una fe real, viva, espiritual y triunfante.

"Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac". Por la fe en la justicia y la sabiduría divinas detrás del mandato de actuar así. Por fe en la veracidad y fidelidad de Dios para cumplir sus propias promesas. Con la plena seguridad de que Dios era capaz de cumplir su palabra, Abrahán cerró los ojos a todas las dificultades, y contó firmemente con el poder de Aquel que no puede mentir. Esta es la naturaleza misma o el carácter de una fe espiritual: persuade al alma de la supremacía absoluta de Dios, de su sabiduría infalible, de su justicia inmutable, de su amor infinito, de su poder omnipotente. En otras palabras, se apoya en el carácter del Dios vivo, y confía en Él ante cualquier obstáculo. La fe espiritual hace que su favorecido poseedor juzgue que el mayor sufrimiento es mejor que el menor pecado; sí, confiesa sin vacilar que "tu amorosa bondad es mejor que la vida" (Salmo 63:3).

Debemos dejar para nuestro próximo capítulo la consideración del resto de nuestro pasaje. Pero en vista de lo que ya hemos visto, ¿no se ven obligados tanto el escritor como el lector a clamar a Dios: "¡Señor, ten piedad de mí! Perdona mi vil incredulidad, y somete bondadosamente su terrible poder. Complácete, por amor a Cristo, en obrar en mí esa fe espiritual y sobrenatural que te honrará y dará frutos para tu gloria. Y si ya me has comunicado, en tu gracia discriminatoria, este precioso, precioso don, entonces dígnate amablemente a fortalecerlo por el poder de tu Espíritu Santo; llámalo a un ejercicio y acción más frecuentes. Amén".

CAPÍTULO 11. La fe de Abraham - Segunda parte

(Hebreos 11:17-19)

"Entregaos a Dios, como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros como instrumentos de justicia para Dios" (Romanos 6:13). El Señor tiene un derecho absoluto sobre nosotros, sobre todo lo que tenemos. Como nuestro Hacedor y Soberano, tiene el derecho de exigirnos todo lo que le plazca, y todo lo que exija debemos cederlo (1 Crónicas 29:11). Todo lo que tenemos viene de Él, y debe ser mantenido para Él, y a su disposición (1 Crónicas 29:14). El cristiano está bajo obligaciones aún más profundas de desprenderse de cualquier cosa que Dios le pida: la gratitud amorosa por Cristo y su salvación tan grande, debe aflojar nuestro agarre sobre cada cosa temporal apreciada. La generosidad de Dios debe alentarnos a entregar libremente todo lo que Él pida, pues nadie pierde jamás al entregar algo a Dios. Sin embargo, por poderosas que sean estas consideraciones para cualquier mente renovada, el hecho es que no nos mueven hasta que la fe esté en ejercicio. La fe es lo que nos hace ceder a Dios, responder a sus demandas y responder a sus llamados.

"Por la fe, Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofreció a su hijo unigénito, del cual se había dicho: En Isaac será llamada tu descendencia; dando cuenta de que Dios podía resucitarlo, incluso de entre los muertos; de donde también lo recibió en una figura" (Hebreos 11:17-19). El propósito del Apóstol al citar este notable incidente, era mostrar que es propiedad de la fe llevar a su poseedor a través de las más grandes pruebas, con una alegre sumisión y aceptable obediencia a la voluntad de Dios. A fin de aclarar esto al lector, tratemos de exponer la poderosa influencia que tiene la fe para sostener el alma y llevarla a través de las pruebas.

En primer lugar, la fe juzga correctamente todas las cosas: nos impresiona con un sentido de la incertidumbre y fugacidad de las cosas terrenales, y nos hace estimar altamente las cosas invisibles y celestiales. La fe es una prudencia espiritual que se opone no sólo a la ignorancia, sino también a la insensatez: tanta es nuestra incredulidad, tanta es nuestra insensatez: "Oh insensatos, y lentos de corazón para creer" (Lucas 24:25). La fe es una sabiduría espiritual que nos enseña a valorar el favor de Dios, las sonrisas de su rostro, los consuelos del Cielo; nos muestra que todas las cosas exteriores no son nada en comparación con la paz y la alegría interiores. La razón carnal valora el interés de la vida presente y se aferra a sus riquezas y honores; el sentido se ocupa de los placeres carnales; pero la fe sabe que "tu bondad es mejor que la vida" (Salmo 63:3).

En segundo lugar, la fe resuelve todos los enigmas y las dudas cuando nos encontramos en un dilema: qué problema se le planteó a Abraham: ¡qué! ¿ofreceré a Isaac y haré fracasar las promesas de Dios, o tendré que desobedecerle por otro lado? La fe eliminó la dificultad: "contando con que Dios era capaz de resucitarlo incluso de entre los muertos". La fe cree en el cumplimiento de la promesa, diga lo que diga la razón y el sentido común; corta el nudo por una decidida dependencia del poder y la fidelidad de Dios. La fe derriba las imaginaciones carnales y toda altivez que se levanta contra Dios, y lleva cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo.

En tercer lugar, la fe es una gracia que mira a las cosas futuras, y a la luz de su realidad las pruebas más duras no parecen nada. El sentido se ocupa sólo de las cosas presentes, y así a la naturaleza le parece molesto y amargo negarnos a nosotros mismos. Pero el lenguaje de la fe es: "Porque nuestra ligera aflicción, que es momentánea, nos produce un peso de gloria mucho más grande y eterno; mientras no miramos las cosas que se ven, sino las que no se ven" (2 Corintios 4:17, 18). La fe mira dentro del velo, y así tiene una poderosa influencia para sostener el alma en tiempos de prueba. El que camina a la luz de la eternidad atraviesa tranquila y felizmente las brumas y las nieblas del tiempo; ni el ceño fruncido de los hombres ni los encantos del mundo le afectan, porque tiene una visión encantadora y conmovedora de la gloriosa herencia a la que se dirige.

En cuarto lugar, "la fe obra por el amor" (Gálatas 5:6), y entonces nada es demasiado cercano y querido para nosotros si la renuncia a ellos glorifica a Dios. La fe no sólo mira hacia adelante, sino también hacia atrás; recuerda al alma las grandes cosas que Dios ha hecho por nosotros en Cristo. Nos ha dado a su amado Hijo, y Él vale infinitamente más que todo lo que podamos darle. Sí, la fe comprende el maravilloso amor de Dios en Cristo, y dice: "Si Él dio al Querido de su seno para que muriera por mí, ¿me aferraré a algún pequeño sacrificio? Si Dios me dio a Cristo, ¿voy a negarle a mi Isaac? Así obra la fe, urgiendo al alma con el amor de Dios, para que por agradecimiento a Él nos desprendamos de los consuelos que nos exige.

"De quien se dijo: Que en Isaac será llamada tu Simiente" (Hebreos 11:18). El Apóstol introdujo esto para mostrar en qué consistía el mayor obstáculo para la fe de Abraham. En primer lugar, fue llamado a "ofrecer" a su hijo y heredero. Segundo, y esto después de haber "recibido las promesas". Tercero, no a Ismael, sino a su "unigénito" o amado Isaac; ésta es la fuerza de la expresión: es un término de cariño, como muestran Juan 1:18 y 3:16. En cuarto lugar, debía matar a aquel de quien iba a salir el propio Mesías, pues éste es claramente el significado de la promesa divina registrada en el versículo 18.

Hace mucho tiempo John Owen llamó la atención sobre el hecho de que los socinianos (unitarios) redujeron la promesa de Dios a Abraham a dos cabezas: primero la de una posteridad numerosa, y segundo que esta posteridad debería habitar y disfrutar la tierra de Canaán como herencia. Pero esto, como señaló, contradice directamente al Apóstol, quien en Hebreos 11:39 afirma que, cuando habían poseído la tierra de Canaán casi hasta el último período de su concesión a ellos, no habían recibido el cumplimiento de las promesas; desearíamos que nuestros modernos "dispensacionalistas" reflexionaran sobre ese versículo. Si bien es cierto que la numerosa posteridad de Abraham y su ocupación de Canaán fueron medios y prendas del cumplimiento de la promesa, sin embargo, Hechos 2:38, 39, y Gálatas 3:16 dejan inequívocamente claro que el objeto de la promesa era Cristo mismo, con toda la obra de su mediación para la redención y salvación de su Iglesia.

"De quien se dijo: Que en Isaac será llamada tu Simiente". Esta promesa divina se encuentra por primera vez en Génesis 21:12, y la ocasión en que Dios se la dio a Abraham nos proporciona otra ayuda para determinar su significado. En el contexto de la misma, encontramos que el Señor había dado órdenes para la expulsión de Agar y su hijo, y leemos: "Y la cosa fue muy penosa a los ojos de Abraham a causa de su hijo" (Génesis 21:11). Entonces fue, para consolar su afligido corazón, que Jehová dijo a su "amigo": no te aflijas por el hijo de Agar, porque te daré uno que es mejor que un millón de ismaelitas; te daré un hijo del cual no descenderá otro que el prometido Salvador y Redentor. Y ahora Abraham fue llamado a matar al que era el progenitor señalado del Mesías. No se requería aquí una fe ordinaria.

¿Quién puede dudar de que ahora Abraham estaba muy presionado por Satanás? ¿Acaso no señalaría lo "inconsistente" que era Dios, como lo hará frecuentemente con nosotros, si somos lo suficientemente tontos como para escuchar sus viles acusaciones? ¿No apelaría a sus sentimientos y diría: "¿Cómo te considerará Sara cuando sepa que has matado y reducido a cenizas al hijo de su vejez? ¿No trataría de persuadir a Abraham de que Dios estaba jugando con él, que realmente no quería ser tomado en serio, que no podía ser tan cruel como para exigir a un padre justo que fuera el verdugo de su propio hijo obediente? A la luz de todo lo que se revela de nuestro gran Enemigo en las Sagradas Escrituras, y en vista de nuestra propia experiencia de sus diabólicos asaltos, quién puede dudar sino que Abraham se convirtió ahora en el objeto inmediato del ataque de Satanás.

Ah, nada más que una mente que se mantuvo en el Señor podría haber resistido entonces al Diablo, y realizar una tarea que era tan difícil y dolorosa. "Si hubiera sido débil en la fe, habría dudado si dos revelaciones, aparentemente inconsistentes, podían venir del mismo Dios, o, si lo hacían, si se debía confiar en tal Dios y obedecerlo. Pero al ser fuerte en la fe, razonó de esta manera: Esto es claramente un mandato de Dios, tengo evidencia satisfactoria de ello; y por lo tanto debe ser inmediata e implícitamente obedecido. Sé que Él es perfectamente sabio y justo, y lo que ordena debe ser correcto. La obediencia a este mandamiento parece, en efecto, obstaculizar el cumplimiento de una serie de promesas que Dios me ha hecho. Estoy muy seguro de que Dios ha hecho esas

promesas; estoy muy seguro de que las cumplirá. No puedo decir cómo las cumplirá. Eso es asunto suyo, no mío. A Él le corresponde prometer, y a mí creer; a Él ordenar, y a mí obedecer" (John Brown).

El incidente que estamos considerando ahora nos muestra de nuevo que la fe tiene que ver no sólo con las promesas de Dios, sino también con sus preceptos. Sí, esto es lo central que se nos presenta aquí. Abraham había sido "fuerte en la fe" cuando Dios le había declarado que tendría un hijo de su anciana esposa (Romanos 4:20), no dejándose desconcertar por la dificultad aparentemente insuperable que se interponía en el camino; y ahora fue fuerte en la fe cuando Dios le ordenó matar a su hijo, negándose a ser disuadido por el obstáculo aparentemente inamovible que su acto interpondría antes de recibir la Simiente por medio de Isaac. Ah, querido lector, no te equivoques sobre este punto: una fe que no está tan y tan verdaderamente comprometida con los preceptos como con las promesas de Dios, no es la fe de Abraham, y por lo tanto no es la fe de los elegidos de Dios. La fe espiritual no escoge: teme a Dios y lo ama.

Así como las promesas no se creen con una fe viva a menos que aparten nuestros corazones de las vanidades carnales para buscar esa felicidad que nos ofrecen, así los mandamientos no se creen correctamente a menos que estemos plenamente resueltos a aceptarlos como la única regla que nos guiará en la obtención de esa felicidad, y a adherirnos a ellos y obedecerlos. El salmista declaró: "He creído en tus mandamientos" (119:66); reconocía la autoridad de Dios detrás de ellos, había una disposición de corazón para escuchar su voz en ellos, había una determinación de voluntad para que sus acciones fueran reguladas por ellos. Así fue con Abraham, y así debe ser con nosotros si queremos dar pruebas de que es nuestro "padre". "Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham" (Juan 8:39).

La Palabra de Dios no debe ser tomada por partes, sino recibida en nuestros corazones como un todo: cada parte debe afectarnos y suscitar en nosotros las disposiciones que cada una de las partes es capaz de producir. Si las promesas suscitan consuelo y alegría, los mandamientos deben suscitar amor, temor y

obediencia. Los preceptos son una parte de la revelación divina. La misma Palabra que nos llama a creer en Cristo como un Salvador que todo lo puede, también nos pide que creamos en los mandamientos de Dios, para moldear nuestros corazones y guiar nuestros caminos. Hay una conexión necesaria entre los preceptos y las promesas, pues estas últimas no pueden hacernos bien hasta que no se preste atención a los primeros: nuestro consentimiento a la Ley precede a nuestra fe en el Evangelio. Los mandatos de Dios "no son gravosos" (1 Juan 5:3). Cristo debe ser aceptado como Legislador antes de convertirse en nuestro Redentor: Isaías 33:22.

Cómo la disposición de Abraham a sacrificar a su hijo condena a los que se oponen a los mandatos de Dios, y no quieren sacrificar sus deseos perversos y sucios. "Quien de vosotros -dice Cristo- no abandona todo lo que tiene, no puede ser mi discípulo" (Lucas 14:33): con esto quiso decir que hasta que no se aparte con sinceridad de corazón y con un esfuerzo decidido de todo lo que compite (por nuestros afectos) con el Señor Jesús, no puede llegar a ser cristiano: véase Isaías 55:7. En vano pretendemos ser salvos si el mundo sigue gobernando nuestros corazones. La gracia divina no sólo libra de la ira venidera, sino que incluso ahora "enseña" eficazmente a sus receptores a negar "toda impiedad y concupiscencia mundana, para que vivamos sobria, justa y piadosamente en este mundo presente" (Tito 2:12).

"Contando que Dios pudo resucitarlo, aun de entre los muertos" (Hebreos 11:19). Aquí aprendemos cuál era el objeto inmediato de la fe de Abraham en esta ocasión, a saber, el poderoso poder de Dios. Estaba plenamente seguro de que el Señor obraría un milagro antes que faltar a su promesa. Ah, hermanos míos, es meditando en la suficiencia de Dios que el corazón se tranquiliza y la fe se establece. En tiempos de tentación, cuando el alma está cargada de dudas y temores, se puede obtener un gran alivio meditando en los atributos divinos, particularmente en la omnipotencia de Dios. Su poder omnipotente es un apoyo especial para la fe. En todas las épocas, la fe de los santos se ha visto muy fortalecida por este medio. Así ocurrió con los tres hebreos: "Nuestro Dios a quien servimos es capaz de librarnos del horno de fuego" (Daniel 3:17). "Para Dios todo es posible" (Marcos 10:27): Él es capaz de cumplir su palabra, aunque toda la tierra y el infierno parezcan oponerse a ella.

Aquí también vemos exhibido otro de los atributos de la fe, a saber, el compromiso de los acontecimientos con Dios. La razón carnal es incapaz de descansar hasta que se vislumbre una solución, hasta que pueda ver una salida a sus dificultades. Pero la fe extiende la necesidad ante Dios, hace rodar la carga sobre Él, y le deja tranquilamente la solución. "Encomienda al Señor tus obras, y tus pensamientos serán afirmados" (Proverbios 16:3): cuando esto se hace verdaderamente por la fe, nos aliviamos de muchas sacudidas de la mente y agitaciones del alma que de otro modo nos angustiarían. Así que aquí, Abraham encomendó el evento a Dios, confiando en su poder para resucitar a Isaac, aunque lo mataran. Esta es la naturaleza misma de la fe espiritual: remitir nuestro caso a Él, y esperar con calma y expectación la liberación prometida, aunque no podamos percibir ni imaginar la manera en que se producirá. "Encomienda tu camino al Señor; confía también en él, y él lo realizará" (Salmo 37:5).

Oh, qué poca fe se ejerce entre el pueblo de Dios que profesa hoy. Ocupados casi por completo con la creciente marea de maldad en el mundo, con la rápida propagación del romanismo, con la apostasía del protestantismo, la gran mayoría de los que ahora llevan el nombre de Cristo concluyen que nos enfrentamos a una situación desesperada. Tales personas parecen ignorar la historia del pasado. Tanto en los tiempos del Antiguo Testamento como en diferentes períodos de esta dispensación, las cosas han sido mucho peores de lo que son ahora. Además, tales pesimistas temblorosos dejan de lado a Dios: ¿no es ÉL "capaz" de hacer frente a la situación actual? Se puede dar un vacilante "Sí", anulado enseguida por la pregunta: "¿Pero dónde está la promesa de que lo hará?". ¿Dónde? Pues en Isaías 59:19, "Cuando el enemigo venga como una inundación (¡no lo ha hecho ya!), el Espíritu del Señor levantará un estandarte contra él", pero ¿quién lo cree?

Ah, mi lector cristiano, medita detenidamente esa bendita afirmación de Aquel que no puede mentir, y luego inclina la cabeza avergonzado por tu incredulidad. Todo en el mundo puede parecer muerto contra el cumplimiento de muchas promesas divinas; sin embargo, por muy oscuro y terrible que parezca el panorama, la Iglesia de Dios en la tierra no se enfrenta hoy a una situación tan

crítica y desesperada como la del padre de los fieles cuando tenía su cuchillo en el pecho de aquel de cuya única vida dependía el cumplimiento de todas las promesas. Sin embargo, él descansó en la fidelidad y el poder de Dios para asegurar su propia veracidad; y lo mismo podemos hacer nosotros en la presente coyuntura. Aquel que respondió a la fe de Abraham, sometido a duras pruebas, a la fe de Moisés cuando Israel estaba frente al Mar Rojo, a los tres hebreos cuando fueron arrojados al horno de Babilonia, responderá a la nuestra, si realmente confiamos en él. Abandonen entonces sus periódicos, hermanos, pónganse de rodillas, y oren expectantes por una nueva efusión del Espíritu Santo. La extremidad del hombre es siempre la oportunidad de Dios.

"Contando que Dios pudo resucitarlo, aun de entre los muertos". Esto proporciona una interesante visión lateral sobre la inteligencia espiritual de los patriarcas. Los santos del Antiguo Testamento estaban muy lejos de ser tan ignorantes como algunos de nuestros modernos superficiales suponen. A menudo se han sacado conclusiones erróneas del silencio del Génesis sobre diversos asuntos: los libros posteriores de la Escritura complementan con frecuencia los relatos concisos que se ofrecen en los primeros. J. Owen señaló acertadamente que "Abraham creía firmemente, no sólo en la inmortalidad de las almas de los hombres, sino también en la resurrección de los muertos. Si no lo hubiera hecho, no habría podido recurrir a este alivio en su angustia. Podría haber pensado en otras cosas, en las que Dios podría haber ejercido su poder; pero no podía creer que lo haría, en lo que él mismo no creía".

Algunos, tal vez, piensen que Owen recurrió demasiado a su imaginación, que leyó en Hebreos 11:19 lo que realmente no está allí. Si es así, están equivocados. Hay una declaración clara en Génesis 22 que, aunque no es citada por el eminente puritano, establece plenamente su afirmación: allí se nos dice que el patriarca dijo a sus jóvenes: "Yo y el muchacho iremos allá a adorar, y volveremos a vosotros" (v. 5). Esto es sumamente bendito. Nos muestra que Abraham no estaba ocupado con su fe, su obediencia, o con algo en sí mismo, sino únicamente con el Dios vivo: la "adoración" de Él llenaba su corazón y ocupaba todos sus pensamientos. Las palabras añadidas "y volverá a ti" dejan claro que Abraham esperaba con confianza que Jehová resucitara de entre los muertos al que iba a sacrificar como holocausto. Un maravilloso triunfo de la fe

fue éste: registrado para alabanza de la gloria de la gracia de Dios, y para nuestra instrucción.

Oh, mis queridos hermanos y hermanas en Cristo, queremos que hagan algo más que leer este libro: anhelamos que mediten en esta bendita secuela de la dolorosa prueba de Abraham. Fue probado como ningún otro lo fue jamás, y el resultado fue grandioso; pero entre esa prueba y su feliz resultado hubo el ejercicio de la fe, el contar con Dios para que interviniera en su favor, el confiar en su poder omnipotente. Y Dios no le falló: aunque probó su fe hasta el límite, el Señor intervino en el momento justo. Esto se registra para nuestro estímulo, especialmente para aquellos que ahora están pasando por un horno de fuego. Quien puede librar de la muerte, ¡qué no puede hacer! Di, pues, con uno de los antiguos: "No hay roca (en la que apoyarse) como nuestro Dios" (1 Samuel 2:2): Ana había encontrado un poderoso apoyo a su fe en el poder de Dios.

"Por la fe Abraham . . ofreció a Isaac . . contando con que Dios era capaz de resucitarlo". La fe, pues, espera una recompensa de Dios. La fe sabe que es una ganga salvadora perder cosas por causa de Cristo. La fe espera una restitución de las comodidades de nuevo, ya sea en especie o en valor: "No hay nadie que haya dejado casa o hermanos... por causa de mí y del Evangelio, sino que recibirá cien veces más ahora en este tiempo, casas y hermanos... y en el mundo venidero la vida eterna" (Marcos 10:29, 30), es decir, o bien realmente, o un equivalente abundante. Cuando uno de los reyes de Israel recibió la orden del Señor de despedir al ejército que había contratado, se preocupó y preguntó: "¿Qué haremos con los cien talentos que he dado al ejército de Israel?" (2 Crónicas 25:9); a lo que el profeta respondió: "¡El Señor puede daros mucho más que esto! Cuando un hombre, por su fidelidad a Cristo, se vea expuesto a los ceños del mundo, y su familia se enfrente a la hambruna, que sepa que Dios se ocupará de él. El Señor no será deudor de nadie.

"De donde también lo recibió en figura" (Hebreos 11:19). Abraham había sacrificado a Isaac según su propósito, por lo que lo consideraba muerto; y (así) lo recibió de vuelta de entre los muertos, no realmente, sino de una manera que

se asemeja a tal milagro. Esto ilustra y demuestra la verdad de lo que acabamos de decir. Dios nos devuelve lo que le ofrecemos: "Todo lo que el hombre siembra, eso también cosechará" (Gálatas 6:7). "Lo que ha dado se lo volverá a pagar" (Proverbios 19:17), pues no estará en deuda con ninguna de sus criaturas. Ana entregó a Samuel al Señor, y a cambio tuvo muchos más hijos (1 Samuel 2:20, 21). Cuán grande es, pues, la insensatez de los que niegan a Dios cualquier cosa que les pida: cómo abandonan sus propias misericordias, se mantienen en su propia luz y obstaculizan su propio bien.

"De donde también lo recibió en figura". He aquí el grandioso resultado de la fe del patriarca. Primero, la prueba fue retirada, Isaac fue perdonado: la manera más rápida de terminar una prueba es estar completamente resignado a ella; si queremos salvar nuestra vida, debemos perderla. En segundo lugar, tuvo la aprobación expresa del Señor, "ahora sé que temes a Dios" (Génesis 22:12): aquel cuya conciencia está limpia ante Dios goza de gran paz. En tercer lugar, tenía una visión más clara de Cristo que la que tenía antes: "Abraham vio mi día", dijo el Salvador; cuanto más nos mantengamos en el camino de la obediencia, más real y precioso será Cristo para nosotros. Cuarto, obtuvo una revelación más completa del nombre de Dios: lo llamó "Jehová-Jireh" (Génesis 22:14): cuanto más resistamos la prueba, mejor instruidos estaremos en las cosas de Dios. Quinto, el pacto le fue confirmado (Génesis 22:16, 17): el camino más rápido hacia la plena seguridad es la plena obediencia.

CAPÍTULO 12. La fe de Isaac

(Hebreos 11:20)

Aunque Isaac fue el que vivió más tiempo de los cuatro grandes patriarcas, se registra menos sobre él que sobre cualquiera de los otros: se dedican unos doce capítulos a la biografía de Abraham, y un número similar a la de Jacob y José, pero salvo una o dos breves menciones antes y después, la historia de Isaac se condensa en dos capítulos, Génesis 26 y 27. Contrastando su carácter con el de su padre y el de su hijo, podemos suponer que se notan menos los triunfos de la fe de Abraham y menos los fracasos de Jacob. En su conjunto, la vida de Isaac es decepcionante: comienza de forma brillante, pero termina en medio de las sombras, como la de tantos, que no cumplió su promesa inicial.

El único acto de la vida de Isaac que el Espíritu Santo seleccionó para ser mencionado en el Rollo de la Fe nos lleva a Génesis 27, donde, como bien dijo el puritano Owen, "No hay ninguna (otra historia) en la Escritura llena de más complejidades y dificultades en cuanto a un juicio correcto de las cosas relatadas, aunque el asunto de los hechos esté clara y distintamente establecido. El conjunto nos representa la soberanía, la sabiduría y la fidelidad divinas, obrando eficazmente a través de las fragilidades, las debilidades y los pecados de todas las personas implicadas en el asunto".

Génesis 27 comienza presentándonos a Isaac en su vejez, y declara que "sus ojos se oscurecieron, de modo que no podía ver" (v. 1). No debería ser necesario decir que tenemos allí algo más que una mera referencia al estado de sus ojos físicos, sin embargo, en estos días en que tantos se glorían en su comprensión de la Palabra "literalmente", los siervos de Dios necesitan reflexionar sobre las verdades espirituales más elementales. Todo en la Sagrada Escritura tiene un

significado más profundo que el "literal", y somos los grandes perdedores cuando nos limitamos a la "letra" de cualquier versículo. Contrastemos esta declaración relativa a la visión defectuosa de Isaac con lo que se registra de otro siervo de Dios a la misma edad avanzada: "Y Moisés tenía ciento veinte años cuando murió; su ojo no se oscureció" (Deuteronomio 34:7).

Génesis 27 nos muestra el bajo estado en que puede llegar un hijo de Dios. Isaac nos presenta una solemne advertencia de las malas consecuencias que se derivan de no juzgar y rechazar nuestros apetitos naturales. Si no mortificamos nuestros miembros que están en la tierra, si no nos abstenemos de las lujurias carnales que combaten el alma, entonces el fino filo de nuestra vida espiritual se embotará, y el oro fino se oscurecerá. Si vivimos para comer, en lugar de comer para vivir, nuestra visión espiritual está destinada a ser defectuosa. El discernimiento es un subproducto, el fruto y el resultado de la negación de uno mismo y del seguimiento de Cristo (Juan 8:12). Fue esta abnegación la que fue tan conspicua en Moisés: aprendió a rechazar lo que apelaba a la carne: una posición de honor como hijo de la hija de Faraón; por eso su "ojo no se oscureció". Vio que los hebreos que fabricaban ladrillos eran el pueblo de Dios, los objetos de su favor soberano, y siguiendo sus impulsos espirituales, echó su suerte con ellos.

¡Qué diferente fue el caso del pobre Isaac! En lugar de mantener su cuerpo en sujeción, lo consintió. Más que un indicio de esto se da en Génesis 25:28, "Y amaba Isaac a Esaú, porque comía de su venado": esto lo puso bajo la influencia de alguien que no podía ser de ayuda para él espiritualmente, y lo amaba porque atendía a sus apetitos carnales. Y ahora, en Génesis 27, cuando pensó que el fin de sus días estaba cerca, y deseó otorgar la bendición patriarcal a su hijo, en lugar de entregarse al ayuno y la oración, y actuar entonces de acuerdo con la voluntad revelada de Dios, se nos dice que llamó a Esaú, y dijo: "Ahora, pues, te ruego que tomes tus armas, tu carcaj y tu arco, y sal al campo, y llévame venado y prepárame una carne sabrosa, como a mí me gusta, y tráemela para que coma, para que mi alma te bendiga antes de morir" (Génesis 27: 3, 4). Esto es lo que proporciona la clave de la secuela inmediata.

"Y Jehová le dijo (es decir, a Rebeca): Dos pueblos están en tu vientre, y dos clases de pueblos serán separados de tus afectos; y un pueblo será más fuerte que el otro, y el mayor servirá al menor" (Génesis 25: 23). Esta es la Escritura que suministra la segunda clave de todo el incidente registrado en Génesis 27 y nos abre Hebreos 11:20. Aquí encontramos a Dios dando a conocer el destino de Jacob y Esaú: obsérvese que esta revelación se hizo a la madre (que había "consultado al Señor": Génesis 25:22), y no a su padre. Está claro que, más tarde, el propio Isaac se familiarizó con sus términos, pero no es fácil decir hasta qué punto comprendió realmente su significado.

Rebeca creyó en la palabra que el Señor le había dicho, pero no llegó a tener plena confianza en él. Cuando vio la marcada parcialidad de Isaac por Esaú, y supo que su marido estaba a punto de realizar el último acto religioso de un sacerdote patriarcal y pronunciar la bendición sobre sus hijos, se volvió temerosa. Cuando oyó que Isaac le pedía a Esaú que le preparara "carne sabrosa" -evidentemente deseando encender o intensificar su afecto por Esaú, para poder bendecirlo de todo corazón-, imaginó que el propósito de Dios estaba a punto de ser frustrado, y recurrió a medidas que malamente pueden ser justificadas por una hija de Jehová. No nos detendremos en el engaño que ella indujo a Jacob a adoptar, sino que señalaremos que proporciona un solemne ejemplo de la verdadera fe que se fija resueltamente en las promesas divinas, pero que emplea medios irregulares y equivocados para obtenerlas.

En lo que sigue vemos cómo Isaac fue engañado por Jacob haciéndose pasar por Esaú. Aunque al principio se mostró inquieto y desconfiado, sus temores se disiparon en gran medida gracias a las mentiras de Jacob: aunque percibió que la voz era la del hijo menor, sus manos parecían ser las del mayor. Resulta realmente patético ver al anciano patriarca reducido al sentido del tacto en sus esfuerzos por identificar al que le había traído el ansiado venado. Es esto lo que debería hablar con fuerza a nuestros corazones: quien cede a los deseos de la carne, hiere sus instintos espirituales, y abre de par en par la puerta para que el Diablo se imponga sobre él y le engañe con sus mentiras. El que permite que los sentimientos y afectos naturales se sobrepongan a las exigencias de la voluntad revelada de Dios, se ve reducido al final a un estado de humillación. ¡Cuántas veces se demuestra que los enemigos espirituales de un hombre son los de su

propia casa! Isaac amaba imprudentemente a Esaú.

Pero ahora debemos enfrentar una pregunta difícil: ¿Se enfrentó Isaac deliberadamente al consejo conocido de Dios? ¿Tenía el propósito desafiante de otorgar a Esaú lo que estaba seguro de que el Señor había designado para Jacob? "Independientemente de lo que se pueda decir para excusar a Isaac, es cierto que falló mucho en dos cosas: En primer lugar, en su amor desmedido hacia Esaú (de quien no podía dejar de saber que era una persona profana), y eso por un motivo tan insignificante como comer su carne de venado: Génesis 25:28. En segundo lugar, en que no había indagado suficientemente en la mente de Dios, en el oráculo que su esposa recibió sobre sus hijos. No hay duda, por un lado, de que lo sabía; ni por otro, de que no lo entendía. Porque si el santo varón hubiera sabido que era la voluntad determinada de Dios, no la habría contradicho. Pero esto surgió de la falta de investigación diligente por medio de la oración en la mente de Dios" (John Owen).

Estamos de acuerdo con estas observaciones del eminente puritano. Si bien la conducta de Isaac en esta ocasión estuvo lejos de ser la de un hijo de Dios que concluyó que su peregrinaje terrenal estaba ya casi terminado, la caridad nos prohíbe dar la peor interpretación posible a su acción. Aunque su afecto por Esaú estaba fuera de lugar, sin embargo, en ausencia de cualquier prueba bíblica clara, no estamos autorizados a pensar que pecó presuntuosamente, resistiendo deliberadamente la voluntad revelada de Dios; más bien debemos concluir que no tenía una comprensión clara del oráculo divino dado a Rebeca; su discernimiento espiritual era tenue, así como su visión física. En cuanto al indigno papel desempeñado por Rebeca y Jacob, sus esfuerzos deben considerarse no tanto como las energías febriles de la carne, que buscan forzar el cumplimiento de la promesa de Dios, sino como intenciones bienintencionadas, pero equivocadas, de impedir que se frustre el propósito de Dios. Sus temores nos recuerdan a los de Uzza en 2 Samuel 6:6.

El único punto brillante en el sombrío cuadro que el Espíritu Santo ha pintado tan fielmente para nosotros en Génesis 27 se encuentra en el versículo 33. Justo

después de que Isaac había pronunciado la bendición principal sobre Jacob, Esaú entró en la tienda, trayendo consigo la sabrosa carne que había preparado para su padre. Isaac se dio cuenta ahora del engaño que le habían hecho, y se nos dice que "tembló en extremo". ¿Estaba temblando de rabia por la traición de Jacob? No, ciertamente. ¿Estaba, como ha sugerido un comentarista, temeroso de sufrir un daño a manos del acalorado Esaú? No, sus siguientes palabras desmontan tal teoría. Más bien se dio cuenta de que había estado en desarmonía con la voluntad divina, y que Dios había intervenido providencialmente para llevar a cabo sus propios consejos. Se sintió sobrecogido hasta lo más profundo de su alma.

Es una bendición contemplar cómo el espíritu triunfó sobre la carne. En lugar de estallar con una furiosa maldición sobre la cabeza de Jacob, Isaac dijo: "Lo he bendecido, sí, y será bendecido". Ese fue el lenguaje de la fe que superó su natural parcialidad por Esaú. Era el reconocimiento y la aceptación de la inmutabilidad e invencibilidad de los decretos divinos. Se dio cuenta de que Dios está en una sola mente, y nadie puede desviarlo: que aunque haya muchas maquinaciones en el corazón del hombre, sin embargo el consejo del Señor, ese permanecerá (Proverbios 19:21). Ni las lágrimas de Esaú pudieron conmover al patriarca. Ahora que la entrada de las palabras de Dios le había dado luz, ahora que la mano dominante de Dios había asegurado su propia designación, Isaac estaba firme como una roca. Los justos pueden caer, pero no pueden ser derribados del todo.

"Por la fe, Isaac bendijo a Jacob y a Esaú en lo que respecta a las cosas futuras" (Hebreos 11:20). Jacob, el más joven, tuvo la precedencia y la bendición principal. Esto ejemplifica de manera sorprendente la alta soberanía de Dios. Tomar al más joven, y dejar que el mayor perezca en sus caminos, es un curso que el Señor ha seguido a menudo, desde el principio del mundo. Abel, el menor, fue preferido antes que Caín. A Sem se le dio la precedencia sobre Jafet, el mayor (Génesis 10:21). Después, Abraham, el menor, fue tomado como favorito de Dios. De los dos hijos de Abraham, el mayor, Ismael, fue pasado, y en Isaac fue llamada la Simiente. Más tarde, David, que era el más joven de los ocho hijos de Jesé, fue seleccionado para ser el hombre según el corazón de Dios. Y Dios sigue escribiendo, como con un rayo de sol en el curso de su providencia,

que tendrá misericordia de quien tenga misericordia.

La "bendición" que Isaac pronunció sobre Jacob fue muy superior a la porción asignada a Esaú, aunque si no miramos más allá de la letra de las palabras que usó su padre, parece haber muy poca diferencia entre ellos. A Jacob Isaac le dijo: "Dios te dé del rocío del cielo, y de la grosura de la tierra, y abundancia de grano y de vino" (Génesis 27:28); lo que sigue en el versículo 29 se refiere principalmente a su posteridad. A Esaú le dijo Isaac: "He aquí que tu morada será la grosura de la tierra, y el rocío del cielo desde lo alto; y con tu espada vivirás, y servirás a tu hermano" (Génesis 27:39, 40). Aparte de que el hijo menor tenía la preeminencia sobre el mayor, ¿en qué consistía la excelencia peculiar de su porción? Si no hubiera habido nada espiritual en la promesa, no habría sido ningún consuelo para Jacob, ya que las cosas temporales mencionadas no eran su porción: como reconoció a Faraón, "pocos y malos han sido los días de los años de mi vida" (Génesis 47:9).

Lo que acabamos de ver es un ejemplo notable de cómo deben interpretarse las promesas y profecías del Antiguo Testamento, no carnalmente, sino místicamente. El hecho de que la porción de Jacob superó con creces la de Esaú, queda claro en Hebreos 12:17, donde se denomina "la bendición". Lo que es esto quedó más claro cuando Isaac repitió su bendición sobre Jacob, diciendo: "Y te daré la bendición de Abraham, a ti y a tu descendencia" (Génesis 28:4). Aquí está la clave que necesitamos para descifrar su significado; como muestra claramente Gálatas 3:9, 14, 29, la "bendición de Abraham" (a la que entran los gentiles elegidos, por medio de Cristo) es algo puramente espiritual. Una prueba más de que la misma bendición espiritual que Dios prometió a Abraham también fue hecha por Isaac a Jacob, se encuentra en sus palabras: "Lo he bendecido, sí, y será bendecido" (Génesis 27:33), pues Jehová había empleado el mismo lenguaje al bendecir al padre de todos los creyentes: "en la bendición te bendeciré" (Génesis 22:17). A esto puede añadirse el "Maldito sea todo el que te maldiga, y bendito el que te bendiga" de Isaac (Génesis 27:29), que forma parte de las mismas palabras que Dios empleó con Abraham, véase Génesis 12:2, 3.

Ahora bien, al tratar de entender correctamente el lenguaje de la profecía de Isaac, debe reconocerse que (a menudo) en el Antiguo Testamento las cosas celestiales se referían en términos terrenales, que las bendiciones espirituales se presentaban bajo la figura de las cosas materiales. La debida atención a este hecho hará que muchos pasajes sean luminosos. Tal es el caso aquí: bajo los emblemas del "rocío del cielo y la grosura de la tierra", se pretendían tres grandes bendiciones espirituales. En primer lugar, que iba a tener una relación real con Cristo, que iba a ser uno de los progenitores del Mesías: este fue el principal favor y dignidad concedidos a "Abraham". Es a la luz de esto que debemos entender que Génesis 27:29 se refiere en última instancia: "que los pueblos te sirvan, y las naciones se inclinen ante ti", es decir, a la rama superior que debía proceder de él: a Cristo, a quien todos los hombres deben rendir pleitesía (Salmo 2:10-12).

En segundo lugar, la siguiente gran bendición de "Abraham" fue la de ser el sacerdote que debía continuar el culto a Dios y enseñar las leyes de Dios (Génesis 26:5). La inclinación de sus hermanos ante Jacob (Génesis 27:29), fue la posesión de su dignidad sacerdotal. En esto radica también la bendición de Jacob: estar en la iglesia, y que la iglesia continúe en su línea. Esto fue señalado simbólicamente en "para que heredes la tierra" (Génesis 28:4). "La iglesia es el arca de Noé, que sólo se conserva en medio de las inundaciones y las aguas profundas. La iglesia es la tierra de Gosén, que sólo goza de los beneficios de la luz, cuando no hay más que tinieblas a su alrededor. Es el vellón de Gedeón, que se moja con los rocíos del cielo, se humedece con las influencias de la gracia, cuando toda la tierra alrededor está seca" (T. Manton). En cuanto a lo elevado que es el honor de que la iglesia continúe en nuestra línea, el Espíritu da a entender en Génesis 10:21 que Éber era el padre de los hebreos, que adoraban a Dios.

En tercer lugar, otro privilegio de Jacob por encima de Esaú fue éste, que fue tomado en pacto con Dios: "la bendición de Abraham vendrá sobre ti". ¿Y qué fue eso? Esto: "Y seré un Dios para ti, y para tu descendencia después de ti" (Génesis 17:7). Esta es la mayor felicidad de cualquier pueblo, tener a Dios como su Dios, estar en pacto con Él. Así, cuando Noé vino a pronunciar bendiciones y maldiciones sobre sus hijos, por el espíritu de profecía, dijo:

"Bendito sea el Señor, Dios de Sem" (Génesis 9:26). Después se hizo la misma promesa a todo Israel: "Yo soy el Señor, vuestro Dios, que os he sacado de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre" (Exo. 20:2). Así, bajo el nuevo pacto (la administración actual del Pacto Eterno), dice: "Yo seré para ellos un Dios, y ellos serán para mí un pueblo" (Hebreos 8:10). Ser un "Dios" para cualquiera, es suministrarle todas las cosas buenas, necesarias para la vida temporal o espiritual.

El cumplimiento de la bendición profética de Isaac sobre sus hijos fue principalmente en sus descendientes, más que en sus propias personas: Los hijos espirituales de Jacob, los naturales de Esaú. Con respecto a este último, señalaremos dos detalles. En primer lugar, Isaac le dijo: "servirás a tu hermano"; en segundo lugar, "y sucederá que cuando tengas el dominio, romperás su yugo de tu cuello" (Génesis 27:40). Durante largos siglos no parecía probable que se cumpliera la primera parte de esta predicción, pero ochocientos años más tarde, David dijo: "sobre Edom echaré mi zapato" (Salmo 60:8), lo que significaba que llevaría a los altivos descendientes de Esaú a un estado bajo y vil de sujeción a él; lo que se cumplió debidamente: "todos los de Edom se convirtieron en siervos de David" (2 Samuel 8:14). Aunque su subyugación continuó durante un largo período de tiempo, sin embargo, en los días de Josafat, leemos: "En sus días Edom se rebeló de la mano de Judá, y se hizo rey sobre sí mismo" (2 Reyes 8:20).

"Por la fe, Isaac bendijo a Jacob y a Esaú con respecto a las cosas futuras" (Hebreos 11:20). Esta "bendición" fue algo más que un padre moribundo expresando su buena voluntad a sus hijos: fue extraordinaria: Isaac habló como un profeta de Dios, anunciando el futuro de su posteridad, y las variadas porciones que cada uno debería recibir. Como portavoz de Jehová, anunció de antemano, por el espíritu de la profecía, cuál sería el estado particular de cada uno de sus dos hijos; y así se han cumplido sus palabras. Aunque los padres de hoy no están dotados sobrenaturalmente para predecir el futuro de sus hijos, sin embargo, es su deber y privilegio escudriñar las Escrituras y averiguar qué promesas ha dejado Dios a los justos y a su descendencia, y alegarlas ante Él.

Pero viendo que Isaac habló así por el impulso inmediato del Espíritu, ¿cómo puede decirse que "por fe" bendijo a sus hijos? Esto trae el lado humano, y muestra cómo cumplió con su responsabilidad. Reunió y se apoyó en las promesas que Dios le había hecho, tanto directamente como a través de Abraham y Rebeca. Las principales ya las hemos considerado. Había estado presente cuando el Señor dijo a su padre lo que se encuentra en Génesis 22:16-18, y él mismo había sido el destinatario de las promesas divinas registradas en Génesis 26:2-4. Y ahora, muchos años después, encontramos su corazón descansando en lo que había oído de Dios, abrazando firmemente sus promesas, y anunciando con inquebrantable confianza las futuras propiedades de su lejana posteridad.

El hecho de que Isaac bendijera a Jacob y a Esaú "en lo que respecta a las cosas futuras", nos da un ejemplo sorprendente de lo que se dice en el versículo inicial de Hebreos 11. "Ahora bien, la fe es la sustancia de lo que se espera, la evidencia de lo que no se ve". "Abraham estaba ya muerto, e Isaac esperaba ser enterrado pronto en la tumba que había comprado en la Tierra que se le había dado a él y a su descendencia. No había nada que ver para que la fe descansara; nada que diera el más mínimo fundamento para la esperanza; nada que hiciera siquiera probable (aparte de lo que él había oído y creído) que sus descendientes, ya fuera Jacob o Esaú, poseyeran alguna vez la tierra que se les había prometido" (E.W.B.). No había ninguna probabilidad humana en el momento en que Isaac habló que pudiera haber sido la base de sus cálculos: todo lo que dijo surgió de la fe implícita en la palabra desnuda de Dios.

Esta es la gran lección práctica que debemos aprender aquí: la fuerza de la fe de Isaac debe incitarnos a clamar a Dios por una mayor medida de la misma. Con la más preciosa confianza, Isaac dispuso de Canaán como si ya tuviera la posesión pacífica de ella. Sin embargo, de hecho, no poseía ni un acre de esa tierra, y no tenía ningún derecho humano a nada allí, excepto un lugar de entierro. Además, en el momento en que profetizó había hambre en Canaán, y él estaba en el exilio en Gerah. "Que los pueblos te sirvan, y las naciones se inclinen ante ti" (Génesis 27:29), le parecerían palabras vacías a alguien que sólo viera el caso externo de Isaac. Ah, hermanos míos, nosotros también debemos estar tan seguros de las bendiciones que vendrán, que Dios ha prometido, como si estuvieran presentes,

aunque no veamos ninguna probabilidad aparente de ellas.

Se puede objetar contra lo que se ha dicho anteriormente, que, según el relato que se proporciona en Génesis 27, Isaac "bendijo" a Jacob por ignorancia y no "por fe". A esto puede responderse, en primer lugar, que el objeto de la fe es siempre Dios mismo, y el fundamento sobre el que descansa es su voluntad revelada. Así, en el caso de Isaac, su fe estaba fijada en el Dios de la alianza y se ejerció sobre su Palabra segura, y esto no fue de ninguna manera negado por su confusión de Jacob con Esaú. En segundo lugar, ilustra el hecho de que la fe del pueblo de Dios suele ir acompañada de alguna debilidad: en el caso de Isaac, su parcialidad por Esaú. En tercer lugar, después de que descubrió el engaño que se le había hecho, no hizo ningún esfuerzo por revocar la bendición pronunciada sobre el disfrazado Jacob -aceptando dulcemente la soberanía divina- sino que la confirmó; y aunque con lágrimas Esaú trató de cambiar de opinión, no pudo.

Aquí también contemplamos la fuerza de la fe de Isaac: tan pronto como percibió la mano providencial de Dios atravesando su afecto natural, en lugar de murmurar y rebelarse, cedió y se sometió al Señor. Esta es siempre la obra de la verdadera fe: hace que el alma se someta a la voluntad de Dios en contra de nuestras inclinaciones carnales, así como de la inclinación de nuestra propia razón. La fe sabe que Dios es tan grande, tan poderoso, tan glorioso, que sus mandatos deben ser obedecidos. Como en el caso de Abraham, también en el de Isaac: la fe vio los preceptos así como la promesa; nos mueve a recorrer el camino de la obediencia. Que nuestra fe se evidencie cada vez más caminando en esas buenas obras que Dios ha ordenado de antemano que caminemos en ellas (Efesios 2:10).

CAPÍTULO 13. La fe de Jacob

(Hebreos 11:21)

Se ha dicho muy bien que "Aunque la gracia de la fe es de uso universal a lo largo de toda nuestra vida, lo es especialmente cuando llegamos a la muerte. La fe tiene su gran obra al final, para ayudar a los creyentes a terminar bien, a morir al Señor, para honrarlo, por medio de la paciencia, la esperanza y el gozo, para dejar un testimonio detrás de ellos de la verdad de la Palabra de Dios y la excelencia de sus caminos, para la convicción y el establecimiento de todos los que los asisten en sus momentos de muerte" (Matthew Henry). Dios es grandemente glorificado cuando su pueblo deja este mundo con su bandera ondeando a toda asta: cuando el espíritu triunfa sobre la carne, cuando el mundo es consciente y gustosamente dejado atrás por el Cielo. Para ello hay que ejercitar la fe.

No es sin razón, podemos estar seguros, que en la descripción que el Espíritu Santo nos ha dado de la vida de la fe en Hebreos 11, nos ha proporcionado no menos de tres ejemplos -y estos en versos sucesivos- de las acciones de la fe en la crisis y el conflicto final. Creemos que, entre otras razones, Dios quiere asegurar por este medio a sus hijos temblorosos y dubitativos, que Aquel que ha comenzado una buena obra en ellos, ciertamente la sostendrá y completará; que Aquel que en su soberanía ha encomendado esta preciosa gracia a sus corazones, no permitirá que languidezca cuando su apoyo sea más necesario; que Aquel que ha permitido a su pueblo ejercer la fe durante el vigor de la vida, no retirará su poder vivificador durante la debilidad de la muerte.

A medida que el escritor envejece, se entristece al descubrir lo poco que se da ahora, ya sea oralmente o en el ministerio escrito, para la instrucción y el

consuelo del pueblo de Dios en relación con la muerte de los cristianos. El diablo no está inactivo en su intento de sembrar el terror en los corazones del pueblo de Dios, y sabiendo esto, es el deber obligado de los siervos de Cristo exponer la falta de fundamento y la falsedad de las mentiras de Satanás. No son pocos los que han sido disuadidos de hacerlo por la noción errónea de que, para un cristiano, pensar en la muerte y prepararse para ella es deshonroso para Cristo, e inconsistente con la "inminencia" de su venida. Pero tal noción es refutada en nuestro presente pasaje. Consideremos cuidadosamente que, cuando en Hebreos 12:1 el Espíritu Santo nos pide que "corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante", basa esa exhortación en el hecho de que estamos "rodeados de una gran nube de testigos", refiriéndose a los hombres de Dios que aparecen antes en Hebreos 11, que todos "murieron en la fe" (v. 13).

Una fe dada y sostenida por Dios no sólo es suficiente para capacitar al santo más débil para superar las solicitaciones de la carne, las atracciones del mundo y las tentaciones de Satanás, sino que también es capaz de darle un paso triunfal a través de la muerte. Esta es una de las cosas prominentes expuestas en este maravilloso y bendito capítulo. En Hebreos 11 el Espíritu Santo ha expuesto ampliamente las obras, los logros, los frutos, las glorias de la fe, y no es la menor de ellas su poder para sostener el alma, consolar el corazón, iluminar el entendimiento y dirigir la voluntad, en la última lucha terrenal. Aunque Hebreos 11:20, 21 y 22 tienen esto en común, cada uno aporta su propio rasgo distintivo. En el caso de Isaac, vemos una fe moribunda que triunfa sobre los afectos de la carne; en el caso de Jacob, una fe moribunda que vence la intromisión del hombre; y en José, que desprecia la insignificante pompa del mundo.

El antiguo Balaam dijo: "Muera yo la muerte de los justos, y que mi último fin sea como el suyo" (Números 23:10): bien podría desearlo. El escritor no tiene la menor duda de que cada cristiano que, en la corriente principal de su vida, ha caminado con Dios, sus últimas horas en la tierra (normalmente hablando, pues no consideramos aquí los casos excepcionales de los que son llevados a casa repentinamente) son las más brillantes y dichosas de todas. Proverbios 4:18, por sí mismo, es suficiente para justificar este pensamiento. Al cristiano no siempre se le permite dar testimonio de esto para que sea inteligente para los que lo rodean, pero aunque su pobre cuerpo se convulsione con el dolor, y la

inconsciencia física se instale, sin embargo, el alma cortada a la deriva de sus amarres terrenales, es entonces bendecida con una vista y un sentido de su precioso Redentor como nunca antes tuvo (Hechos 7:55).

"Mirad al hombre perfecto, y ved al íntegro; porque el fin de ese hombre es la paz" (Salmo 37:37). Una muerte pacífica ha concluido la vida problemática de muchos hombres buenos. Como dijo el difunto C. H. Spurgeon sobre este versículo: "Con los creyentes puede llover por la mañana, tronar al mediodía y verter torrentes por la tarde, pero debe aclararse antes de que se ponga el sol". Sus palabras se aplican muy bien al caso de Jacob. Su travesía fue ciertamente tormentosa, pero las aguas eran tranquilas cuando entró en el puerto. Nubladas y oscuras fueron muchas de las horas de su vida, pero la puesta de sol la bañó con radiante esplendor al final.

"Por la fe Jacob, cuando era un moribundo" (Hebreos 11:21). Ah, pero para "morir" por la fe, tenemos que vivir por la fe. Y una vida de fe no es como el brillo del sol en un día tranquilo y claro, cuyos rayos no encuentran resistencia en la atmósfera; es más bien como el sol que sale en una mañana de niebla, cuyos rayos luchan por atravesar y disipar las nieblas opuestas. Jacob caminó por la fe, pero su ejercicio tropezó con muchas luchas, y tuvo que pelear duramente por cada victoria. A pesar de todos sus defectos y faltas (y cada uno de nosotros está lleno de lo mismo), Jacob apreciaba mucho su interés en la Alianza Eterna, confiaba en Dios y estimaba mucho sus promesas. Es una estimación muy defectuosa y unilateral de su carácter la que no tiene en cuenta estas cosas. La vieja naturaleza era fuerte en él; sí, y también lo era la nueva.

Aunque sus debilidades llevaron a Jacob a emplear medios ilícitos para obtenerla, su corazón valoró la "primogenitura", que el profano Esaú despreció (Génesis 25). Aunque cedió a las insensatas sugerencias de su madre para engañar a Isaac, su fe contempló encubiertamente las promesas de Dios. Aunque puede haber habido una medida de regateo carnal en su voto, sin embargo Jacob estaba ansioso de que el Señor fuera su Dios (Génesis 28:21). Aunque se alejó de Labán con miedo, cuando su suegro lo alcanzó, glorificó a Dios en el tributo

que le pagó (Génesis 31:54). Aunque se aterrorizó ante Esaú, sin embargo buscó al Señor, alegó sus promesas (Génesis 32:12) y obtuvo una respuesta de paz. Aunque más tarde se arrastró a los pies de su hermano, en la secuela lo encontramos prevaleciendo con Dios (Génesis 32:28). Al igual que Abraham e Isaac, "por la fe habitó en la tierra prometida, como en tierra extraña, morando en tiendas" (Hebreos 11:9).

Pero fue durante los últimos días de su vida cuando la fe de Jacob brilló más. Al dar permiso para que Benjamín acompañara a sus otros hijos en su segundo viaje a Egipto, dijo: "Dios Todopoderoso (o "Dios el Suficiente") te dé misericordia ante el hombre" (Génesis 43:14). Este fue el título con el que el Señor había bendecido a Abraham (Génesis 17:1), como también fue el que empleó Isaac cuando bendijo a Jacob (Génesis 28:3): así, al utilizarlo aquí, vemos cómo Jacob se apoyó en la promesa del pacto. Al llegar a Egipto, el anciano patriarca fue presentado a su poderoso monarca. Es una bendición ver cómo se comportó: en lugar de acobardarse ante el gobernante del mayor imperio del mundo antiguo, se nos dice que "Jacob bendijo al Faraón" (Génesis 47:7); con una dignidad digna se comportó como un hijo del Rey de reyes (Hebreos 7:7), y se comportó como un embajador del Altísimo.

"Por la fe, Jacob, cuando estaba moribundo, bendijo a los dos hijos de José". Esto nos remite a lo que se registra en Génesis 48. Lo que allí se encuentra es muy distinto de lo que se dice en el capítulo siguiente, donde se ve a Jacob como el profeta de Dios que anuncia el futuro de todos sus doce hijos. Pero aquí sólo se refiere a José y a sus dos hijos. Antes de considerar el detalle particular del que trata nuestro texto, observemos la frase que lo precede inmediatamente. "Y bendijo a José" (48:15): en esto podemos admirar la mano dominante de Dios, y también encontrar aquí la clave de lo que sigue.

En Deuteronomio 21:17 leemos: "Pero reconocerá al hijo del odiado como primogénito, dándole una doble porción de todo lo que tiene, porque él es el principio de su fuerza: el derecho del primogénito es suyo". Era el derecho del primogénito a tener una doble porción, y esto es exactamente lo que

encontramos que Jacob concedió a José, pues tanto Efraín como Manasés fueron asignados a una parte tribal distinta y a un lugar en la herencia prometida. Esto, por derecho, le pertenecía a José, aunque el Diablo había tratado de engañarlo, usando a Labán para engañar a Jacob sustituyendo a Lea en el lugar de Rebeca, y José era su primogénito; y ahora por la providencia de Dios la primogenitura le es restaurada. Así también Dios permitió que Rubén pecara para que se abriera el camino para esto: "Los hijos de Rubén, primogénito de Israel, (pues era el primogénito; pero, por haber profanado el lecho de su padre, su primogenitura fue entregada a los hijos de José)" (1 Crónicas 5:1).

Anteriormente, Jacob había dicho: "Y ahora tus dos hijos, Efraín y Manasés, que te nacieron en la tierra de Egipto antes de que yo llegara a ti a Egipto, son míos" (Génesis 48:5). Esos dos hijos de José le habían nacido de una esposa egipcia, y en una tierra extranjera, pero ahora iban a ser adoptados e incorporados al cuerpo de la santa simiente. Obsérvese que cuando Jacob los bendijo, dijo: "El Ángel que me redimió de todo mal, bendiga a los muchachos; y sea mi nombre sobre ellos, y el nombre de mis padres Abraham e Isaac" (v. 16). Con esa bendición pretendía alejar sus corazones de Egipto y de sus parientes de allí, para que se anexionaran a la Iglesia y compartieran con el pueblo de Dios.

"Por la fe, Jacob, cuando estaba moribundo, bendijo a los dos hijos de José". En este caso, la versión revisada es más precisa: "bendijo a cada uno de los hijos de José", pues su bendición no fue colectiva, sino distintiva y discriminatoria. De hecho, el rasgo principal de la fe del moribundo Jacob se ve especialmente en este punto. Cuando José llevó a sus dos hijos ante su abuelo para recibir la bendición patriarcal, colocó a Manasés, el mayor, a su derecha, y a Efraín, el menor, a su izquierda. Su objetivo en esto era que Manasés recibiera la primera y superior porción. Allí mismo fue donde se puso a prueba la fe de Jacob. En ese momento José era el gobernador de todo Egipto, y el segundo en autoridad y poder después del propio Faraón; además, era el hijo favorito de Jacob, pero el patriarca moribundo tenía que resistirlo.

"Y extendió Israel su mano derecha, y la puso sobre la cabeza de Efraín, que era

el menor, y su mano izquierda sobre la cabeza de Manasés, guiando sus manos a sabiendas; porque Manasés era el primogénito" (Génesis 48:14). Aquí vemos la forma en que se otorgó la bendición. Una vez más el más joven, por designación de Dios, fue preferido antes que el mayor, pues el Señor distribuye sus favores como le place, diciendo "¿No me es lícito hacer lo que quiero con los míos?" (Mateo 20:15). Ante la alta soberanía de Dios se inclinó aquí Jacob sumisamente. No fue cosa de la casualidad que cruzara sus manos, pues el hebreo de "guiando sus manos a sabiendas" es "hizo que sus manos entendieran". Fue el entendimiento de la fe, pues sus ojos físicos eran demasiado débiles para ver lo que estaba haciendo; la verdadera fe se opone siempre a la vista.

"Y bendijo a José, y dijo: Dios, ante quien anduvieron mis padres Abraham e Isaac" (Génesis 48:15). Muy bendecido es esto. A pesar de su decadencia física, no disminuyó su fuerza espiritual: a pesar de la debilidad de la vejez, se mantuvo firme en la fe y en el ejercicio vigoroso de la misma. Aquí, en el versículo anterior, vemos a Jacob reconociendo y afirmando el pacto que Jehová había hecho con sus padres. Esta es la vida misma de la fe: aferrarse, sacar fuerzas y caminar a la luz del pacto eterno, pues es el fundamento de todas nuestras bendiciones, la carta de nuestra herencia, la garantía de nuestra gloria y bienaventuranza eternas. Quien lo tenga presente tendrá un lecho de muerte feliz, un final pacífico y una salida de este mundo de pecado y sufrimiento que honra a Dios.

"El Dios que me alimentó toda mi vida hasta hoy" (Génesis 48:15). Así como Jacob había hecho un solemne reconocimiento de las bendiciones espirituales que había recibido en virtud de la Alianza Eterna, también reconoció las misericordias temporales de las que había sido el beneficiario favorecido. "Fue una obra de fe retener un precioso recuerdo agradecido de la providencia divina en una provisión constante de todos los suministros temporales necesarios, desde el primero hasta el último, durante todo el curso de su vida" (John Owen). Así como es un acto de fe consentir cordialmente a los tratos de Dios con nosotros de manera providencial, también es un fruto de la fe hacer una confesión por la boca acerca de Él. Nota: Dios es honrado ante los que le asisten cuando un santo moribundo da testimonio de su fidelidad al haber suplido toda su necesidad.

"El Ángel que me redimió de todo mal, bendice a los muchachos" (Génesis 48:16). "Reflexiona sobre todos los peligros, pruebas y males que le sobrevinieron, y el ejercicio de su fe en todos ellos. Ahora que todos sus peligros han pasado, todos sus males han sido conquistados, todos sus temores han sido eliminados, él retiene por fe un sentido de la bondad y de la amabilidad de Dios al rescatarlo de todos ellos" (John Owen). "Te acordarás de todo el camino por el que te condujo el Señor tu Dios" (Deuteronomio 8:2): así como los hijos de Israel fueron llamados a hacer esto al final de su viaje por el desierto, nosotros no podemos emplearnos más provechosamente en las horas finales de nuestra peregrinación terrenal que recordando y repasando aquella gracia que nos libró de tantos peligros conocidos y desconocidos.

"Y sea mi nombre sobre ellos, y el nombre de mis padres Abraham e Isaac; y lleguen a ser multitud en medio de la tierra" (Génesis 48:16). Jacob no ambicionaba la continuación de su actual grandeza en Egipto, sino que deseaba para ellos las bendiciones de la alianza. José podría haber dejado a sus hijos un rico patrimonio en Egipto, pero los llevó a Jacob para que recibieran su bendición. Ah, las chucherías de este mundo no son nada en comparación con las bendiciones de Sión: véase el Salmo 128:5; 134:3; 133:3. Las bendiciones espirituales del Redentor exceden en valor a las misericordias temporales del Creador: fueron las primeras las que José codició para sus hijos, y las que Jacob otorgó ahora proféticamente.

"Y cuando José vio que su padre ponía su mano derecha sobre la cabeza de Efraín, le desagradó; y levantó la mano de su padre para quitarla de la cabeza de Efraín a la de Manasés. Y José dijo a su padre: No, padre mío, porque éste es el primogénito; pon tu mano derecha sobre su cabeza (Génesis 48:17, 18). Aquí vemos que se impone la voluntad del hombre, que, cuando se le deja, siempre se opone a Dios. José tenía sus deseos con respecto al asunto, y no dudó en expresarlos; aunque, hay que reconocerlo, aceptó mansamente al final.

"Y su padre no quiso, y dijo: Lo sé, hijo mío, lo sé" (Génesis 48:19). Fue en este

punto donde la fe de Jacob brilló más; el repetido "lo sé" marca la gran fuerza de su fe. Había "oído" a Dios (Romanos 10:17), creyó a Dios, se sometió a Dios. Jacob no se dejó influir más por "la voluntad del hombre" aquí, que en el versículo anterior José por "la voluntad de la carne": la fe venció a ambos. Aprenda, mi lector, que a veces la fe tiene que atravesar el deseo y la voluntad de un ser querido.

Es evidente que fue "por la fe" que el moribundo Israel bendijo a cada uno de los hijos de José. Ciertamente no fue por la vista. "Para la 'vista', ¿qué podría ser más improbable que estos dos jóvenes príncipes egipcios, pues tales eran, abandonaran alguna vez Egipto, la tierra de su nacimiento, y emigraran a Canaán? ¿Qué es más improbable que "cada uno" se convierta en una tribu separada? ¿Qué más insospechado que, de estas dos, la más joven sea exaltada sobre la mayor, tanto en importancia como en número?" (E.W.B.)

"Él también llegará a ser un pueblo, y también será grande; pero en verdad su hermano menor será más grande que él, y su descendencia llegará a ser una multitud de naciones" (Génesis 48:19). Dios no sólo hace una gran diferencia entre los elegidos y los réprobos, sino que no trata igual a sus propios hijos, ni en lo temporal ni en lo espiritual. Hay algunos de sus favorecidos a quienes Dios se manifiesta con más familiaridad, les concede suministros más liberales de su gracia y comodidades más abundantes: había tres especialmente favorecidos entre los doce apóstoles. Algunos cristianos tienen más oportunidades de glorificar a Dios que otros, mayores privilegios de servicio, mayores habilidades y dones: los "talentos" no se distribuyeron por igual: uno tenía cinco, otro tres, otro uno. Pero no murmuremos: todos tienen más de lo que pueden mejorar.

"Y adoró, apoyándose en la punta de su bastón" (Hebreos 11:21). Se puede cuestionar a qué incidente se refiere aquí el Apóstol. Algunos piensan que (al igual que Moisés hizo "con gran temor y temblor": Hebreos 12:21) es enteramente una revelación del Nuevo Testamento; otros (el escritor incluido) consideran que alude a lo que se registra en Génesis 47:31. La única dificultad en relación con este punto de vista es que aquí leemos que Jacob "adoró sobre la

cima de su bastón", y allí que "se inclinó sobre la cabeza del lecho". Con respecto a esta variación estamos de acuerdo con Owen en que "hizo ambas cosas, es decir, se inclinó hacia la cabecera de la cama, y al mismo tiempo se apoyó en su bastón, como se nos asegura al comparar los escritores divinos juntos".

La ocasión de la "adoración" de Jacob fue la siguiente: "Y se acercó el tiempo en que Israel debía morir; y llamó a su hijo José, y le dijo: Si ahora he hallado gracia ante tus ojos, te ruego que pongas tu mano debajo de mi muslo, y me trates con bondad y verdad; te ruego que no me entierres en Egipto: Sino que me acostaré con mis padres, y me sacarás de Egipto, y me enterrarás en su sepultura. Y él dijo: Haré como has dicho" (Génesis 47:29, 30). Fue mucho más que un capricho sentimental lo que movió al patriarca a desear que su cuerpo fuera enterrado en la tierra santa: fue la obra de la fe, una bendita exhibición de su confianza en Dios.

No era la pompa y el esplendor de su entierro lo que preocupaba a Jacob, sino el lugar en el que estaba tan preocupado. Sus huesos no debían reposar en Egipto, entre los idólatras, pues no quería tener ninguna comunión con ellos en vida; y ahora no deseaba estar cerca de ellos en la muerte; quería mostrar que el pueblo de Dios es un pueblo separado. No, era en el lugar de enterramiento de sus padres donde deseaba ser depositado. Primero, para mostrar su unión con Abraham e Isaac en el pacto. Segundo, para expresar su fe en las promesas de Dios, que se referían a Canaán y no a Egipto. Tercero, para alejar a sus descendientes de la permanencia en Egipto, dándoles el ejemplo de que debían pensar en volver a la tierra prometida en el momento oportuno, y confirmándolos así en la creencia de poseerla. Cuarto, para significar que él iría delante de ellos y, por así decirlo, tomaría posesión de la tierra en su nombre. Quinto, para dar a entender que Canaán era un tipo del Cielo, la "Patria mejor" (Hebreos 11:16), el lugar de descanso eterno de todo el pueblo de Dios.

El hecho de pedir a José que pusiera su mano bajo el muslo era un gesto para jurar (Génesis 24:2, 3), como lo es ahora para nosotros el levantar la mano. No

es que Jacob dudara de la veracidad de su hijo, sino que significaba el afán de su súplica, y la intensidad de su mente sobre el asunto: lo importante que era para él. Sin duda, también estaba destinado a prevenir cualquier objeción que Faraón pudiera hacer después de su muerte: véase Génesis 50:5, 6. Jacob estaba en la cama en ese momento, pero haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, se levantó para sentarse erguido, y luego inclinando su cuerpo, y para que pudiera apoyarse, se apoyó en su bastón, adorando a Dios.

La mención que el Espíritu Santo hace aquí del gesto reverente de Jacob al adorar a Dios, nos da a entender que es propio de un adorador del Altísimo manifestar la devoción interior del alma mediante una postura adecuada del cuerpo. Dios ha redimido a ambos, y debe ser honrado por ambos: 1 Corintios 6:20. ¿Serviremos a Dios con lo que no nos cuesta nada? Estar sentados o acostados en la oración sabe más a pereza y descuido que a reverencia y celo. Los hombres carnales, en pos de sus lujurias carnales, pueden cansar y malgastar el cuerpo; ¿se escudarán los cristianos en cualquier inconveniente y excusa? Cristo expuso su cuerpo a los mayores sufrimientos, ¿no nos obligará su amor a negar la comodidad y la pereza egoístas?

Habiendo obtenido la promesa de José de que su voluntad se cumpliría, Jacob se inclinó ante Dios en señal de adoración, pues ahora comprendía que el Señor estaba cumpliendo la promesa registrada en Génesis 46:4. En su gran debilidad se había inclinado hacia la cabecera de su cama para adorar a Dios, completando ahora su representación de reverencia y fe al apoyarse en la parte superior de su bastón. En esa acción emblemática significaba su completa dependencia de Dios, daba testimonio de su condición de peregrino en la tierra y subrayaba su cansancio del mundo y su disposición a separarse de él. Alabó a Dios por todo lo que había hecho por él y por la perspectiva de la bienaventuranza eterna que se acercaba. Es una bendición encontrar que la última palabra del Espíritu Santo sobre Jacob en las Escrituras (Hebreos 11:21) lo describe en el acto de adoración.

CAPÍTULO 14. La fe de José

(Hebreos 11:22)

A la temprana edad de diecisiete años, José fue llevado a un país extranjero, a una tierra pagana. Allí permaneció durante muchos años rodeado de idólatras, y durante todo ese tiempo, probablemente, nunca entró en contacto con un solo hijo de Dios. Además, en aquellos días no había ninguna Biblia que leer, ya que ninguna de las palabras de Dios se había puesto por escrito. Sin embargo, en medio de toda clase de tentaciones y pruebas, permaneció fiel al Señor. Trece años de prisión no lo amargaron; ser nombrado señor de Egipto no lo estropeó; los malos ejemplos que lo rodeaban no lo corrompieron. Oh, el poderoso poder de la gracia divina para preservar sus objetos favorecidos. Pero que el lector tenga en cuenta cuidadosamente que, en sus primeros años, José había recibido una formación piadosa. Oh, cómo debería esto animar a los padres cristianos: hagan su parte en la enseñanza fiel de los hijos, y con la bendición de Dios, permanecerá con ellos, aunque se trasladen a una tierra extranjera.

A algunos de nuestros lectores les llamará la atención que el Apóstol haya hecho aquí una extraña selección de la notable historia de José. No se hace referencia a su fidelidad a Dios al declarar lo que Él le había dado a conocer (Génesis 37:5), su castidad (Génesis 39:10), su paciencia bajo la aflicción (Salmo 105:18, 19), su sabiduría y prudencia (Génesis 39:22; 47:14), su temor de Dios (Génesis 42:18); su compasión (Génesis 42: 24), su superación del mal con el bien (Génesis 45:10), su reverencia a su padre, y que cuando fue adelantado a la dignidad exterior por encima de él (Génesis 48:12), su obediencia a su padre (Génesis 47:31); en cambio, se pasa por alto toda su memorable vida, y se nos presenta la escena final. Pero esta aparente dificultad se elimina de inmediato si tenemos en cuenta el objetivo del Espíritu en este capítulo, a saber, animar a los temerosos y vacilantes hebreos, presentándoles ejemplos sorprendentes de la eficacia y la suficiencia de la fe para llevar a su favorecido poseedor con

seguridad a través de todas las dificultades, y finalmente conducirlo a la herencia prometida.

No sólo había una razón particular en el caso de aquellos que recibieron por primera vez esta epístola, por la que el Espíritu Santo debía conducirlos hasta los momentos de expiración de José, sino que también hay un propósito más amplio por el que (en esta descripción de toda la vida de la fe) debía hacerlo. La fe es una gracia que honra a Dios y mantiene a su poseedor en buena posición, tanto en la muerte como en la vida. El mundano puede parecer que prospera, y su viaje por la vida parece ser suave y fácil, pero ¿cómo le va en la crisis suprema? ¿Qué apoyo hay para su corazón cuando Dios lo llama a pasar del tiempo a la eternidad? "Porque ¿qué esperanza tiene el hipócrita, aunque haya ganado, cuando Dios le quita el alma?" (Job 27:8). La ignorancia puede excluir el terror, y la sotana puede tranquilizar la conciencia; pero no puede haber verdadera paz, ni confianza firme, ni alegría triunfante para quien está fuera de Cristo. Sólo puede morir adorando y glorificando a Dios por sus promesas quien posee una fe genuina.

Si la bondadosa providencia de Dios preserva sus facultades hasta el final, un cristiano no debe ser pasivo en la muerte, y morir como una bestia. No, ésta es la última vez que puede hacer algo por Dios en la tierra, y por lo tanto debe aferrarse de nuevo y firmemente a su pacto eterno, "ordenado en todas las cosas y seguro" (2 Samuel 23: 5) repasando en su mente la asombrosa gracia del Dios Trino para con él; el Padre, por haberlo elegido desde el principio para la salvación; el Hijo, por haber obedecido, sufrido y muerto en su lugar; el Espíritu Santo, por haberlo buscado cuando estaba muerto en pecados, por haberlo revivido en una vida nueva, por haber derramado el amor de Dios en su corazón y por haber puesto un cántico nuevo en su boca. Debe repasar la fidelidad y la bondad de Dios para con él durante toda su peregrinación. Debe descansar en las promesas, y ver el glorioso futuro que le espera. Así, la alabanza y la acción de gracias llenarán su alma y su boca, y Dios será muy honrado ante los espectadores.

Cuando la fe es activa durante las horas de la muerte de un santo, no sólo su propio corazón es sostenido y consolado espiritualmente, sino que Dios es honrado y los demás son confirmados. Un hombre carnal no puede hablar bien del mundo cuando llega a pasar por el valle oscuro; no, no se atreve a encomendar su vida mundana a los demás. Pero un hombre piadoso puede hablar bien de Dios, y recomendar su pacto a los demás. Así fue con Jacob (Génesis 48:15, 16). Así fue con Josué: "He aquí que hoy voy por el camino de toda la tierra; y sabéis en todo vuestro corazón y en toda vuestra alma, que no ha faltado nada de todo lo bueno que Jehová vuestro Dios habló acerca de vosotros; todo os ha acontecido, y nada ha faltado" (Josué 23:14).

Así fue también con José. Podía haber dejado a sus hijos nobleza de sangre, un rico patrimonio en Egipto, pero los llevó a su padre para que recibieran su bendición (Génesis 48:12). ¿Y qué fue eso? Para investirlos con el derecho de entrar en los privilegios visibles de la alianza. Ah, para José, las riquezas de Egipto no eran nada en comparación con las bendiciones de Sión. Y así también ahora: cuando sus horas en la tierra estaban contadas, José no piensa en la posición temporal de honor que había ocupado durante tanto tiempo, sino que se ocupa únicamente de las cosas de Dios y de la herencia prometida. Véase aquí el poder de un ejemplo piadoso: José había sido testigo de los últimos actos de su padre, y ahora sigue sus pasos. Los buenos ejemplos de los superiores y de los mayores son de gran fuerza para los que los admiran; ¡cuán cuidadosos deben ser, entonces, con su conducta! Procuremos emular lo que es digno de alabanza en nuestros superiores: Filipenses 3:17; Hebreos 13:7.

"Por la fe, José, al morir, hizo mención de la partida de los hijos de Israel, y dio orden sobre sus huesos" (Hebreos 11:22). En primer lugar, observemos el momento en que la fe de José se ejerció aquí. Fue durante sus últimas horas en la tierra. La mayor parte de su larga vida había transcurrido en Egipto, y durante sus últimas etapas, había sido elevado a una altura vertiginosa; pues como nos dice Hechos 7:10, fue nombrado "gobernador" o señor de Egipto, y de toda la casa de Faraón. Pero ni los honores ni los lujos que José recibió mientras estaba en la tierra del exilio, hicieron que aquel santo hombre olvidara las promesas de Dios, ni ataron su alma a la tierra. Su mente estaba ocupada en cosas más elevadas que los perecederos adornos de este mundo. Aprende entonces, lector

mío, que sólo cuando nuestros corazones ascienden al cielo somos capaces de mirar con desprecio lo que este mundo valora tanto.

Del caso de José podemos ver que el honor y la riqueza terrenales no son perjudiciales en sí mismos: cuando hay un corazón bondadoso para administrarlos, pueden emplearse con ventaja y utilizarse para la gloria de Dios. Se pueden citar muchos ejemplos como prueba de esto. Dios siempre ha tenido algunos de sus santos incluso en la "casa del César" (Filipenses 4:22). Las cosas materiales son dones de Dios, y así deben ser mejoradas para su alabanza. Hay tanta fe, sí más, en moderar los afectos bajo un estado de plenitud, como en depender de Dios para los suministros cuando no tenemos nada. Sin embargo, aprender a "abundar" (Filipenses 4:12) es una lección difícil. Mantener la mente fija en Dios y evitar que el corazón se acomode aquí, requiere mucho ejercicio del alma; por lo tanto, se nos exhorta a que "si las riquezas aumentan, no pongas tu corazón en ellas" (Salmo 62:10), sino que estés agradecido por ellas, y procures usarlas para el honor de Dios.

No, los pobres no tienen tales tentaciones que vencer como los ricos. Los pobres se ven obligados a depender de Dios: no tienen otra alternativa que la desesperación abyecta. Pero hay más opciones para los que tienen abundancia: su gran peligro es perder de vista al Dador y sumergirse en sus dones. No es el caso de José: para él, Egipto no era nada en comparación con Canaán. Entonces busquemos la gracia de ser de su espíritu: la verdadera grandeza de espíritu es considerar las cosas más altas de la tierra como nada cuando se las compara con las cosas del cielo. Es una gran misericordia cuando la afluencia de las cosas temporales no quita el corazón a las promesas de Dios ni debilita la fe en ellas, pero para ello tiene que haber un clamor constante hacia Él para que avive nuestra sensibilidad espiritual, nos mantenga en estrecha comunión con Él, nos desprenda de las cosas de abajo.

Pero ni las riquezas ni los honores de Egipto pudieron librar a José de la muerte, ni le hicieron despreocuparse ni temerla. Llegó el momento en que vio que su fin estaba cerca, y lo enfrentó con un espíritu confiado. Y así debe ser con nosotros.

Pero para ello debemos estar toda nuestra vida preparándonos para esa hora. Lector, no puede haber disimulo entonces. Permítame preguntarle: ¿Está su alma verdaderamente entregada a Dios? ¿Sostienes este mundo con una mano ligera? ¿Son las promesas de Dios tu alimento diario? La vida está sostenida por una tenencia muy incierta. A menos que el Señor regrese primero, la muerte será el último gran enemigo con el que tendrás que luchar, y necesitarás tener puesta toda tu armadura. Si no tienes puesta la coraza de la justicia y el yelmo de la salvación, ¿qué harás en las marejadas del Jordán, cuando a menudo se le permite a Satanás hacer su más feroz ataque?

"Por la fe José, al morir, hizo mención de la partida de los hijos de Israel". Consideremos a continuación la fuerza de su fe. El lector atento observará que el margen ofrece una traducción alternativa, a saber: "Por la fe, José, al morir, se acordó de la partida de los hijos de Israel": el griego permite cualquiera de las dos traducciones, y personalmente creemos que la plenitud de las palabras del Espíritu requiere que se mantengan ante nosotros ambos significados. Lo que aquí se contempla es muy llamativo y bendito. La palabra "recordó" muestra que la mente de José estaba ahora ocupada con la promesa que el Señor había hecho a Abraham, registrada en Génesis 15:14-16. La traducción alternativa "hizo mención de la partida de los hijos de Israel", significa que José da testimonio de su propia fe y esperanza en las palabras seguras del Dios vivo.

Al final de la larga y memorable carrera de José, sus pensamientos estaban ocupados no tanto en lo que Dios había hecho por él, sino en lo que había prometido a su pueblo: en otras palabras, no se detenía en el pasado, sino en lo que aún era futuro. En su corazón estaban las "cosas esperadas" (Hebreos 11:1). Habían pasado más de doscientos años desde que Jehová había dicho lo que se registra en Génesis 15. Una parte de la predicción que hizo allí se había cumplido; pero a la razón carnal le parecía muy poco probable que el resto se cumpliera. En primer lugar, Dios había anunciado que la descendencia de Abraham sería "extranjera en una tierra que no es la suya" (Génesis 15:13), lo cual se había confirmado cuando Jacob llevó a toda su familia a Egipto. En segundo lugar, Dios había declarado que los descendientes de Abraham debían "servir" a los egipcios y "los afligirán durante cuatrocientos años" (15:13): pero a la vista de todos, eso parecía ahora muy improbable. La posteridad de los

patriarcas había sido favorecida a los ojos del Faraón (Génesis 45:16-18), lo "mejor" de la tierra fue reservado para su uso (Génesis 47:6), allí se multiplicaron en exceso (Génesis 47:27), y tan grande era el respeto de los egipcios que "lloraron" por Jacob durante setenta días (Génesis 50:3). El mismo José fue su gran benefactor y liberador del hambre: ¿por qué, entonces, sus descendientes deberían ser odiados y oprimidos por ellos? Ah, la fe no razona, sino que cree.

En tercer lugar, Dios había declarado que juzgaría a los egipcios por haber afligido a su pueblo (Génesis 15:14), lo que se cumplió en las terribles plagas registradas en los primeros capítulos del Éxodo. Por último, Dios había prometido "y después saldrán con gran riqueza... en la cuarta generación volverán (a Canaán) aquí" (15:14, 16). Era esto lo que el corazón de José esperaba ahora, y nada más que una verdadera fe espiritual podía contar con ello. Si, después de su muerte, los hebreos (sin un líder) iban a ser gravemente afligidos, y eso por una larga temporada; si iban a ser reducidos a esclavos indefensos, ¿quién podía esperar razonablemente que todo esto fuera seguido por su salida de la tierra de Egipto con "gran riqueza", y el regreso a la tierra de Canaán? Ah, la FE tiene la plena seguridad de que las promesas de Dios se cumplirán, por mucho que se retrasen.

La fe está dotada de una visión lejana, y por lo tanto es capaz de mirar más allá de todas las colinas y montañas de dificultad hasta el horizonte brillante de las promesas divinas. En consecuencia, la fe es bendecida con la paciencia, y espera tranquilamente la hora destinada para que Dios intervenga y actúe: por lo tanto, presta atención a esa palabra: "Porque la visión es todavía para un tiempo determinado, pero al final hablará, y no mentirá; aunque se demore, espéralo, porque ciertamente vendrá" (Habacuc 2:3). Aunque los hebreos iban a estar bajo la esclavitud egipcia durante una larga temporada, José no dudaba de que el Señor, en su tiempo señalado, los sacaría de allí con mano firme. Las demoras de Dios, querido lector, no son para negar nuestras oraciones y burlarse de nuestras esperanzas, sino para disciplinar nuestros corazones: para someter nuestra impaciencia, que quiere las cosas a nuestra manera y a nuestro tiempo; para animarnos a invocar más fervientemente a Él, y para prepararnos para recibir sus misericordias cuando se den.

A menudo, Dios aplaza su ayuda hasta el último momento. Así ocurrió con Abraham al ofrecer a Isaac; sólo cuando su hijo había sido atado al altar, y él había tomado el cuchillo en su mano para matarlo, Dios intervino. Así ocurrió con Israel en el Mar Rojo (Exo. 14:13). Fue así con los discípulos en la tormenta, "la nave estaba cubierta por las olas", antes de que Cristo calmara el mar (Mateo 8:24-26). Así sucedió con Pedro en la cárcel: sólo unas horas antes de su ejecución, Dios lo liberó (Hechos 12:6-8). Así, también, Dios obra de manera misteriosa sus maravillas para realizarlas y, a menudo, de una manera bastante contraria a la probabilidad exterior. La historia de José ofrece un ejemplo sorprendente. Primero fue hecho esclavo en Egipto, y esto con el fin de ser hecho gobernante sobre él -¡quién hubiera pensado que la prisión era el camino a la corte! Lo mismo ocurrió con sus descendientes: cuando su cuento de ladrillos fue duplicado y la paja retenida, ¡quién hubiera esperado la liberación! Sí, los caminos de Dios son extraños para la carne y la sangre: a menudo permite que surja el error para aclarar la Verdad: la esclavitud a menudo da paso a la libertad; la persecución y la aflicción a menudo han resultado ser bendiciones disfrazadas.

"Y dijo José a sus hermanos: Yo muero; y ciertamente Dios os visitará, y os sacará de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob" (Génesis 50:24). ¡Cuán clara y benditamente pone esto de manifiesto la fuerza de la fe de José! No había vacilación ni duda: estaba plenamente seguro de que Dios no puede mentir, y que "seguramente" cumpliría su palabra. Igualmente cierto es que las promesas de Dios hacia nosotros se cumplirán: "Nunca te dejaré, ni te abandonaré" (Hebreos 13:5). Por eso, el santo moribundo puede exclamar: "Aunque camine por el valle de la sombra de la muerte, no temeré ningún mal, porque tú estás conmigo" (Salmo 23:4). Así también nuestra fe puede mirar más allá de la tumba hacia la gloriosa resurrección, y decir con David: "También mi carne descansará en la esperanza" (Salmo 16:9).

"Por la fe, José, al morir, hizo mención de la partida de los hijos de Israel" (Hebreos 11:22). Observemos ahora la amplitud de su fe. Un verdadero cristiano es conocido por su afecto a Sión. La causa de Cristo en la tierra le es más querida que la prosperidad o la disposición de su patrimonio personal. "Sabemos

que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos" (1 Juan 3:14). Así fue con José; antes de dar la orden sobre sus huesos, se preocupó primero por el futuro éxodo de Israel y su asentamiento en Canaán. Qué diferencia con el profesor vacío, que se rige por el amor propio, y no tiene corazón para el pueblo de Dios. Puede estar interesado en el progreso de su propia denominación, pero no se preocupa por la Iglesia en general. Muy distinto es el caso del santo genuino: "Si me olvido de ti, oh Jerusalén, que mi mano derecha se olvide de su astucia. Si no me acuerdo de ti, que mi lengua se pegue al paladar; si no prefiero a Jerusalén por encima de mi principal alegría" (Salmo 137:5, 6). Así, José, en el momento mismo de su muerte, se ocupaba de la futura felicidad del pueblo de Dios.

Es hermoso ver al moribundo José pensando desinteresadamente en el bienestar de los demás. Oh, que Dios libre al escritor y al lector de un corazón estrecho y un espíritu contraído. La verdadera fe no sólo desea que le vaya bien a nuestra propia alma, sino a la Iglesia en general. He aquí otro hermoso ejemplo de esto en el caso de la nuera moribunda de Elí, el sumo sacerdote: "Y ella dijo: La gloria se ha alejado de Israel, porque el arca de Dios ha sido tomada" (1 Samuel 4:22); no es que mi suegro haya muerto, no es que mi marido haya sido asesinado, sino que "la gloria se ha alejado". Pero lo más bendito de todo es el caso de Aquel de quien José era aquí un tipo. Mientras nuestro precioso Salvador se acercaba a la cruz, sí, en la misma noche de su traición, se registra que "habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin" (Juan 13:1). Los intereses del pueblo de Dios estaban siempre en su corazón.

Observemos cómo otro aspecto de la amplitud de la verdadera fe fue ilustrado por José. La fe no sólo cree en las promesas que Dios ha dado a sus santos individualmente, sino que también se aferra a las dadas a la Iglesia colectivamente. Ha habido muchas épocas en las que la causa de Cristo en la tierra ha languidecido penosamente; cuando ha estado en un estado bajo espiritualmente; cuando los líderes eminentes habían sido todos llamados a casa, y cuando se desató una feroz persecución contra el pequeño rebaño que habían dejado atrás. Aun así, todavía tenían esa palabra segura: "Sobre esta roca edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" (Mateo 16:18). En todas las épocas el enemigo ha tratado de destruir al pueblo

de Dios, pero el Señor ha derrotado sus designios y ha hecho ineficaz su oposición. Oh, que la fe se aferre ahora a esta promesa: "Cuando el enemigo venga como una inundación, el Espíritu de Jehová levantará un estandarte contra él" (Isaías 59:19).

"Y dio orden sobre sus huesos". La referencia aquí es a lo que se registra en Génesis 50:25, "Y José hizo un juramento a los hijos de Israel, diciendo: Ciertamente Dios os visitará, y llevaréis de aquí mis huesos." Esto pone de manifiesto otra característica de su fe: la declaración pública de la misma. La fe de José no era algo secreto, escondido en su propio corazón, del que los demás no sabían nada. No, aunque había ocupado durante tanto tiempo una situación eminente, no se avergonzaba de hacer saber a los demás que encontraba su apoyo y confianza en las promesas de Dios. Había sido de gran dignidad y autoridad entre los egipcios, y su fama de sabiduría y prudencia era grande entre las naciones. Por lo tanto, era aún más necesario que renunciara abiertamente a toda alianza con ellos, para que la posteridad no pensara que se había convertido en un egipcio. Si hubiera querido y amado a los egipcios, habría querido su tumba entre ellos; pero su corazón estaba en otra parte.

"Y dio orden sobre sus huesos". No se trataba de una petición supersticiosa, como si tuviera alguna importancia que nuestros cuerpos fueran depositados en tierra "consagrada" o no. Más bien era, en primer lugar, para exhibir su creencia en las promesas de Jehová; aunque no podía ir en persona a la tierra de Canaán, sin embargo, quería que sus huesos fueran llevados allí, y así simbólicamente (por así decirlo) tomar posesión de ella. En segundo lugar, para confirmar la esperanza de sus hermanos, y así sacar sus corazones de la buena porción en Gosén. Agudizaría el deseo de la Nación de aspirar seriamente a la redención prometida cuando él estuviera muerto. En tercer lugar, para establecer un monumento público, mediante el cual, en todas las ocasiones, su posteridad pudiera recordar la verdad de la promesa.

La prueba de que esta petición moribunda de José fue concebida como un memorial público se encuentra al observar un cambio significativo entre la

redacción de Génesis 50:24 y 50:25. En el primero, José "dijo a sus hermanos"; en el segundo, "tomó el juramento de los hijos de Israel" (cf. Exo. 13:19): por medio de los jefes de sus tribus, hizo que todo el pueblo se comprometiera en este compromiso-vinculación con las generaciones posteriores. Así José estableció este monumento de su condición de semilla favorecida de Abraham. El hecho de que José pidiera a sus hermanos que "hicieran un juramento" ilustra el poder del ejemplo: cf. Génesis 47:31. Hizo referencia a sus "huesos" en lugar de a su "cuerpo", porque sabía que aún debían transcurrir otros dos siglos. Toda la transacción era una prenda emblemática de la comunión de los santos. Aunque el cristiano, al morir, sea separado de sus seres queridos en la tierra, es introducido en los espíritus de los justos en el cielo.

CAPÍTULO 15. La fe de los padres de Moisés

(Hebreos 11:23)

"Por la fe Moisés, cuando nació, estuvo escondido tres meses de sus padres" (Hebreos 11:23). Transcurrió un tiempo considerable entre lo que se registra en el versículo anterior y lo que tenemos aquí ante nosotros. Ese intervalo se salva con lo que se encuentra en Éxodo 1. Allí vemos que se produce una marcada revolución en la suerte de los hebreos. En los días de José, los egipcios habían sido bondadosos, dándoles la tierra de Gosén para habitar. Luego siguió otra dinastía, y se levantó un rey que "no conocía a José", probablemente un extranjero que había conquistado Egipto. Este nuevo monarca era un tirano de la peor calaña, que oprimió duramente a los descendientes de Abraham. Las fortunas de los individuos y de las naciones están tan sujetas a cambios drásticos: de ahí la fuerza de aquellas palabras: "En el día de la prosperidad alégrate, pero en el día de la adversidad considera": Dios también ha puesto lo uno frente a lo otro, para que el hombre no encuentre nada después de él" (Eclesiastés 7:14).

La política del nuevo gobernante de Egipto no tardó en manifestarse: "Y dijo a su pueblo: He aquí que el pueblo de los hijos de Israel es más y más fuerte que nosotros: Vamos, tratemos sabiamente con ellos; no sea que se multipliquen y que, cuando haya alguna guerra, se unan también a nuestros enemigos" (Exo. 1:9, 10). Ah, pero aunque "hay muchas maquinaciones en el corazón del hombre; sin embargo, el consejo de Jehová es el que permanece" (Proverbios 19:21). Así resultó aquí, pues "cuanto más los afligían, más se multiplicaban y crecían" (Exo. 1:12). Sí, "Jehová hace fracasar el consejo de las naciones; hace fracasar las maquinaciones de los pueblos. El consejo de Yahveh permanece para siempre, los pensamientos de su corazón para todas las generaciones" (Salmo 33:10, 11).

Luego, el rey de Egipto dio órdenes a las parteras de que todo hijo varón de los hebreos fuera sacrificado al nacer (Exo. 1:15, 16). Pero todas las leyes que los hombres puedan hacer contra las promesas que Dios ha dado a su Iglesia están condenadas a un fracaso seguro. Dios había prometido a Abraham una "descendencia" numerosa (Génesis 13:15), y había declarado a Jacob: "no temas descender a Egipto, porque allí haré de ti una gran nación" (Génesis 46:3); tan bien podría el Faraón intentar impedir el brillo del sol como impedir el crecimiento de los hijos de Israel. Por eso leemos: "Pero las parteras temieron a Dios, y no hicieron lo que el rey de Egipto les había mandado, sino que salvaron a los niños vivos" (Exo. 1:17).

Negándose a aceptar la derrota, "el Faraón mandó a todo su pueblo, diciendo: Todo hijo que nazca lo arrojaréis al río" (Exo. 1:22). Ahora que la ejecución de este bárbaro edicto había sido confiada a su propio pueblo, sin duda el Faraón imaginó que el éxito estaba plenamente asegurado para su malvado designio: sin embargo, fue en esta misma época cuando Dios hizo nacer al que iba a emancipar a su sufrida nación. "Qué ciegos son los pobres mortales pecadores, en todas sus artimañas contra la Iglesia de Dios. Cuando piensan que todas las cosas están seguras, y que no fracasarán en su fin, que sus consejos están tan profundamente establecidos como para no ser soplados, que su poder es tan incontrolable y la forma en que están comprometidos tan eficaz, que Dios mismo difícilmente puede librarla de sus manos; Aquel que está sentado en lo alto se ríe de ellos para despreciarlos, y con una facilidad Todopoderosa establece disposiciones para la liberación de su Iglesia, y para su ruina final" (John Owen).

"Y el Faraón mandó a todo su pueblo, diciendo: Todo hijo que nazca lo echaréis al río, y a toda hija la salvaréis viva. Y fue un hombre de la casa de Leví, y tomó por mujer a una hija de Leví. La mujer concibió y dio a luz un hijo" (Exo. 1:21 y 2:1, 2). Amram y Jocabed se negaron a dejarse intimidar por el cruel mandamiento del rey, y actuaron como si éste no hubiera emitido ninguna orden. ¿Fueron imprudentes y necios? No, ciertamente, recibían órdenes de una Autoridad mucho más alta que cualquier potentado terrenal. El temor del Señor estaba sobre ellos, y por lo tanto fueron liberados de ese temor al hombre que

trae una trampa. En una relación de pacto con el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, esta pareja piadosa de la tribu de Leví no permitió que la ira del hombre interrumpiera su felicidad doméstica.

"Por la fe, Moisés, al nacer, estuvo escondido tres meses de sus padres" (Hebreos 11:23). Es la fe de los padres de Moisés la que se celebra aquí. Pero como se menciona principalmente para introducir el discurso de él mismo y de su fe, y además lo que se dice pertenece a su honor, se expresa de manera peculiar. No dice 'Por la fe los padres de Moisés cuando nació, lo escondieron', sino 'Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido tres meses de sus padres'; es decir, por la fe de los padres que lo escondieron" (John Owen). Ah, aquí está la explicación de la conducta de Amram y Jocabed: fue "por la fe" que actuaron: fue una fe viva, sobrenatural y espiritual la que sostuvo sus corazones en esta crisis, y los mantuvo "en perfecta paz" (Isaías 26:3). Nada calmará tanto la mente y aquietará sus temores como una verdadera confianza en el Señor de los Ejércitos.

El nacimiento de Moisés ocurrió durante el mismo apogeo y la furia del ataque que se estaba llevando a cabo contra los jóvenes hebreos. Aquí podemos descubrir una sorprendente prefiguración del atentado que se cometió contra la vida del Niño Jesús, cuando, en sus esfuerzos por matarlo, Herodes dio órdenes de que se matara a todos los niños de Belén y de todos sus alrededores de dos años para abajo (Mateo 2:16). En el Antiguo Testamento se encuentran muchas representaciones típicas de los principales acontecimientos de la vida del Redentor, y en decenas de puntos Moisés en particular prefiguró al gran Libertador de su pueblo. Es una línea de estudio profundamente interesante, que recomendamos a nuestros lectores, repasar la historia de Moisés y anotar los muchos detalles en los que ilustró al Señor Jesús.

"Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido tres meses de sus padres, porque vieron que era un niño apropiado; y no tuvieron miedo del mandamiento del rey" (Hebreos 11:23). Parece claro, por la cláusula final, que el Faraón había dado órdenes de que los hebreos notificaran a sus oficiales cada vez que les naciera un niño varón, o que ellos mismos lo arrojaran al río. En lugar de cumplir con esta

atroz disposición, los padres de Moisés ocultaron a su hijo durante tres meses, lo que nos proporciona un claro ejemplo de "Debemos obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hechos 5:29). Es cierto que el Señor requiere que su pueblo "se someta a los poderes superiores" (Romanos 13:1), pero esto es válido sólo mientras los "poderes superiores" (gobernantes humanos) requieran que el cristiano no haga nada que Dios haya prohibido, o prohíba nada que Dios haya ordenado. La autoridad inferior debe ceder siempre ante la superior. Como éste es un principio de gran importancia práctica, y sobre el cual existe confusión en algunos sectores, ampliemos un poco.

La Sagrada Escritura nunca debe contradecirse: uno de sus preceptos nunca debe ser presionado hasta el punto de anular otro; cada uno debe ser interpretado y aplicado en armonía con la analogía general de la fe, y a la luz de las modificaciones que el Espíritu mismo ha dado. Por ejemplo, se requiere que los hijos honren a sus padres, pero Efesios 6:1 muestra que su obediencia debe ser "en el Señor"; si un padre requiere algo directamente opuesto a la Sagrada Escritura, entonces no debe ser obedecido. A las esposas cristianas les exige Dios que se sometan a sus maridos, y eso "en todo" (Efesios 5:24), obedeciéndoles (1 Pedro 3:6); sin embargo, su sujeción ha de ser del mismo carácter que la de la Iglesia a Cristo (Efesios 5: 24); y como Él nunca exige a la Iglesia nada que sea malo, tampoco exige a la esposa que obedezca mandatos que son positivamente perjudiciales; si un marido desconsiderado insiste en algo que sería muy perjudicial para la salud de su esposa, ella debe rechazarlo. La sumisión no significa esclavitud.

Ahora bien, la misma modificación que hemos señalado anteriormente se da en relación con las exhortaciones de Romanos 13:1-7. Como prueba, citemos un ejemplo claro al respecto de ambos Testamentos. En Daniel 3 encontramos que el rey de Babilonia -el jefe de los "poderes fácticos"- erigió una imagen para sí mismo, y exigió que, a una señal determinada, todos debían "postrarse y adorarla" (v. 5). Pero los tres cautivos hebreos declararon: "Que sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni adoraremos la imagen de oro que has levantado" (v. 18); y el Señor vindicó su incumplimiento. En Hechos 4 vemos a Pedro y Juan arrestados por los "poderes" judíos, quienes "les ordenaron que no hablaran ni enseñaran en el nombre de Jesús" (v. 18). ¿Se sometieron los

Apóstoles a esta ordenanza? No, en vez de eso, dijeron: "Si es justo, a los ojos de Dios, escucharos a vosotros más que a Dios, juzgadlo" (v. 19). Como declara Romanos 13:4, el magistrado es "ministro de Dios para vosotros para el bien": si exige lo que la Palabra condena como malo, no debe ser obedecido.

¿Y qué fue lo que permitió a los padres de Moisés actuar con tanta audacia y dejar sin efecto el edicto real? Nuestro texto proporciona una respuesta clara: fue "por la fe" que actuaron. Si hubieran estado desprovistos de fe, lo más probable es que el "mandamiento del rey" los hubiera llenado de consternación, y para salvar sus propias vidas, habrían informado rápidamente a sus oficiales del nacimiento de Moisés. Pero en lugar de notificar a los egipcios, ocultaron el hecho, y aunque al preservar al niño siguieron un curso que era altamente peligroso para el sentido, sin embargo bajo Dios se convirtió en el camino de la seguridad. Por lo tanto, el aspecto particular de nuestro tema que aquí se ilustra es el coraje y la audacia de la fe: la fe que supera el temor del hombre. Esto nos trae otra característica de esta gracia celestial, que evidencia su excelencia, y que debería movernos a orar diariamente por un aumento de la misma.

La fe es una gracia espiritual que permite a su poseedor apartar la mirada de los terrores humanos y confiar en un Dios invisible. Declara: "Jehová es mi luz y mi salvación; ¿a quién temeré? Jehová es la fuerza de mi vida; ¿de quién tendré miedo?". (Salmo 27:1). Es cierto que esta fe no siempre está en ejercicio, sí, más a menudo su brillante resplandor está cubierto por las nubes de la incredulidad, y eclipsado por el polvo turbio que Satanás levanta en el alma. Decimos "esta fe", porque hay miles de cristianos profesantes a nuestro alrededor que se jactan de que su fe está constantemente en ejercicio, y que rara vez, si acaso, son atormentados por las dudas o se llenan de alarmas. Ah, mi lector, la "fe" de tales personas no es "la fe de los elegidos de Dios" (Tito 1:1), enteramente dependiente del poder renovador del Espíritu Santo; no, no es más que una fe natural en la mera letra de la Escritura, que por un acto de su propia voluntad pueden poner en ejercicio cuando les plazca. Pero para tales, los muchos "No temas" de la Palabra de Dios no tienen aplicación. Pero cuando el rocío del cielo cae sobre el corazón regenerado, su lenguaje es: "Cuando tenga miedo, confiaré en ti" (Salmo 56:3).

En verdad es grande el poder de una fe dada y sostenida por Dios: no sólo para producir obras externas, sino para afectar el funcionamiento del alma en su interior. Esto es algo que no se considera suficientemente en estos días, cuando se confirma la atención casi exclusivamente a los "resultados visibles". La fe regula los afectos: frena la impetuosidad y obra la paciencia, ahuyenta la melancolía y trae la paz y la alegría, somete los temores carnales y produce el valor. Además, la fe no sólo sostiene el corazón en las pruebas severas, realiza los deberes difíciles, sino que (como muestra la secuela) obtiene importantes beneficios. ¡Cuán pertinente, entonces, era este caso particular para aquellos a quienes esta epístola fue enviada por primera vez! Cuán bien calculado estaba para animar a los hebreos, tan probados y vacilantes, a permanecer fieles a Cristo, y a confiar a Dios el asunto y el resultado.

"Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido tres meses de sus padres". Probablemente se incluyen dos cosas en estas palabras: primero, que ocultaron toda noticia de su nacimiento; segundo, que lo escondieron en alguna parte de la casa. Sin duda, su diligencia se llevó a cabo mediante fervientes clamores a Dios, y la puesta de una confianza diaria en Él. El hecho de que fue "por fe" que lo "escondieron", muestra que la verdadera fe espiritual es cautelosa y precavida, y no temeraria y presuntuosa. Aunque la fe supera el temor carnal, no desdeña el uso de medios lícitos para superar el peligro. Es el fanatismo, y no la fe, lo que tienta a Dios. Exponernos innecesariamente al peligro es un pecado. La fe no es enemiga de los medios legales, como lo demuestra claramente Hechos 27:31.

Hay que observar que las palabras de nuestro texto van más allá de Éxodo 2:2, donde la preservación de Moisés se atribuye a su madre. Como ambos padres estaban comprometidos en el peligro, ambos tuvieron una mano en la obra; sin duda Amram tomó la delantera en el consejo y la concepción, y Jocabed en la ejecución real. Como los padres tienen un interés conjunto en sus hijos, ambos deben compartir el cuidado y la formación de los mismos, procurando cada uno ayudar al otro. Cuando hay un acuerdo entre el marido y la mujer en la fe y en el temor de Dios, se da paso a un bendito éxito en sus deberes. Cuando los maridos y las esposas se enfrentan a tareas difíciles, es su sabiduría aplicarse a la parte y

la fase para la que cada uno es más apto. "Es una cosa feliz cuando los compañeros de yugo se unen en el yugo de la fe, como herederos de la gracia de Dios; y cuando lo hacen con una preocupación religiosa por el bien de sus hijos, para preservarlos no sólo de los que quieren destruir sus vidas, sino corromper sus mentes" (Matthew Henry).

Los "tres meses" nos enseñan que los padres de Moisés perseveraron en lo que empezaron bien. Fueron prudentes desde la hora de su nacimiento, y mantuvieron su vigilancia. De nada sirve cerrar la puerta del establo cuando el caballo se ha ido. El cuidado en la prevención del peligro debe continuar mientras el peligro esté amenazado. Algunos, tal vez, se pregunten: ¿Sería correcto que el pueblo de Dios diera hoy refugio a uno de sus santos o siervos que estuviera siendo injustamente acosado por "los poderes fácticos"? Seguramente; el deber del amor es siempre proteger a los demás del daño. Pero supongamos que los ocultos están siendo perseguidos por las autoridades, ¿pueden seguir siendo ocultados? Sí, si se hace sin impugnar la verdad, pues nunca está permitido mentir; hacerlo muestra una desconfianza en la suficiencia de Dios. Si los oficiales te preguntan si estás dando refugio a alguien que ellos buscan, guarda silencio, o redacta tu respuesta con tanta prudencia que no traiciones a la parte ni seas culpable de falsedad.

Otros pueden preguntar: Puesto que Dios se propuso hacer de Moisés el líder de su pueblo y realizar una obra tan memorable a través de él, ¿por qué no lo preservó de la ira del Faraón mediante algún milagro maravilloso y poderoso? Respuesta: Dios pudo enviar una legión de ángeles para su protección, o haber mostrado visiblemente su poderío por otros medios; pero no lo hizo. Por lo general, Dios se complace en mostrar su poder a través de medios débiles y despreciados. Así fue durante la infancia de su propio Hijo encarnado: Dios advirtió a José por medio de un sueño, y él llevó al niño y a su madre a Egipto, permaneciendo allí hasta que Herodes murió. Frecuentemente le agrada al Altísimo magnificar su providencia con cosas que los hombres desprecian, con instrumentos débiles, y esto para que se vea más claramente la excelencia de su poder.

En la preservación del niño Moisés, podemos ver una bendita ilustración de cómo Dios preserva a sus elegidos durante la infancia y la niñez, y de todo lo que amenaza su existencia antes del momento en que los regenera. Esto se expresa en Judas 1: "Preservados en Jesucristo y llamados". Qué bendito es para el cristiano mirar hacia atrás, hacia el tiempo en que Dios lo llamó de las tinieblas a su maravillosa luz, y discernir su mano protectora sobre él cuando estaba muerto en delitos y pecados. Son pocos, si es que hay alguno, los miembros del pueblo del Señor que no pueden recordar más de un incidente en sus primeros años de vida en el que "sólo había un paso" entre ellos y la muerte; sin embargo, incluso entonces, como en el caso del niño Moisés, una bondadosa Providencia velaba por ellos. Entonces devolvamos las gracias por lo mismo.

"Por la fe, Moisés, cuando nació, fue escondido tres meses de sus padres, porque vieron que era un niño apropiado; y no tuvieron miedo de los mandatos del rey". Es realmente sorprendente cómo muchos de los comentaristas, guiados por el sentimiento, no han entendido el significado de este versículo. En Éxodo 2:2 se dice que su madre vio "que era un buen niño": la palabra hebrea ("tob") es el mismo término por el que Dios aprobó sus obras de creación y las declaró perfectas (Génesis 1), de lo que se ha sacado la conclusión de que fue la excesiva hermosura o belleza del niño lo que hizo que sus padres se sintieran tan atraídos por él como para desobedecer el edicto del rey y poner especial empeño en preservarlo. Pero esto no es más que una carnalización de la Escritura, y de hecho contradice lo que el Espíritu Santo ha dicho aquí.

Hebreos 11:23 afirma claramente que fue "por la fe" que los padres de Moisés actuaron y esto es lo que explica su conducta. Ahora bien, Romanos 10:17 nos dice que "la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios": así pues, Amram y Jocabed debieron recibir una revelación divina (no registrada en el Antiguo Testamento), y esta palabra de Dios constituyó el fundamento de su confianza, y suministró el motivo de lo que hicieron. Es cierto que sabían, por la profecía dada a Abram (Génesis 15), que se acercaba el momento de la liberación de Israel de Egipto, como también sabían, por la predicción de José (Génesis 50:24), que Dios iba a actuar en favor de su pueblo. Sin embargo, estamos convencidos de que Hebreos 11:23 se refiere a algo más concreto y específico. Lo más probable es que el Señor diera a conocer a estos padres que su hijo iba a

ser el libertador prometido, y les proporcionó de antemano una descripción de él.

Esta revelación que Amram y Jocabed "oyeron" de Dios la creyeron, y eso, antes de que Moisés naciera. Cuando, a su debido tiempo, les fue entregado, "vieron que era un niño adecuado"; fue el discernimiento de la fe, y no la mera admiración de la naturaleza. Como declara Hechos 7:20 "en aquel tiempo nació Moisés, y era hermoso para Dios" (Bagster International), lo cual indica una apariencia de algo divino o sobrenatural. Reconocieron que era peculiarmente agradecido y aceptable para Dios: percibieron algo notable en él, que era la señal divina para ellos de que sería el libertador de Israel. "Probablemente había alguna marca de excelencia futura impresa en el niño, que daba la promesa de algo extraordinario" (Juan Calvino). "La belleza del Señor se fijó en él como un presagio de que había nacido para grandes cosas, y que al conversar con Dios su rostro brillaría (Exo. 34:29), y qué acciones brillantes e ilustres haría para la liberación de Israel, y cómo su nombre brillaría en el registro sagrado" (Matthew Henry).

Confiando implícitamente en la revelación que habían recibido de Jehová, su fe ahora confirmada por la marca de identificación de Dios en el bebé, los padres de Moisés prefirieron su seguridad antes que la suya propia. No era simplemente que confiaran en Dios para el resultado, sino que en sus almas estaba esa fe que es "la sustancia de las cosas esperadas" (Hebreos 11:1), y en consecuencia "no tuvieron miedo de los mandatos del rey". Si hubiera sido sólo una admiración natural o humana la que sentían por un niño notablemente bello, entonces habría sido "por afecto" o "por infatuación" que escondieron al infante; y eso sólo habría intensificado su "temor", pues cuanto más admiraran al infante, más temerían que le ocurriera algún daño.

La mera belleza no es en absoluto un signo seguro de excelencia, como demuestran claramente 1 Samuel 16:7, 2 Samuel 14:25, Proverbios 31:30. No, el niño Moisés era "hermoso para Dios" (Hechos 7:20), y percibiendo esto, Amram y Jocabed actuaron en consecuencia. En primer lugar, lo "escondieron" durante tres meses, "y cuando ya no pudo esconderlo, tomó para él un arca de juncos",

etc. (Exo. 2:3): puede ser que los egipcios registraran las casas de los hebreos cada tres meses. Sin duda fue bajo la dirección divina que los padres de Moisés actuaron ahora, pues seguramente la colocación de este precioso niño al borde del fatal "río" (Exo. 1:22) era lo último que la razón carnal había sugerido. No estamos en absoluto de acuerdo con quienes piensan que la fe de los padres de Moisés vaciló cuando lo colocaron en el arca: cuando un medio legítimo de preservación de la persecución ya no es seguro, es un deber recurrir a otro que tenga más probabilidades de hacerlo (Mateo 10:23).

En la bondadosa providencia de Dios, sus intereses y los nuestros se entrelazan a menudo, y entonces se permite que la naturaleza actúe; aunque incluso entonces, la gracia debe prevalecer. Así sucedió aquí: los padres de Moisés habían recibido un mandamiento directo de Dios sobre cómo actuar y qué hacer (como denota claramente el "por fe"), y en su caso, lo que Él prescribió armonizaba con sus propios sentimientos. Pero a veces las exigencias de Dios y nuestros afectos naturales chocan, como ocurrió cuando exigió a Abraham que ofreciera a Isaac, y entonces las exigencias de lo inferior deben ceder ante lo superior. Cuando la corriente del afecto humano no choca con los preceptos expresos de Dios, podemos seguirla, pues Él nos permite tomar la ayuda de la naturaleza: "un hermano amado... tanto en la carne como en el Señor" (Filemón. 16).

CAPÍTULO 16. La fe de Moisés

(Hebreos 11:24-27)

"El Apóstol, como mostramos antes, toma sus ejemplos de los tres estados de la iglesia bajo el Antiguo Testamento. El primero fue el que se constituyó en la entrega de la primera promesa, continuando con el llamado de Abraham. Aquí su primer ejemplo es el de Abel, en cuyo sacrificio la fe de ese estado de la iglesia fue confesada públicamente por primera vez, y por cuyo martirio fue confirmada. El siguiente estado tuvo su comienzo y confirmación en el llamado de Abraham, con el pacto hecho con él y la señal del mismo. Por lo tanto, él es el segundo gran ejemplo en el rollo de los testimonios. La constitución y consagración del tercer estado de la iglesia se produjo en la entrega de la ley; y aquí se da un ejemplo en el propio legislador. Todo ello para manifestar que, cualesquiera que fueran las variaciones externas a las que estaba sujeta la iglesia y a las que se sometía, la fe y las promesas eran las mismas, con la misma eficacia y poder bajo todas ellas" (John Owen).

Al abordar el estudio cuidadoso de nuestros versículos actuales, es de gran importancia observar que comienzan una nueva sección de Hebreos 11: si no se ve esto, no pueden ser interpretados correctamente. El versículo de apertura de cada sección de este capítulo nos lleva al principio de la vida de fe, y cada uno presenta un aspecto diferente de la naturaleza o carácter de la fe salvadora. Los tres primeros versículos de Hebreos 11 son introductorios, y el cuarto comienza la primera división. Allí, en el ejemplo de Abel, vemos dónde comienza la vida de la fe (en la conversión), es decir, con la conciencia que se despierta a una conciencia de nuestra condición perdida, con el alma haciendo una entrega completa a Dios, y con el corazón descansando en la perfecta satisfacción hecha por Cristo nuestra garantía. Lo que se enfatiza principalmente allí es la fe en la sangre. Pero poner su fe en la sangre de Cristo no es todo lo que hace un pecador cuando pasa de la muerte a la vida.

La segunda sección de Hebreos 11 comienza en el versículo 8, donde tenemos ante nosotros otro aspecto de la conversión, o el punto de partida de la vida de fe. La conversión es el acto o efecto reflejo de un alma que ha recibido un llamado eficaz de Dios. Esto se ilustra con el caso de Abraham, que era, originalmente, un idólatra, como lo éramos todos en nuestro estado no regenerado. El Señor de la Gloria se le apareció, lo revivió en una nueva vida, lo liberó de su antigua forma de existencia y le dio la promesa de una herencia futura. La respuesta de Abraham fue radical y revolucionaria: dejó de lado sus inclinaciones naturales, crucificó sus afectos carnales y entró en un camino totalmente nuevo. Lo central en su caso fue la obediencia implícita, el dejar de lado su propia voluntad, y el someterse completamente a la voluntad de Dios. Pero incluso eso no es todo lo que hace el pecador cuando pasa de la muerte a la vida.

El caso de Moisés nos presenta otro aspecto de la conversión, o el comienzo de la vida de fe, un aspecto que lamentablemente se ignora en la mayor parte del "evangelismo" de nuestros días. Describe una característica principal de la fe salvadora, de la que pocos cristianos profesantes oyen (y menos aún saben) algo. Nos muestra que la fe salvadora hace algo más que "creer" o "aceptar a Cristo como Salvador personal". Muestra la fe como una decisión definitiva de la mente, como un acto de la voluntad, como una elección personal y estudiada. Revela el hecho fundamental de que la fe salvadora incluye, sí, comienza con una renuncia deliberada o un alejamiento de todo lo que se opone a Dios, una determinación de negarse completamente a sí mismo y una elección de someterse a cualquier prueba que pueda ser incidente en una vida de piedad. Nos muestra que una fe salvadora hace que su poseedor se aleje de los compañeros impíos, y en adelante busque la comunión con los despreciados santos de Dios.

El acto de la fe salvadora implica mucho más de lo que generalmente se supone. "Nos equivocamos si pensamos que sólo es una fuerte confianza. Ciertamente lo es, pero también hay otras cosas. Es una estima tan apreciativa de nuestro Cristo y de sus beneficios, que todas las demás cosas disminuyen en nuestra opinión, estimación y afecto. La naturaleza de la fe es expuesta por el Apóstol cuando

dice: 'Lo que para mí era ganancia, lo he considerado pérdida por Cristo. Sí, ciertamente, y estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor; por quien he sufrido la pérdida de todas las cosas, y las estimo como estiércol, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es de la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe: a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación en sus padecimientos, hecho semejante a su muerte" (Filipenses 3:7-10). Por lo tanto, la verdadera fe nos hace estar muertos al mundo, y a todos sus intereses y honores, y debe ser conocida no tanto por nuestra confianza, sino por nuestra mortificación y destete; cuando llevamos todas nuestras comodidades en nuestras manos, como si estuviéramos dispuestos a separarnos de ellas, si el Señor nos llamara a dejarlas" (Thomas Manton, 1660).

"Por la fe, Moisés, cuando llegó a la edad, rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón; prefiriendo sufrir aflicción con el pueblo de Dios, que disfrutar de los placeres del pecado por un tiempo" (Hebreos 11:24, 25). Aquí vemos la naturaleza y la influencia de una fe salvadora. Hay que notar dos cosas en particular: en ella hay un acto de renuncia y un acto de aceptación. En la conversión, hay un alejamiento y también un acercamiento. Por lo tanto, antes de que el pecador sea invitado a "volver al Señor", se le pide primero que "deje su camino", sí, su camino, teniendo "su propio camino". Así también nosotros somos llamados a "arrepentirnos" primero, y luego a "convertirnos", para que nuestros pecados sean "borrados" (Hechos 3:19).

"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo" (Mateo 16:24). ¿Qué significa negarse a sí mismo? Esto, la reducción de nosotros mismos de aquellas cosas que son agradables a la carne. Hay tres cosas que son principalmente apreciadas por el hombre natural: la vida, la riqueza y el honor; y así, en los versículos que siguen inmediatamente, Cristo propuso tres máximas para contrarrestarlas. En primer lugar, dice: "Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la encontrará" (Mateo 16:25): es decir, el que piensa ante todo en su propia vida, cuyo gran objetivo es servir al "número uno", perecerá. En segundo lugar, "¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su propia alma?" (v. 26): mostrándonos la

inutilidad comparativa de las riquezas terrenales. Tercero, "Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según sus obras" (v. 27): ese es el honor que debemos buscar.

"Por la fe, Moisés, al llegar a la edad, rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón" (Hebreos 11:24). He aquí un caso notable de abnegación: Moisés renunció deliberadamente a los privilegios y placeres de un palacio real. No es que ahora fuera repudiado y expulsado por la mujer que lo había adoptado, sino que renunció voluntariamente a una posición de afluencia y comodidad, desdeñando tanto su riqueza como sus dignidades. No se trataba del impulso precipitado de un joven inexperto, sino de la decisión estudiada de alguien que ya había alcanzado la edad de cuarenta años (Hechos 7:23). Los discípulos dijeron: "Lo hemos dejado todo y te hemos seguido" (Mateo 19:27): su "todo" era una red y un saco de pesca; ¡pero Moisés abandonó un principado!

La negación del yo es absolutamente esencial; y donde no existe, la gracia está ausente. El primer artículo del pacto es: "no tendrás otros dioses delante de mí": Él debe tener la preeminencia en nuestros corazones y vidas. Dios no tiene la gloria de Dios a menos que lo honremos así. Ahora bien, Dios no tiene la preeminencia en nuestros corazones hasta que su favor sea estimado por encima de todas las cosas, y hasta que temamos por encima de todo el ofenderle. Mientras podamos romper con Dios para preservar cualquier interés mundano nuestro, preferimos ese interés por encima de Dios. Si nos contentamos con ofender a Dios antes que desagradar a nuestros amigos o parientes, entonces estamos muy engañados si nos consideramos cristianos genuinos. "El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí" (Mateo 10:37).

"La fe es una gracia que enseñará a un hombre a renunciar abiertamente a todos los honores, ventajas y preferencias mundanas, con la ventaja anexa. Cuando Dios nos llama de ellos, no podemos disfrutarlos con buena conciencia" (Tomás Manton). A menudo se nos pone a prueba al tener que elegir entre Dios y las cosas, el deber y el placer, hacer caso a nuestra conciencia o gratificar la carne.

La presencia y el vigor de la fe deben ser probados por nuestra abnegación. Es fácil hablar con desprecio del mundo y de las cosas terrenales, pero ¿cuál es mi primer cuidado? ¿Es buscar a Dios o la prosperidad temporal? ¿Agradarle a Él o a mí mismo? Si anhelo un aumento de salario, o una mejor posición, y estoy inquieto por la decepción, es una prueba segura de que me gobierna un espíritu mundano. ¿Cuál es mi principal deleite? ¿Las riquezas terrenales, los honores, las comodidades, o la comunión con Dios? ¿Puedo decir realmente: "Porque un día en tus atrios es mejor que mil" (Salmo 84:10)?

"No todos los creyentes están llamados a hacer los mismos sacrificios, o a soportar las mismas pruebas por causa de la justicia, ni tienen todos la misma medida de fe; sin embargo, sin alguna experiencia y conciencia de este tipo, no estamos autorizados a concluir que somos de la religión de Moisés; porque un bastón común se parece más a la vara fructífera de Aarón, que la fe de muchos profesores modernos de la verdad evangélica a la fe abnegada de Moisés o de Abraham" (Thomas Scott). La fe de los elegidos de Dios es una fe que "vence al mundo" (1 Juan 5:4), y no una que permite que su poseedor sea vencido. "Los que son de Cristo han crucificado la carne con los afectos y los deseos" (Gálatas 5:24); no deberían hacerlo, sino que lo han hecho, al menos en cierta medida.

El gran rechazo de Moisés consistió en una firme resolución de no permanecer en ese estado en el que había sido criado. Esto no se logró, podemos estar seguros, sin una dura lucha, sin el ejercicio de la fe en la oración y la confianza en Dios. Sabía muy bien todo lo que implicaba su decisión, pero, por gracia, la tomó sin vacilar. Su resolución se dio a conocer no por una declaración formal, sino por los hechos, ya que las acciones siempre hablan más fuerte que las palabras. No hay ningún indicio en el registro sagrado de que Moisés informara verbalmente a su madre adoptiva de su decisión, pero su conversación con sus hermanos (Exo. 2:11, etc.) reveló dónde estaba su corazón, y lo identificó con su religión y pacto. Ah, querido lector, una cosa es hablar bien de las cosas de Dios, pero otra muy distinta es caminar en consecuencia; como una cosa es escribir artículos y dar sermones, y otra muy distinta es practicar lo que predicamos.

La renuncia de Moisés a su posición privilegiada no sólo fue un gran triunfo sobre los deseos de la carne, sino también una notable victoria sobre la razón carnal. En primer lugar, su acción parece indicar el colmo de la ingratitud contra su madre adoptiva. La hija del Faraón le había perdonado la vida cuando era un bebé, lo había llevado a su propia casa, lo había criado como su hijo y lo había educado en toda la sabiduría de los egipcios. Si ahora le diera la espalda, parecería que no le tenía aprecio; tan poco puede el hombre natural comprender los motivos que regulan las obras de la fe. La verdad es que los mandamientos de la segunda tabla no nos obligan más allá de lo que nuestro cumplimiento es conforme a nuestra obediencia a los mandamientos de la primera tabla. El santo no debe aceptar favores del mundo, ni expresar gratitud por los mismos, si esto es contrario al temor de Dios y al mantenimiento de una buena conciencia.

Nunca debemos ser obedientes con el hombre a costa de ser ingratos con Dios. Todas las relaciones deben ceder ante la conservación de una conciencia clara hacia Él. Sus derechos son primordiales y hay que reconocerlos y responder a ellos, por mucho que el hacerlo choque con nuestras aparentes obligaciones hacia nuestros semejantes. Un amigo o un pariente puede recibirme en su casa, y mostrarme mucha amabilidad durante la semana, pero eso no justificará ni requerirá que me una a él en un picnic o una fiesta en el día de reposo. "Si alguno viene a mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, y aun su propia vida, no puede ser mi discípulo" (Lucas 14:26). El lenguaje del cristiano debería ser siempre: "¿No sabéis que debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?". (Lucas 2:49).

Disfrutar de los honores mundanos no es malo en sí mismo, pues los hombres buenos han vivido en malas cortes. Daniel es un caso claro: la mayor parte de su vida la pasó en altos cargos cívicos. Cuando la divina providencia nos ha concedido riquezas o prestigio mundanos, debemos disfrutarlos, pero con una santa envidia y una vigilia de oración para que no nos envanezcamos con ellos, recordando que "mejor es ser de espíritu humilde con los humildes, que repartir el botín con los soberbios" (Proverbios 16:19). Pero hay que renunciar a tales cosas cuando son pecaminosas en sí mismas, o cuando no se pueden retener con la conciencia tranquila. En contra de su conciencia, Pilato prefirió condenar a Cristo antes que perder la amistad del César, y se presenta ante nosotros en la

Sagrada Escritura como una advertencia duradera. "Velad y orad, para que no entréis en tentación: el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil" (Mateo 26:41).

Una vez más: la gran negativa de Moisés no sólo parecía una gran ingratitud hacia la que lo había adoptado, sino que también parecía que se enfrentaba a la Providencia. Era Dios quien lo había colocado donde estaba; ¿por qué, entonces, iba a renunciar a una posición tan ventajosa? Si Moisés se hubiera apoyado en su propio entendimiento y hubiera escuchado los dictados de la razón carnal, habría encontrado muchos pretextos para permanecer donde estaba entonces. ¿Por qué no quedarse allí y tratar de reformar Egipto? ¿Por qué no utilizar su gran influencia con el rey en favor de los hebreos oprimidos? Si hubiera permanecido en la corte del Faraón, se habría librado de muchas aflicciones; sí, y se habría perdido también la "recompensa del premio". Ah, mi lector, la incredulidad es muy fértil, argumenta muy plausiblemente, y puede sugerir muchas razones lógicas por las que no debemos practicar la abnegación.

¿Qué fue, entonces, lo que impulsó a Moisés a hacer este noble sacrificio? ¿Un impulso patriótico? ¿Un amor fanático por sus hermanos? No, no se guió ni por la razón ni por el sentimiento: fue "por la fe" que Moisés se negó a ser llamado hijo de la hija del Faraón. Fue el aferramiento de su corazón a la promesa divina, la aprehensión de cosas no vistas por el ojo exterior, la expectativa confiada de la recompensa futura. Ah, es la fe la que imparte al corazón una verdadera estimación de las cosas, la que ve los objetos en su luz real, y la que discierne la inutilidad comparativa de lo que el pobre mundano valora tanto, y por su loca búsqueda tras la cual pierde su alma. La fe ve la eternidad venidera, y cuando la fe está en sano ejercicio, su poseedor encuentra fácil renunciar a las chucherías del tiempo y del sentido. Entonces es cuando el santo exclama: "Ciertamente todo hombre anda en vano; ciertamente en vano se inquieta; amontona riquezas, y no sabe quién las recogerá" (Salmo 39:6).

¡Qué cosa tan notable que alguien en la corte de Egipto tuviera tal "fe"! Moisés se había criado en un palacio pagano, donde no había conocimiento del

verdadero Dios; sí, nada más que idolatría, desenfreno y profanidad. Sí, algunas de las ovejas de Cristo están situadas en lugares extraños e inesperados, sin embargo el Pastor las busca, y las libra o las sostiene en ellos: la esposa del "mayordomo de Herodes" (Lucas 8:3), los santos en la "casa" de Nerón (Filipenses 4:22) son ejemplos notables. ¡Qué ilustraciones son éstas de "Jehová enviará la vara de tu fuerza desde Sión: gobierna en medio de tus enemigos" (Salmo 110:2)! Por más que sus enemigos se enfurezcan, busquen borrar su nombre y desarraigar su reino, Cristo preservará un remanente según la elección de la gracia "aun donde está el asiento de Satanás" (Apocalipsis 2:13).

Alguien puede objetar: "Pero José tenía fe al igual que Moisés, y sin embargo no abandonó la corte, sino que continuó allí hasta su muerte". ¡Las circunstancias alteran los casos! Sus ocasiones y condiciones no eran iguales. "Dios levantó a José para alimentar a su pueblo en Egipto, por lo que su permanencia en el atrio era necesaria bajo los reyes que lo favorecían; pero Moisés no fue llamado a alimentar a su pueblo en Egipto, sino a sacarlo de Egipto; y el rey de Egipto se había convertido en su enemigo, y lo mantenía bajo amarga esclavitud. Permanecer en la corte idólatra de un príncipe pagano es una cosa; pero permanecer en una corte perseguidora, donde debe ser cómplice de sus persecuciones, es otra cosa" (T. Manton).

"Prefiriendo sufrir aflicción con el pueblo de Dios, que gozar de los placeres del pecado por un tiempo" (Hebreos 11:25). Esto nos da el lado positivo de la gloriosa decisión de Moisés. La fe tiene un lado negativo y otro positivo. Primero, un rechazo, y luego una elección, y ese orden es invariable. Debe haber un "dejar de hacer el mal" antes de que pueda haber un "aprender a hacer el bien" (Isaías 1:16, 17); debe haber un "odiar el mal" antes de que haya un "amar el bien" (Amós 5:15); debe haber un "confesar y abandonar" el pecado, antes de que haya "misericordia" (Proverbios 28:13). El pródigo debe dejar la patria lejana, antes de ir al Padre (Lucas 15). El pecador debe abandonar sus ídolos, antes de poder tomar la cruz y seguir a Cristo (Marcos 10:21). Es necesario volverse a Dios, "de los ídolos", antes de poder "servir al Dios vivo y verdadero" (1 Tesalonicenses 1:9). El corazón debe dar la espalda al mundo, antes de poder recibir a Cristo como Señor y Salvador.

"Moisés renunció al mundo; y la ambición tenía la perspectiva de honor y grandeza; la cultura del estado más civilizado era fascinante para la mente; el tesoro y la riqueza ofrecían un potente atractivo. Y a todo esto -¿acaso no comprende "todo lo que hay en el mundo", y en su forma más atractiva y elevada?- renunció Moisés. Y, al otro lado, ¿qué le esperaba? Unirse a una nación de esclavos abatidos, cuya única riqueza eran las promesas del Dios invisible" (A. Saphir). A un hombre se le conoce por su elección. ¿Hace el mal por un pequeño beneficio? ¿Evita el deber por algún inconveniente insignificante? ¿Se aparta del camino a causa de un reproche?

Moisés prefirió sufrir la aflicción con el pueblo de Dios que disfrutar de los placeres del pecado por una breve temporada. ¿Y tú? El juzgaba que la mayor miseria de todas era vivir en el pecado. ¿Y tú? He aquí una prueba importante: ¿qué te da más pena, el pecado o la aflicción corporal? ¿Qué te preocupa más: sufrir pérdidas en el mundo o desagradar a Dios? Hay miles de cristianos profesantes que se quejan de sus dolores físicos, pero ¡qué pocas veces oímos gemir por el cuerpo del pecado y la muerte! Cuando estás afligido en el cuerpo, ¿cuál es tu deseo dominante: ser liberado del sufrimiento, o que Dios santifique el sufrimiento para el bien de tu alma? Ah, lector mío, ¿qué diferencia real y sobrenatural hay entre tú y el mundano moral? ¿Está sólo en tu credo, en lo que crees con el intelecto? "Los demonios creen".

Sí, es nuestro rechazo y nuestra elección lo que nos identifica, lo que pone de manifiesto si somos hijos del diablo o hijos de Dios. Es propiedad de un corazón bondadoso preferir el mayor sufrimiento -físico, mental o social- al menor pecado; y cuando se comete el pecado, se repudia, se lamenta, se confiesa y se abandona. Cuando el "sufrimiento" es infligido a los santos por los perseguidores, la ofensa se nos hace a nosotros; ¡pero el "pecado" se comete contra Dios! El "pecado" separa de Dios (Isaías 59:2), el "sufrimiento" acerca al cristiano a Dios. La "aflicción" sólo afecta al cuerpo, el "pecado" hiere el alma. La "aflicción" viene de Dios (Hebreos 12:11), pero el "pecado" viene del diablo. Pero nada, salvo una fe real, espiritual y sobrenatural, preferirá sufrir aflicción con el pueblo de Dios, que disfrutar de los placeres del pecado por una

temporada.

"Ninguna de las ejemplificaciones de la importancia de creer, presentadas por el Apóstol, se ajusta mejor a su propósito que la que hemos estado considerando. Los cristianos hebreos fueron llamados a separarse de un honor que estaban acostumbrados a valorar por encima de todas las demás dignidades. Fueron excomulgados por sus hermanos incrédulos, y se les negó el nombre de verdaderos hijos de Abraham. Sus compatriotas incrédulos disfrutaban de riquezas y honores. El pequeño rebaño al que estaban llamados a unirse estaba sufriendo aflicción y reproche. Ahora bien, ¿cómo se debe hacer esto? Miren a Moisés. Crean como Moisés creyó, y encontrarán que es fácil juzgar, elegir y actuar como Moisés lo hizo. Si creéis lo que Cristo ha revelado claramente, que 'es la buena voluntad de su Padre dar' a su pequeño rebaño, después de pasar por mucha tribulación, 'el reino': si estáis persuadidos de que, según su declaración, 'la ira viene hasta el extremo' sobre sus opresores, no dudaréis en separaros completamente de vuestros compatriotas incrédulos.

"El significado práctico de este pasaje no se limita a los conversos hebreos o a los cristianos de la época primitiva. En todos los países y en todas las épocas, Jesús proclama: 'Si alguno quiere ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, que tome la cruz y me siga'. El poder del mundo actual sólo puede ser sofocado por 'el poder del mundo venidero'; y así como es a través del sentido que el primer poder opera en nuestras mentes, es sólo a través de la fe que el segundo poder puede operar en nuestras mentes. A algunos les resulta imposible hacer los sacrificios que exige el cristianismo, porque no tienen fe. Hay que hacerlos; de lo contrario, nuestro cristianismo no es más que un nombre, nuestra fe no es más que una pretensión y nuestra esperanza un engaño" (John Brown).

CAPÍTULO 17. La fe de Moisés - Segunda parte

(Hebreos 11:25-26)

"La persona aquí mencionada como alguien que vivió por fe, es Moisés. Y es un ejemplo eminente de su propósito, especialmente en su trato con los hebreos, y eso por varias razones. 1. 1. Por su persona. Nunca hubo en el mundo antiguo nadie más señalado por la Providencia en su nacimiento, educación y acciones que él. De ahí que su renombre fuera entonces, y en todas las épocas posteriores, muy grande en el mundo. El informe y la estimación de sus actos y sabiduría eran famosos entre todas las naciones de la tierra. Sin embargo, esta persona vivió y actuó, e hizo todas sus obras por fe. 2. De su gran obra, que fue la redención típica de la iglesia. Fue una obra grande en sí misma; así lo expresa Dios, y como nunca antes se hizo en la tierra (Deuteronomio 4:32-34). Pero más grande en el respeto típico que tuvo a su redención eterna de la Iglesia por Jesucristo. 3. Por razón de su oficio. Él fue el legislador, por lo que es evidente que la ley no se opone a la fe, ya que el propio legislador vivió de acuerdo con ella" (John Owen).

Cada ejemplo de fe suministrado por el Espíritu Santo en Hebreos 11 presenta una característica o fruto distintivo de esa gracia espiritual. La fe que aquí se describe es la fe salvadora, sin la cual ningún hombre es aceptado por Dios (véase el versículo 6). Es cierto que no todos los cristianos reciben la misma medida de fe, ni todos la manifiestan de la misma manera. No todas las flores tienen el mismo tono, ni son igualmente fragantes; sin embargo, cada variedad difiere radicalmente de la cizaña. No todos los santos están llamados a construir un arca, a ofrecer a su hijo en sacrificio, o a abandonar un palacio; sin embargo, hay algo en el corazón y en la vida de cada alma regenerada, que lo distingue claramente de los que están muertos en delitos y pecados, y que lleva claramente la marca de lo sobrenatural; hay algo en él que la mera naturaleza no produce ni puede producir.

Si bien es cierto que muy pocos cristianos son llamados a abandonar un palacio, sin embargo, a todo aquel que quiera ser cristiano se le exige que abandone el mundo: no físicamente, sino moralmente. Dios no nos pide que nos convirtamos en ermitaños, ni que entremos en un convento o monasterio; eso es sólo una perversión del Diablo de la verdad de la separación; pero sí insiste en que el pecador debe desechar los ídolos del mundo, apartarse de sus vanos placeres, dejar de andar por sus malos caminos, y poner sus afectos en las cosas de arriba. La Escritura es inequívocamente clara sobre este punto, declarando: "¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad con Dios? Lo que Moisés advertía en el presente pasaje era la renuncia del corazón a un mundo vano y perecedero, y dar a Dios su verdadero lugar en los afectos.

En el capítulo 16 vimos cómo Moisés renunció voluntariamente a su posición de noble en la corte del Faraón, y prefirió tener comunión con el despreciado y sufrido pueblo de Dios. En esto fue un bendito tipo de Aquel que era rico, pero que por nosotros se hizo pobre, que descendió de la gloria del Cielo, y nació en un pesebre; que se despojó de sus ropas de majestad, y tomó la forma de un siervo. Y, lector mío, Su pueblo está predestinado "a ser conformado" a Su imagen (Romanos 8:29). Él les ha dejado un ejemplo, y no hay otro camino al cielo, sino "siguiendo sus pasos": ¡véase Juan 10:4! Hay una unidad real y práctica entre la Cabeza y los miembros de Su cuerpo místico, y esa unidad práctica consiste en el auto-sacrificio. Si el espíritu de abnegación no gobierna mi corazón, no soy cristiano.

El camino al cielo es "estrecho" y la entrada a él es "angosta", y pocos son los que la encuentran (Mateo 7:13, 14). Debido a que ese camino es "estrecho", opuesto a todas las inclinaciones de la carne y la sangre, Cristo nos pide que "nos sentemos y contemos el costo" (Lucas 14:31) antes de comenzar. El "costo" es demasiado alto para todos los que nunca han tenido un milagro de la gracia obrado en ellos, pues incluye el corte de una mano derecha y la extracción de un ojo derecho (Mateo 5:29, 30); por eso 1 Pedro 4:18 pregunta: "Si el justo apenas se salva (o "con dificultad se salva"), ¿dónde aparecerán el impío y el pecador?" Pocos son en verdad los que, como Moisés, están dispuestos a pagar el "costo".

Por desgracia, la gran mayoría, incluso en la cristiandad, son como Esaú (Hebreos 12:16) o los gadarenos (Marcos 5:14, 15): prefieren complacer a la carne antes que negarla.

La dificultad de la salvación, o la "estrechez" de la puerta y la "angostura" del camino que conduce a la Vida, fue sorprendentemente prefigurada por las seductoras tentaciones y los obstáculos carnales que tuvo que superar Moisés. Como señalamos en el capítulo 16, su noble decisión no sólo implicaba abandonar el palacio del Faraón, la aparente ingratitud hacia su madre adoptiva, el ignorar el precedente establecido por José; sino que también significaba echar su suerte con un pueblo despreciado, soportar todas las incomodidades y dificultades de su peregrinaje por el desierto, y hacer caer sobre su cabeza no sólo el desprecio de sus antiguos asociados, sino tener que soportar las murmuraciones y críticas de los propios hebreos. Ah, lector mío, una elección como la que hizo Moisés fue totalmente contraria a la carne y a la sangre, y sólo puede explicarse sobre la base de que se había producido en él un milagro de la gracia divina. Como declaró nuestro Señor: "Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todo es posible" (Mateo 19:26).

De lo dicho anteriormente, ¿no es inequívocamente evidente que una distancia tan grande como la que separa el cielo de la tierra divide la "Conversión" bíblica de la que recibe el nombre de "conversión" en la gran mayoría de las llamadas "iglesias" de hoy? Una Conversión genuina y salvadora es una experiencia radical y revolucionaria. Es mucho más que la adopción de un credo sólido, creer lo que la Biblia dice sobre Cristo, o unirse a alguna asamblea religiosa. Es algo que golpea hasta las raíces mismas del ser del hombre, haciendo que se entregue sin reservas a las exigencias de Dios, buscando en adelante agradarle y glorificarle. Esto se traduce, necesariamente, en una ruptura total con el mundo y con el modo de vida anterior; en otras palabras, "si alguno está en Cristo, es una nueva criatura; las cosas viejas han pasado; he aquí que todas son hechas nuevas" (2 Corintios 5:17).

"Por la fe, Moisés, al llegar a la edad, rehusó ser llamado hijo de la hija de

Faraón" (Hebreos 11:24). Son las dos primeras palabras de este versículo las que proporcionan una explicación adecuada de la noble conducta de Moisés aquí. Una fe dada por Dios se ocupa de algo mejor que las cosas de la vista y los sentidos, y por lo tanto discierne claramente la absoluta vanidad de la grandeza y el honor mundanos. La fe tiene que ver con Dios, y cuando la mente se mantiene verdaderamente en Él, ni las riquezas ni los placeres de la tierra pueden atraer, y mucho menos cautivar. La fe se basa en una revelación personal de lo Alto y obedece a ella, porque "la fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios" (Romanos 10:17). Moisés había "oído", Moisés "creyó", Moisés actuó sobre lo que había oído de Dios.

"Prefiriendo sufrir aflicción con el pueblo de Dios, que gozar de los placeres del pecado por un tiempo" (Hebreos 11:25). Sí, cada uno de nosotros tiene que elegir entre la vida y la muerte (Deuteronomio 30:15), entre el pecado y la santidad, entre el mundo y Cristo, entre la comunión con los hijos de Dios y la amistad con los hijos del Diablo. Cuando Moisés tomó la parte de un israelita contra un egipcio (Éxodo 2), declaró claramente que prefería lo primero a lo segundo, que las promesas de Dios significaban mucho más para él que la fama o el lujo de una corte terrenal. Sin embargo, en aquel momento la descendencia de Abraham se encontraba en un estado extremadamente bajo, pero Moisés sabía que las promesas que Dios había hecho a los patriarcas no podían fallar.

Eso era realmente fe: renunciar voluntariamente a las atractivas perspectivas que se le presentaban en la tierra del Nilo, y preferir deliberadamente un camino de penurias. Lo que había "oído" de Dios era para él tan grandioso, tan grande, tan glorioso, que, después de sopesar cuidadosamente lo uno frente a lo otro, Moisés rechazó el engrandecimiento material por las riquezas espirituales: consideró que era un honor mucho mayor ser hijo de Abraham que ser llamado hijo de la hija de Faraón. Podría haber razonado que "más vale pájaro en mano que dos en la zarza", y haber "aprovechado al máximo su oportunidad (presente)", en lugar de haber puesto su corazón en un futuro invisible; pero el espíritu triunfó sobre la carne. Oh, cómo necesitamos orar para que la gracia nos permita "aprobar las cosas que son excelentes", para que seamos "sinceros y sin ofensa hasta el día de Cristo" (Fil 1:10).

Hay que tener en cuenta que Moisés eligió sufrir la aflicción con los hebreos no porque fueran su pueblo, sino porque eran el pueblo de Dios. "El objeto de su elección fue Dios; Aquel que eligió a sus padres, que les reveló su verdad y su gracia, y les ordenó caminar delante de Él sin temor; el Dios que no se avergonzaba de ser llamado su Dios, y al que había sido dedicado en su infancia" (A. Saphir). Obsérvese que la comunión con "el pueblo de Dios" implica necesariamente, de una u otra forma, "aflicción". Sí, Dios ha ordenado que "es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en su reino" (Hechos 14:22), y declara que "todos los que vivan piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecución" (2 Timoteo 3:12). Pero, ¿por qué ha de ser así? ¿Por qué no ha señalado Dios un camino más suave y una suerte más agradable para sus altos favoritos mientras pasan por este mundo? A continuación, ofrecemos una o dos de las muchas respuestas que se pueden dar a esta pregunta.

Dios ha decretado que el estado general de su pueblo en la tierra sea de dificultades, de oposición, de persecución. Primero, para despertarlos a la diligencia espiritual. Él les ha dicho en su Palabra "este no es vuestro descanso" (Miqueas 2:10), sin embargo hay una tendencia en nosotros a acomodarnos. Una y otra vez Dios nos pide que velemos y oremos, que seamos sobrios y vigilantes, alertas y activos; pero con demasiada frecuencia sus exhortaciones caen en saco roto. Las "vírgenes prudentes" se adormecen y duermen al igual que las "insensatas", y necesitan ser despertadas; porque no atienden a los llamados que se encuentran en Romanos 13:11, Efesios 5:14, etc. Él utiliza al Enemigo para despertarnos. En segundo lugar, para alejarnos del mundo: porque hay algo en nosotros que todavía ama al mundo, Dios, en su misericordia, a menudo los incita a odiarnos. Tercero, para conformarnos más plenamente a la imagen de Cristo: la Cabeza soportó la contradicción de los pecadores contra sí mismo, y su cuerpo está llamado a tener "participación en sus sufrimientos".

Los "placeres del pecado" en el versículo 25 tienen referencia inmediata a las riquezas y dignidades de la corte del Faraón, que Moisés ya no podía disfrutar sin ser infiel a Dios y a su pueblo. Haber seguido viviendo en el palacio habría sido despreciar a Jehová y su pacto con la descendencia de Abraham. Habría

sido preferir su propio progreso y comodidad en lugar de la liberación de su pueblo; se habría comportado como un mundano, en lugar de como un extranjero y peregrino en esta escena; y lo que es peor, habría sido connivente con el trato cruel de Faraón hacia los hebreos. Además, haber resistido el impulso del Espíritu en su corazón habría sido pecado. Esto nos muestra que las cosas que no son pecaminosas en sí mismas, se convierten en tales cuando se usan o disfrutan en el momento equivocado. Todo es bello a su tiempo: "Hay un tiempo para llorar y otro para reír" (Eclesiastés 3:4).

El principio que acabamos de enunciar es de gran importancia práctica. Las cosas materiales se convierten en trampas si se emplean intempestivamente. Dios nos ha concedido permiso para "usar" las cosas de este mundo, pero ha prohibido el "abuso" de ellas (1 Corintios 7:31). Las bendiciones temporales se convierten en una maldición si se permite que nos impidan cumplir con nuestro deber. Hay que cortar todas las asociaciones que nos impiden tener comunión con los santos. La comodidad y el confort personal deben dejarse de lado cuando nuestros hermanos están "sufriendo aflicción" y necesitan una mano amiga. Por desgracia, sólo Dios sabe cuántos cristianos profesantes han seguido disfrutando de los lujos de la vida, mientras que miles de personas carecen de algunas de las necesidades básicas de la vida.

Todo lo que está separado de la verdadera piedad está incluido en esta expresión "los placeres del pecado". Las misericordias temporales deben ser disfrutadas con agradecimiento a Dios, pero sólo en la medida y el tiempo en que ayuden a promover un verdadero seguimiento del ejemplo que Cristo nos ha dejado. Ay, cuántos buscan su felicidad en las cosas de la carne, más que en las del Espíritu. La Escritura dice: "Mejor es lo poco con el temor de Jehová que el gran tesoro y la molestia con él" (Proverbios 15:16), pero ¡cuán pocos lo creen! Recuerde bien, querido lector, que los "placeres del pecado" son sólo por "una temporada", y una temporada solemnemente breve: deben terminar o en un rápido arrepentimiento o en una rápida ruina. Cuán bendito es el contraste presentado en el Salmo 16:11: "A tu derecha hay placeres para siempre". ¿Está mi corazón puesto en ellos? Si es así, estoy haciendo que mi principal preocupación, cada día, sea caminar por el único camino que conduce a ellos.

"Estimando el oprobio de Cristo como mayor riqueza que los tesoros de Egipto" (Hebreos 11:26). Aquí el Espíritu Santo menciona una tercera instancia del desprecio de Moisés por el mundo: primero, de sus honores (v. 24), luego de sus placeres (v. 25), ahora, de sus riquezas. Nótese la enfática gradación en la decisión de Moisés, tal como se insinúa en los tres verbos: primero, "rechazó" seguir siendo reconocido como hijo adoptivo de la princesa de Egipto. En segundo lugar, "escogió" o eligió deliberadamente identificarse con el pueblo despreciado y sufriente de Dios y echar su suerte en él. En tercer lugar, "estimó" el reproche que esto implicaba, como algo muy superior a lo que había renunciado. La misma palabra griega se traduce como "juzgó" en el versículo 11, mostrando que no fue una conclusión precipitada a la que llegó apresuradamente, sino que fue la consideración madura de su mente y su corazón. Otro ha comparado los tres verbos aquí con Marcos 4:28: "Primero la hoja, luego la espiga, después el grano lleno en la espiga"

Este versículo 26 es una ampliación de lo que se encuentra en el 24 y 25, y anuncia tanto la inteligencia de la elección de Moisés como el fervor del afecto espiritual que la impulsó. La decisión que tomó no fue reticente y forzada, sino lista y alegre. No fue simplemente que percibiera que identificarse con los hebreos era un deber obligado, y que por lo tanto debía "hacer lo mejor de un mal trabajo" y soportar las dificultades que tal curso conllevaba, sino que gustosamente prefería lo mismo: Cristo significaba infinitamente más para él que todo lo que se podía encontrar en Egipto. Lector, ¿es el negarse a sí mismo y tomar la cruz algo que realizas de mala gana, o el "amor de Cristo" (2 Corintios 5:14) te obliga a ello? ¿Puedes, en tu medida, decir con el Apóstol: "Por eso me complazco en las enfermedades, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias por causa de Cristo" (2 Corintios 12:10)?

¿Qué significa aquí "el oprobio de Cristo"? El Salvador no nació hasta muchos siglos después; es cierto, pero los que el Padre le dio antes de la fundación del mundo, estaban, desde Abel en adelante, bien familiarizados con Él: véase Juan 8:56. Cristo tenía un ser antes de nacer de la virgen; leemos que Israel "tentó a Cristo" en el desierto (1 Corintios 10:9). Desde el principio, Cristo fue la Cabeza

de la Iglesia, y en su propia Persona dirigió a su propio pueblo, y estuvo presente en medio de ellos, bajo el nombre de "el Ángel de la Alianza." Que el lector interesado reflexione cuidadosamente sobre los términos de Éxodo 23:20-22, y debería quedar claro que no se trata de ningún "ángel" creado. Por lo tanto, todo lo que ese pueblo sufrió, fue el reproche "de Cristo", que lo había tomado bajo su protección. Había una comunión entre Cristo y su pueblo, tan real y tan íntima como la unión y comunión que existe entre él y su pueblo ahora: sopesa bien Isaías 63:9, Zacarías 2:8, y compáralo con Hechos 9:4 y Mateo 25:34 y se obtendrá una clara prueba de ello.

El "oprobio de Cristo" significa, pues, en primer lugar, que Cristo se identifica personalmente con su pueblo. En segundo lugar, se refiere a Cristo místicamente, a sus redimidos como uno con él en la humillación y la persecución. "Cristo y la iglesia fueron considerados desde el principio como un solo cuerpo místico, de modo que lo que el uno sufrió, el otro se considera que sufrió lo mismo" (John Owen). En el matrimonio, la esposa toma el nombre y la condición de su marido, porque se han convertido en "una sola carne": del mismo modo, la Iglesia es llamada "Cristo" en 1 Corintios 12:12 y Gálatas 3:16 por su unión y comunión con Él, por la semejanza y simpatía entre ambos. Tampoco se mantuvo oculto este bendito misterio -como declaran erróneamente los "dispensacionalistas" modernos- a los santos del Antiguo Testamento, como lo hace muy evidente una cuidadosa comparación de Jeremías 23:6 con 33:16. Moisés había "oído" de Dios que los hebreos eran su pueblo y que el remanente entre ellos "según la elección de la gracia" estaba ordenado a ser "coherederos con Cristo", y creyendo lo que había oído, decidió voluntaria y gustosamente echar su suerte con ellos.

El hecho de que el cuerpo místico de Cristo, la Iglesia, esté en el punto de mira de Hebreos 11:26 -pues la Cabeza y sus miembros no pueden separarse nunca, aunque puedan verse de forma distinta- queda muy claro si se comparan cuidadosamente las cláusulas precedentes. Los versículos 25 y 26 son obviamente paralelos y se explican mutuamente. En el primero se nos dice que Moisés "prefirió sufrir aflicción con el pueblo de Dios, que gozar de los placeres del pecado por una temporada". Así, hay un triple paralelismo: el "reproche" del versículo 26 concuerda y se interpreta por la "aflicción sufrida" del versículo 25,

"el Cristo" del versículo 26 se corresponde y se define por "el pueblo de Dios" del versículo 25; y los "tesoros de Egipto" se equilibran y explican los "placeres del pecado por una temporada".

"Porque tuvo respeto a la recompensa de la recompensa" (v. 26). Esto fue lo que fortaleció y apoyó la fe de Moisés. Nunca había abandonado los honores y las comodidades del palacio si su corazón no estaba fijado en la recompensa eterna. La fe comprende que la paz de la conciencia es mejor que un gran balance bancario, que la comunión con Dios es infinitamente preferible a los favores de una corte terrenal. Moisés sabía que no saldría perdiendo con esa elección: la fe ve que no se pierde nada de lo que se deja por causa de Cristo; aunque el nombre de Moisés fue eliminado de los registros de Egipto, se le ha concedido un lugar prominente en las páginas imperecederas de las Sagradas Escrituras. Vean aquí la gran diferencia entre los mundanos y los santos; los primeros estiman las cosas por la vista, los segundos por la fe; los primeros a través del cristal coloreado de la razón corrupta y el sentido carnal, los segundos por la luz de la Palabra de Dios. Así se asombran mutuamente: el mundano piensa que el verdadero cristiano está loco, el cristiano sabe que el pobre mundano está espiritualmente loco.

El corazón de Moisés estaba puesto en algo más bendito que las cosas perecederas a las que estaba renunciando. El "tenía respeto" es un compuesto en el griego, y significa propiamente mirar de una cosa a otra: miraba de las cosas del tiempo a las de la eternidad, porque "la fe es la sustancia de las cosas esperadas, la evidencia de las cosas no vistas" (Hebreos 11:1). Esta es una de las grandes propiedades de la fe: ponderar frecuente y confiadamente la promesa de la Vida Eterna, en la que habremos de habitar para siempre después de dejar atrás esta escena de pecado. La fe percibe que la manera de "salvar" es "perder" (Mateo 16:25), que la abnegación presente será aún honrada por el enriquecimiento, sabiendo que si ahora sufrimos con Cristo seremos "también glorificados juntos" (Romanos 8:17). Cómo condena esto la práctica de muchos que gastan sus vidas en la búsqueda codiciosa del mundo, sin tener en cuenta a Dios o sus intereses eternos, pero piensan que si claman a Él por misericordia con su último aliento, todo estará bien. Tales personas se engañan terriblemente al no ver que la vida eterna es una "recompensa" -véase Lucas 1:74, 75-:

debemos trabajar en las obras de piedad en esta vida.

Aquello a lo que Moisés tenía "respeto" se llama aquí "la recompensa de la recompensa". Se trata de la presencia omnipresente de Dios con su pueblo ahora (Génesis 15:1), y la gran recompensa final de la Gloria Eterna que es dada por Dios, y recibida por su pueblo como compensación por todos sus sufrimientos. Este es uno de los pasajes del Nuevo Testamento que demuestra que los santos del Antiguo Testamento tenían una comprensión mucho más clara del estado futuro de los redimidos de lo que ahora se supone comúnmente. Para la recompensa de las buenas obras, véase Hebreos 6:10; de la paciencia 6:12; del sufrimiento 10:34. La llamada "recompensa" del Cielo no importa en absoluto ningún desierto por parte del hombre, sino abundante bondad en Dios, que no permitirá que se haga o se soporte nada por causa de Cristo sin recompensa. Se llama "recompensa" para alentar la obediencia (Salmo 19:11) y atraer nuestros corazones (Mateo 5:12). Que un regalo puede ser una "recompensa" está claro en Colosenses 3:24. También se llama "recompensa" porque es el reconocimiento de Dios de la obra del Espíritu en y a través de Su pueblo. Ya que la Gloria Eterna es una "recompensa" seamos pacientes bajo el sufrimiento presente: Romanos 8:18. Es legítimo ver la recompensa del Cielo mientras se sirve aquí; no es que esto deba ser el motivo principal o único (porque eso sería una religión de egoísmo), sino como la anticipación de la fe: cf. Filipenses 3:8-14. La recompensa es "gratuita que Dios ha anexado a la fe y a la obediencia, no merecida por ellas, sino infaliblemente anexada a ellas en una forma de soberana bondad" (John Owen).

CAPÍTULO 18. La fe de Moisés, tercera parte

(Hebreos 11:26-27)

En los capítulos 16 y 17 (sobre 11:24-26) tuvimos ante nosotros el sorprendente ejemplo del poder de la fe para elevarse por encima de los honores, las riquezas y los placeres del mundo; ahora vamos a contemplar cómo triunfa sobre sus terrores. La fe no sólo eleva el corazón por encima de los deleites de los sentidos, sino que también lo libra del temor de los hombres. La fe y el miedo son opuestos, y sin embargo, es extraño que se encuentren a menudo habitando en el mismo pecho; pero donde uno es dominante el otro está latente. La actitud constante del cristiano debería ser: "He aquí que Dios es mi salvación; confiaré y no temeré" (Isaías 12:2). Pero, por desgracia, lo que debería ser y lo que es son dos cosas muy diferentes. Sin embargo, cuando la gracia de la fe está en ejercicio, su lenguaje es: "En qué momento tengo miedo, confiaré en ti" (Salmo 56:3). Así fue con Moisés: aquí se le elogia por su valor.

La característica principal de esa obra particular de la fe de Moisés que vamos a considerar ahora, fue su durabilidad. Lo que nos llamó la atención en las dos últimas ocasiones ocurrió cuando nuestro héroe había "llegado a los años". Han transcurrido cuarenta años desde entonces, durante los cuales pasó por diversas experiencias y duras pruebas. Pero ahora que tiene ochenta años, la fe sigue activa en él. Esa gracia espiritual lo movió a resistir las atracciones de la corte de Egipto, lo llevó a renunciar a una posición de alto honor y riqueza, lo hizo echar su suerte con el despreciado pueblo de Dios, y ahora vemos que la fe le permite soportar la ira del rey. Una fe dada por Dios no sólo resiste las tentaciones, sino que también soporta las pruebas, y se niega a dejarse amedrentar por los peligros más graves. La fe no sólo florece bajo los rocíos del Espíritu, sino que sobrevive a los fuegos del asalto satánico.

La verdadera fe no corteja las sonrisas de los hombres ni rehúye sus frustraciones. En esto difiere radicalmente de la fe natural, que es lo único que poseen miles de personas que se creen hijos de Dios. Recientemente recibimos una carta en la que un amigo escribía: "Conozco a algunos cristianos profesos que se jactaban de que la perspectiva de quedarse sin trabajo no les preocupaba en absoluto, pues sabían que todas las necesidades serían suplidas. Ahora que no tienen trabajo, no están tan seguros, sino que se preguntan cómo van a salir adelante". Así también leemos del oyente de la tierra pedregosa. "El mismo es el que oye la Palabra, y al instante la recibe con alegría; pero no tiene raíz en sí mismo, sino que aguanta un tiempo; porque cuando surge la tribulación o la persecución a causa de la Palabra, en seguida se ofende" (Mateo 13:20-21). Muy distinto fue el caso de Moisés.

"Por la fe abandonó Egipto, sin temer la ira del rey, pues soportó como si viera al que es invisible" (Hebreos 11:27). Moisés salió de Egipto en dos ocasiones diferentes, y hay cierta diversidad de opiniones entre los comentaristas en cuanto a cuál de ellas se trata aquí. Personalmente, pensamos que hay poco o ningún lugar para dudar de que el Espíritu Santo no se refirió a la primera, pues se nos dice: "Y Moisés temió, y dijo: Ciertamente esto se sabe. Y cuando Faraón oyó esto, procuró matar a Moisés. Pero Moisés huyó de la presencia de Faraón, y habitó en la tierra de Madián" (Exo. 2:14, 15). Allí huyó como el criminal, aquí salió como el comandante del pueblo de Dios. Entonces salió de Egipto aterrorizado, pero ahora "por la fe".

Hay algunos, sin embargo, que encuentran dificultad en el hecho de que la salida de Moisés de Egipto se menciona aquí antes de su celebración de la Pascua y de la aspersión de la sangre en el versículo 28. Pero esta dificultad es creada por ellos mismos, ya que no se trata de un problema de fe. Pero esta dificultad se crea por sí misma, al limitar nuestro texto actual a un solo evento, en lugar de entender que se refiere a toda la conducta de Moisés: su abandono de Egipto es una expresión general, que incluye toda su renuncia a la permanencia en él y su firme determinación de salir de él. Así también su "no temer la ira del rey" no debe limitarse al estado de su corazón inmediatamente después del Éxodo, sino que también incluye su resolución y valor durante todo su trato con el Faraón. Y aquí podemos percibir de nuevo la estabilidad de su fe, que resistió las pruebas

más ardientes, y que permaneció firme hasta el final. Así proporcionó una bendita ilustración de "los que son guardados por el poder de Dios mediante la fe para la salvación que está por revelarse en el último tiempo" (1 Pedro 1:5).

Las experiencias por las que pasó Moisés y las pruebas a las que fue sometida su fe, no fueron ordinarias. En primer lugar, se le pidió que entrara en la presencia del Faraón y dijera: "Así dice el Señor, Dios de Israel: Deja ir a mi pueblo, para que me celebre una fiesta en el desierto" (Exo. 5:1). Hay que tener en cuenta que durante cuarenta años Moisés había vivido la vida de un pastor en Madián, y ahora, sin ejército detrás de él, sin nadie en la corte de Egipto dispuesto a secundar su petición, tiene que hacer esta demanda al monarca altivo que reinaba sobre el mayor imperio de la tierra. Semejante tarea no requería una fe ordinaria. Tampoco tuvo una recepción favorable, sino que se nos dice: "Y dijo Faraón: ¿Quién es Jehová, para que yo obedezca su voz y deje ir a Israel? No conozco a Jehová, ni dejaré ir a Israel" (Exo. 5:2).

El rey idólatra no sólo se negó rotundamente a conceder la petición de Moisés, sino que dijo: "¿Por qué dejáis, Moisés y Aarón, al pueblo de sus obras? Ya no daréis al pueblo paja para hacer ladrillos, como hasta ahora; que vayan a recoger paja para sí mismos" (Exo. 5:4, 7). Bien podría temblar el corazón del más robusto bajo tales circunstancias. Para añadir a sus problemas, los jefes de los israelitas se acercaron a Moisés y le dijeron: "Jehová te mire, y juzgue; porque has hecho que nuestro sabor sea aborrecido a los ojos de Faraón, y a los ojos de sus siervos, para poner espada en su mano para matarnos" (Éxodo 5:21). Ah, la fe debe ser probada; no debe esperar recibir ningún estímulo o ayuda de los hombres, no, ni siquiera de nuestros propios hermanos; debe permanecer sola en el poder de Dios.

Más tarde, Moisés tuvo que entrevistarse de nuevo con Faraón, después de que Jehová les informara que había "endurecido" su corazón, y decir: "Jehová, el Dios de los hebreos, me ha enviado a ti, diciendo: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva en el desierto; y he aquí que hasta ahora no has querido oír. Así ha dicho Jehová: En esto conoceréis que yo soy Jehová: he aquí que yo heriré con

la vara que tengo en mi mano las aguas que están en el río, y se convertirán en sangre. Y los peces que estén en el río morirán, y el río apestará; y los egipcios no querrán beber del agua del río" (Exo. 7:16-18). Es fácil para nosotros ahora, sabiendo todo sobre la feliz secuela, subestimar completamente la severidad de esta prueba. Tratad de visualizar toda la escena. Aquí estaba un hebreo insignificante, perteneciente a una compañía de esclavos, sin ningún "sindicato" poderoso para presionar sus reclamos. Allí estaba el poderoso monarca de Egipto, que, humanamente hablando, sólo tenía que dar la palabra a sus oficiales, y Moisés había sido apresado, golpeado, torturado, asesinado. Sin embargo, a pesar de ello, "no temió la ira del rey".

No podemos seguir ahora a Moisés a través de todas las etapas de su gran contienda con el Faraón, sino que pasaremos a la escena final. Después de la décima plaga, el Faraón llamó a Moisés y le propuso un compromiso que, al negarse Moisés, le dijo: "Apártate de mí, guárdate, no veas más mi rostro; porque el día que veas mi rostro morirás" (Exo. 10:28). Pero Moisés "no temió la ira del rey" y anunció con valentía la última plaga. No sólo eso, sino que declaró que sus siervos debían aún rendirle homenaje (Exo. 11:4-8). "Tenía ante sí a un tirano sangriento, armado con todo el poder de Egipto, que le amenazaba con la muerte presente si persistía en la obra y el deber que Dios le había encomendado; pero estaba tan lejos de aterrarse, o de declinar su deber en lo más mínimo, que profesa su resolución de proceder, y denuncia la destrucción al tirano mismo" (John Owen).

Después de ejecutar la décima plaga, Moisés sacó a los hijos de Israel de la tierra en la que habían gemido durante mucho tiempo en la esclavitud. "Por la fe abandonó Egipto, sin temer la ira del rey" (Hebreos 11:27). Incluso ahora no estaba aterrorizado por los pensamientos de lo que el monarca enfurecido podría hacer, ni por las poderosas fuerzas que muy probablemente enviaría en su persecución; pero manteniendo su mente en Dios, estaba seguro de la protección divina. No permitió que los sombríos presentimientos lo desanimaran. Sin embargo, una vez más diremos que es fácil para nosotros (a la luz de nuestro conocimiento de la secuela) subestimar esta maravilla. Visualiza de nuevo la escena. Por un lado, había una nación poderosa que había mantenido a los hebreos durante mucho tiempo en la servidumbre y que, por lo tanto, se resistiría

a dejarlos escapar; por otro lado, había un vasto grupo de personas, incluyendo muchos miles de mujeres y niños, desorganizados, desarmados, no acostumbrados a viajar, con un desierto aullante ante ellos.

Ah, mi lector, ¿no parece una situación como la que hemos esbozado apresuradamente arriba, totalmente desesperada? No parecía haber una posibilidad entre mil de tener éxito. Sin embargo, el espíritu de Moisés era imperturbable, y aquí se le elogia por su valor y su resolución. Pero aún más: Faraón, acompañado por seiscientos carros y una gran fuerza armada, los persiguió, y "cuando Faraón se acercó, los hijos de Israel alzaron los ojos, y he aquí que los egipcios marchaban tras ellos; y tuvieron gran temor; y los hijos de Israel clamaron a Jehová. Y dijeron a Moisés: Porque no había sepulcros en Egipto, ¿nos has llevado a morir al desierto? ¿Por qué has hecho así con nosotros, sacándonos de Egipto?" (Exo. 14:10-11). Este era el momento crucial, la prueba suprema. ¿Le falló el corazón a Moisés, estaba ahora aterrorizado por "la ira del rey"? No; lejos de eso, dijo con calma y confianza al pueblo: "No temáis, quedaos quietos y ved la salvación de Yahveh, que os mostrará hoy; porque a los egipcios que habéis visto hoy, no los volveréis a ver nunca más. El Señor luchará por vosotros, y vosotros callaréis" (Exo. 14:13, 14).

¡Oh, cómo la valentía impertérrita de Moisés avergüenza nuestros mezquinos temores! Qué motivo tenemos para sonrojarnos y agachar la cabeza de vergüenza. Hay muchos que temen mucho menos que la ira de un "rey": cosas como la oscuridad y la soledad, o incluso el susurro de una hoja, los asustan. Sin duda, ese miedo es constitucional en algunos, pero en la gran mayoría es la conciencia culpable la que les hace alarmarse ante una sombra. La mejor manera para que los débiles superen su timidez es cultivar el sentido de la presencia de Dios; y para los culpables, confesar y abandonar sus pecados. "El impío huye cuando nadie lo persigue; pero el justo es audaz como un león" (Proverbios 28:1). El miedo es el resultado de la desconfianza, de apartar el ojo de Dios, de estar indebidamente ocupado con las dificultades y los problemas.

¿Y qué fue lo que permitió a Moisés conducirse con tanta firmeza y audacia?

¿Qué fue lo que liberó su corazón de temer la ira del rey? La fe, una fe espiritual, sobrenatural, dada por Dios, energizada por Dios. Lector, ¿conoces algo, experimentalmente, de tal fe? Una vez más se nos recuerda que "la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios" (Romanos 10:17). Moisés había oído, había escuchado algo de Dios, y su fe se aferró y se apoyó en lo mismo. ¿Qué fue lo que oyó? Esto: "Ciertamente yo estaré contigo; y esto te servirá de señal de que yo te he enviado: Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, servirás a Dios sobre este monte" (Exo. 3:12). Así también, si somos cristianos, Dios nos ha dicho: "Nunca te dejaré, ni te abandonaré". Por lo tanto, "podemos decir con valentía: El Señor es mi ayudante, y no temeré lo que me haga el hombre" (Hebreos 13:5, 6).

Tal vez alguien pregunte: ¿Pero no hubo vacilación en la fe de Moisés? Sí, querido lector, porque era un hombre de pasiones similares a las nuestras. Aquellos que tienen una fe que nunca varía, que permanece igual tanto si está nublado y tormentoso como si está despejado y soleado, no tienen más que una fe natural y de letras. Una fe espiritual y sobrenatural es una fe que no hemos originado y que no podemos poner en práctica cuando nos plazca: Dios la impartió, y sólo Él puede renovarla y llamarla a la acción. Cuando los líderes de Israel murmuraron contra Moisés, y lo acusaron de poner en peligro sus vidas (Exo. 5:21), se nos dice que "Moisés se volvió a Jehová, y dijo: Señor, ¿por qué has tratado tan mal a este pueblo? Porque desde que vine a Faraón a hablar en tu nombre, él ha hecho mal a este pueblo; ni tú has librado a tu pueblo en absoluto" (Exo. 5:22, 23). Es bendito contemplar la paciencia de Dios con su siervo que flaquea, y ver cómo lo consoló y fortaleció: Éxodo 6:1-8.

"Por la fe dejó a Egipto". La fe asegura al corazón una porción mejor a cambio de cualquier cosa a la que Dios nos llame a renunciar. Por más atractivo que sea para los sentidos, por más popular que sea entre nuestros semejantes, por más necesario que parezca para los intereses de nuestra familia, la fe está convencida de que Dios no permitirá que seamos los perdedores: Génesis 12:1. Así Abraham dejó Caldea, así Rut dejó Moab (Rut 1:16). He aquí una manera de discernir y conocer la verdadera fe: si hemos nacido y nos hemos criado en un lugar idólatra, donde se podía disfrutar de honores, placeres y tesoros, y nosotros, por conciencia, hemos abandonado ese lugar, entonces seguramente tenemos una fe

espiritual. A pocos se les exige ahora hacer lo que hizo Abraham, pero a todos se les ordena obedecer 2 Corintios 6:14, 17.

Ah, hay muchos que abandonan los vicios y placeres de Egipto (el mundo), que no se separan de su religión, y eso fue lo central en la prueba final que la fe de Moisés tuvo que superar. Una y otra vez el Faraón buscó un compromiso, pero con inflexible firmeza Moisés se mantuvo firme. La exigencia de Dios fue: "Deja ir a mi pueblo, para que me celebre una fiesta en el desierto" (Exo. 5:1): debe haber una completa separación de la religión del mundo. Pero eso es algo que el mundo no puede soportar, pues el alejamiento del pueblo de Dios lo condena; por eso encontramos a Faraón diciendo: "Ve tú, sacrifica a tu Dios en la tierra" (Exo. 8:25). Pero Moisés no se dejó conmover: "Iremos tres días de camino al desierto, y sacrificaremos a Jehová nuestro Dios, como él nos mande" (Exo. 8:27).

A continuación se nos dice que el Faraón dijo: "Os dejaré ir, para que sacrifiquéis al SEÑOR vuestro Dios en el desierto; sólo que no os alejaréis mucho" (8:28): esto equivalía a decir: "Si estáis decididos a adoptar esta actitud más santa que vosotros, no hay razón para que haya una ruptura total entre nosotros." Después de que el Señor hubiera seguido asolando Egipto, el rey volvió a mandar llamar a Moisés y a Aarón y les preguntó: "¿Quiénes son los que irán?" Moisés respondió: "Iremos con nuestros jóvenes y nuestros ancianos, con nuestros hijos y nuestras hijas, con nuestros rebaños y nuestras manadas" (Exo. 10:9). Pero eso fue demasiado para el Faraón, que respondió: "No es así; id ahora vosotros, los hombres, y servid a Yahveh" (10:11). Vea aquí en Faraón, mi lector, a nuestro gran Adversario, esforzándose por hacernos contemporizar: "¡Si estás decidido a abandonar la iglesia, al menos deja a tus hijos en la escuela dominical!" ¡Qué sutil es el diablo! ¡Qué libro tan vivo es la Palabra! ¡Qué bien se adapta a nuestra suerte y necesidades actuales!

El Faraón hizo un esfuerzo más para inducir a Moisés a rendir sólo una obediencia parcial a las demandas de Dios: "Si tienen que ser tan insociables, si son tan obstinados y no permiten que sus hijos permanezcan en la escuela

dominical, al menos mantengan su membresía con nosotros y paguen al "tesoro de la iglesia" como hasta ahora. Ah, si Moisés hubiera temido la ira del rey, habría cedido en este punto. En lugar de ello, se mantuvo firme y dijo: "Debes darnos también sacrificios y holocaustos, para que ofrezcamos sacrificios al SEÑOR nuestro Dios. También nuestro ganado irá con nosotros; no se dejará ni una pezuña; porque de él debemos tomar para servir al SEÑOR nuestro Dios" (10:25, 26). Bien podría escribir el apóstol: "Para que Satanás no se aproveche de nosotros, pues no ignoramos sus maquinaciones" (2 Corintios 2:11); no, porque nos han sido expuestas plenamente en las Sagradas Escrituras.

Todo lo que se ha expuesto anteriormente está incluido en estas palabras "Por la fe abandonó a Egipto", y todo ello está "escrito para nuestro aprendizaje" (Romanos 15:4). Las ofertas hechas por el Faraón a Moisés para impedir que Israel abandonara completamente Egipto en su adoración al Señor, son, en esencia, las mismas tentaciones que Su pueblo tiene que vencer ahora, si ha de prestar atención y obedecer plenamente a 2 Corintios 6:14, 17, "No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? . . Por tanto, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo". Oh, mi lector cristiano, busca la gracia para obtener el espíritu intransigente de Moisés. Cuando te insten a adorar a Dios en "Egipto" (es decir, las "iglesias" blanqueadas del mundo), di que es imposible, pues "¡qué comunión tiene la luz con las tinieblas!" Cuando se le presione para que deje a sus hijos en una escuela dominical mundana, para que sean instruidos por aquellos que no tienen el temor de Dios sobre ellos, rehúse. Cuando se les invite a mantener al menos su membresía en las "iglesias" desiertas del Espíritu Santo y a contribuir con sus medios para su mantenimiento, declinen hacerlo.

"Sin temer la ira del rey". El valor de Moisés se expone aquí en tres grados: no temía a los hombres; no temía al más grande de los hombres, un rey; no temía lo que más aflige a la gente, la ira de un rey: "La ira del rey es como el rugido de un león" (Proverbios 19:12). Fue su fe en Dios la que expulsó este temor. Cuando se ejerce la fe, los mayores terrores no pueden alarmar a los santos. Y, mi lector, aquellos que "abandonan Egipto", especialmente las religiones de Egipto, deben esperar encontrar la "ira" del hombre: ninguno odia tan amargamente, ninguno actúa tan cruelmente, ninguno sale más a la luz en sus

verdaderos colores, que el religioso mundano cuando el barniz de la piedad hipócrita ha sido visto por un hijo de Dios. Sin embargo, su "ira" es menos temible que la del Faraón: "Si Dios está por nosotros, ¡quién podrá estar contra nosotros!" (Romanos 8:31).

"Porque soportó, como si viera al que es invisible" (Hebreos 11:27). Ah, aquí está la clave de todo lo que nos ha precedido. Moisés "soportó", lo que nos habla del estado de su corazón. Soportó" los atractivos honores y los seductores placeres de la corte de Egipto; "soportó" los repetidos compromisos del Faraón; "soportó" los terrores que su conducta podía inspirar. Su valor no era un mero destello en la sartén, o una bravuconada momentánea, sino que era firme y real. Oh, qué poco de esta fe y de su bendito fruto de santa audacia se ve ahora en la pobre y degenerada cristiandad. Sin embargo, ¿cómo podría ser de otra manera, cuando la mundanidad ha "apagado" el Espíritu por todas partes? Que nosotros, que por gracia soberana hemos sido atraídos a Cristo fuera del campamento, seamos muy celosos y vigilantes para no contristar al Espíritu.

La palabra exacta que aquí se traduce como "soportó" no se emplea en ninguna otra parte del Nuevo Testamento. Los eruditos nos dicen que se deriva de una raíz que significa fuerza o fortaleza, para soportar los males, sufrir los peligros con resolución y coraje, para no desfallecer ante ellos, sino mantenerse en el camino hasta el final. Era una palabra muy apropiada para expresar la firmeza de la mente de Moisés en esta obra de fe al "abandonar Egipto". Se encontró con una larga serie de dificultades, y fue amenazado repetidamente por el rey; y, además, tuvo que soportar un gran conflicto con sus propios hermanos incrédulos. Pero se fortaleció con el valor espiritual y la resolución de cumplir con su deber hasta el final. ¿Cómo? ¿Por qué se renovaron sus fuerzas?

"Porque soportó, como viendo al que es invisible". Ah, no fue la estupidez mulata ni la imprudencia obstinada lo que produjo tal resolución en Moisés, sino la ocupación constante de su corazón con las perfecciones divinas. Decimos "la ocupación constante", pues observen cuidadosamente que nuestro texto no dice "soportó porque vio al que es invisible", sino "como si viera al que es invisible";

fue un acto continuo. Oh, poder decir en nuestra medida: "He puesto al Señor siempre delante de mí" (Salmo 16:8). Esto es absolutamente esencial si la fe y el valor han de mantenerse sanos. Ninguna otra cosa nos permitirá "soportar" las fricciones y pruebas de la vida, las atracciones y distracciones del mundo, los asaltos de Satanás.

"Soportó, como viendo a Aquel que es invisible". "Se dice que Dios es invisible (ya que es absolutamente) con respecto a su esencia, y a menudo se le llama así en la Escritura: Romanos 1:20, Colosenses 1:15, 1 Timoteo 1:17. Pero hay una razón peculiar para esta descripción de Él aquí. Moisés estaba en ese estado y condición, y tenía esas cosas que hacer, en las que necesitaba continuamente el poder y la asistencia divina. No podía discernir por medio de sus sentidos, sus ojos corporales no podían contemplar a ningún asistente presente, pues Dios es 'invisible'. Y se requiere un acto especial de la mente para esperar la ayuda de Aquel que no puede ser visto. Por lo tanto, esto se le atribuye aquí. Vio a aquel que era en sí mismo invisible; es decir, lo vio por fe, a quien no podía ver con sus ojos" (John Owen). Esta palabra "invisible" muestra la inutilidad (así como el pecado) de hacer imágenes para representar a Dios, y advierte contra la formación de cualquier aprehensión en nuestra mente según la semejanza de cualquier objeto visible. Aunque Dios sea invisible, ¡nos ve!

"Soportó, como si viera al que es invisible". "Aquí se pretende un doble acto de la fe de Moisés. 1. 1. Una visión y aprehensión clara y nítida de Dios en su omnipresencia, poder y fidelidad. 2. Una confianza fija en Él por su cuenta, en todo momento y en toda ocasión. En esto descansaba, en esto confiaba, en que Dios estaba presente en todas partes con él, capaz de protegerlo y fiel en el cumplimiento de su promesa" (John Owen). Dios es el objeto propio de la fe: en el que descansa, del que espera todo bien, y al que devuelve la gloria por todo.

Oh, la excelencia de la fe. Abarca objetos eternos, invisibles, infinitos. Por sus providencias, Dios a menudo parece estar en contra de su pueblo, pero la fe sabe que está a su favor. En este mundo estamos sujetos a muchas pruebas y miserias, pero la fe sabe que "a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien"

(Romanos 8:28). Los cuerpos de los hijos de Dios mueren, son enterrados y vuelven al polvo; pero la fe contempla una gloriosa resurrección para ellos. Oh, el maravilloso poder de la fe para elevarse por encima de las cosas de la vista y los sentidos. Es cierto que ni la impartición de la fe, ni su crecimiento y ejercicio, están dentro de nuestro poder; sin embargo, somos responsables de evitar aquellas cosas que enturbian y debilitan la fe, y somos responsables de alimentar la fe. ¡Cuántos son los que se esfuerzan seriamente por ver "al que es invisible"!

CAPÍTULO 19. La fe de Moisés, cuarta parte

(Hebreos 11:28)

En este capítulo 11 de Hebreos se habla más de Moisés que de cualquier otro individuo. No menos de cinco actos definidos de su fe se registran allí. La razón de esto no está lejos de buscarse. Era el legislador, y el alarde de los judíos de la época de Cristo era: "Somos discípulos de Moisés" (Juan 9:28). Buscaban ser aceptados por Dios sobre la base de sus propias acciones. Suponían que su conformidad externa con las ordenanzas de Moisés les aseguraría la aprobación del Cielo, y por lo tanto, "ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios" (Romanos 10:3). Fue bajo esta influencia que estos hebreos convertidos habían sido criados, y por lo tanto el Espíritu Santo presionó sobre ellos el hecho de que fue por la fe, y no por un espíritu legal, que su renombrado antepasado había vivido y actuado.

La actuación particular de la fe de Moisés que vamos a considerar ahora era una que sería singularmente pertinente para el designio del Espíritu aquí: manifestaba su confianza en el Cordero y atestiguaba el valor que Moisés daba a la sangre rociada. Al instituir y observar la fiesta de la Pascua, el líder de los israelitas dio un ejemplo que no podía ser ignorado sin consecuencias fatales. Repudiaba por completo el terrible error de pensar en escapar de la ira de Dios como consecuencia de cualquier actuación por parte de la criatura. En efecto, cierra al pecador a Cristo como su única esperanza. Consideremos debidamente que la "Pascua" fue la primera ordenanza dada a Israel.

Cuán sorprendente es ver al propio legislador predicando por esos actos suyos registrados en nuestro texto: "Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios: No por obras, para que nadie se gloríe"

(Efesios 2:8, 9). Cuán grande es la ignorancia, entonces, que supone que la salvación por gracia es peculiar de esta dispensación cristiana, como si Dios hubiera tenido varias maneras de redimir a los pecadores. No, lector mío, desde el principio hasta el final de la historia humana, cada descendiente caído de Adán que entre en el cielo lo deberá a la gracia soberana que fluye hacia él a través del canal designado de la fe, con total independencia de todas sus obras, religiosas o irreligiosas, antes de que confíe por primera vez en Cristo. Abel se salvó así: Hebreos 11:4. Noé "halló gracia a los ojos de Jehová": Génesis 6:8. Abraham "creyó a Dios, y le fue contado por justicia": Romanos 4:3. Y los hijos de Israel fueron librados del Ángel de la Muerte porque se refugiaron bajo la sangre del cordero.

Lo que ahora tenemos ante nuestra consideración formó un clímax apropiado y bendito para los actos de fe de Moisés registrados aquí en Hebreos 11: todos los demás condujeron a éste. Su negativa a ser llamado hijo de la hija de Faraón, su elección de sufrir aflicción con el pueblo de Dios en lugar de disfrutar de los placeres del pecado por una temporada, su estimación del reproche de Cristo como mayor riqueza que los tesoros de Egipto, y su abandono de Egipto, todo habría sido en vano espiritualmente, es decir, en lo que respecta a su salvación, a menos que hubieran sido seguidos por la fe en el cordero y la eficacia de su sangre. No basta con alejarse del mundo: también hay que volverse a Dios. El abandono del pecado no es suficiente: debe haber también el asimiento de Cristo. Esto es lo que típicamente se ve en nuestro texto.

Es sumamente importante que se preste la mayor atención al orden de la verdad expuesto en Hebreos 11:24-28. Si se hace esto, el defecto de gran parte del "evangelismo" moderno se hará evidente de inmediato. La celebración de la Pascua y la aspersión de la sangre no es lo primero que se registra de Moisés. Ningún hombre puede valorar correctamente la sangre de Cristo mientras su corazón esté todavía envuelto en el mundo, e invitarle y exhortarle a poner su confianza en la misma, es ser culpable de echar perlas a los cerdos. Ningún hombre puede creer salvadoramente en Cristo mientras esté decidido a "disfrutar de los placeres del pecado por un tiempo". El arrepentimiento precede a la fe (Marcos 1:15; Hechos 20:21): y el arrepentimiento es un dolor por el pecado, un odio al pecado y un alejamiento del mismo; y donde no hay un verdadero

arrepentimiento, no puede haber "remisión de pecados": Marcos 1:4. Que todo predicador que lea este artículo sopese cuidadosamente todo lo que aquí se registra de Moisés, e instruya fielmente a su congregación que los diferentes ejercicios del corazón registrados en Hebreos 11:24-27 deben preceder a lo que se denota en el versículo 28.

Es realmente deplorable que aspectos tan elementales de la verdad como los que acabamos de señalar necesiten ser enfatizados en esta fecha tan tardía. Sin embargo, tal es el trágico caso. La cristiandad laodicense se jacta de sus riquezas, y no sabe que es pobre, miserable y desnuda. Parte de esas "riquezas" de las que se jacta tan ruidosamente hoy es el "gran aumento de luz" que se supone que el estudio de la verdad "profética" y "dispensacional" nos ha traído. Sin embargo, no sólo se trata de una sutil estratagema de Satanás, que viene como "ángel de luz" (2 Corintios 11:14), para oscurecer el entendimiento de los hombres y hacerles creer que sus mentiras son "maravillosos descubrimientos" y aperturas de las Escrituras, sino que la presente generación tiene mucha menos Luz real que la que disfrutaba la cristiandad hace un siglo. Lo que queremos decir es que hay mucha menos predicación fiel e intrépida de aquellas cosas que hacen a la piedad práctica y a la vida santa. Pero eso no es lo peor: El evangelismo bíblico casi ha desaparecido de la tierra.

El "Evangelio" que se predica hoy sólo está calculado para engañar a las almas y reforzarlas en una falsa esperanza. Hacer creer a los hombres que Dios los ama, mientras están bajo su ira (ver Juan 3:36), es peor que un médico que le dice a un sujeto diabético que puede comer con seguridad todo lo que desee. Omitir la predicación de la Ley -su autoridad divina, sus exigencias inexorables, su espiritualidad (al requerir la conformidad interna con ella: Mateo 5:22, 28), su terrible maldición- es omitir lo único que transmite un verdadero conocimiento del pecado: véase Romanos 3:20, 7:7. Gritar "Creed, creed", y no decir nada sobre el arrepentimiento, es falsificar los términos de la salvación: Lucas 24:47; Hechos 17:30. Invitar a los pecadores a recibir a Cristo como su "Salvador" antes de que se entreguen a él como su Señor, es presentar un falso "camino de salvación". Pedir a los perdidos que "vengan a Cristo" sin decirles que primero deben "dejar el mundo", es llenar las "iglesias" de almas inconversas. Decir a los pecadores que pueden encontrar descanso para sus almas sin tomar el YOKE de

Cristo sobre ellos, es dar la mentira a la propia enseñanza del Maestro: Mateo 11:29.

No ofrecemos ninguna disculpa por esta aparente digresión de nuestro tema actual. Una vez más, queremos señalar que nuestro deseo más ferviente en este libro es escribir algo más que un "comentario" sobre Hebreos 11, o dar una mera "exposición" de su texto: más bien buscamos (como el Espíritu Santo se complace en permitir) dirigirnos directamente a los corazones de nuestros lectores, y presionar sobre ellos la aplicación personal y presente de cada versículo a sus propias almas. Con toda probabilidad, una gran proporción de los lectores de este libro son almas engañadas, y no queremos tener que responder por su sangre en el Día venidero. Muchos de ellos han sido adormecidos por el "evangelismo" cloroformo del día. Por lo tanto, rogamos encarecidamente a cada uno de los que escudriñen estos párrafos que se pregunten seria y solemnemente: ¿Hay algo en la historia de mi propio corazón que responda a lo que se dice de Moisés en Hebreos 11:24-27? Si no lo hay, si no estás "crucificado al mundo" (Gálatas 6:14), entonces Satanás te está engañando fatalmente si te imaginas que estás bajo la sangre de Cristo.

Permítanos entonces, querido lector, continuar dirigiéndonos a usted directamente, por un momento más. No preguntamos, en primer lugar, si estás "descansando en la obra consumada de Cristo". Hay miles de personas que se imaginan que lo están haciendo, y que nunca se han convertido. No, más bien preguntamos: ¿Has hecho las paces con Dios? Sabemos muy bien que la expresión es ridiculizada y denunciada por cierta clase que se hace pasar por ultraespiritual y excepcionalmente instruida en las Escrituras, pero sólo traicionan su ignorancia de la Palabra: véase Isaías 27:5, Lucas 14:32. Al preguntar si has "hecho las paces con Dios", queremos decir: ¿Has dejado de luchar contra él y te has sometido a sus exigencias? ¿Has arrojado las armas de tu rebelión, y expresado un honesto deseo y determinación de estar en sujeción a Él? ¿Te has dado cuenta de que vivir para complacerte a ti mismo y salirte con la tuya es una especie de desafío, y te has rendido verdaderamente a Sus exigencias?

"Por la fe guardó la Pascua, y la aspersión de la sangre, para que no los tocase el que destruía a los primogénitos" (Hebreos 11:28). Señalemos de nuevo que éste era el punto al que conducían todos los actos anteriores de la fe de Moisés. Si bien es cierto que ningún pecador puede "guardar la Pascua" o encontrar protección bajo "la aspersión de la sangre", mientras su corazón siga amando al mundo, y esté lleno de sus ídolos, sin embargo, su separación y renuncia a todo lo que se opone a Dios no obtiene la salvación para él. El borrado de los pecados no llega a ser nuestro hasta que la expiación de Cristo es recibida en nuestros corazones por la fe. Así, tomando Hebreos 11:24-28 como un todo, vemos cómo tanto la justicia como la gracia de Dios fueron honradas y magnificadas.

Nuestro versículo actual (28) mira hacia atrás y da un resumen de lo que se registra en Éxodo 12. Nos habla de otro fruto de una fe sobrenatural. A primera vista puede parecer a muchos que esta obra de fe en particular es mucho menos notable que algunas de las que han llamado nuestra atención en artículos anteriores. Sin embargo, cuando se considere debidamente, cuando se sopesen adecuadamente todas las circunstancias que la acompañan, se verá que la conducta de Moisés en esta ocasión fue tan opuesta a la razón humana y a la sabiduría carnal, y surgió de una obra divina de gracia en su corazón, como lo fue la salida de Abraham de Caldea hacia un país desconocido, su ofrenda de Isaac, o la "mención de la partida de los hijos de Israel" de José. Citamos ahora a otro que ha sacado a relucir este punto de la manera más convincente y útil.

"La institución de la Pascua fue un acto de fe, similar al de la preparación del arca por parte de Noé (Hebreos 11:7). Para darnos cuenta de lo que debió ser esta fe, tenemos que volver a "aquella noche" y observar las circunstancias especiales, que son las únicas que pueden explicar el significado de las palabras "por la fe". Los juicios de Dios se habían derramado sobre Egipto, su rey y su pueblo. Había llegado una crisis, pues, después de haber enviado nueve plagas, el Faraón y los egipcios seguían obcecados. De hecho, Moisés había sido amenazado de muerte si volvía a presentarse ante el faraón (Exo. 10:28, 29). Por otra parte, los hebreos estaban más mal que nunca; y Moisés, que debía liberarlos, no había cumplido sus promesas.

"Fue en ese momento cuando Moisés oyó de Dios lo que debía hacer. A la vista y al sentido común debió parecerle muy inadecuado, y muy poco probable que lograra el resultado deseado. ¿Por qué habría de esperarse que esta última plaga lograra lo que las nueve no habían logrado, con todos sus terrores acumulados? ¿Por qué la mera aspersión de la sangre iba a tener un efecto tan notable? Y si en verdad iban a salir de Egipto, "esa misma noche", ¿por qué habría de cargarse al pueblo con todas esas minuciosas observancias ceremoniales en el preciso momento en que debían estar preparándose para su partida?

"Nada más que la fe podía servir aquí. Todo se oponía al entendimiento y al razonamiento humanos. Con toda la conciencia de su mal éxito, nada más que la fe sincera en el Dios vivo, y lo que había oído de él, podría haber permitido a Moisés ir al pueblo y ensayar todas las complejidades de las observancias de la Pascua, y decirles que ejercieran el mayor cuidado en la selección de un cordero en el décimo día del mes, para ser sacrificado en el decimocuarto día, y comido con (para ellos) un ceremonial sin sentido.

"No se requería una confianza ordinaria en lo que Moisés había oído de Dios para permitirle ir a sus hermanos que, en su profunda angustia, debían estar mal dispuestos a escuchar; pues, hasta entonces, sus esfuerzos sólo habían aumentado el odio de sus opresores y sus propias miserias como siervos. A la vista humana, sería una tarea difícil, si no imposible, persuadir al pueblo y convencerlo de la absoluta necesidad de cumplir con todos los detalles de la observancia de la ordenanza pascual. Pero aquí es donde entraba la fe. Este era el campo en el que podía obtener su mayor victoria. De ahí que leamos que "por la fe" se superaron todas las dificultades, se observó la fiesta y se cumplió el Éxodo. Todo se basó en el oír de la fe'. Las palabras de Jehová produjeron la fe, y fueron a la vez la causa y el efecto de todas las bendiciones" (E.W.B.).

Debe ser evidente, entonces, por lo que se ha señalado anteriormente, que las acciones de Moisés registradas en Éxodo 11 y 12 no procedieron de una mera fe natural, sino que fueron el fruto sobrenatural que salió de una raíz sobrenatural. Su conducta debió exponerlo al ridículo de los egipcios, pero actuó con una

confianza implícita en la sabiduría, la misericordia distintiva y la fidelidad de Jehová. Vean aquí, de nuevo, cuán inseparables son la fe y la obediencia: la misma "fe" de Moisés que se menciona en nuestro texto actual, consistía en un cumplimiento implícito de todas las regulaciones especificadas por el Señor. Observó la Pascua en su propia persona, y ordenó al pueblo que hiciera lo mismo, aunque ello implicara que se procuraran muchos miles de corderos. Celebró la Pascua con la plena seguridad de que así se librarían todos los primogénitos de los hebreos. Aunque todo Israel celebraba la Pascua, fue por medio de Moisés que Dios dio la institución de la misma.

La Pascua era una de las instituciones más solemnes del Antiguo Testamento, y uno de los tipos más eminentes de Cristo. "1. Era un cordero el objeto de esta ordenanza (Exo. 12:3). Y en alusión a esto, como también a otros sacrificios que se instituyeron después, Cristo es llamado 'El Cordero de Dios' (Juan 1:29). 2. Este cordero debía ser sacado del rebaño de las ovejas (Exo. 12:5). Así también el Señor Cristo debía ser sacado del rebaño de la iglesia de la humanidad, en su participación de nuestra naturaleza, para que pudiera ser un sacrificio adecuado por nosotros (Hebreos 2:14-17). 3. Este cordero, al ser tomado del rebaño, debía ser encerrado aparte de él (Exo. 12:6). Así, aunque el Señor Cristo fue tomado de entre los hombres, estaba separado de los pecadores (Hebreos 7:26), es decir, absolutamente libre de todo el contagio del pecado del que están infectados los demás. 4. Este cordero debía ser sin mancha (Exo. 12:5), lo cual se aplica al Señor Cristo: 'un Cordero sin mancha y sin contaminación' (1 Pedro 1:19). 5. Este cordero debía ser sacrificado, y fue sacrificado en consecuencia (Exo. 12:6). Así fue sacrificado Cristo por nosotros: un Cordero, en la eficacia de su muerte, sacrificado desde la fundación del mundo (Ap. 13:8). 6. Este cordero fue inmolado de tal manera que fue un sacrificio (Exo. 12:27); fue el sacrificio de la Pascua del Señor. Y Cristo, nuestra Pascua, fue sacrificado por nosotros (1 Corintios 5:7). 7. El cordero, una vez sacrificado, debía ser asado (Exo. 12:8-9), lo que significaba la ira ardiente que Cristo debía sufrir por nuestra liberación. 8. Que "ni le quebrarás un hueso" (v. 46), era para declarar expresamente la forma de la muerte de Cristo (Juan 19:33-36). 9. 9. El comerlo, que también se ordenó, y eso total y completamente (Exo. 12:8, 9), era para instruir a la iglesia en el alimento espiritual de la carne y la sangre de Cristo, en la comunicación de los frutos de su mediación a nosotros por la fe" (John Owen).

"Por la fe guardó la Pascua, y la aspersión de la sangre, para que no les tocase el que destruía a los primogénitos" (Hebreos 11:28). Aquí se señalan dos cosas por separado, el cordero y su sangre. En el tipo hablaban, distintivamente, de la Persona y la obra de Cristo, pues era la Persona de Cristo la que daba valor a Su obra: Su Persona Divina era el "altar" que "santificaba" la ofrenda de Su humanidad (Mateo 23:19). Este es siempre el orden de las Escrituras: "He aquí (1) el Cordero de Dios, que (2) quita el pecado del mundo" (Juan 1:29); "me propuse no conocer nada entre vosotros, sino (1) a Jesucristo, y (2) a éste crucificado" (1 Corintios 2:2); "en medio de los ancianos, estaba (1) un Cordero (2) como inmolado" (Apocalipsis 5:6). He aquí la analogía de la fe que debe seguir el predicador de hoy: no es la sangre lo primero que debe proclamarse al pecador, sino el maravilloso y glorioso Dios-hombre mediador que derramó su sangre por su pueblo.

Los hebreos, al igual que los egipcios, estaban expuestos a la venganza divina, cuando el Ángel de la Muerte salió en su temible obra aquella noche memorable, porque "todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (Romanos 3:23). Y nada más que poner la muerte sustitutiva de una víctima inocente entre sus seres culpables y un Dios santo podría protegerlos del juicio anunciado contra ellos. Confiar en su descendencia de Abraham no les serviría de nada. La apelación a sus buenas obras y actuaciones religiosas no habría bastado. Podrían haber pasado toda la noche en ayuno y oración, confesando penitentemente sus pecados y clamando a Dios por misericordia, pero ninguno de esos ejercicios les habría servido. "Cuando vea la sangre, pasaré por encima de vosotros" (Exo. 12:13), es el requisito esencial. Así es ahora: nada más que la sangre de Cristo puede limpiar del pecado y liberar de la pena de muerte de la ley quebrantada de Dios.

"Por medio de la fe" o mejor "Por la fe", pues el griego aquí es el mismo que en los versículos anteriores. "Celebró la Pascua", es decir, tanto la instituyó como la observó, como el Redentor hizo su propia "cena". "Y el rociamiento de sangre": esto enfatiza una importante distinción. "Sin derramamiento de sangre no hay remisión" (Hebreos 9:22), y sin rociamiento de sangre (cf. 1 Pedro 1:2) las virtudes de la expiación de Cristo no son llevadas al alma. La "aspersión" de la sangre se refiere a la aplicación a uno mismo. El derramamiento de la sangre de

Cristo es la base sobre la que se hizo la expiación por los pecados de su pueblo; el rociamiento de la misma es el medio para obtener el beneficio. El rociamiento de la sangre sobre la puerta de la casa en Éxodo 12:13 era tanto una señal para el Destructor de que no debía entrar, como una garantía para la familia de que estaban a salvo.

Es por la "aspersión" espiritual o la aplicación de la sangre de Cristo que todo el beneficio de la misma redunda en nosotros. Corresponde a la colocación de un emplasto sobre una llaga, a la ingestión de una poción saludable, a la ingesta de alimentos, a la colocación de una prenda de vestir: el beneficio de todo esto surge de una aplicación adecuada de los mismos. La sangre de Cristo es "rociada" en el alma de dos maneras. Primero, por el Espíritu de Dios (1 Corintios 6:11), que persuade interiormente al alma del derecho que tiene a Cristo y a todo lo que hizo y sufrió para nuestra redención. En segundo lugar, por la fe (Hechos 15:9), porque la fe es la mano del alma que recibe todos los beneficios espirituales. La fe mueve al alma regenerada a apoyarse en Cristo para obtener un beneficio personal de su obediencia hasta la muerte. Sobre esta base, el Apóstol exhorta: "Acerquémonos con corazón verdadero, en plena certeza de fe, purificados nuestros corazones de una mala (culpable) conciencia" (Hebreos 10:22).

"Para que no los toque el que destruyó a los primogénitos" (Hebreos 11:28). En primer lugar, el destructor era el propio Señor (Éxodo 12:12, 23); en segundo lugar, y de manera instrumental, la referencia es a un ángel: compárese 2 Samuel 24:16, 2 Reyes 19:35. Quien no es "rociado" con la sangre de Cristo está expuesto a la ira de Dios. Pero están tan seguros los que están bajo la misma, que el Destructor ni siquiera los "tocará"; no les hará ningún daño: cf. 1 Juan 5:18. Dios proporcionó su juicio sobre Egipto de acuerdo con su pecado: Faraón había ordenado a su pueblo que arrojara al río a todo hijo nacido de los hebreos (Exo. 1:22), y ahora sus primogénitos debían ser sacrificados. De este modo Dios manifestaba la equidad de sus procedimientos contra ellos. "No os engañéis; Dios no se burla; porque todo lo que el hombre sembrare, eso también segará" (Gálatas 6:7).

Nuestro versículo en su conjunto enseña a los cristianos que debe haber el ejercicio de la fe para un uso correcto de los medios e instituciones que Dios ha designado: ya sea en la lectura de la Palabra, en la oración, en el bautismo o en la cena del Señor: "sin fe es imposible agradar a Dios" (Hebreos 11:6). También nos muestra que la verdadera fe no utilizará aquello para lo que no tiene garantía divina. Una obediencia activa a la autoridad de Cristo en sus mandatos se requiere exactamente en todo lo que hacemos en el culto divino. Muy adecuado para el caso de los hebreos fue este ejemplo de Moisés: ejercer la fe en el Cordero y perseverar en los deberes que Dios ha señalado. Por más irrazonable que le pareciera a la sabiduría carnal, por más inconvenientes y persecuciones que pudiera acarrear, la confianza y la obediencia al Señor eran su deber y su bendición.

CAPÍTULO 20. La fe de Israel

(Hebreos 11:29)

El objeto del Apóstol en este undécimo capítulo de los Hebreos es mostrar el poder de la verdadera fe en Dios para producir actos sobrenaturales, para superar dificultades que son insuperables para la simple naturaleza, y para soportar pruebas que son demasiado para que la carne y la sangre puedan soportar. Se han aducido varios ejemplos como ilustración. Ahora tenemos ante nosotros otro notable. En él vemos cómo la fe permitió a Israel aventurarse sin miedo a entrar en un valle extrañamente formado entre dos crestas montañosas de agua, y llegar con seguridad a la orilla opuesta. De la misma manera, una fe real en Dios permitirá al cristiano atravesar las pruebas y los problemas que destruyen a multitudes de sus semejantes, y que a su debido tiempo lo conducirán al disfrute de la perfecta felicidad.

La fuerza del ejemplo anterior se ve reforzada por un contraste sorprendente y muy solemne. El poder de la fe que permitió a Israel cruzar con seguridad el Mar Rojo queda demostrado por la destrucción impotente y desesperada de los egipcios, que trataron de seguirlos. "Los egipcios los persiguieron y entraron tras ellos hasta la mitad del mar, con todos los caballos de Faraón, sus carros y su caballería" (Exo. 14:23). Pero no tenían fe. Les movía la pasión, el odio a los hebreos. Era de noche cuando el ejército de Dios emprendió su extraño viaje, pero aunque estaba oscuro, las huestes del Faraón lo siguieron presuntuosa y ciegamente. Pero ahora había llegado la hora en que la largamente insultada tolerancia divina iba a ser vengada.

"Y sucedió que en la vigilia de la mañana, Jehová miró al ejército de los egipcios a través de la columna de fuego y de la nube, y turbó al ejército de los egipcios,

y les quitó las ruedas de los carros, para que los hicieran caer pesadamente; de modo que los egipcios dijeron: Huyamos de la presencia de Israel, porque Jehová pelea por ellos contra los egipcios" (Exo. 14:24, 25). Pero era demasiado tarde. El soberbio monarca de Egipto y su poderoso séquito descubrieron ahora cuán vano era lanzarse contra los jefes del escudo de Jehová: lo que había sido un canal de liberación para los israelitas creyentes, se convirtió en la tumba de sus enemigos. De este modo se demuestra que todos los intentos de los incrédulos por obtener lo que la fe asegura son totalmente inútiles y están condenados a una segura decepción.

Pero aquí se presenta una dificultad, que ha resultado formidable para la mayoría de los que han tratado de resolverla. En nuestro texto se dice que "por la fe pasaron el Mar Rojo", mientras que en Hebreos 3:18, 19 se dice: "¿A quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a los que no creyeron? Así vemos que no pudieron entrar por causa de la incredulidad". ¿Era, entonces, su fe sólo temporal, como la de los oyentes de la tierra de piedra? No, porque la "fe" mencionada en todos los demás versículos de Hebreos 11 era una fe salvadora, y no nos atrevemos a suponer arbitrariamente que la del versículo 29 era una fe totalmente diferente.

La solución de nuestra presente dificultad radica en observar atentamente el pronombre que el Espíritu Santo ha empleado aquí: "Por la fe pasaron el Mar Rojo". No se dice allí que "Por la fe los hijos de Israel" lo hicieron, pues es muy evidente, por su historia posterior, que la gran mayoría de ellos eran "una generación muy adelantada, hijos en los que no hay fe" (Deuteronomio 32:29). La referencia, entonces, en nuestro texto es a Moisés y Aarón, Caleb y Josué, y el remanente creyente entre los hebreos. Pero, puede preguntarse, ¿no pasó también a salvo por el Mar Rojo la porción incrédula de la Nación? Ciertamente, y ahí tenemos una ilustración del hecho de que los incrédulos son frecuentemente hechos partícipes de las bendiciones temporales como resultado de su asociación con el pueblo de Dios. Otro ejemplo de este principio se encuentra en Hechos 27:24, donde vemos que toda la compañía de un barco se salvó por causa de Pablo.

"Por la fe pasaron el Mar Rojo como por tierra firme; lo que los egipcios, al intentar hacerlo, se ahogaron" (11:29). Al tratar de exponer este versículo no podemos hacer nada mejor que adoptar la división del puritano Manton al respecto, considerándolo de tres maneras: históricamente, sacramentalmente y aplicativamente. Primero, entonces, históricamente.

Nuestro texto nos lleva a lo que se registra en Éxodo 14. Allí aprendemos que cuando finalmente el Faraón consintió en dejar ir a los hebreos, pronto se arrepintió de su concesión, y al ser informado por sus espías de que los israelitas estaban enredados en los estrechos de Pihahiroth, decidió perseguirlos, y recuperarlos o destruirlos. A la cabeza de una gran fuerza militar, fue rápidamente tras ellos. La consecuencia fue que "Cuando Faraón se acercó, los hijos de Israel alzaron los ojos, y he aquí que los egipcios marchaban tras ellos; y tuvieron gran temor; y los hijos de Israel clamaron a Jehová. Y dijeron a Moisés: Porque no había sepulcros en Egipto, ¿nos has llevado a morir al desierto? ¿Por qué has hecho así con nosotros, sacándonos de Egipto? ¿No es ésta la palabra que te dijimos en Egipto, diciendo: Déjanos servir a los egipcios? Porque más nos valía servir a los egipcios que morir en el desierto" (Exo. 14:10-12).

Una situación verdaderamente desesperada enfrentaba ahora a Moisés y a la compañía que dirigía. "Encerrados, entre la gran fortaleza 'Migdol', que estaba en el 'Shur' o muro (construido para proteger a Egipto de Asia), y el mar, con el ejército del Faraón detrás de ellos, y encerrados al otro lado por el desierto: Éxodo 14:2, 3. Era realmente una crisis" (E.W.B.). ¿Qué podían hacer los pobres israelitas? No se atrevían a luchar, ya que eran una multitud indisciplinada, de todos los sexos y edades, y eran perseguidos por un ejército regular y poderoso de enemigos. No podían huir, porque estaban completamente rodeados por todos lados. En todas las apariencias, su caso parecía desesperado; y para la razón humana, no cabía esperar otra cosa que una dolorosa destrucción.

La situación a la que se enfrentaba Israel era desesperada en lo que a ellos respecta, y si el Señor no se hubiera mostrado fuerte a su favor, sin duda habrían perecido. Pero, "si Dios está por nosotros, ¿quién podrá estar contra nosotros?

Ah, lector mío, eso es lo más importante para que cada uno de nosotros se asegure, y cuando lo hayamos hecho, busquemos la gracia para descansar con una confianza inquebrantable en ello. ¿No ha prometido Dios: "Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y por los ríos, no te desbordarán" (Isaías 43:2)? ¿Qué mejor seguridad que esa puede pedir el corazón creyente? Por muy profundas y extensas que sean, por muy oscuras y premonitorias que sean las "aguas" de las circunstancias adversas para la vista y el sentido, ¿no ha declarado Aquel que no puede mentir: "No os desbordarán"?

"Y Moisés dijo al pueblo: No temáis, quedaos quietos y ved la salvación de Yahveh, que os mostrará hoy; porque a los egipcios que habéis visto hoy, no los volveréis a ver nunca más" (Exo. 14:13). Sin dejarse intimidar por las reprimendas del pueblo, y sin responder sabiamente a ellas, Moisés apartó su mente del peligro exterior y dirigió sus pensamientos hacia Jehová. Habían "alzado los ojos" y contemplado a los egipcios (v. 10), y en consecuencia estaban muy asustados; pero había algo más que la fe debía "ver", a saber, "la salvación (o liberación) de Jehová", que todavía no era visible a la vista natural. Si se ocuparan firmemente de eso, sus corazones temblorosos se calmarían.

Admira, querido lector, la confiada seguridad que la gracia divina obró en el corazón de Moisés, pues por naturaleza era un hombre frágil, de pasiones y debilidades similares a las nuestras. Pero no hubo vacilación ni duda de su parte: "Mira la salvación de Jehová, que te mostrará hoy": ese era el lenguaje de la fe, de una fe sobrenatural, dada por Dios. Moisés no se ocupaba de las dificultades y los peligros de la difícil situación a la que se enfrentaban; en cambio, se ocupaba de Aquel ante quien todas las dificultades desaparecen como la niebla ante el sol naciente. "El Señor luchará por ti, y tú callarás" (v. 14). Una vez que el alma es capaz de descansar en ese hecho, las dudas terminan y las alarmas se acallan.

"La fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios" (Romanos 10:17). La fe debe tener un fundamento en el que apoyarse, y el único firme y seguro es la promesa del Dios vivo. "No temáis, quedaos quietos y ved la salvación de Yahveh, que os mostrará hoy... El SEÑOR luchará por ti, y tú callarás",

proporcionó el terreno necesario para que la fe de cada hebreo creyente se apoyara en él. El ojo de la fe debe ver esa "salvación" o liberación divina, antes de que el ojo del sentido la contemple: sólo la palabra segura de Dios podía dar fuerza a sus corazones para avanzar hacia el océano que tenían delante. Cuando la promesa había sido "oída", y no antes, entonces vino la orden "Avanza".

"Y Jehová dijo a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? habla a los hijos de Israel para que avancen; pero levanta tu vara, y extiende tu mano sobre el mar, y divídelo; y los hijos de Israel pasarán en seco por en medio del mar" (Exo. 14:15, 16). Así aprendemos que el corazón de Moisés estaba ocupado en una súplica silenciosa en este momento. La declaración del Señor aquí no debe entenderse como una reprimenda. No, Moisés estaba esperando la palabra de mando, y hasta que le fue dada, se apartó del Señor. "Y los hijos de Israel entraron en medio del mar sobre la tierra seca; y las aguas eran un muro para ellos a su derecha y a su izquierda" (v. 22).

"Cuando Moisés dio la señal con su vara, el mar se retiró milagrosamente, levantándose como montones de hielo congelado a ambos lados mientras ellos pasaban. El mar los flanqueaba por ambos lados; la retaguardia estaba asegurada por la columna nublada y ardiente que se interponía entre ellos y el ejército del Faraón, hasta el momento en que todos estaban fuera de peligro, y llegaban a salvo a la otra orilla; y así, ni un hombre ni un niño fueron heridos. Los egipcios siguieron la persecución, ya que la malicia es perversa y ciega, y aquellos a los que Dios destina a la destrucción toman el camino preparado para traerla sobre sus propias cabezas; porque a la señal de nuevo de Moisés extendiendo su vara, las aguas que regresaban se los tragaron a todos en un momento" (T. Manton).

"Un ejemplo mayor, con respecto a la obra de la divina providencia, del poder de la fe por un lado, y de la incredulidad con obstinada presunción por el otro, no se encuentra registrado en todo el libro de Dios. Aquí tenemos el fin y el resultado de la larga controversia que hubo entre estos dos pueblos, los egipcios y los israelitas; un cierto tipo y evidencia de lo que será el último fin de la contienda entre el mundo y la Iglesia. Su largo conflicto terminará en la completa salvación

de uno, y la total destrucción del otro" (John Owen).

Aunque era de noche, la divina columna de nube "alumbraba" a Israel (Exo. 14:20). Aquellos muros de agua debían de parecer realmente terribles, pues el mar se elevaba a una gran altura a ambos lados de ellos. No se requería una fe ordinaria para colocarse entre tales muros, que por su propia naturaleza estaban listos para caer sobre ellos y destruirlos en cualquier momento, manteniéndose erguidos sólo bajo una restricción invisible. Pero tenían la orden de Dios como garantía y la promesa de Dios como seguridad, y éstas, cuando se las toma, son suficientes para superar todos los temores y peligros. El hecho de que Moisés mismo, para guiarlos y animarlos (y como tipo de Cristo) tomó la delantera, está claro en Isaías 63:11-12, Dios "los condujo por la mano derecha de Moisés" a través del mar.

Consideremos ahora brevemente el notable incidente relatado en nuestro texto desde un punto de vista sacramental. En 1 Corintios 10:1, 2 se nos dice: "Además, hermanos, no quiero que ignoréis que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube, y que todos pasaron por el mar; y que todos fueron bautizados con Moisés en la nube y en el mar". De esta Escritura aprendemos que el paso de Israel por el Mar Rojo tenía el mismo significado que tiene ahora el bautismo cristiano. Los puntos de semejanza son muchos, y fueron desarrollados ampliamente por Manton, y más aún por Gouge, de quien damos aquí un resumen.

1. El ministerio de Moisés fue confirmado por este milagro, de modo que los israelitas estaban obligados a tomarlo como su líder y legislador: así los milagros realizados por Cristo nos aseguran que fue enviado por Dios como nuestro legislador, que debemos escuchar y obedecer. 2. La experiencia de Israel se denomina (figuradamente) un "bautismo" porque significó la diferencia que Dios pone entre su pueblo y sus enemigos: la liberación de Israel de los egipcios fue sellada por su paso a través del Mar Rojo. Del mismo modo, se dice que el bautismo es una figura que responde al arca de Noé (1 Pedro 3:20, 21): así como los que estaban en el arca quedaron exentos del diluvio, los que están en Cristo

están exentos del diluvio de la ira que todavía abrumará al mundo.

3. Fueron bautizados "en la nube y en el mar", porque al someterse al mandato de Dios se entregaron a su dirección: así en el bautismo nos dedicamos a Cristo, reconociendo que es nuestro Señor y Maestro. 4. El paso por el Mar Rojo y el bautismo tenían ambos la misma señal externa, que es el agua (Mateo 3:6). 5. Tenían ritos similares, que eran entrar en el agua y salir de ella (Hechos 8:38, 39). 6. Ambos tenían el mismo fundamento, que era el mandato y la promesa de Dios (Éxodo 14:13, 16 y Mateo 28:19, Marcos 16:16). 7. Ambos eran para el mismo pueblo, es decir, los hijos de Dios (Mateo 28:19). 8. 8. Fueron administrados una sola vez (Efesios 4:5).

Consideremos ahora algunas de las lecciones prácticas que este maravilloso incidente está destinado a enseñarnos. 1. Los hijos de Dios son llamados a veces a enfrentar grandes pruebas: un Mar Rojo de dificultades y problemas los enfrenta. Obsérvese debidamente que no fue un enemigo quien puso el mar allí, sino Dios mismo. Esto nos dice que el Mar Rojo representa alguna providencia grande y difícil que el Señor pone en el camino de cada cristiano recién nacido: es para probar su fe y comprobar la sinceridad de su confianza en Dios. A menudo esta prueba se encuentra poco después de la conversión. A veces surge de la oposición de miembros impíos de nuestra propia familia. O bien, usted está involucrado en algún negocio -quizás requiera que trabaje en el día de reposo- en el que ahora no puede continuar concienzudamente. Significa renunciar a tus medios de subsistencia, y no puedes ver cómo se puede hacer y proporcionar cosas honestas a la vista de todos los hombres. Cuando salisteis de la esclavitud de Egipto, pensasteis que sería fácil entregarlo todo a Dios, pero ahora tenéis ante vosotros un Mar Rojo de pruebas, que parece infranqueable.

2. Los hijos de Dios a veces son aterrorizados por enemigos poderosos. Los egipcios que persiguieron a Israel hasta el Mar Rojo pueden ser espiritualizados para representar aquellos pecados de los cristianos de los que él esperaba ser completamente liberado. Durante un tiempo, después de la conversión, el pecado no molesta mucho al santo recién regenerado: está lleno de alegría y alabanza

por las grandes cosas que el Señor ha hecho por él. Pero no pasa mucho tiempo antes de que descubra, como el Apóstol, que "veo otra ley en mis miembros, que se opone a la ley de mi mente y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros" (Romanos 7:23). Satanás persigue ahora al joven santo, y a menudo parece que todos los poderes del infierno se desatan contra él. En ese momento nuestros pecados nos parecen más formidables que antes de ser perdonados: en Egipto nuestros capataces sólo aparecían con sus látigos, pero ahora están montados y en carros. Ah, después de la conversión el pecado parece mucho más espantoso para el santo que antes, y sentimos la plaga de nuestro corazón mucho más agudamente.

3. El pueblo de Dios se ve a menudo turbado por el desmayo de su corazón. Cuando los hijos de Israel vieron a los egipcios tuvieron mucho miedo, y cuando vieron el Mar Rojo murmuraron contra su libertador. Un corazón débil es el peor enemigo que tiene el cristiano aquí; cuando el ancla de la fe está fijada en lo profundo de la Roca, nunca tiene que temer la tormenta; pero cuando la mano de la fe está paralizada, o el ojo de la fe se oscurece, irá duro con nosotros. Cuando la fe está adormecida, el arroyo más insignificante nos hará temblar y gritar: "¡Me ahogaré en la inundación!" Pero cuando la fe es dominante, no tememos un océano de dificultades o peligros. El niño en Cristo tiene poca fe, porque tiene poca experiencia: no ha probado todavía las promesas de Dios y no conoce su fidelidad. Pero a medida que crece en la gracia y en el conocimiento del Señor, y se afianza en la fe, no desesperará ante los mares rojos y los egipcios; pero mientras tanto, a menudo tiembla y se pregunta: "¿Cómo encontraré la liberación?"

4. El pueblo de Dios es instruido aquí sobre cómo actuar en las grandes pruebas. La primera palabra que recibieron los israelitas en la hora de su gran emergencia fue: "No temáis, quedaos quietos"; la segunda fue: "Y ved la salvación (liberación) de Jehová, que os mostrará hoy"; la tercera fue: "Seguid adelante" (Exo. 14:13, 15). Es de primera importancia que atendamos diligentemente al orden divino de esas tres cosas: no estamos equipados y listos para "Ir adelante" hasta que hayamos "visto" (por la fe) la "salvación del SEÑOR", y eso no puede ser visto apropiadamente hasta que nuestros temores se calmen y nos quedemos quietos; o, en otras palabras, hasta que nos apartemos de toda autoayuda y

dejemos todas las actividades febriles de la carne.

La llamada continua de Dios al cristiano es "Sigue adelante": perseverando con firmeza por el camino del deber, caminando por esa senda estrecha que los mandatos y preceptos divinos nos han trazado. No importa qué obstáculos se te presenten, no importa cuáles sean tus circunstancias, no importa qué Mar Rojo de dificultades o peligros haya ante ti, "Sigue adelante" es la palabra autorizada de Dios para ti. "¡Ah, pero a menudo eso está lejos de ser una cosa fácil de hacer!" Muy cierto, querido amigo; sí, lo diremos con más fuerza aún: a menudo es imposible para la mera naturaleza. ¿Qué hacer, pues, cuando el corazón desfallece, cuando el alma está casi abrumada por la grandeza de la dificultad o del peligro que se interpone en el camino? Dos cosas; primero, "Quédate quieto". Tus propios esfuerzos para mejorar las cosas no han aportado ningún alivio, tu propia sabiduría no puede idear ninguna solución; muy bien, entonces "quédate quieto": cesa todo intento de autoayuda.

"Pero", respondes, "tengo mis responsabilidades que cumplir, mis deberes que realizar". Muy cierto: pero hay que reconocer que ahora has llegado al lugar en el que hay un Mar Rojo ante ti; estás consternado y no sabes qué camino tomar. Aquí, entonces, está la palabra de Dios para ti en esta terrible emergencia: "Quédate quieto". Esto significa: ponte de rodillas, y clama al Señor: cuéntale todo sobre tu problema, desahógate libre y completamente ante Él; extiende tu urgente necesidad ante Él. Probablemente, respondas: "Lo he hecho, y hasta ahora no ha aparecido ante mí ningún camino a través de mi Mar Rojo". Entonces ya estás preparado para Su siguiente palabra.

"Y mira la salvación (liberación) de Jehová, que él te mostrará". ¿Y qué significa esto? Esto, el ejercicio de la fe en el Dios vivo, la confianza en Él para emprender por ti, la expectativa confiada de que lo hará. Clama al Espíritu Santo para que obre esta fe en ti: permanece de rodillas hasta que te haya dado la seguridad real de que tu Padre se mostrará fuerte en tu favor; espera ante Él hasta que una de sus promesas se aplique a tu corazón con poder. Entonces estarás listo para "Seguir adelante", para reanudar tus deberes y cumplir con tus

responsabilidades: para buscar trabajo, para seguir adelante con fuerzas renovadas. Ese cristiano sólo está listo para "Seguir adelante" cuando la fe ha visto lo que es invisible a la vista y al sentido, es decir, la "salvación (liberación) del SEÑOR" antes de que se realice realmente para nosotros.

El camino por el que el cristiano debe andar mientras viaja por este mundo en su camino hacia el Cielo es el camino de la obediencia a los mandatos de Dios. Nada más que una fe espiritual inclina el corazón a cumplir con las demandas de Dios, y al cumplirlas esperar la misericordia prometida: "Señor, he esperado tu salvación, y he cumplido tus mandamientos" (Salmo 119:166). Este es el gran negocio de la fe: como los israelitas debían obedecer a Dios, y esperar su liberación de su inminente peligro. Nada más que una fe dada por Dios imparte valor para obedecer a Dios en la crisis más difícil. Si se nos pide que entremos en el Mar Rojo, no debemos abstenernos, porque ninguno de los mandatos de Dios debe discutirse, por muy contrarios que sean a la carne y a la sangre. La fe nos enseña a depender de Dios en las más grandes extremidades. La fe recibe la promesa de Dios bajo la condición o los términos que Él ha especificado. Si Israel iba a recibir la "salvación de Jehová", debía hacer lo que Él le ordenaba. La fe y la obediencia no pueden separarse más que la luz y el calor del sol.

Así como Abraham, al llamado de Dios, salió de Caldea, "sin saber a dónde iba", así a Israel se le exigió "avanzar" a través del Mar Rojo que se extendía ante ellos. Probablemente no fue hasta que sus pies tocaron el borde que las aguas se dividieron. La naturaleza pudo haber pasado por encima, pero la fe pasó con seguridad "a través" de él. Temían ser destruidos por las huestes del Faraón. Lo último que habrían buscado como medio de escape sería el mar. Sin embargo, en obediencia al mandato divino, "Los hijos de Israel entraron en medio del mar sobre tierra seca; y las aguas les servían de muro a su derecha y a su izquierda" (Exo. 14:22). Aprende, pues, querido lector, que nunca perdemos por obedecer a Dios.

"Por la fe pasaron el Mar Rojo" (Hebreos 11:29). La verdadera fe eleva al hombre por encima de sí mismo, pone en él un espíritu que es más que humano,

y le permite elevarse por encima de los obstáculos de la razón y el sentido. La fe animó a los israelitas, hasta entonces temblorosos, a aventurarse a través de aquel extraño abismo entre las paredes de agua. Se añade "como por tierra firme" para magnificar la providencia divina al hacer un camino en el fondo del océano apto para que las mujeres y los niños lo pisaran, como una carretera llana y trillada. Por la fe "pasaron": no sólo dieron unos pocos pasos, sino que continuaron marchando perseverantemente milla tras milla y hora tras hora. No duden, hermanos míos, en aventurarse en cualquier cosa a la que Dios los llame; tengan la seguridad de que Él los llevará con seguridad a través de todas las dificultades y peligros. "Lo que los egipcios intentaron hacer, fue ahogado": el medio mismo de la liberación de Israel fue su destrucción: ¡véase 2 Corintios 2:16! Fue una justa retribución por la muerte de los niños hebreos varones en las aguas (Exo. 1:22).

5. El pueblo de Dios puede estar seguro de la Providencia Divina. Cuando Israel, "por fe", obedeció la orden divina de "Avanzar", Dios obró un milagro y los libró de su terrible situación. Esto se registra para animar nuestros corazones. Fue Dios quien puso el Mar Rojo donde estaba, y fue Dios quien abrió el camino para Israel a través de él. Así que, lector cristiano, es Dios (y no el Diablo) quien ha provocado el problema, la emergencia, el peligro que ahora te enfrenta; porque "de Él . . son todas las cosas" (Romanos 11:36). Como Él ha hecho tu Mar Rojo, sólo Él puede abrir un camino a través de él para ti. Confía, entonces, en su sabiduría infalible. Cuente con su poderoso poder trabajando a su favor. "Quédate quieto" y descansa en Dios. Mira "por fe" anticipadamente, expectante, Su "salvación" o liberación. "Avanza" en obediencia a Sus mandatos, y Él se mostrará fuerte a tu favor. Él nunca falla a los que confían plenamente y le obedecen sin reservas.

CAPÍTULO 21. La fe de Israel, segunda parte

(Hebreos 11:30)

En el versículo anterior tuvimos la fe del remanente creyente de Israel bajo el mando y el ejemplo de Moisés; en nuestro texto actual tenemos una exhibición y triunfo de su fe bajo el liderazgo de Josué. Allí vimos lo que la fe logró durante su éxodo de Egipto, aquí vemos lo que logró al entrar en la tierra prometida. Así como el yugo de la esclavitud fue roto por la fe, por la misma fe el pueblo de Dios iba a obtener la posesión de Canaán. Así se nos enseña que la verdadera vida del santo es, desde el principio hasta el final, una vida de fe. Sin fe no se puede progresar, no se obtienen victorias, no se producen frutos para la gloria de Dios. Es solemne observar que entre Hebreos 11:29 y 30 hay un intervalo de cuarenta años. Esos años fueron ocupados en el desierto. Fueron un juicio de Dios a causa de la incredulidad (Hebreos 3). Lector, ¿cuántos años de tu vida no registran actos de fe para alabanza de la gracia divina?

El notable incidente al que se refiere nuestro texto se relata extensamente en el capítulo 6 de Josué, que se abre diciéndonos: "Y Jericó estaba estrechamente cerrada a causa de los hijos de Israel; nadie salía, ni entraba" (v. 1). Israel había llegado a las fronteras de Canaán. Había cruzado con seguridad el Jordán, pero no podía entrar en la tierra a causa de Jericó, que era una poderosa fortaleza que les impedía la entrada. Esta era una de las ciudades que habían asustado a los espías, haciéndoles decir: "El pueblo es más grande y más alto que nosotros; las ciudades son grandes y están amuralladas hasta el cielo" (Deuteronomio 1:28): a sus ojos las ciudades parecían inexpugnables, y demasiado seguras para que las tomaran.

Jericó era una ciudad fronteriza. Era la ciudad clave a la entrada de Canaán. Su

captura era absolutamente necesaria antes de que Israel pudiera avanzar en la conquista y ocupación de su herencia prometida. Si no se lograba capturarla, no sólo se desanimarían los hijos de Israel, sino que se fortalecería mucho la moral de los cananeos. Era la principal fortaleza del enemigo, que sin duda consideraban bastante invulnerable. Sin embargo, cayó en manos de un pueblo que no poseía artillería, y sin que ellos libraran ninguna batalla. Todo lo que hicieron, en respuesta a las órdenes de Jehová, fue marchar por fe alrededor de la ciudad una vez cada día durante seis días, y luego siete veces en el séptimo día, cuando dieron un gran grito, y los muros cayeron de plano ante ellos. En ella se nos enseñan muchas lecciones importantes, de las cuales mencionaremos brevemente algunas, antes de detenernos más extensamente en la más destacada.

En primer lugar, los caminos de Dios son a menudo completamente diferentes de los nuestros. ¿Quién ha oído alguna vez que una poderosa fortaleza haya sido completamente derribada en respuesta a una compañía de personas que paseaban por ella? Ah, Dios se deleita en manchar el orgullo del hombre. El líder y legislador de Israel fue preservado en un arca de juncos. El poderoso gigante de los filisteos fue vencido por una honda y una piedra. El profeta Elías fue sostenido por el puñado de harina de una viuda. El precursor de Cristo vivió en un desierto y se alimentó de langostas y miel silvestre. El propio Salvador nació en un establo y se acostó en un pesebre. Sus embajadores seleccionados fueron, en su mayoría, pescadores iletrados. La frase con la que comienza este párrafo es una ilustración sorprendente. Las cosas que son altamente estimadas entre los hombres son abominables a los ojos de Dios. Es bueno que recordemos esto.

Segundo, Dios es independiente de todos los medios naturales y superior a todas las "leyes de la naturaleza". Es cierto que, como regla general, Dios se complace en bendecir el uso de los medios naturales, y que con frecuencia logra sus fines por medio de las operaciones de aquellas leyes de la naturaleza que ha puesto en movimiento; pero es un gran error imaginar que está atado por uno u otro. ¿Qué "medios" naturales se emplearon para que Israel cruzara el Jordán o capturara Jericó? ¿Qué "medios" naturales se emplearon para preservar a Daniel en el foso de los leones o a Jonás en el vientre de la ballena? ¿Y qué "leyes de la naturaleza" se observaron en relación con el nacimiento de Isaac, la alimentación de Elías por los cuervos, o la preservación de los tres hebreos en el horno de

fuego de Babilonia? Sí, Dios es superior a todos los medios y leyes. Es bueno que lo recordemos también nosotros.

En tercer lugar, en la guerra de la fe se encuentran formidables dificultades y poderosas oposiciones. Uno no seguirá el camino de la fe muy lejos antes de encontrarse cara a cara con aquello que desafía todo su valor y desafía todos sus recursos y poderes naturales. Los ríos Jordán y las fortalezas de Jericó todavía existen. Pero aunque el uno sea infranqueable y el otro parezca inexpugnable, para el Todopoderoso son una verdadera nimiedad. Las dimensiones que asumen para nuestra visión están determinadas en gran medida por la medida en que nuestros corazones están comprometidos con el Omnipotente. Esas formidables dificultades y poderosos obstáculos son puestos en nuestro camino por Dios, con el propósito de probarnos, para el entrenamiento de la fe, como oportunidades para confiar en el Señor y glorificarlo.

En cuarto lugar, las fortalezas de Satanás no pueden enfrentarse a un pueblo que es obediente y que confía plenamente en el Dios vivo. Este hecho está ciertamente escrito en letras grandes a lo largo de Josué 6. Los cananeos estaban completamente bajo el dominio del Maligno, y sin embargo aquí vemos una de sus principales fortalezas derrumbándose como una frágil caseta cuando un poderoso viento la golpea. Para la incredulidad estas ciudades podrían parecer "amuralladas hasta el cielo" y parecer inexpugnables, pero la fe se ríe de tales cosas, sabiendo que Dios sólo tiene que soplar sobre ellas y se derrumbarán de inmediato. Así fue en los primeros tiempos del cristianismo, cuando las imponentes ciudadelas del paganismo se derrumbaron ante el fiel ministerio de los Apóstoles. Así fue en la época de la gran Reforma en el siglo XVI, cuando el reino del papado fue sacudido hasta sus cimientos por la valiente predicación de Lutero y sus contemporáneos. Así fue, en muchas partes, hace unos cincuenta años, cuando los lugares altos de la paganidad cayeron ante los ataques de los misioneros.

¿Y por qué no estamos presenciando los mismos triunfos del Evangelio en nuestra generación? ¿Por qué el romanismo ha recuperado tanto terreno perdido

y está avanzando en muchas direcciones? ¿Por qué en el "campo extranjero" las fuerzas de Satanás avanzan en lugar de retroceder? ¿Y por qué en las llamadas tierras cristianas un número creciente de Jerichos desafía las oraciones y los esfuerzos de los santos? ¿Será porque el brazo de Dios se ha acortado? Olvídate de la idea. ¿Es porque las Escrituras son obsoletas e inadecuadas para las necesidades de este siglo XX? Ni mucho menos. ¿Cuál es, entonces, el problema? Esto: hay un Espíritu afligido en medio de nosotros, y en consecuencia Su poder está retenido. El Espíritu Santo de Dios ha sido "apagado" (1 Tesalonicenses 5:19), y por lo tanto los esfuerzos febriles y frenéticos de la cristiandad actual no sirven.

¿Y por qué está "contrariado" el Espíritu de Dios? ¿Qué es lo que ha "apagado" Su poder en medio de nosotros? Esto, nos hemos apartado del camino de Dios, hemos ignorado sus órdenes, hemos sustituido los dispositivos humanos, hemos puesto nuestra confianza en las armas carnales. En lugar de rodear las murallas de Jericó según la orden divina, hemos recurrido a seducciones mundanas, buscando ganar a los cananeos mediante atracciones carnales. Hermanos míos, no podemos esperar tener las victorias de Israel hasta que emulemos el ejemplo de Israel. Nunca más seremos testigos de un retorno al progreso apostólico hasta que volvamos a los métodos apostólicos. No puede haber ninguna mejora hasta que reconozcamos verdaderamente que es "No por la fuerza, ni por el poder, sino por mi Espíritu, dice el SEÑOR de los ejércitos" (Zacarías 4:6). Y el poder del Espíritu no se manifestará en nuestro medio hasta que volvamos a entrar en el camino de la obediencia, haciendo la obra de Dios en la forma prescrita por Dios, y contando confiadamente con que Él honrará y bendecirá tales esfuerzos.

En quinto lugar, pero la lección sobresaliente que debe aprenderse de este incidente es la que se afirma en nuestro texto, donde la caída de Jericó se atribuye a la fe de los israelitas creyentes. "¿Pensamos lo suficiente en la fe, elegida por el amor omnipotente divino, para ser su canal? Sólo Dios hace grandes maravillas, pero es a través de la fe de sus santos. Todas las victorias de Israel se obtuvieron por la fe. El poder y la gracia divinos los redimieron en aquella noche memorable; pero fue la fe de Moisés la que mantuvo la Pascua y la aspersión de la sangre. Fue Dios quien dividió el Mar Rojo, pero en respuesta a la silenciosa oración de fe que surgió del corazón de su siervo. Todos los

milagros de curación registrados en los Evangelios fueron realizados por la fe. Jesús oró al Padre, y luego alimentó a la multitud con cinco panes y dos peces. Jesús levantó los ojos al Cielo, y luego dijo: 'Ephphatha, Desátese'. Jesús, por la fe, agradeció a Dios que lo escuchara siempre, y luego pronunció su poderoso 'Lázaro, sal de aquí'.

"Y la fe se forjaba también en el receptor del favor divino: 'Tu fe te ha curado'; 'Sea para ti como has creído'. Tales eran frecuentemente las palabras de Cristo. El pueblo que pereció en el desierto no entró en el descanso de Dios a causa de la incredulidad; y a causa de su incredulidad, Jesús no pudo mostrar muchos milagros en algunos lugares: 'Creed solamente, y veréis la gloria de Dios'.

"La historia de Israel es la historia de la gracia salvadora omnipotente de Dios y de la fe del hombre. Del cielo desciende el milagro; de la tierra asciende la fe. Desde la elección de Abraham hasta el nacimiento de Moisés, desde la Pascua y el Mar Rojo hasta la división del río Jordán, todo es milagro, y todo tiene que pasar por la fe de algún santo elegido. Israel está ante Jericó, una ciudad amurallada y cercada; no es por el poder y la fuerza, sino por la fe, que han de tomarla" (A. Saphir).

Consideremos los diversos aspectos de la fe que manifestaron los israelitas creyentes en esta memorable ocasión. 1. La audacia de su fe. Cuando Israel cruzó el Jordán, quemó, por así decirlo, todos sus puentes y barcas tras de sí. Quedaron aislados de la huida; no tenían casas a las que pudieran retirarse, ni fortalezas a las que pudieran retirarse. Ahora estaban en territorio enemigo, y la victoria o la muerte eran las únicas alternativas. Marchar pacíficamente y en silencio alrededor de los muros de Jericó parecía una empresa peligrosa: ¿qué iba a impedir que los cananeos les dispararan o arrojaran piedras sobre ellos? Fue realmente una aventura de fe, y es la fe aventurera la que Dios se complace en honrar. La incredulidad es vacilante y tímida, pero la fe audaz es confiada y valiente. Oh, ser "fuerte en el Señor, y en el poder de su fuerza".

Hay tres grados de fe. Hay una fe que recibe, cuando como mendigos con las manos vacías venimos a Cristo y lo aceptamos como nuestro Señor y Salvador: Juan 1:12. Hay también una fe que cuenta, que confía en que Dios cumplirá sus promesas y se comprometerá con nosotros: 2 Timoteo 1:12. Hay también una fe que arriesga, que se atreve a algo por el Señor. Este aspecto de la fe fue ejemplificado por Moisés cuando se aventuró a enfrentarse al rey de Egipto y dar a conocer las exigencias de Jehová. Esta audacia de la fe fue manifestada por David cuando salió a enfrentarse al poderoso Goliat. Lo vemos de nuevo en Elías, cuando, sin ayuda, se enfrentó a la hueste de los falsos profetas de Jezabel en el Carmelo. Lo vemos de nuevo cuando Daniel se atrevió a ser arrojado al foso de los leones en lugar de cumplir con el edicto idolátrico del rey de Babilonia. Lo vemos una y otra vez en los viajes y el ministerio del apóstol Pablo, que no se acobardó ante peligros de todo orden imaginable, para dar a conocer las inescrutables riquezas de Cristo.

Y en cada uno de los casos mencionados anteriormente, vemos en la secuela cómo Dios honró esos corazones confiados y audaces. Es la fe aventurera la que Él siempre se deleita en recompensar. Él mismo nos pide que nos acerquemos al trono de la gracia con santa "audacia", para que encontremos gracia para ayudar en el momento de necesidad. Oh, cómo esto reprende nuestra timidez y reserva. Qué pocos están dispuestos hoy en día a arriesgar cualquier cosa en el servicio de nuestro Señor. Qué poco de la valentía y de la audacia de nuestros padres hay ahora. Qué cantidad de soldados temblorosos y temerosos se encuentran hoy en el ejército de Cristo. Oh, qué urgente es la necesidad de que algún hombre de fe lleno del Espíritu salga y grite en el lenguaje de Carey: "Pide grandes cosas a Dios; espera grandes cosas de Dios; emprende grandes cosas para Dios". Es bueno mirar antes de saltar, pero muchos miran tanto que nunca saltan.

2. La obediencia de su fe. Esto se desprende de la lectura de Josué 6:3, 4 y 6-8: todos los implicados cumplieron al pie de la letra las instrucciones del Señor. No hacer más que caminar y caminar y caminar alrededor de las murallas de Jericó debió parecer algo infantil y ridículo; sin embargo, el remanente creyente cumplió con el mandato del Señor. Dios prometió entregar Jericó en sus manos: Josué y sus compañeros creyentes se apoyaron en su palabra y cumplieron sus órdenes. El Señor nos exige que utilicemos cualquier medio que nos prescriba,

por improbable e inadecuado que nos parezca. Es cierto que el poder divino derribó los muros de Jericó, pero también fue por la obediencia de la fe que cayeron. Dios había hecho saber que la manifestación de su poder debía ser de una manera particular; estaba inseparablemente conectada con ciertas acciones que debían ser realizadas por su pueblo.

¿Cómo iba a capturar Israel esa poderosa fortaleza de los cananeos? Considera su condición. Durante siglos habían sido una nación de esclavos. Durante los últimos cuarenta años habían sido cansados vagabundos en el desierto. Y ahora su gran líder, Moisés, estaba muerto. No tenían experiencia militar, carecían de artillería y no tenían un ejército entrenado. Todo esto es cierto, pero no estaban abandonados a su suerte: el Dios vivo estaba con ellos, y mientras respondieran a su voluntad revelada, todo les iba bien. De la misma manera, Dios no nos ha dejado a nuestras propias ideas, sino que nos ha dado instrucciones claras y completas, y nos exige que hagamos el trabajo que nos ha asignado de la manera que nos ha ordenado. La obediencia implícita a sus órdenes es absolutamente esencial si queremos tener su bendición.

La obediencia implícita a la voluntad conocida de Dios marcó todos los arreglos de Israel para el sitio de Jericó. Se les dieron instrucciones minuciosas para su extraña campaña. Debían marchar en cierto orden, y cada uno debía ocupar el lugar que se le asignara. Debían marchar a una hora específica, y rodear la ciudad un número determinado de veces. A la orden del Señor debían guardar silencio, y a la orden del Señor debían gritar. No había lugar para las maquinaciones humanas, ni para la planificación carnal, ni para el razonamiento humano sobre lo que debía hacerse. Todo estaba prescrito para ellos, y la obediencia de la fe era todo lo que se requería de ellos. Las órdenes que Dios dio a Josué podían parecer irrazonables y absurdas a sus hombres, pero debían ser ejecutadas fielmente si querían obtener la victoria. Y así fue entonces, así es todavía. Pero, oh, qué lentos somos para aprender esta lección.

Lector, los mandatos y preceptos de Dios a menudo parecen extraños a la sabiduría carnal. Cuán absurdas le parecieron las órdenes de Dios al gran

Naamán, cuando se le ordenó bañar su cuerpo leproso en el Jordán. Cuán contrario a todas las ideas humanas fue que Dios enviara al profeta Elías a ser alimentado durante muchos meses por una viuda que no tenía más que un puñado de harina y un poco de aceite. Cuán irrazonable les debió parecer a los doce Apóstoles cuando Cristo les mandó decir a la gran multitud que se sentara, y sólo tenía a la vista cinco panes pequeños y dos pececillos. Y cuán irrazonable les parece a las multitudes de cristianos que profesan serlo hoy, cuando se les dice que desechen todos los artificios mundanos que se han introducido en las "iglesias" y los sustituyan por el ayuno y la oración. Qué lentos somos para reconocer que es la obediencia de la fe lo que Dios requiere.

3. La disciplina de su fe. "Y Josué había mandado al pueblo, diciendo: No gritaréis, ni haréis ruido con vuestra voz, ni saldrá palabra de vuestra boca, hasta el día en que yo os mande gritar; entonces gritaréis" (Josué 6:10). Su silencio al principio era tan necesario como su grito al final. ¿Por qué? Estos hombres eran los descendientes inmediatos de los más grandes gruñones que jamás hayan existido. Sus padres se quejaron y murmuraron hasta que Dios juró en su ira que no entrarían en su reposo.

¡Cuánto daño se habría causado si se hubiera dejado a cada hombre la libertad de expresar su "opinión"! Cuántos habrían estado dispuestos a aconsejar a Josué qué método de estrategia emplear. Uno habría razonado que la única manera de capturar Jericó era matando de hambre a sus habitantes mediante un asedio prolongado. Otro habría sugerido el uso de escaleras para escalar sus muros. Otro habría defendido el uso de pesados arietes para forzar la entrada. Otro habría sugerido hacer un túnel bajo las murallas. Todos y cada uno habrían ridiculizado el plan que adoptó Josué. Ah, mis lectores, si los Jerichos que ahora enfrenta el pueblo de Dios han de ser capturados, entonces no sólo hay que detener las bocas de los murmuradores, sino que hay que abandonar toda inclinación hacia nuestro propio entendimiento.

Oh, cuántas veces se cortan los tendones de la fe por las críticas imprudentes e inamistosas de quienes se hacen pasar por nuestros amigos cristianos. Cuántas

veces el hombre de Dios se ve obstaculizado por las dudas que deshonran a Cristo y las sugerencias carnales de sus compañeros. Un hermano en el Señor, que había estado sin empleo, nos escribió recientemente que había sido reprendido por no dar a conocer sus necesidades a sus amigos. Ah, no olvidemos que la primera línea que el Espíritu Santo nos da en su imagen del hombre "bienaventurado" es que "no anda en el consejo de los impíos" (Salmo 1:1). Cuánto daño hace la gente al hablar continuamente de las dificultades de la tarea que enfrentamos. Todo trabajo cristiano real está plagado de dificultades; Satanás se encarga de ello.

Los soldados de Cristo deben ser entrenados: la fe debe ser disciplinada: cada uno en las filas de las huestes del Señor debe aprender que hay "un tiempo para callar, y un tiempo para hablar" (Eclesiastés 3:7). A los hijos de Israel no se les ordenó que salieran en formación de batalla y que hicieran alguna incursión sobre esta guarnición de los cananeos. En cambio, en silencio solemne, en procesión sagrada, debían rodear la ciudad. Esto fue una gran prueba de fe, pues parecía muy improbable que tal procedimiento lograra el fin deseado. No sólo eso, sino que los expondría al desprecio de sus enemigos, que debían burlarse de su inofensiva procesión. Sin embargo, éste era el camino que Dios había ordenado: Le gusta hacer grandes cosas por medios despreciables, para que la gloria sea suya.

4. La paciencia de su fe: "Por la fe cayeron los muros de Jericó, después de haber sido rodeados durante siete días" (Hebreos 11:30). No cayeron el primer día que Israel marchó alrededor de ellos, ni el segundo, ni el tercero. No, no fue hasta que los rodearon trece veces, que el poder de Dios fue desplegado. ¿Y por qué? Para poner a prueba su paciencia, así como su fe y obediencia; para probar si realmente creían en la promesa del Señor o no, cuando les ordenaba el uso de medios tan débiles e improbables; y para darles una idea más clara de que la conquista de Canaán era del Señor, y no de ellos. Cuando no ocurrió nada las primeras doce veces que Israel rodeó Jericó, se hizo más evidente que sus enemigos no serían vencidos por el poder del hombre, sino por Dios.

No sólo la misericordia, sino el momento en que se produce, está en manos de Dios, y por eso se nos ordena: "Descansa en el Señor, y espera en él pacientemente" (Salmo 37:7). Desgraciadamente, qué tristeza nos da fallar en este punto. Con qué facilidad nos desanimamos si nuestra Jericó no cae la primera o la segunda vez que la abarcamos: "La visión es todavía para un tiempo determinado... aunque se demore, espérala; porque ciertamente vendrá" (Habacuc 2:3). Pero, ¡qué impaciente es la carne! Fue en este punto donde Abraham fracasó: cuando Sara no dio a luz al hijo prometido, decidió tener uno con Agar. Fue en este punto que Moisés falló por primera vez, tomando las cosas en sus propias manos (Exo. 2:11, 12), en lugar de esperar el tiempo de Dios. "Quedaos en Jerusalén" fue la última palabra que el Redentor dio a los Apóstoles antes de ascender.

"Los hombres deben orar siempre y no desmayar" (Lucas 18:1). Cuánto necesitamos tomar a pecho esta palabra: ¡cuántas veces hemos "desmayado" cuando la victoria estaba casi a la vista! Ah, pensábamos que los muros de nuestra Jericó nunca caerían; pero lo hicieron, en el momento señalado. Dios no tiene prisa, y se requiere de nosotros que "el que cree no se apresure" (Isaías 28:16). Pero nos resulta mucho más difícil esperar que creer: ese es, probablemente, el punto más débil de nuestra armadura, y el punto en el que fallamos con más frecuencia. Entonces, seamos más firmes y serios en rogar al Espíritu Santo que obre en nosotros la gracia espiritual de la paciencia. Busquemos la gracia para echar mano de aquella palabra: "No nos cansemos de hacer el bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos" (Gálatas 6:9).

5. La anticipación de su fe: "El pueblo gritó cuando los sacerdotes tocaron las trompetas; y cuando el pueblo oyó el sonido de las trompetas, y el pueblo gritó con gran júbilo, el muro se derrumbó, y el pueblo subió a la ciudad, cada uno delante de sí, y tomaron la ciudad" (Josué 6:20). Lo que queremos observar ahora en particular es que el pueblo gritó antes de que cayeran los muros: era la fe que esperaba la victoria. "Todo lo que pidáis, cuando oréis, creed que lo recibiréis, y lo tendréis" (Marcos 11:24). Nos recuerda al misionero Moffatt, que trabajó durante años entre los bechuanes y no vio ni un solo sello a su ministerio. Algunos de sus amigos lejanos en Inglaterra le escribieron diciendo que deseaban hacerle un regalo, y le pidieron que especificara qué debía ser. Él

respondió "un juego de comunión". Meses después, cuando llegó, más de una docena de nativos convertidos se sentaron con él para recordar la muerte del Señor.

Ahora se ha registrado la totalidad de Josué 6 para nuestro aprendizaje. "Los muros de la incredulidad, la superstición y la impiedad no ceden ante ninguna armadura ni poder terrenal. No es por compulsión, ni por razonamiento; no es por las armas que este mundo suministra, que estos muros pueden ser destruidos. Es por la Palabra de Dios, y por la Palabra declarada en la fe. Los ministros y el pueblo, los que tocan la trompeta, y también el pueblo que está con ellos, deben estar unidos en el poder de Dios" (A. Saphir). Cada uno de nosotros se enfrenta a una Jericó: ya sea el predicador en el campo de servicio donde Dios le llama a trabajar, la maestra de la escuela dominical en la clase que tiene delante, o el cristiano individual que está tratando de superar algún hábito o disposición. Recuerden a Josué y tengan valor. Si hay la audacia, la disciplina, la obediencia, la paciencia y la expectativa de la fe, la victoria es segura en el tiempo señalado por Dios.

Una vez más se nos ha mostrado el maravilloso poder de la fe real para lograr lo que está más allá de la mera naturaleza: compárese Mateo 17:20, 1 Juan 5:4; la confianza y la obediencia perseverantes permitieron a Israel lograr lo que de otro modo habría sido imposible. Además, hemos visto que la fe en la promesa de protección de Dios y el uso de sus medios designados, supera con creces todos los métodos mundanos de defensa: compárese 2 Crónicas 20:20. Por el contrario, vemos que es inútil confiar en las cosas externas y materiales: las murallas de Jericó eran fuertes y altas, pero no ofrecían ninguna seguridad contra el poder de Dios: "vana es la ayuda del hombre". Aunque Dios exigió a Israel que empleara el máximo de su valor, sumisión y paciencia, se encargó de bendecir sus esfuerzos y realizar la obra de poder. Entre el cristiano y la santidad se interponen barreras más difíciles que los muros de Jericó: ¿cómo han de ser eliminadas? Por la obediencia de la fe; compárese con 2 Corintios 10:4, 5.

CAPÍTULO 22. La fe de Rahab

(Hebreos 11:31)

El valor inestimable de la fe espiritual se demuestra de manera sorprendente en el caso que vamos a considerar. El Apóstol había citado la fe de personajes tan ilustres como Enoc y Noé, Abraham y Moisés; había mencionado la de una compañía creyente cuando pasaron el Mar Rojo y marcharon alrededor de Jericó; ahora da un ejemplo de una que había sido una pecadora notoria, como para avergonzarnos si nuestra fe se queda corta con la de ella, que antes había sido una ramera. Habiendo mostrado que los patriarcas, que eran tan venerados por los judíos, fueron honrados por Dios únicamente a causa de su fe y sus frutos, contemplamos a continuación cómo una mujer extranjera, perteneciente a una raza maldita, fue, a causa de su fe, adoptada en la Iglesia del Antiguo Testamento. "De ello se desprende que los más exaltados no son tenidos en cuenta ante Dios si no tienen fe; y que, por otra parte, aquellos a los que apenas se les permite un lugar entre los profanos y los réprobos, son introducidos por la fe en la compañía de los ángeles" (Juan Calvino).

Rahab era cananea, y por lo tanto, por naturaleza, "una extranjera de la comunidad de Israel" y "una extraña de los pactos de la promesa". En su conversión y admisión en la Iglesia del Antiguo Testamento, fue, de una manera peculiar, tanto un tipo como una prenda de la llamada de los gentiles y su recepción en la Iglesia de Cristo en los tiempos del Nuevo Testamento. Así, los acontecimientos venideros proyectaron sus sombras ante ellos. En casos como el de Rahab y Rut, Dios dio las primeras señales de que su propósito redentor no se limitaba a un solo pueblo, sino que se extendería a individuos de todas las naciones. Su incorporación entre los hebreos fue un claro presagio de que el "olivo silvestre" sería injertado y se le haría partícipe de "la raíz y la grosura del (buen) olivo" (Romanos 11:17).

La salvación de Rahab fue una muestra de la soberanía de Dios. "No sólo era una gentil, sino una amorita, de esa raza y semilla que en general estaba dedicada a la destrucción total. Por lo tanto, fue un ejemplo de la soberanía de Dios al prescindir de sus leyes positivas, según le pareció bien; pues por su propia voluntad la eximió de la condena anunciada contra todos los de su origen y tradición" (John Owen). Siendo el Potentado supremo, Dios no está obligado por ninguna ley o consideración que no sea su propia voluntad imperial; y por lo tanto, tiene misericordia de quien quiere, y a quien quiere lo endurece (Romanos 9:18).

Lo más bendito es que también contemplamos aquí la asombrosa gracia de Dios. Rahab no sólo pertenecía a una raza pagana, sino que era una libertina abandonada, una "ramera". Al escogerla para que recibiera sus favores salvadores, Dios hizo evidente que no hace acepción de personas. Por su propia elección fue entregada al más vil de los pecados, pero por la elección divina fue predestinada a ser liberada de esa lujuria que es la más efectiva para detener a las personas bajo su poder, lavándola más blanca que la nieve por la preciosa sangre de Cristo, y dándole un lugar en Su propia familia. Es precisamente en estos casos que el favor inmerecido de Dios brilla con mayor intensidad. No había nada en esta pobre mujer caída que la hiciera merecedora del favor de Dios, pero donde abundó el pecado abundó mucho más la gracia.

No sólo podemos contemplar en el caso de Rahab el ejercicio de la soberanía divina y la manifestación de la gracia divina, sino que también podemos detenernos y admirar la maravillosa obra del poder de Dios. Esto se percibe mejor cuando consideramos cuidadosamente el elemento casi sin paralelo que entra en su caso. Aquí el Espíritu Santo actuó completamente aparte de los medios ordinarios de la gracia. En Jericó no se observaban los sábados, no había Escrituras disponibles para su lectura, no había profetas que emitieran mensajes del Cielo; sin embargo, Rahab fue revivida en una nueva vida y llevada a un conocimiento salvador del verdadero Dios. Notemos que esta mujer, que anteriormente se había revolcado en el pecado abierto, fue regenerada y convertida antes de que los espías llegaran a su casa: su visita simplemente le dio

la oportunidad de confesar y manifestar públicamente su fe.

Contemplemos también los maravillosos trabajos de la Divina Providencia en esta ocasión. Cuando los dos espías, enviados por Josué para reconocer Jericó, se acercaron a esa fortaleza pagana, no tenían idea de que una de las elegidas de Dios residía allí; y si hubieran estado al tanto del hecho, no habrían sabido cómo localizarla en una ciudad de tal tamaño. Admiren y adoren, entonces, la mano secreta de Dios que los dirigió a la misma casa en la que moraba Su hijo. "El Señor conoce a los que son suyos", y en el día nublado y oscuro los busca. El mismo Dios que envió a Ananías a la calle llamada "Recta" para librar a Saulo de la ceguera, guió a los dos espías a la casa de Rahab para librarla de la muerte. Del mismo modo, dondequiera que haya uno o más de sus elegidos en medio de las tinieblas de la paganidad, Él envía su palabra o sus siervos para iluminarlos y edificarlos.

Pero es con la fe de Rahab que debemos ocuparnos principalmente en esta ocasión. Se observará que ella es mencionada en Hebreos 11 después de la destrucción de Jericó, aunque "recibió a los espías en paz" antes de que esa ciudad fuera destruida. La razón de esto es que su preservación -que fue el fruto de su fe- fue después de que las huestes de Israel hubieran rodeado esa ciudad durante siete días. Al tratar de ponderar lo que se registra en las Escrituras en relación con la fe de Rahab, nos proponemos examinar por separado el fundamento, el efecto, la naturaleza, la confesión, la amplitud, la imperfección y la recompensa de la misma.

1. El fundamento de su fe. "La fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios" (Romanos 10:17). Esto no significa que la fe se origine al oír la Palabra de Dios, como tampoco el brillo del sol imparte luz al ojo; no, la fe es impartida por un acto soberano del Espíritu, y luego es instruida y alimentada por la Palabra. En el cántico profético de Moisés en el Mar Rojo se declaró: "El pueblo oirá y tendrá miedo; el dolor se apoderará de los habitantes de Palestina. Entonces los duques de Edom se asombrarán; los poderosos de Moab, el temblor se apoderará de ellos; todos los habitantes de Canaán se derretirán. El temor y el miedo caerán

sobre ellos; por la grandeza de tu brazo se quedarán quietos como una piedra; hasta que pase tu pueblo, oh Señor, hasta que pase el pueblo que has comprado" (Exo. 15:14-16).

Un cumplimiento sorprendente de la predicción anterior se encuentra en las palabras de Rahab a los dos espías: "Yo sé que Yahveh os ha dado la tierra, y que vuestro terror ha caído sobre nosotros, y que todos los habitantes de la tierra desfallecen a causa de vosotros. Porque hemos oído cómo el SEÑOR os secó las aguas del Mar Rojo, cuando salisteis de Egipto; y lo que hicisteis a los dos reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán, Sehón y Og, a quienes destruisteis por completo. Y en cuanto oímos estas cosas, se derritió nuestro corazón, y no quedó más valor en ningún hombre, por causa de vosotros; porque Jehová vuestro Dios, él es Dios arriba en el cielo y abajo en la tierra" (Josué 2:9-11). Esto es lo que explica la referencia en Hebreos 11:31 a los otros habitantes de Jericó, que perecieron porque "no creyeron". El conocimiento que tenían de Dios y de sus obras maravillosas, a través de los informes que habían llegado a sus oídos, los dejó sin excusa.

Lo que acabamos de ver nos ofrece un ejemplo de un hecho muy solemne que se repite a menudo: cómo las almas son afectadas por la verdad, y cuán rápidamente se desvanecen las impresiones causadas. Los habitantes de Jericó estaban profundamente conmovidos por los informes de los juicios de Dios sobre los impíos; temían que les tocara a ellos después, y sus corazones se derritieron dentro de ellos. ¿Cómo, entonces, hemos de explicar el hecho de que no todos ellos clamaran inmediata y fervientemente a Dios por misericordia? Creemos que la respuesta se encuentra en Eclesiastés 8:11: "Porque la sentencia contra una obra mala no se ejecuta con prontitud, por eso el corazón de los hijos de los hombres está completamente dispuesto a hacer el mal". Cuando las huestes de Israel rodearon Jericó cada día y luego volvieron tranquilamente a su campamento, se concedió a sus habitantes un espacio para el arrepentimiento; pero cuando pasaron seis días, y las murallas de la ciudad permanecieron tan fuertes como siempre, se sintieron muy seguros y endurecieron sus corazones.

¿Cómo, entonces, debemos explicar la diferencia en Rahab? De esta manera: con ellos fue simplemente la agitación de la conciencia y el funcionamiento de sus temores naturales, que pronto se calmaron; pero en su caso el poder del Espíritu Santo había actuado dentro de ella: Dios había "abierto su corazón" y, en consecuencia, "atendía a lo que se decía" (Hechos 16:14). En otras palabras, Rahab había sido revivida soberanamente en una nueva vida, por la cual fue capacitada para un conocimiento salvador de Dios mismo y para recibir Su Palabra con mansedumbre. Así fue con los santos tesalonicenses, a quienes el Apóstol les recordó: "Porque nuestro Evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder y en el Espíritu Santo" (1 Tesalonicenses 1:5). Sólo en esos casos se produce un efecto radical y duradero.

Por lo tanto, debemos aprender a distinguir entre tres cosas: el don divino de la fe, el fundamento provisto para su apoyo, y la seguridad que se emite para que descanse sobre ese fundamento. El don de la fe se imparte en la regeneración, siendo uno de los atributos de la nueva naturaleza: "No todos los hombres tienen fe" (2 Tesalonicenses 3:2) porque no todos han nacido de nuevo. El fundamento firme que se proporciona a la fe para que descanse es la Palabra segura de Dios: sólo en ella se apoya la fe, se instruye y se alimenta. La seguridad que resulta de que la fe se apoye en este fundamento es esa confianza y certeza que llena el corazón cuando la Palabra de Dios es recibida implícitamente en él. Así ocurrió con Rahab. Avivada por el Espíritu, la fe fue plantada dentro de su alma, por lo que cuando le llegó el informe de las obras maravillosas de Dios, lo recibió "no como palabra de hombres, sino como es en verdad, Palabra de Dios" (1 Tesalonicenses 2:13), y por eso dijo: "Yo sé que Jehová os ha dado la tierra."

2. El efecto de su fe. La fe de los elegidos de Dios es un principio vivo y enérgico, que "obra por amor" (Gálatas 5:6) y produce frutos para la gloria de Dios. En esto difiere radicalmente de esa fe ficticia e inoperante de los profesantes espumosos, que no va más allá de un asentimiento intelectual a ciertas proposiciones doctrinales, y que termina en palabras justas pero vacías. Esa fe que no va acompañada de un caminar obediente y que no abunda en buenas obras, está "muerta, estando sola" (Santiago 2:17). Distinta fue la fe de Rahab. De ella leemos: "Así también Rahab, la ramera, ¿no fue justificada por las obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino?"

(Santiago 2:25). Esto no significa que sus buenas obras fueran el fundamento meritorio de su aceptación ante Dios, sino que fueron la evidencia ante los hombres de que se le había comunicado un principio espiritual, cuyos frutos justificaron o vindicaron su profesión, demostrando que era miembro de "la Casa de la Fe".

Al "recibir a los espías con paz", puso de manifiesto que tenía un corazón para el pueblo de Dios, y que estaba dispuesta a hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudarles. La cláusula de nuestro texto que estamos considerando ahora resume todo lo que se registra de su conducta bondadosa hacia esos dos hombres en Josué 2. Ella los recibió en su casa, los involucró en una conversación espiritual, hizo provisiones para su seguridad, los escondió del peligro, y se negó a traicionarlos. Creemos que hay una referencia latente a su bondad (así como a la de Abraham) en Hebreos 13:1-3, ya que la palabra traducida como "mensajeros" en Santiago 2:25 es la misma que se traduce como "ángeles" en Hebreos 13:2: "Continúe el amor fraternal. No os olvidéis de hospedar a los extraños, porque así algunos han hospedado a los ángeles sin saberlo. Acuérdate de los que están presos, como si estuvieran atados a ellos; y de los que sufren adversidades, como si también estuvieran en el cuerpo". Ay, que tantos cristianos que profesan serlo hoy, en lugar de prestar atención a esta exhortación, están casi dispuestos a despedazarse unos a otros por cualquier diferencia de opinión.

3. La naturaleza de su fe. Era una fe singular. "La ciudad de Jericó estaba a punto de ser atacada; dentro de sus muros había huestes de gente de todas las clases y caracteres, y sabían muy bien que si su ciudad era atacada y asaltada, todos serían muertos. Pero, por extraño que parezca, no hubo ni uno solo de ellos que se arrepintiera del pecado, o que siquiera pidiera misericordia, excepto esta mujer que había sido ramera. Ella y sólo ella fue liberada, una solitaria entre la multitud. Ahora bien, ¿han sentido alguna vez que es algo muy difícil tener una fe singular? Es la cosa más fácil del mundo creer como todos los demás creen, pero la dificultad es creer una cosa sola, cuando nadie más piensa como tú, ser el campeón solitario de una causa justa, cuando el enemigo reúne a sus miles para la batalla. Esta fue la fe de Rahab. No tenía a nadie que sintiera como ella, que pudiera entrar en sus sentimientos y darse cuenta del valor de su fe. Estaba sola. Oh, es una cosa noble ser el seguidor solitario de la verdad despreciada.

"La fe de Rahab fue una fe santificadora. ¿Siguió Rahab siendo una ramera después de tener fe? No, no lo hizo. No creo que fuera una ramera en el momento en que los hombres fueron a su casa, aunque el nombre se le quedó grabado, como lo hacen los malos nombres; pero estoy seguro de que no lo fue después, porque Salmón, el príncipe de Judá, se casó con ella... No se puede tener fe y vivir en pecado. Creer es ser santo. Las dos cosas van juntas. Esa fe es una fe muerta, una fe corrupta, una fe podrida, que vive en el pecado para que la gracia abunde. Rahab era una mujer santificada. Oh, que Dios santificara a algunos de los que están aquí" (C.H. Spurgeon).

La suya era una fe abnegada. Esto se ve en su preferencia por la voluntad de Dios antes que por la seguridad de su país, y en el hecho de dar refugio a estos hombres que eran extranjeros antes que complacer a sus conciudadanos. Pero lo más llamativo fue que arriesgó su propia vida antes que traicionar a los mensajeros de Josué, que eran adoradores del Dios verdadero. Su acción estuvo cargada de las más peligrosas consecuencias para ella; pero su fidelidad a Dios la hizo despreciar las amenazas de sus ciudadanos, los promiscuos acontecimientos de la guerra y el incendio de su ciudad. Así, por fe, ella, en efecto, renunció a todo por Dios. Cuando Él nos llama a hacerlo, debemos desprendernos de todo lo que tenemos cerca y querido en este mundo. La fe espiritual se evidencia mejor con actos de obediencia abnegada (condensado de T. Manton).

4. La confesión de su fe. Esto se registra en Josué 2:9-11, lo que muestra que se hizo en la primera apertura que tuvo. Fue una confesión bastante amplia: ella reconoció las obras maravillosas del Señor, se aseguró de que Él había dado Canaán a su pueblo, y lo reconoció como el Dios del cielo y de la tierra. De este modo renunció a todos los ídolos de los paganos, glorificó a Dios con sus labios, e ilustró la regla que tenemos en Romanos 10:10: "Porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación". Además, al colocar el cordón escarlata en su ventana, ella, por así decirlo, exhibió públicamente sus colores y dio a conocer bajo qué bandera se había alistado. Cómo su conducta avergüenza a aquellos que después de una larga profesión de la verdad están listos para temblar a la primera aproximación del peligro, y consideran prudente

mantenerse a una distancia segura de aquellos que están expuestos a la persecución.

"Es la naturaleza de la fe verdadera, real y salvadora, inmediatamente, o en su primera oportunidad, declarar y protestar en confesión ante los hombres. O la confesión es absolutamente inseparable de la fe. Cuando los hombres, a partir de algunas luces y convicciones, suponen que tienen fe, pero, por temor o vergüenza, no llegan a las formas de expresarla en confesión prescritas en la Escritura, su religión es vana. Y por eso nuestro Señor Jesucristo, en el Evangelio, pone constantemente el mismo peso en la confesión que en el creer mismo: Mateo 10:33, Lucas 9:26. Y los temerosos, es decir, los que huyen de la confesión pública en tiempos de peligro y persecución, no serán excluidos de la Jerusalén celestial con menos seguridad que los propios incrédulos: Apocalipsis 21:8" (John Owen).

5. La amplitud de su fe. Es muy bendito notar su palabra adicional a los espías: "Ahora, pues, os ruego que me juréis por Jehová, ya que os he mostrado bondad, que también mostraréis bondad a la casa de mi padre, y me daréis una señal verdadera; y que salvaréis la vida a mi padre, a mi madre, a mis hermanos y a mis hermanas, y a todo lo que tienen, y libraréis nuestras vidas de la muerte" (Josué 2:12, 13). Algunos corazones contraídos, en los que la misma leche de la bondad humana parece haberse coagulado, considerarían la petición de Rahab como muy presuntuosa. Personalmente, creemos que su alma estaba tan rebosante de gratitud hacia el Señor por haber salvado a una desdichada tan abandonada, que su fe percibió ahora algo de la infinitud de la misericordia divina, y creyó que un Dios así estaría dispuesto a mostrar su gracia a toda su familia. Y no quedó decepcionada.

Oh, que la amplitud de la fe de Rahab pueda hablar a nuestros corazones. Que el bendito Espíritu Santo nos llene de compasión por nuestros parientes y amigos que no son salvos, y nos impulse a luchar con Dios en oración por ellos. Es correcto que deseemos que Dios muestre misericordia a aquellos que están cerca y son queridos por nosotros: no hacerlo mostraría que estamos faltos de afecto

natural; sólo se vuelve incorrecto cuando ignoramos la soberanía de Dios y dictamos en lugar de suplicar. Es una bendición observar que Aquel que ha dicho "según vuestra fe os sea concedido" y "todo es posible para el que cree", respondió a la fe de Rahab, y salvó a toda su familia: aunque, por supuesto, sólo encontraron la liberación refugiándose en la misma casa con ella en la que colgaba el cordón escarlata: sólo bajo la Sangre hay seguridad.

6. La imperfección de su fe. Esto aparece en la respuesta que ella dio al rey de Jericó (registrada en Josué 2:3-5) cuando él envió a Rahab pidiéndole que entregara a los dos espías. Temiendo por sus vidas, mintió, fingiendo que no sabía de dónde habían venido los hombres y afirmando que ya no estaban en su casa. Tal procedimiento de su parte no puede justificarse de ninguna manera, ya que su respuesta fue contraria a la verdad conocida. El curso que siguió se asemejó a la dirección que Rebeca dio a su hijo Jacob: en general, su intención era fruto de una gran fe, pues respetaba la promesa de Dios (Génesis 25:33), pero en varios detalles (Génesis 27: 6, 7, etc.) no puede aprobarse de ninguna manera. El Señor, en su tierna misericordia, se complace en pasar por alto muchas de las debilidades de sus hijos, cuando ve un corazón recto y un deseo de cumplir sus promesas. "Si tú, Señor, marcara las iniquidades, oh Señor, ¿quién se mantendrá en pie?" (Salmo 130:3). Dios soporta mucha debilidad, especialmente en los corderos de su rebaño.

"Observo que hubo una mezcla de debilidad en este acto, una mentira oficiosa, que no puede ser excusada, aunque Dios en su misericordia la perdonó. Esto no es para que lo imitemos, pero sí para que nos sirva de instrucción; y nos muestra que la fe al principio tiene muchas debilidades. Los que tienen fe no actúan del todo por fe, sino que hay algo de la carne mezclado con lo del espíritu. Pero esto pasa por la indulgencia de Dios; Él nos acepta a pesar de nuestros pecados antes de la fe, y a pesar de nuestras debilidades al creer. Antes de la fe era una ramera; al creer hace una mentira. Dios premia el bien de nuestras acciones y perdona el mal de las mismas, no para animarnos a pecar, sino para elevar nuestro amor a Aquel que nos perdona tan gran deuda, nos recibe graciosamente y perdona nuestras múltiples debilidades" (T. Manton).

Es una bendición ver que ni en nuestro texto ni en Santiago 2:25 el Espíritu Santo hace ninguna referencia al fracaso de Rahab; en cambio, en ambos lugares, menciona lo que fue digno de elogio, y en su favor. Es todo lo contrario con el mundo malévolo, que siempre está dispuesto a pasar por alto el bien y reflexionar sólo sobre el mal de una acción realizada por un hijo de Dios. Es un espíritu bondadoso el que arroja el manto de la caridad sobre las deformidades y defectos de un hermano o hermana en Cristo, ya que es un honor para Dios detenerse en lo que su Espíritu Santo ha obrado en ellos. Si fuéramos más rápidos en juzgarnos a nosotros mismos por nuestros propios y tristes fracasos, no estaríamos tan dispuestos a sacar a relucir las faltas de nuestros compañeros. Busquemos cada uno de nosotros la gracia de prestar atención a esa exhortación: "Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay alguna virtud, y si hay alguna alabanza, en esto pensad" (Filipenses 4:8).

7. La recompensa de su fe. "Por la fe la ramera Rahab no pereció con los que no creyeron" (Hebreos 11:31). El relato histórico de esto se encuentra en Josué 6:22, 23, "Pero Josué había dicho a los dos hombres que habían espiado el país: Entrad en la casa de la ramera, y sacad de allí a la mujer y todo lo que tiene, como se lo habéis jurado. Y los jóvenes espías entraron y sacaron a Rahab, a su padre, a su madre, a sus hermanos y a todo lo que tenía; y sacaron a toda su parentela, y la dejaron fuera del campamento de Israel."

Pero no sólo fue Rahab, y toda su familia, preservada del incendio de Jericó que siguió inmediatamente, sino que, como nos dice Josué 6:25, "habitó en Israel". Así, de ser esclava de Satanás fue adoptada en la familia de Dios; de ser ciudadana de la pagana Jericó se le dio un lugar en la congregación del Señor. Y eso no fue todo; más tarde, se convirtió en la honrada esposa de un príncipe de Judá, la madre de Booz y una de las abuelas de David. Su nombre está inscrito en el pergamino imperecedero de la historia sagrada: se registra en Mateo 1 entre las antepasadas del Salvador: ¡fue una de las madres de Jesús! De las profundidades del pecado y de la vergüenza libró la gracia soberana a esta pobre mujer; a qué altura de honor y dignidad la elevó la gracia soberana. En verdad, las recompensas de la fe son muy excelentes y gloriosas.

CAPÍTULO 23. La fe de los jueces

(Hebreos 11:32)

En algunos aspectos, el versículo al que hemos llegado es el más difícil de nuestro capítulo. Comienza la última división del mismo. En él, el Apóstol cambia su método de tratamiento, y en lugar de particularizar ejemplos individuales de fe, agrupa a varios hombres y resume los actos de su fe. La selección hecha, entre muchos otros que podrían haberse dado, es de lo más sorprendente: se omiten aquellos cuyos nombres podríamos haber esperado que estuvieran registrados en este cuadro de honor, mientras que a otros en los que nunca habíamos pensado se les da un lugar. El orden en que se registran parece extraño, pues no es el cronológico. Esto ha desconcertado a algunos: un eminente comentarista afirma que "el Apóstol no observa un orden estricto, recitándolas de forma apresurada": lo que no debe permitirse ni por un momento, pues ignora la guía superinteligente del Espíritu Santo. Además, los prodigios realizados por estos hombres no pueden ser presentados para nuestra emulación: ¿por qué, entonces, se hace referencia a ellos?

El principio de guía en la selección de algunos de los hombres aquí mencionados es obviamente el de la gracia soberana: no de otra manera se puede explicar que se pasen por alto personajes tan ilustres como Caleb y Débora, Ana y Asaf, y que se incluya a Jefté y Sansón; en este último se mostró más conspicuamente el libre favor de Dios. El orden en que se les menciona no es el del tiempo, sino el de la dignidad, pues Barac vivió antes que Gedeón, Jefté antes que Sansón, y Samuel antes que David: Dios considera más excelentes a los que producen los mejores frutos de la fe; cuanto más sobresalgamos en la fe, más nos honrará Dios. Donde la fe brilla más, los más pequeños son considerados los más grandes, y los últimos llegan a ser los primeros; entonces, cómo debemos trabajar diariamente para aumentar la fe.

Cinco de los seis hombres nombrados en nuestro texto fueron jueces que gobernaron sobre Israel, aunque provenían de llamados muy humildes. De esto podemos aprender que la fe es una gracia espiritual adecuada no sólo para el templo, sino también para el banco y el trono judicial; que es necesaria no sólo para los que ocupan posiciones en la vida privada, sino también para los que ocupan cargos públicos. Los gobernantes, al igual que los gobernados, necesitan tener una verdadera fe en el Dios vivo: en lugar de descalificarlos para el desempeño de sus importantes funciones, les sería de inestimable valor, permitiéndoles afrontar las dificultades y el peligro con calma, inspirando valor, dotando de sabiduría y preservando de muchas tentaciones que enfrentan los que ocupan altos cargos. El que es bendecido con una fe espiritual tendrá pensamientos humildes de sí mismo, como los tuvieron Barak, Gedeón y David.

Se atribuyen logros notables a los hombres cuyos nombres están ahora ante nosotros. Cuando leemos el relato histórico de ellos en el libro de los Jueces, podemos maravillarnos de ellos, pero sólo cuando los vemos a la luz de lo que se dice aquí en Hebreos 11, los entenderemos correctamente. Otros hombres, además de éstos, han vencido a los leones, han puesto en fuga a los ejércitos y han sometido a los reinos; sin embargo, sus hechos procedieron de un principio muy diferente. Las obras poderosas de los hombres relatadas en el Antiguo Testamento se dan con un propósito mucho más elevado que el de complacer nuestro amor por lo sensacional. Las hazañas de Gedeón y Barac, Sansón y David, sólo se registran en las Sagradas Escrituras en la medida en que fueron realizadas por la fe: así el Espíritu Santo honra su propia obra.

Un rasgo prominente que distingue muchas de las actuaciones extraordinarias de los hombres de Dios recogidas en las Escrituras de los prodigios realizados por los hombres del mundo es que el Espíritu Santo movió a los historiadores sagrados a registrar fielmente las debilidades bajo las cuales la fe actuó tan a menudo y la debilidad que la precedió. La fe de estos hombres estaba muy lejos de ser perfecta, ni en grado, ni en estabilidad, ni en pureza sin mezcla. Como la nuestra es a menudo, su fe estaba mezclada con el miedo, oprimida por la incredulidad, acosada por los razonamientos carnales. Sólo tenemos que leer el

capítulo 6 de los Jueces para ver que la fe del primero nombrado en nuestro texto era dolorosamente lenta en su ejercicio, aunque por la gracia, fue después poderosa en su ejecución. Eran hombres de pasiones similares a las nuestras, y de ese hecho podemos reconfortarnos, no refugiándonos detrás de lo mismo, sino negándonos a desesperar cuando nuestra fe está en un punto bajo.

Una cosa que es común a todos los individuos mencionados en nuestro texto es que la historia de cada uno de ellos se desarrolló en un día de gran declive espiritual. La época en que vivieron se describe ampliamente en el libro de los Jueces. Tras la muerte de Moisés y Josué, Israel se apartó gravemente del Señor: desechó su Ley, adoró a los ídolos de los paganos, y "cada uno hizo lo que le parecía bien" (21:25); las tinieblas cubrieron la tierra, y las tinieblas más densas el pueblo. Sin embargo, aun en esos días Dios no se dejó sin testimonio: es inexpresablemente bendito contemplar la fe de los individuos brillando en medio de un testimonio fallido; que aquí y allá se mantuvo una lámpara, iluminando la oscuridad circundante. El número aquí especificado tampoco carece de significado, ya que a los seis individuos mencionados se vinculan los "profetas" (que también ministraron en las épocas de apostasía), lo que hace que sean siete en total, lo que indica la plenitud de la provisión hecha por la gracia de Dios.

Así podemos ver cómo Hebreos 11, que describe ampliamente la Vida de la Fe, habría estado incompleto si no se hubiera tomado nota de aquellos tiempos en que Israel se apartó tan gravemente de Dios. Fue durante las épocas de gran oscuridad y tinieblas espirituales que la fe realizó muchas de sus obras más poderosas y logró algunas de sus victorias más notables. Porque la fe no depende de las condiciones externas favorables; es sostenida y energizada por Uno que es infinitamente superior a todas las circunstancias. Lo que se menciona en nuestro texto y los versículos que le siguen inmediatamente se registran para nuestro estímulo. Nosotros también vivimos en un día en que la cristiandad se encuentra en un estado triste, cuando hay un alejamiento generalizado de Dios y de su Palabra, cuando la santidad vital y práctica está en un punto bajo. Pero el brazo del Señor no se ha acortado y los que se apoyan en él serán sostenidos y capacitados para hacer hazañas en su nombre.

"Y qué más voy a decir, porque me faltaría tiempo para hablar de Gedeón, de Barac, de Sansón y de Jefté; también de David, de Samuel y de los profetas" (Hebreos 11:32). El Apóstol ya había dado abundantes pruebas de que "la fe es la sustancia de las cosas que se esperan, la evidencia de las cosas que no se ven" (v. 1), y había mostrado que "por ella los ancianos obtuvieron un buen informe" (v. 2); sin embargo, no había dicho de ninguna manera todo lo que podría darse sobre el tema. Se han dado numerosos y notables ejemplos del poder y de los frutos de la fe, y aún se podrían citar muchos otros; pero no sería conveniente enumerar cada uno de los casos de fe registrados en el Antiguo Testamento. Si lo hiciéramos, extenderíamos la epístola más allá de los límites debidos; por lo tanto, ahora tenemos una simple mención de los nombres de otros, seguida de una descripción en términos generales de los efectos de su fe.

Los personajes que ahora vamos a contemplar, al igual que los Apóstoles de Cristo y, en menor medida, los Reformadores al final de la "Edad Media", fueron hombres extraordinarios, especialmente suscitados por Dios en tiempos de crisis, para el bien de su Iglesia y el beneficio de la comunidad. Hay que tener esto muy en cuenta, o de lo contrario los veremos con una perspectiva falsa. Su vocación era extraordinaria, al igual que sus actuaciones. Estaban dotados de poderes poco comunes y tenían energía sobrenatural para sus tareas particulares. Lo que los distinguía de hombres como César, Carlomagno y Napoleón, era que eran hombres de fe. No es que el Apóstol elogie de ninguna manera todo lo que hicieron, o que excuse sus múltiples imperfecciones, que no pueden ser reivindicadas; él hace mención aquí sólo de su fe.

Gedeón fue levantado por Dios en un momento en que la fortuna de Israel estaba hundida. Tres jueces le habían precedido, librando al pueblo de Dios de la mano de sus enemigos; pero una cuarta vez habían apostatado, y ahora gemían bajo la servidumbre de los madianitas. Era tan grande el número de los que habían invadido su territorio que "no dejaban sustento a Israel" e "Israel se empobreció mucho a causa de los madianitas" (Jue. 6:4, 6). Pero eso no era lo peor: el culto a Baal prevalecía hasta tal punto entre el pueblo favorecido por el pacto de Dios que oponerse a él se consideraba un acto criminal, merecedor de la muerte (Jue. 6:28-30). Sin embargo, Dios había prometido que "Jehová juzgará a su pueblo, y se arrepentirá por sus siervos, cuando vea que su poder ha desaparecido"

(Deuteronomio 32:36), y ahora, una vez más, estaba a punto de cumplir su palabra.

Para ser liberado de la terrible situación a la que se enfrentaba Israel se necesitaba un "hombre valiente", y tal era Gedeón, como aprendemos del lenguaje con el que el ángel del Señor se dirigió a él por primera vez (Jue. 6:12). Pero se requería algo más que el valor y la audacia naturales en aquel a quien el Señor iba a emplear: debía ser un humilde hombre de Dios para que la gloria recayera sólo en Él. Para ello, el instrumento tenía que estar primero preparado para las tareas que debía realizar, el siervo debía ser apto para el servicio que debía realizar. "Dios debe hacer primero su obra con Gedeón, antes de que Gedeón pueda hacer su obra para Dios. Para lograr esto, Dios hace que el lagar de Joás sea para Gedeón lo que hace que el fondo del desierto sea para Moisés" (E.W.B.). El siervo de Dios debe sentir primero su debilidad, antes de que se le enseñe que toda la fuerza está disponible para él en el Señor. Así fue con Gedeón; así sigue siendo.

Es una bendición observar el trato del Señor con Gedeón: Ahora dijo: "El Señor está contigo" (Jue. 6:12). Esto fue para ejercitar su corazón, que es siempre el requisito primordial. Gedeón, excitado, preguntó: "Oh, Señor mío, si el Señor está con nosotros, ¿por qué nos ha sucedido todo esto? y ¿dónde están todos sus milagros de los que nos hablaron nuestros padres?", etc. (v. 13). En segundo lugar, "el Señor lo miró y le dijo: Ve con esta tu fuerza y salvarás a Israel de la mano de los madianitas; ¿no te he enviado yo?" (v. 14). Es en este punto donde muchos intérpretes se extravían en su comprensión de este incidente. La "fuerza" de los santos está en la impotencia realizada: "Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Corintios 12:10). Esa palabra de Jehová estaba destinada a llevar a Gedeón a la conciencia de su propia incapacidad total para liberar a Israel del yugo de los madianitas.

El instrumento debe ser adaptado experimentalmente antes de que el Señor lo emplee en su servicio; y la primera parte de este proceso de adaptación es vaciarlo de su autosuficiencia para que entonces pueda depender completamente

de él. El "poder" de Gedeón consistía en una debilidad consciente, y tan pronto como se diera cuenta de ello, se vería obligado a creer en la declaración del Señor: "Tú salvarás a Israel". Esa era la palabra dirigida a su corazón, y era el fundamento sobre el que debía descansar su fe. Gedeón preguntó ahora: "Oh, Señor mío, ¿con qué salvaré a Israel? he aquí que mi familia es pobre en Manasés, y yo soy el más pequeño en la casa de mi padre" (Jue. 6:15): la flecha divina había dado en el blanco, como atestigua la humilde confesión de Gedeón.

El Señor sólo tiene una respuesta a la impotencia reconocida: "Ciertamente yo estaré contigo, y herirás a los madianitas como a un solo hombre" (v. 16). ¡Qué bendición! Cuando la fe se da cuenta de esto, exclama: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Filipenses 4:13). Por esa palabra tranquilizadora del Todopoderoso, Gedeón supo que había "hallado gracia" ante sus ojos, y pidió una señal: "No porque dudara, sino porque creía; no para probar la verdad de la palabra de Jehová, sino porque probaría la verdad de la gracia de Jehová en la aceptación de sus ofrendas que se proponía ir a buscar: versículos 17, 18" (E.W.B.).

A continuación, Gedeón preparó y presentó su ofrenda (v. 19), y se le ordenó que la colocara sobre una roca (v. 20). Esto fue seguido por un milagro, fuego saliendo de la roca y consumiendo la ofrenda, por lo cual "obtuvo testimonio" de que había encontrado gracia a los ojos de Jehová -el fuego sobrenatural denotaba su aceptación con Dios, llenándolo de temor y terror. Inmediatamente el Señor tranquilizó su corazón con: "Paz a ti; no temas; no morirás" (v. 23): así recibió la bendición de Jehová: que la fe de Gedeón se aferró a esa bendición es muy evidente por el siguiente versículo: "Entonces Gedeón edificó allí un altar a Jehová, y lo llamó Jehová-shalom" - "Jehová envía paz".

Estando el corazón de Gedeón ya preparado y establecido, Dios le dio su primera comisión: "Toma el novillo de tu padre, el segundo novillo de siete años, y derriba el altar de Baal que tiene tu padre, y corta la arboleda que está junto a él; y edifica un altar a Jehová tu Dios sobre la cima de esta roca, en el lugar ordenado, y toma el segundo novillo, y ofrece un holocausto con la madera de la

arboleda que cortarás" (vv. 25, 26). Tal definición del lenguaje le demostró a Gedeón que tenía que ver con Alguien que lo sabía todo: los bueyes que tenía su padre y sus edades. Al igual que su padre Abraham, Gedeón creyó a Dios y obedeció su mandato, pues leemos que "Entonces Gedeón tomó diez hombres de sus siervos, e hizo como Jehová le había dicho; y por temor a la casa de su padre y a los hombres de la ciudad, no pudo hacerlo de día, sino que lo hizo de noche" (v. 27). En esta fecha lejana, su acción puede parecernos trivial, pero la secuela muestra que Gedeón actuó con peligro inminente de su vida: "Entonces los hombres de la ciudad dijeron a Joás: Saca a tu hijo, para que muera, porque ha derribado el altar de Baal, y porque ha cortado el bosquecillo que estaba junto a él" (v. 30).

La secuela inmediata proporcionó una prueba mucho más severa para Gedeón: "Entonces se reunieron todos los madianitas y amalecitas y los hijos del oriente, y pasaron y acamparon en el valle de Jezreel" (v. 33). Enfurecidos por el derribo del altar de Baal, los madianitas reunieron sus fuerzas y con sus aliados subieron a la batalla contra Israel. Es de esperar que Satanás se enfurezca cuando su territorio es invadido y el Señor es engrandecido en el lugar donde ha reinado de manera suprema: por eso sucede tan a menudo que cuando un cristiano ha cumplido con su deber, parece que sólo ha empeorado las cosas malas aumentando sus problemas. Entonces es cuando se ve muy tentado a lamentar haber sido tan "radical" en su conducta y a hacer una concesión. Tal tentación debe ser resistida con firmeza. Es más, los crecientes problemas que la fidelidad le acarrea deben ser considerados como una oportunidad de oro para nuevos ejercicios y actos de fe. Así actuó Gedeón, y así deberíamos hacerlo nosotros.

No podemos entrar ahora en un comentario detallado sobre la respuesta de Gedeón a la amenaza abierta de los madianitas, y todo lo que se registra de él en Jueces 6-8, pero recomendamos esos capítulos a la cuidadosa reflexión del lector. Que observe cuidadosamente, en primer lugar, que "el espíritu de Jehová vino sobre Gedeón" (6:34), lo cual proporciona la clave para todo lo que sigue: salvaguardar la gloria de Dios (evitando que atribuyamos el honor a Gedeón), y proporcionar la palabra vital de instrucción para nuestros propios corazones. No podemos vencer a Satanás ni rechazar su tentación con nuestras propias fuerzas. No podemos aumentar la fe, ni siquiera mantenerla en ejercicio por ninguna

resolución de la mente o acto de nuestra propia voluntad. No podemos lograr victorias para alabanza de nuestro Dios por nuestra propia fidelidad. Sólo en la medida en que seamos fortalecidos con fuerza por el Espíritu Santo en el hombre interior, estaremos preparados para la batalla contra las fuerzas del mal; y esa fuerza debe ser buscada definitiva, diligente y confiadamente.

Las debilidades de Gedeón se manifiestan en que imaginaba que debía encabezar un gran ejército si quería vencer a los madianitas: poco a poco su corazón fue instruido, y aprendió la lección de que Dios no depende del número. Su repetida petición de señales confirmatorias (6:36-40) nos muestra también que no es de una vez que el santo aprende a caminar por la fe y no por la vista. Pero el Señor es paciente con nosotros, y soporta nuestras debilidades cuando el corazón es verdaderamente recto ante Él. Le concedió a Gedeón las señales solicitadas, aunque eso no es garantía de que lo hará con nosotros; y corrigió su idea de que se necesitaba una gran fuerza: sólo se empleó un pequeño fragmento: "con los trescientos hombres que lapidaron te salvaré" (7:7). Luego, cuando Gedeón creyó en el Señor y obedeció sus órdenes, se le dio esta palabra: "Levántate y baja al ejército, porque lo he entregado en tu mano" (7:9), lo cual se verificó completamente en la secuela. Así usó y obró poderosamente el Señor por medio de uno que era pobre y pequeño a sus propios ojos (6:15), y que "hizo como el Señor le había dicho" (6:27).

Barak. El tiempo (o el espacio) no nos permite entrar en una consideración completa de su historia y hazañas, así que debemos condensar. Barac fue levantado por Dios cerca del final de los veinte años en que Jabín, el rey de Canaán, "oprimió poderosamente a los hijos de Israel" (Jue. 4:3). Débora estaba actuando como juez en ese momento - prueba del estado terriblemente bajo en el que el pueblo del pacto había caído (cf. Isaías 3:12); aunque ella no era un "juez" en el sentido propio del término (ver 4:4 y comparar cuidadosamente 2:18), sino una "profetisa", y por lo tanto una portavoz de Dios. Fue a través de ella que el Señor habló a Barac, diciendo "¿No ha ordenado el Señor Dios de Israel, diciendo: Ve y atrae hacia el monte Tabor, y toma contigo diez mil hombres de los hijos de Neftalí y de los hijos de Zabulón? Y yo atraeré hacia ti, hasta el río Cisón, a Sísara, capitán del ejército de Jabín, con sus carros y su multitud, y lo entregaré en tu mano" (Jue. 4:6, 7): ése debía ser el fundamento de la fe de

Barac, ésa era la promesa segura que describía lo que debía "esperarse". La debilidad de Barac se ve en 4:8, pero la obediencia de su fe aparece en 4:10. Una palabra más le fue dada: "Levántate, porque este es el día en que Jehová ha entregado a Sísara en tu mano; ¿no ha salido Jehová delante de ti?" (4:14): él "oyó", "creyó" y obedeció, y se aseguró una gran victoria. Fue por la fe en la promesa de Dios que Barac salió contra el enorme ejército de Sísara y lo venció.

Sansón. En el libro de los Jueces se registran muchos hechos poderosos de él, tales como el haber despedazado a un león, como si hubiera sido un cabrito; el haber matado a mil filisteos, con una sola mano, con la quijada de un asno; el haber llevado las puertas de Gaza y sus postes sobre sus hombros por una colina escarpada; el haber roto las cuerdas más fuertes cuando estaban atadas por sus enemigos; el haber derribado los pilares sobre los cuales estaba el gran templo de Dagón. ¿Cómo, entonces, realizó Sansón estos prodigios? Por la fe. En el Antiguo Testamento se dice que "el Espíritu del Señor vino sobre él", pero eso no significa que fuera impulsado involuntariamente por un poder divino, como un huracán lleva las cosas por el aire a ciegas y sin darse cuenta. No, el Espíritu trata con los hombres no como cepos y piedras, sino como agentes morales; iluminando sus mentes, controlando sus corazones, inclinando sus voluntades, y suministrando fuerza física para cualquier tarea que Dios asigne.

"La fe viene por el oír", y en el caso de Sansón "oyó" a través de sus padres la promesa que Dios había hecho sobre él: "comenzará a librar a Israel de la mano de los filisteos" (Jue. 13:5). La fuerza de la fe de su madre se pone de manifiesto maravillosamente en 13:23, donde, calmando el temor de su marido, dijo: "Si Yahveh se complaciera en matarnos, no habría recibido holocausto y ofrenda de nuestras manos, ni nos habría mostrado todas estas cosas, ni como en este momento nos habría dicho tales cosas." Criado en la fuerte fe de sus padres, Sansón creyó lo que "escuchó" de Dios a través de ellos, creció en la confianza de los mismos y se condujo en consecuencia. Su último acto fue el más grande y el mejor, proporcionando la más fuerte evidencia de su fe en Dios y siendo de mayor beneficio para Su Iglesia. Después de haber sido castigado tan duramente por sus pecados, y considerando la situación en que se encontraba entonces, no requería una confianza ordinaria en el Señor para hacer lo que se registra en Jueces 16:28-30.

Jefté. Por vocación, Gedeón era un agricultor, Barac un soldado, Sansón un nazareno religioso, mientras que David era el más joven de su familia y despreciado por sus hermanos. Samuel fue utilizado por primera vez por Dios cuando aún era un niño; así podemos ver cómo Dios se deleita en utilizar instrumentos humildes y débiles. Pero más sorprendente aún es el caso que ahora nos ocupa; Jefté era de nacimiento deshonroso, un bastardo (11:1, 2), que la ley excluía de la congregación del Señor (Deuteronomio 23:2). Sin embargo, Dios, de manera especial y extraordinaria, confirió su Espíritu a Jefté y lo elevó a la más alta dignidad y función entre su pueblo, y lo hizo prosperar enormemente. De esto podemos aprender que ninguna condición externa, aunque sea tan baja, puede servir de obstáculo a la gracia de Dios. Que era un hombre que temía al Señor queda claro en Jueces 11:9, 10. Su mensaje al rey de Amón (11:14-27) muestra que creía en lo que estaba registrado en la Escritura de la Verdad: atribuyó las victorias de Israel al Señor (vv. 21, 23) y le pidió que juzgara entre Israel y Amón (v. 27); y Jehová recompensó su fe entregando a los amonitas en su mano. Su fidelidad y perseverancia en la fe se ve en el cumplimiento de su voto de prohibir a su hija la virginidad continua.

David. No es necesario que intentemos aquí una enumeración de las muchas obras y frutos de su fe, ni señalar cuán a menudo la incredulidad actuó dentro y a través de él. Estamos de acuerdo con John Brown en que es probable que el Espíritu Santo se refiera en particular en nuestro texto al combate victorioso de David contra Goliat, cuando, siendo muy joven, y totalmente inexperto en las artes y los engaños de la guerra, armado sólo con una honda y unos guijarros, se enfrentó en lucha abierta al poderoso gigante de los filisteos, que era un veterano en el campo y estaba fuertemente armado para el duelo. ¿Cómo podemos explicar la temeridad y el éxito de David? De esta manera: había recibido una revelación de Dios (como lo indica claramente 1 Samuel 17:46, 47), se apoyó en ella con implícita confianza y actuó en consecuencia. Por fe se aventuró; por fe venció.

Samuel. "El acontecimiento al que estamos dispuestos a pensar que es más probable, por su carácter milagroso, que el Apóstol se refiera, es el registrado en

1 Samuel 12:16-18: 'Ahora, pues, ponte en pie y mira esta gran cosa que Jehová hará ante tus ojos. ¿No es hoy la cosecha de trigo? Yo invocaré a Jehová, y él enviará truenos y lluvia; para que percibas y veas que es grande tu maldad, que has hecho ante los ojos de Jehová, pidiéndote un rey. Entonces Samuel invocó a Jehová, y Jehová envió truenos y lluvia aquel día; y todo el pueblo temió en gran manera a Jehová y a Samuel". A Samuel le fue revelado que el poder divino iba a ser puesto en relación con ciertas palabras que él pronunció. Él creyó en esa revelación; pronunció las palabras, y el acontecimiento se produjo" (John Brown).

Los Profetas. También ellos ejemplificaron el poder de la fe, tanto en lo que hicieron como en lo que sufrieron. Por la fe fueron capaces de lograr y soportar lo que de otro modo no habrían podido lograr o soportar. No entregaron nada más que lo que recibieron: de ahí la frecuencia de su anuncio: "Así dice Yahveh". No ocultaron nada de lo que habían recibido: aunque era una "carga para ellos" (Malaquías 1:1, etc.), y aunque sabían muy bien que su mensaje sería muy desagradable, entregaron fielmente la Palabra de Dios. No se dejaron intimidar por la oposición del pueblo, poniendo su rostro como un pedernal (Ezequiel 3:8, 9). Se sometieron humildemente a las exigencias de Dios: Isaías 20:3, Jeremías 27:2, Ezequiel 4:11, 12. Realizaron obras poderosas, especialmente Elías y Eliseo. Todas estas cosas manifestaron la eficacia y el poder de una fe real en el Dios vivo. "Señor, aumenta nuestra fe".

CAPÍTULO 24. Los logros de la fe

(Hebreos 11:33, 34)

La verdadera fe desempeña una parte prominente en toda piedad experimental. Donde hay una ausencia total de la gracia de la fe, un hombre está sin Dios y sin esperanza en este mundo; pero donde existe ese principio espiritual, aunque sea en un grado muy pequeño, se ha producido un cambio maravilloso y milagroso. El que es objeto de él puede, por un tiempo, no comprender su naturaleza; pero, en cambio, cometer los mayores errores al respecto; sin embargo, ese cambio no es menor que el de pasar de la muerte a la vida. "Si tenéis fe como un grano de mostaza" (Mateo 17:20): ese pequeño grano tiene un principio de vida en él, y contiene en embrión la futura planta; así con la implantación del principio de la gracia en el corazón: aún se desarrollará, o más bien se consumará, en la gloria.

Nos corresponde a cada uno de nosotros esforzarnos diligentemente en averiguar el origen de nuestra fe. Hay varias clases de fe de las que se habla en las Escrituras: hay una fe muerta, una fe demoníaca, una fe imaginaria y forzada, una fe creativa y presuntuosa; todas ellas son de temer, pues no vienen de lo alto. Pero la fe espiritual es de origen divino: "es el don de Dios" (Efesios 2:8). La verdadera fe no es hija de la naturaleza, sino que tiene un nacimiento celestial: "toda dádiva buena y todo don perfecto vienen de lo alto y descienden del Padre de las luces" (Santiago 1:17). La fe espiritual es la persuasión del corazón de la verdad, y es producida en nosotros por el todopoderoso poder creativo del Espíritu Santo cuando aplica la Palabra con energía vivificante al alma.

Ahora bien, esta fe no sólo se comunica divinamente, sino que se mantiene divinamente. La fe espiritual no se sostiene por sí misma ni por el hombre. No se sostiene por sí misma, ni su poseedor la sostiene. Depende enteramente de Dios.

Lamentablemente, la "fe" de la gran mayoría de los que profesan ser cristianos, en lugar de ser de esta naturaleza impotente, los llena de una engañosa capacidad propia. Nada depende tanto de Dios en Cristo; nada es tan incapaz de vivir sin el poder de apoyo del Espíritu, como la fe que Él mismo produce en el corazón. Pero la "fe" de las multitudes de hoy es de una naturaleza totalmente diferente, y podríamos acomodar y aplicar a ellas esas palabras de Pablo: "Ahora estáis llenos, ahora sois ricos, habéis reinado como reyes" (1 Corintios 4:8), pero sin el Espíritu.

Esta fe no sólo es divinamente dada y divinamente sostenida, sino que también es divinamente energizada: actúa sólo por el poder vivificador de Dios. "Sin mí", dijo Cristo, "no podéis hacer nada" (Juan 15:5); entonces, ciertamente, sin su habilitación no podemos actuar la fe en Él o en sus promesas. Pero una fe espuria, que surge de la mera naturaleza, que se hace a sí misma y se sostiene por sí misma, es también una fe que actúa por sí misma. Sus poseedores pueden creer cuando quieran, como quieran y lo que quieran. Está Cristo, pueden aferrarse a Él. Están Sus promesas: pueden apropiarse de ellas. Están Sus oficios: pueden actuar con fe sobre ellos. Desgraciadamente, tal capacidad no se parece en nada a la fe que Dios da a su pueblo, y que hace que se pongan al pie de su misericordia como humildes suplicantes.

Esta fe es también divinamente aumentada: "Señor, aumenta nuestra fe" (Lucas 17:5). Pero hay que señalar que tal "aumento" no hace al cristiano menos dependiente del Espíritu de Dios; eso sería un aumento miserable: como el hijo pródigo que recibe su porción de bienes y se establece por sí mismo. Tampoco es un aumento que ahora permanezca en un nivel, actuando siempre con un cierto poder, siempre en el mismo ejercicio vivo. Lejos de ello; los verdaderos cristianos saben por dolorosa experiencia cuántas veces su fe está en un nivel bajo, y cuando aparentemente es la más necesitada, es la más coja en sus actuaciones. Tampoco es un aumento tal que sus poseedores deban ser necesariamente conscientes de ello. Moisés no sabía que su rostro brillaba. Lo más probable es que el centurión y la mujer cananea pensaran poco en que tenían "mucha fe". A veces los que tienen más fe sienten que tienen muy poca, si es que tienen alguna; mientras que a veces los que tienen poca dicen que son ricos y están aumentados de bienes.

¿En qué consiste, pues, el aumento de la fe? ¿No es el crecimiento del cristiano, como creyente, un crecimiento en un conocimiento verdadero, vivo, espiritual y experimental de sí mismo como pecador, y de Dios en Cristo como Padre de las misericordias? La fe se alimenta del conocimiento: no de meras nociones en el cerebro, pues éstas sólo alimentan una confianza falsa y presuntuosa, sino de un conocimiento espiritual y divino. A medida que este conocimiento aumenta, aumenta la fe; a medida que este conocimiento se confirma en el alma, la fe se confirma y fortalece. "Bienaventurado el hombre a quien castigas, oh Jehová, y le enseñas por tu ley" (Salmo 94:12). De nuevo: "Lo condujo, lo instruyó" (Deuteronomio 32:10): Dios conduce a una gran variedad de circunstancias, y en estas circunstancias hace que su pueblo reciba instrucción. Así aprenden la verdad de manera experimental, y lo que reciben de la Palabra se les confirma más y más. Así aprenden la vanidad del mundo, la inconstancia de la criatura, la depravación de sus propios corazones.

Ahora bien, esta fe divinamente dada y divinamente apoyada se renueva o se pone en ejercicio por las operaciones del Espíritu Santo, y produce frutos "según su propia especie": es decir, frutos que son espirituales en su naturaleza y sobrenaturales en su carácter. En otras palabras, la fe es un principio activo: "obra por amor" (Gálatas 5:6). Al ser dinamizada por su Dador, produce lo que la mera naturaleza humana es totalmente incapaz de producir. Una prueba inequívoca de esto se ve en nuestros versículos actuales, donde leemos: "Los cuales por medio de la fe sometieron reinos, hicieron justicia, obtuvieron promesas, taparon la boca de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, de la debilidad se hicieron fuertes, se hicieron valientes en la lucha, hicieron huir a los ejércitos de los extranjeros" (Hebreos 11:33, 34).

Hay dos maneras de considerar el notable contenido de estos versículos: según miremos su letra de manera natural, o según los ponderemos con un ojo ungido. El agua no se eleva por encima de su propio nivel: el corazón del hombre natural, al ser extraño a las cosas espirituales, no puede discernirlas cuando se extienden ante él; por eso la mayoría de los comentarios se dedican en gran

medida a los detalles históricos, gramaticales y geográficos de la Escritura. Hay una alusión histórica en cada cláusula de nuestro texto, pero lo que el verdadero cristiano desea es conocer el propósito espiritual y la aplicación práctica de ellas para sí mismo. Sólo así las Escrituras se convierten en una Palabra viva para él. Esto es lo que hemos tratado de mantener constantemente en mente al pasar de un versículo a otro de Hebreos 11, y en lo que nos esforzaremos por ocuparnos ahora.

"Que por medio de la fe sometió reinos". La palabra inicial nos lleva de vuelta a la lista de los dignos mencionados en el versículo anterior, y aquí se nos suministra una enumeración de algunas de las maravillosas obras realizadas por ellos: se mencionan nueve frutos de su fe; compárese con el "fruto del Espíritu" de Gálatas 5:22, 23. Allí contemplamos una vez más la maravillosa y milagrosa eficacia de una fe espiritual. "Estos ejemplos se toman de cosas de todo tipo para mostrar que no hay nada de ningún tipo en lo que podamos estar preocupados, sino que la fe será útil y provechosa" (John Owen). No importa cuál sea nuestra suerte: "agradable o penosa"; no importa el puesto que estemos llamados a ocupar: alto o bajo; no importa cuán formidables o difíciles sean los obstáculos que enfrentemos, "Todo es posible para el que cree" (Marcos 9:23).

"Por medio de la fe sometió reinos". La palabra aquí para "someter" significa "luchar o contender, entrar en una prueba de fuerza, de valor en el campo, prevalecer en la batalla". La alusión histórica es a las hazañas de Josué y David: "Josué sometió los reinos en Canaán, y David sometió los que estaban alrededor de ese país, como Moab, Amón y Siria; y ambos sometieron estos reinos por medio de la creencia" (J. Brown). El punto importante a reconocer es que los "reinos" aquí "sometidos" eran aquellos que trataban de impedir que el pueblo de Dios (Israel) entrara y disfrutara de su legítima herencia. Ahora espiritualicemos este hecho. El cristiano ha sido engendrado "para una herencia" (1 Pedro 1:3, 4): esa "herencia" debe ser disfrutada ahora, por la fe, porque "la fe es la sustancia de las cosas que se esperan, la evidencia de las cosas que no se ven" (Hebreos 11:1). Pero hay enemigos poderosos que buscan acosarnos y obstaculizarnos, y deben ser "sometidos".

Hay dos "reinos" principales que el cristiano está llamado a "someter": uno está dentro de sí mismo, el otro fuera de él: la "carne" y el "mundo". El Apóstol se refería al primero de estos reinos cuando dijo: "Pero yo someto mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre" (1 Corintios 9:27). La misma tarea se presenta ante el cristiano: "Porque así como entregaste tus miembros a la impureza y a la iniquidad para iniquidad, así ahora entrega tus miembros a la justicia para santidad" (Romanos 6:19). La "carne" o naturaleza pecaminosa dentro de nosotros debe ser "sometida", o ciertamente nos matará-traerá nuestra perdición eterna: "Porque si vivís según la carne, moriréis; pero si por el Espíritu mortificáis las obras del cuerpo, viviréis" (Romanos 8:13).

"El que es lento para la ira es mejor que el poderoso; y el que domina su espíritu que el que toma una ciudad" (Proverbios 16:32). ¿Exclama el lector: "Semejante tarea es inútil"? Josué podría haber dicho lo mismo cuando puso por primera vez el pie en Canaán, y la encontró ocupada por un pueblo poderoso y hostil. Y, lector mío, Josué no los "sometió" en un día, ni en un año. No, lo hizo poco a poco. Significó una lucha feroz, significó el ejercicio de mucho valor y paciencia, significó superar varios desalientos; pero al final Dios coronó sus labores con éxito. Y recuerda que fue por la fe que "sometió reinos". Ah, la fe mira a Dios y obtiene de él vigor y fuerza. Es cierto que soy débil e impaciente en mí mismo, pero "todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Filipenses 4:13).

También hay un "reino" fuera, que el cristiano debe "someter", o de lo contrario será destruido por él: "¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad con Dios?" (Santiago 4:4). ¿Y cómo hay que "someter" al "mundo"? 1 Juan 5:4 nos da la respuesta: "Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe". Dulcemente se significa esto en el Cantar de los Cantares: "¿Quién es ésta que sube del desierto?" (8:5). Aquí se representa al hijo de Dios, aunque se esfuerce y luche, desgastado y cansado, como si se elevara por encima del mundo. ¿Y cómo se logra esto? ¿Cómo es que la esposa de Cristo es capaz de elevarse por encima del inmenso obstáculo de "los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la soberbia de la vida", esas cosas que están "en el mundo" (1 Juan 2:16)? Se la ve "apoyada en su Amado" (Cant. 8:5). Como Él es nuestro objeto, el mundo pierde su poder sobre nosotros; como Él es nuestra fuerza, obtenemos la victoria sobre él.

"Justicia forjada". En su sentido más estrecho, estas palabras significan "ejecutar el juicio, hacer cumplir las leyes de la justicia": la referencia histórica sería entonces a pasajes como Josué 11:10-15, 1 Samuel 24:10, 2 Samuel 8:15. Pero en su ámbito más amplio, "justicia forjada" significa vivir una vida santa: "Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿quién habitará en tu santo monte? El que camina con rectitud, y hace justicia, y dice la verdad en su corazón" (Salmo 15:1, 2). "En toda nación, el que le teme y obra la justicia es aceptado por él" (Hechos 10:35). "Justicia" significa estar a la altura de la norma requerida; y obrar la justicia significa caminar de acuerdo con la regla de la Palabra de Dios: "Por tanto, todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo también vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas" (Mateo 7:12).

Ahora bien, las acciones correctas deben surgir de principios correctos y deben realizarse con fines correctos si han de ser aceptables para Dios. En otras palabras, deben surgir de una fe viva y tener en vista la gloria de Dios. La ausencia de fe y la sustitución del honor del Señor por el interés propio es la causa de toda la injusticia y la opresión en el mundo actual. Pero que ahora se observe cuidadosamente que "reinos sometidos" precede a "justicia forjada". Este orden es invariable: hay que odiar el mal antes de amar el bien (Amós 5:15), hay que negar el yo antes de seguir a Cristo (Mateo 16:24), hay que despojarse del viejo hombre antes de vestirse del nuevo (Efesios 4:22-24). En otras palabras, la "carne" debe ser mortificada antes de que el "espíritu" pueda manifestarse.

"Obtuvo las promesas", o aseguró las bendiciones prometidas. Dios le aseguró a Josué que conquistaría Canaán, a Gedeón que derrotaría a los madianitas, a David que sería rey de todo Israel. Pero exteriormente, tremendas dificultades se interpusieron en el camino de la realización de esas cosas, sí, aparentes imposibilidades las impidieron. Gedeón fue puesto en una gran improbabilidad cuando se le ordenó tomar sólo trescientos hombres, caer sobre un inmenso ejército y destruirlo. David y su pequeña compañía parecían no ser rivales para las fuerzas armadas de Saúl, y después de su muerte, durante años el trono parecía tan lejano como siempre. Pero cuando hay una verdadera confianza en el

Dios vivo, se pueden superar las dificultades más formidables.

"Obtuvo promesas". Ah, una cosa es escuchar y leer sobre las cosas maravillosas que la fe de otros asegura, pero ¿qué hay de tu propia experiencia, querido lector? Puedes pensar sinceramente que crees y te apoyas en las promesas seguras de Dios, pero ¿estás obteniendo un cumplimiento de ellas en tu propia vida diaria? ¿Las bendiciones establecidas en las promesas están realmente en tu posesión? ¿Estás asegurando las cosas prometidas? Si no es así, ¿se debe a que no has prestado atención a lo que precede? Antes de "obtener las promesas" viene "someter los reinos" y luego "hacer la justicia". No debemos esperar "obtener" las cosas preciosas puestas delante de nosotros en las promesas hasta que definitiva y diligentemente nos pongamos a subyugar la carne, y caminemos según las reglas de la Palabra de Dios, regulando nuestra conducta por sus preceptos y mandatos.

"Detuvo la boca de los leones". La referencia histórica es, por supuesto, a Daniel en el foso. Muestra de nuevo el maravilloso poder de la fe. Esto aparece claramente en Daniel 6:23: "Y Daniel fue sacado del foso, y no se le encontró ningún daño, porque creyó en su Dios". Pero, ¿hasta qué punto puede ser esto de ayuda para nosotros? La respuesta está lejos de ser buscada: ¡hay personas feroces, así como animales feroces! Hay opresores y perseguidores salvajes que buscan intimidar, si no destruir, al cristiano suave e inofensivo. Es cierto, pero no deben aterrorizarnos, y menos aún estropear nuestro testimonio, haciéndonos esconder nuestra luz bajo un celemín. Daniel no se vería obligado a transigir por la amenaza de los leones de Babilonia, ni nosotros deberíamos hacerlo por las miradas, palabras y acciones amenazantes de los leones del mundo de hoy. Di con uno de los antiguos: "Confiaré y no temeré".

"Detén la boca de los leones". ¿Por qué casi parece que la fe fuera omnipotente? ¿Qué no puede hacer la verdadera fe? No nos atrevemos a ponerle ninguna limitación, pues la fe tiene que ver con el Dios vivo, y nada es demasiado difícil para Él. Ah, querido lector, la fe se aferra al Todopoderoso, y hasta que tu fe no aprenda a hacerlo, no tendrá mucho valor. ¿Es el Señor Dios una realidad viva

para ti, o sólo tienes un conocimiento teológico de Él? La última referencia en nuestro texto es a aquel de quien se dice: "El diablo, como león rugiente, anda buscando a quien devorar" (1 Pedro 5:8). Su boca se abre contra muchos hijos de Dios, profiriendo mentiras, diciéndole que su profesión es vacía. ¿Has aprendido a "taparle la boca"? ¿Ya no te aterran sus falsas acusaciones? ¿Considera ahora inútil seguir acosándole de este modo? Todo depende: "paró la boca de los leones" va precedido de "obtuvo promesas".

"Apagó la violencia del fuego". La alusión histórica es a los tres hebreos en el horno de Babilonia. Muestra la eficacia de la fe para apoyarse en el poder de Dios ante un gran peligro, sí, ante lo que parecía ser una muerte segura. Aquellos tres hebreos resolvieron cumplir con su deber, sin importar lo que sucediera, encomendándose a la disposición de un Dios soberano. Con plena persuasión de su poder para hacer lo que le plazca, y que sea lo más conveniente para su gloria. Tal ejercicio de fe nos parece muy, muy maravilloso. Ah, tengamos plenamente presente que Daniel y sus compañeros confiaron en Dios en tiempos de paz y prosperidad, así como en épocas de peligro y adversidad. Si vivimos por fe, no será difícil morir por fe.

"Apagó la violencia del fuego". Se puede hacer una doble aplicación espiritual de estas palabras. En primer lugar, leemos de "los dardos de fuego de los impíos" (Efesios 6:16), y éstos deben ser "apagados" tomando "el escudo de la fe". Si estamos sometiendo reinos, obrando la justicia y obteniendo promesas, ni la boca del león podrá intimidarnos, ni las tentaciones del diablo vencernos. En segundo lugar, leemos sobre la fe que es "probada con fuego" (1 Pedro 1:7) o aflicciones feroces: este fuego (como el de Babilonia) no es "apagado", sino que su "violencia" o poder de dañar, es "apagado". Si el alma se aferra a Dios, nada puede dañarla. Es la fe, y no el agua, la que apaga el fuego: ¡contempla a los mártires cantando entre las llamas!

"Escapó del filo de la espada". La referencia histórica es a pasajes como 1 Samuel 18:4, 1 Reyes 18:10; 19:1-3, Jeremías 39:15-18: en varios de los cuales parece que aquellos eminentes siervos de Dios escaparon del peligro más por

miedo que por fe, huyendo de los que amenazaban sus vidas. La vida de la fe tiene muchas facetas, y hay que tener cuidado de preservar el equilibrio: evitar la mera pasividad, por un lado, y la presunción fanática, por otro. Aunque el cristiano debe caminar por la fe, hay que luchar (Efesios 6:12) y pelear (1 Timoteo 6:12); debemos buscar la gracia y desarrollar todas las virtudes heroicas, como el valor, el coraje, la dureza (2 Timoteo 2:3), y esforzarnos por vencer, con la ayuda divina, todo lo que nos impide entrar en lo mejor de Dios. Por otro lado, el cristiano no debe rechazar el uso y la ayuda de todos los medios lícitos en tiempos de peligro: "cuando os persigan en esta ciudad, huid a otra" (Mateo 10:23); negarse a hacerlo no es fe, sino presunción.

"Escapad del filo de la espada". ¿Cuál es el significado más profundo de esto? Nuestras mentes se vuelven inmediatamente a Hebreos 4:12, "La Palabra de Dios es rápida y poderosa, y más afilada que cualquier espada de dos filos": la confirmación de esto se encuentra en el hecho de que el griego de nuestro texto dice "Escapó de los filos de la espada". Pero, ¿cómo ha de "escapar" el cristiano de los filos de la espada del Espíritu? Estando en sujeción práctica a los preceptos de la Escritura, caminando en comunión con Dios. Es cuando entramos en un estado de reincidencia y cedemos a los deseos de la carne, que la Palabra condena nuestros caminos, atraviesa nuestra conciencia e infunde terror en nuestros corazones. Dios no hiere ni aflige "voluntariamente" (Lam. 3:33), sino sólo cuando nuestra conducta le es desagradable. Si nuestros corazones están bien con Dios, su Palabra nos fortalecerá y consolará, en lugar de cortarnos y herirnos. Si nos juzgamos a nosotros mismos por todo lo que está mal, la Espada no nos golpeará; cuando no lo hacemos, la Palabra nos escudriña y nos condena. Observe Apocalipsis 19:15, donde la misma figura de la "espada afilada" se ve en la boca de Cristo cuando sale a destruir a sus enemigos.

"De la debilidad fueron hechos fuertes". En esas palabras puede haber una referencia latente a Sansón en la escena final de su vida, pero lo más probable es que la alusión histórica sea a Ezequías. En 2 Reyes 20:1 se nos dice que Ezequías estaba "enfermo hasta la muerte", y entonces oró al Señor, lo cual contrasta notablemente con Ocozías (2 Reyes 1:2), y Asa (2 Crónicas 16:12). 2 Reyes 20:3: "Te ruego, oh Jehová, que te acuerdes ahora de que he andado delante de ti con verdad y con corazón perfecto, y que he hecho lo que es bueno

ante tus ojos. Y Ezequías lloró mucho" es muy malinterpretado: la clave se encuentra en 1 Reyes 2:4: "Si tus hijos cuidan su camino, para andar delante de mí con la verdad, con todo su corazón y con toda su alma, no te faltará un hombre en el trono de Israel". Ezequías era consciente de su integridad y de su sincero deseo de agradar a Dios, pero no tenía ningún hijo que le sucediera en el trono, por lo que aquí recordó su promesa. El Señor respondió a su fe, le devolvió la salud, añadió quince años a su vida y le dio un hijo.

"De la debilidad fueron hechos fuertes". No se trata simplemente de que "los débiles fueron fortalecidos", sino de que "de la debilidad fueron hechos fuertes", haciendo hincapié en un extremo de debilidad. Esto nos muestra que el vigor de la fe no depende de la salud del cuerpo. Está escrito: "La oración de fe (no la "unción" de los "ancianos") salvará a los enfermos" (Santiago 5:15 y cf. Filipenses 2:27). Pero nuestro texto no debe limitarse a la "debilidad" física; Dios es capaz de hacer que los débiles doctrinal y espiritualmente se mantengan en pie: Romanos 14:4. El secreto de la fuerza del cristiano reside en mantener la conciencia de su debilidad (2 Corintios 12:10). El problema es que a medida que envejecemos, la mayoría de nosotros nos volvemos más independientes y autosuficientes. El hecho es que el cristiano más viejo no tiene más fuerza en sí mismo que la que tenía cuando era sólo un "bebé en Cristo". Tan pronto como dejamos de sentir y reconocer ante Dios nuestra debilidad personal, dejamos de probar la suficiencia de la gracia de Dios. Busquen la fuerza de Él diariamente.

"Se volvió valiente en la lucha". Probablemente la referencia es a Sansón (Jue. 15:15) y a David. La frase significa que estos héroes de la fe se negaron a dejarse intimidar por el poderío y el número de sus enemigos; impávidos por las grandes probabilidades en su contra, se negaron a ceder a un espíritu de cobardía, y entraron en una batalla campal contra sus enemigos: compárese Deuteronomio 31:23, Josué 1:7, Salmos 3:6, Hechos 4:29. Una vez más, subrayamos la importancia del orden aquí: "se hicieron valientes en la lucha" va precedido de "de la debilidad se hicieron fuertes", y eso a su vez por "escaparon del filo de la espada". ¿No podemos percibir fácilmente aquí por qué es que somos tan rápida y frecuentemente vencidos por nuestros enemigos espirituales?

"Convertidos para luchar contra los ejércitos de los extranjeros". Se pueden consultar pasajes como Josué 10:1-10 y 2 Samuel 5:17-25 para obtener ilustraciones típicas de lo que aquí se ve, teniendo en cuenta cuidadosamente que aunque el poder de Dios que dio éxito a los esfuerzos de Josué y David fue la causa eficiente de sus victorias, sin embargo, instrumentalmente, fue "por medio de la fe" que se obtuvieron. El camino de la fe es conflictivo porque el Adversario se opone a cada paso del camino. La razón principal por la que el cristiano individual experimenta tan poca victoria en su guerra espiritual es porque su fe está muy poco ejercitada. Y, podemos añadir, la razón principal por la que la Iglesia colectivamente está fallando tan lamentablemente en "volverse para luchar contra los ejércitos de los extranjeros" es porque hay muchos celos y luchas entre sus propios miembros.

CAPÍTULO 25. El pináculo de la fe

(Hebreos 11:35, 36)

En su larga pero bendita descripción de la vida de la fe, el Espíritu de Dios ha pasado, en Hebreos 11, de una fase a otra de la misma, exhibiendo a nuestra vista sus múltiples facetas. Pero había otro aspecto que requería ser delineado para dar plenitud al conjunto, y que hemos designado como el "pináculo" de la fe, porque sufrir por Dios, soportar mansamente cualquier aflicción que Él se complazca en poner sobre nosotros, entregar nuestras vidas por causa de Su verdad si se nos llama a hacerlo, es el punto más alto que la fe puede alcanzar. Por lo tanto, en el texto que ahora va a captar nuestra atención, movió al Apóstol a pasar a un tipo de frutos de la fe totalmente diferentes de los mencionados en los versículos anteriores, y nos muestra el poder de la fe para sostener el alma bajo los sufrimientos, incluso las aflicciones más agudas a las que la mente y el cuerpo humanos pueden ser sometidos.

"Porque al oír hablar de estas cosas grandes y gloriosas, podrían pensar que no les afectaban tan inmediatamente. Porque su condición era pobre, perseguida, expuesta a todos los males, y a la misma muerte, por la profesión del Evangelio. Su interés, por lo tanto, era preguntar qué ayuda, qué alivio de la fe podían esperar en esa condición. ¿Qué hará la fe donde los hombres van a ser oprimidos, perseguidos y asesinados? Por lo tanto, el Apóstol, aplicándose directamente a su condición, con lo que sufrieron y además temieron a causa de su profesión del Evangelio, produce una multitud de ejemplos, como tantos testimonios del poder de la fe para salvaguardar y preservar las almas de los creyentes bajo los mayores sufrimientos a los que la naturaleza humana puede estar expuesta" (John Owen).

Estos ejemplos de los sufrimientos de los santos del Antiguo Testamento no sólo eran pertinentes para las circunstancias en las que se encontraban los cristianos hebreos de la época de Pablo, sino que nosotros también necesitamos estar informados de lo que puede suponer la fe en Dios y la fidelidad a Su verdad. Al comienzo de la vida cristiana se nos pide que primero nos sentemos y "contemos el costo" (Lucas 14:28), lo que significa que se nos exige que contemplemos los sufrimientos que probablemente implique el seguimiento de Cristo, y es bueno que nos recordemos con frecuencia que "es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios" (Hechos 14:22). Es un silencio criminal por parte de cualquier siervo de Dios ocultar a sus oyentes que una verdadera profesión del nombre de Cristo necesariamente traerá sobre nosotros no sólo el desprecio y la oposición del mundo exterior, sino también el odio y la persecución del mundo de la falsa religión. "Amados, no os extrañéis de la prueba de fuego que os ha de probar, como si os sucediera algo extraño" (1 Pedro 4:12).

El Señor Jesucristo trató abiertamente este asunto, y dio a conocer claramente lo que probablemente les sucedería a aquellos a quienes llamó a seguirlo, y afirmó expresamente que no admitiría a nadie en las filas de sus discípulos sino a aquellos que se negaran a sí mismos, tomaran su cruz y se comprometieran a sufrir toda clase de sufrimientos por causa de él y del Evangelio. No engañó a nadie con promesas de un paso suave y fácil por este mundo. Así también su fiel Apóstol, en los versos que nos preceden, después de presentar a los hebreos algunos de los grandes y gloriosos logros que la fe de sus predecesores había conseguido, les recuerda ahora a otros que fueron llamados a ejercitar su fe en las mayores miserias que podían sufrir. En el camino de la fe cabe esperar grandes pruebas y dolorosas aflicciones. El Salvador mismo las encontró, y basta que el discípulo sea como su Maestro.

"Todos los males que aquí se enumeran, les sobrevinieron a las personas a las que se refiere, a causa de su fe, y de la profesión de la misma. El Apóstol no presenta a los hebreos como una compañía de criaturas miserables y angustiadas que cayeron en ese estado por su propia culpa, o meramente a causa de la providencia común, disponiendo su suerte en este mundo en tal estado de miseria, como sucede con muchos; sino que todas las cosas mencionadas, las

sufrieron simple y únicamente a causa de su fe en Dios, y la profesión de la verdadera religión. De modo que su caso no difiere en nada de aquel al que podrían ser llamados" (John Owen).

Pero no sólo se encontraron estos sufrimientos en el camino de la fidelidad a Dios, sino que fue el ejercicio de la fe lo que permitió a aquellos dignos del Antiguo Testamento soportarlos paciente y espiritualmente. La fe es una gracia que atrae del Cielo cualquier bendición de Dios que sea más necesaria para el santo, y por lo tanto lo mantiene en tan buena posición en la noche de la adversidad como en el día de la prosperidad. La fe es un principio de nueva creación en el alma que no sólo da energía a su poseedor para realizar hazañas, sino que también le permite mantener la cabeza por encima de las aguas oscuras cuando las inundaciones amenazan con ahogarlo. La fe basta al cristiano para afrontar el peligro con serenidad, para continuar firme en el deber cuando le amenazan las perspectivas más premonitorias, para mantenerse firme cuando le amenazan los sufrimientos más dolorosos. La fe imparte una firmeza de propósito, un noble coraje, una tranquilidad de espíritu, que ninguna educación humana o esfuerzos carnales pueden suplir. La fe hace que el justo sea audaz como un león, negándose a retractarse aunque las horribles torturas y la muerte de un mártir sean la única alternativa.

La fe le da a su poseedor paciencia bajo las adversidades, porque por la fe las ve a la luz de las Escrituras y las soporta por la fuerza habilitante de Cristo. Cuán buena y provechosa es una aflicción santificada, pero entonces sólo es santificada para nosotros cuando la fe está "mezclada con" ella. Cuando la fe no se ejercita, el corazón se ocupa de las cosas que se ven y son temporales: sólo se ve la mano de la criatura o la traición de la criatura, y prevalecen el fastidio y el resentimiento; o lo que es peor, estamos tentados a tener pensamientos duros contra Dios, y a decir "el Señor me ha abandonado, el Señor se ha olvidado de mí." Pero cuando el Espíritu nos renueva en el hombre interior, y la fe vuelve a ser activa, ¡qué diferente se ven entonces las cosas! Entonces nos tomamos a nosotros mismos y decimos: "¿Por qué estás abatida, oh alma mía, esperas en Dios?".

Pertenece enteramente al soberano placer de Dios ordenar y disponer las condiciones externas por las que pasa su Iglesia en la tierra: las épocas de prosperidad y las de adversidad son reguladas por Él como mejor le parezca. Las épocas de paz y seguridad y las de persecución y peligro son intercambiables, como el día y la noche, el verano y el invierno. Sin embargo, Dios no actúa arbitrariamente. No fue hasta después de que Abraham dejara Betel y su altar, y viajara hacia el sur (hacia Egipto) que se produjo una hambruna en la tierra (Génesis 12:8-10). Sólo cuando Israel "abandonó a Jehová el Dios de sus padres... y siguió a otros dioses", se encendió su ira contra ellos, y "los entregó en manos de saqueadores que los despojaron, y los vendió en manos de sus enemigos de alrededor" (Jue. 2:11-14). Sólo cuando los hombres "dormían" permitió que el Enemigo sembrara "cizaña" entre el trigo (Mateo 13:25). Fue después de que Éfeso dejó su "primer amor" que se experimentó la era de persecución de Esmirna (Apocalipsis 2:4 y 9, 10). Y es porque muchos de los que profesan ser siervos de Dios repudiaron Su Ley durante la generación anterior que ahora estamos plagados de un reino de anarquía en la Iglesia, el hogar y el estado.

Dios no será burlado, y en Su justo gobierno visita las iniquidades de los padres sobre sus hijos, y por eso es que las temporadas de prosperidad son seguidas por temporadas de adversidad. Sin embargo, durante estas épocas de adversidad, ya sea que tomen la forma de escasez espiritual o de peligro físico, el remanente piadoso que suspira y clama por las abominaciones que se encuentran en los llamados "lugares de culto" públicos, o que soporta mansamente las persecuciones de los profesantes hipócritas o del mundo abiertamente impío, no son menos aceptables para Dios, y son tan preciosos a sus ojos como aquellos cuya suerte fue echada anteriormente en tiempos de la mayor felicidad terrenal.

Cuanto más oscura es la noche, más evidentes son las pocas estrellas que titilan entre las nubes. Cuanto más terrible es el estado de la cristiandad profesante en su conjunto, más adecuado es el fondo para que los hijos de Dios muestren sus colores. Cuanto más feroz sea la oposición contra la fe espiritual, más grande será la oportunidad de producir sus mejores frutos. No hay aspecto más elevado de la fe que el que lleva al corazón a someterse pacientemente a todo lo que Dios nos envía, a consentir mansamente a su voluntad soberana, a decir "la copa que

mi Padre me ha dado, ¿no la beberé?". (Juan 18:11). A menudo, la fe que sufre es mayor que la que puede presumir de un triunfo abierto. El amor "lo soporta todo" (1 Corintios 13:7), y la fe, cuando llega a la cúspide del logro, declara: "aunque me mate, en él confiaré".

"Hay tanta gloria para un ojo espiritual, en el catálogo de los efectos de la fe que siguen, como en los que fueron antes. La iglesia no es menos hermosa y gloriosa cuando está rodeada, y aparentemente abrumada por todos los males y espantosas miserias que se relatan aquí, que cuando está en la mayor paz y prosperidad. Mirar, en efecto, sólo por fuera de ellos da una perspectiva terriblemente indeseable. Pero ver la fe y el amor a Dios, obrando eficazmente bajo todas ellas, ver los consuelos retenidos, sí, los consuelos abundantes, la santidad impulsada, Dios glorificado, el mundo condenado, las almas de los hombres beneficiadas, y finalmente triunfantes sobre todo; esto es hermoso y glorioso....

"También puede observarse que el Apóstol toma la mayoría de estos casos, si no todos, del tiempo de la persecución de la iglesia bajo Antíoco, el rey de Siria, en los días de los Macabeos. Y podemos considerar con respecto a esta época: 1. Que fue después del cierre del canon de las Escrituras, o de la puesta de la última mano en los escritos por inspiración divina bajo el Antiguo Testamento. Por lo tanto, como el Apóstol representó estas cosas a partir de la notoriedad de los hechos entonces frescos en la memoria, y puede ser que algunos libros entonces escritos de esas cosas, como los libros de los Macabeos, aún permanezcan; sin embargo, como son entregados a la iglesia por él, procedieron de la inspiración divina. 2. 2. Que en aquellos días en que ocurrieron estas cosas, no había ningún profeta extraordinario en la iglesia. La profecía, como confiesan los judíos, cesó bajo el segundo templo. Y esto hace evidente que la regla de la Palabra, y el ministerio ordinario de la iglesia, es suficiente para mantener a los creyentes en su deber contra toda oposición. 3. 3. Que esta última persecución de la iglesia bajo el Antiguo Testamento por parte de Antíoco, fue típica de la última persecución de la iglesia cristiana bajo el anticristo; como es evidente para todos los que comparan Daniel 8:10-14, 23-25; 11:36-39 con la del Apocalipsis en varios lugares. Y, de hecho, los martirologios de los que han sufrido bajo el anticristo romano son una mejor exposición de este contexto que cualquiera que

pueda darse con palabras" (John Owen).

"Las mujeres recibieron a sus muertos resucitados" (Hebreos 11:35). Algunos se han quejado porque esta cláusula no se ha colocado al final del versículo 34, instando a que pertenece allí mucho más apropiadamente que al principio del versículo 35, siendo un clímax apropiado para los logros milagrosos de la fe enumerados en los versículos 33, 34. Si bien es cierto que el elemento particular que tenemos ante nosotros pertenece a la misma clase de milagros que se encuentran en el versículo anterior, sin embargo, personalmente lo consideramos adecuado para colocarlo a la cabeza de lo que sigue en los versículos 35-38, ya que forma una transición adecuada de uno a otro. Y en este sentido: esas mujeres pasaron por los sufrimientos de un doloroso duelo antes de que se les devolvieran sus amados hijos, una recompensa por su bondad hacia los siervos de Dios.

"Las mujeres recibieron a sus muertos resucitados". La referencia histórica es a lo que se registra en 1 Reyes 17:22-24 y 2 Reyes 4:35-37. Cómo esos casos notables nos muestran una vez más que no hay nada demasiado duro o difícil para que la fe tenga efecto cuando obra de acuerdo con la voluntad revelada de Dios. Pero, ¿cuál es la aplicación espiritual de esto para nosotros hoy? ¿No es la fe la que busca la renovación por el Espíritu de las gracias que languidecen? la atención práctica a esa palabra "Fortalece las cosas que quedan, que están a punto de morir" (Ap. 3:2). O, para tomar un caso más extremo, ¿no es una palabra de esperanza para el cristiano reincidente, que aparentemente ha vuelto a caer en un estado de no regeneración? ¿No es la respuesta de la fe a esa palabra (dirigida a los cristianos) "¡Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y Cristo te iluminará!" (Efesios 5:14).

"Y otros fueron torturados, sin aceptar la liberación" (v. 35). Es muy conmovedor recordar que la mano que primero escribió esas palabras había tomado parte prominente en infligir torturas a los santos de Dios (Hechos 8:3, 9:1), pero, por la gracia, ahora era partícipe de ellas (2 Corintios 11:24-27). La palabra "tortura" significa aquí "fueron atormentados": aquellos santos del

Antiguo Testamento fueron sujetados a un dispositivo y luego se giró una llave que hizo que sus articulaciones se salieran de sus órbitas, un método de tortura al que recurrían con frecuencia los diabólicos romanistas cuando intentaban obligar a los protestantes a retractarse. Mediante esta temible forma de sufrimiento, las gracias del pueblo de Dios eran puestas a prueba.

"No aceptando la liberación". Se les ofreció, pero al precio de la apostasía. Se les presentaron dos alternativas: la deslealtad al Señor, o soportar el sufrimiento más atroz: la entrega de la Verdad, o ser torturados por los demonios en forma humana. Se les ofrecía librarse de esta tortura a cambio de renunciar a su profesión. Esto se afirma expresamente de Eliezer y sus siete hermanos en 2 Macabeos. Sí, no sólo se les ofreció librarse de las torturas y de la muerte, sino que se les prometieron grandes recompensas y ascensos, que rechazaron firmemente. El principal designio de Satanás al poner la tortura ante los santos de Dios no es matar sus cuerpos, sino destruir sus almas. Siempre se ha dado espacio a la víctima para que considere y se retracte: las súplicas se han mezclado con las amenazas para inducir la renuncia a su profesión.

Así, la verdadera prueba que se presentaba era qué estimaban más estos santos de Dios: ¿la comodidad presente de sus cuerpos o los intereses eternos de sus almas? Recordemos que eran hombres y mujeres de pasiones similares a las nuestras: sus cuerpos estaban hechos de la misma carne tierna y sensible que los nuestros, pero era tal el cuidado que tenían por sus almas, tan genuina era su fe y esperanza en una mejor resurrección, que no escuchaban las apelaciones y gemidos del hombre exterior. La misma cuestión se dibuja, aunque en otra forma, hoy: ay, qué incontables millones de personas pierden sus almas eternamente por la gratificación temporal de sus viles cuerpos. Lector, ¿qué estimas más: tu cuerpo o tu alma? Tus acciones te dan la respuesta: ¿cuál recibe más pensamiento, cuidado y atención; cuál es "negado" y cuál es atendido?

"No aceptar la liberación". La palabra para "liberación" aquí se traduce comúnmente como "redención" en el Nuevo Testamento: su uso en este verso ayuda a una comprensión más clara de ese importante término, y enfatiza la

diferencia entre éste y el "rescate". "Rescate" es el pago del precio que exige la justicia, pero "redención" es la emancipación real de aquel por quien se pagó el precio. Estos santos se negaron a aceptar una "redención" o "liberación" temporal, porque haberlo hecho en los términos en que se les ofrecía habría significado la renuncia a su profesión, la apostasía de Dios. Fue "por medio de la fe" que tomaron esta noble decisión; fue el amor a la verdad, lo que les hizo aferrarse a lo que era infinitamente más querido para ellos que un escape del sufrimiento corporal. Habían "comprado la Verdad", al precio de dar la espalda al mundo y a sus antiguos amigos religiosos, y de atraer sobre sí el desprecio y el odio de ellos. Y ahora se negaron a "vender la Verdad" (Proverbios 23:23) por una mera consideración de la facilidad corporal.

"No aceptando la liberación, para obtener una mejor resurrección": esta última cláusula muestra el motivo de su firmeza. La fuerza primaria de la expresión aquí es figurativa, como lo muestra claramente el versículo en su totalidad: se les ofreció una "resurrección" a condición de que se retractaran, es decir, una "resurrección" del reproche al honor, de la pobreza a la riqueza, del dolor a la facilidad y el placer; era una "resurrección" de la tortura física que los amenazaba: compárese con Hebreos 11:19. Pero sus corazones estaban ocupados con algo mucho, mucho mejor que ser levantados a las comodidades y honores terrenales; su fe anticipaba esa mañana sin nubes, cuando sus cuerpos serían levantados en gloria, hechos como el de Cristo, y llevados a estar con Él para siempre. Era la esperanza de eso lo que sostenía sus almas frente al peligro extremo y los sostenía bajo los sufrimientos más agudos.

"Para que obtengan una mejor resurrección". De paso, hay que señalar que Dios había puesto ante los santos del Antiguo Testamento la esperanza de la resurrección; no eran ni mucho menos tan ignorantes como los dispensacionalistas los hacen ver, de hecho eran mucho más sabios que la mayoría de nuestros modernos. La resurrección ha sido siempre la piedra angular en el edificio de la fe (Job 19:25, 26), la que prometía la recompensa eterna, y la que daba vida a su obediencia. Una prueba más de este hecho se encuentra en Hechos 24:14-16: la fe de los "padres" abarcaba "una resurrección de los muertos, tanto de los justos como de los injustos". Esa gloriosa resurrección compensará con creces cualquier negación o sufrimiento corporal que el

cristiano haga o experimente por causa de Cristo.

"Y otros tuvieron la prueba de crueles escarnios y azotes, sí, además de prisiones y encarcelamientos" (Hebreos 11:36). Este versículo proporciona más detalles de lo que algunos de los santos del Antiguo Testamento fueron llamados a sufrir por su fidelidad a la Verdad, sufrimientos que han sido frecuentemente duplicados durante esta era cristiana. Se nos informa aquí de los diversos métodos que los enemigos de Dios emplearon para afligir a su pueblo; no se dejó piedra sin remover en los esfuerzos perseverantes y despiadados para producir una negación de la Fe. Aunque estas cosas son desgarradoras para nuestros sentimientos, también sirven para poner de manifiesto la suficiencia de la gracia divina para sostener a sus destinatarios en las pruebas más dolorosas, y deberían evocar la acción de gracias y la alabanza a Aquel que es capaz de hacer que los débiles se mantengan en pie bajo los ataques más feroces del Enemigo.

"Y otros tuvieron la prueba de las burlas crueles". Cuando se nos reprocha por causa de Cristo y se nos ridiculiza por nuestra adhesión a la verdad de Dios, recordemos que ésta fue la forma más suave de sufrimiento que muchos que nos precedieron en el camino peregrino fueron llamados a soportar. Las burlas y las palabras poco amables de nuestros enemigos no son dignas de una punzada en comparación con los dolores mucho más dolorosos que otros creyentes han tenido que soportar. Siempre ha sido la porción de los siervos y del pueblo de Dios ser ridiculizados, reprochados e insultados: ver Gálatas 4:29, 2 Crónicas 36:16, Jeremías 20:7, Lamentaciones 3:14; y mi lector, si no estamos siendo "burlados" -reprochados, escarnecidos- es porque somos demasiado laxos en nuestros caminos y demasiado mundanos en nuestro andar. La naturaleza humana no ha cambiado; Satanás no ha cambiado; el mundo no ha cambiado; y cuanto más parecida a Cristo sea nuestra vida, más beberemos -en nuestra medida- del cáliz del que Él bebió.

"Y los azotes". La referencia es a los latigazos de sus espaldas con cuerdas de alambre, que eran muy dolorosos de experimentar, porque laceraban la carne, sacaban sangre y maceraban el cuerpo. No sólo era una forma dolorosa de

sufrimiento, sino también muy humillante, pues los "azotes" estaban reservados para los hombres más bajos y degenerados. El Señor Jesús fue sometido a esta forma de ignominia y sufrimiento por parte de sus enemigos (Mateo 27:26), y también lo fueron sus Apóstoles (Hechos 5:40, 16:23). Es cierto que ahora (por el presente inmediato) nos libramos de estos "azotes" corporales, pero hay algo así como ser azotados por la lengua y desgarrados en nuestras mentes; sin embargo, felices somos (Mateo 5:10-12) si somos tan honrados como para experimentar un poco de comunión con los sufrimientos de Cristo. Pero procuremos no tomar represalias: reflexionemos cuidadosamente y hagamos una oración sincera Salmo 38:12-14; 1 Pedro 2:21-23.

"Sí, además de las ataduras". La referencia es a las cuerdas, las cadenas, los grilletes y las esposas que los ataban para que no pudieran huir. En este punto vemos cómo "los excelentes" de la tierra (Salmo 16:3) fueron tratados vilmente como si hubieran sido los más viles malhechores. ¿Se compadece de ellos, querido lector? Ah, ¿y si estás "atado" incluso ahora con algo mucho, mucho peor que las cuerdas y cadenas externas y materiales? Multitudes están sujetas por hábitos que no pueden romper; sus almas están encadenadas por iniquidades de las que no pueden liberarse. El pecado los ha tomado cautivos, y tiene pleno dominio sobre ellos. ¿Lo tiene sobre ti? O bien, ¿te ha liberado Cristo, no de la odiosa presencia del pecado residente, sino de su poder reinante? Diariamente debemos orar y luchar contra todo lo que nos limita espiritualmente.

"Y las cárceles", que era la suerte comúnmente asignada a los ladrones y asesinos. Aquí vemos de nuevo a los santos de Dios tratados como el despojo de la tierra, y recordemos que las prisiones de aquellos días eran de un orden muy diferente al de los cómodos edificios en los que ahora se encarcela a los criminales. Basta con leer la experiencia de Jeremías 38:11-13 para hacerse una idea del significado de esta palabra en nuestro texto: Los hijos de Dios fueron arrojados a mazmorras oscuras y húmedas, muy por debajo del nivel de la tierra, sin calefacción, sin pavimento, sin iluminación. Uno no puede leer esta cláusula en nuestro texto sin pensar en el querido Bunyan. Ah, lector mío, nada más que una verdadera fe en el Dios vivo podría haber permitido a esos creyentes permanecer fieles hasta la muerte. La totalidad de los versículos que nos han precedido exhiben la eficacia y la suficiencia de una fe espiritual para soportar lo

peor que los hombres y los demonios pudieran infligir a sus favorecidos poseedores. ¿Es la suya sólo una "fe" de sillón?

CAPÍTULO 26. El pináculo de la fe, segunda parte

(Hebreos 11:37, 38)

No ha habido mayor ejemplo de la degeneración de la naturaleza humana y de su semejanza con el Diablo que el hecho temible de que tantos que han ocupado posiciones prominentes -magistrados, dignatarios eclesiásticos, reyes y emperadores- no se contentaron con quitar la vida a los verdaderos adoradores de Dios por medio de la espada, sino que inventaron los métodos más diabólicos de tortura para destruirlos. Que los hombres y mujeres educados en las altas esferas, que los que profesan el nombre de Cristo, se comporten como salvajes, que su rabia contra los "excelentes de la tierra" se exprese en semejante villanía e inhumanidad, es la más espantosa demostración de la depravación humana cuando se retira la mano de Dios. ¡Con qué infinita paciencia soporta el Altísimo los vasos de la ira destinados a la destrucción!

Pero, ¿por qué permite Dios que muchos de sus queridos hijos se enfrenten a experiencias tan terribles? Entre otras respuestas, se pueden sugerir las siguientes. Primero, para probar más a fondo a sus campeones, a fin de que su fe, su valor, su paciencia y otras gracias sean más manifiestas. Segundo, para sellar o ratificar más claramente la Verdad que profesan. Tercero, para alentar y fortalecer la fe de sus hermanos más débiles. Cuarto, para darles una evidencia más sensible de lo que Cristo soportó por ellos. Quinto, para hacerles percibir mejor los tormentos del infierno: si a los que Dios ama se les permite soportar pruebas tan graves y dolorosas, ¡qué debemos entender de los tormentos que la ira de Dios inflige a los que odia!

La enseñanza de la Escritura sobre las diversas razones por las que Dios llama a sus hijos a sufrir a manos de los abiertamente malvados, o, como ocurre más a

menudo, de los que profesan ser su pueblo, está llena de valiosas instrucciones, y llama a la reflexión en oración. Una de las ventajas que se obtienen de tal ejercicio es la percepción más clara de la diferencia muy real y radical que existe entre la fe espiritual y sobrenatural que poseen los elegidos de Dios, y la fe nocional y natural que es todo lo que tienen millones de profesantes vacíos. Si Dios quisiera quitar su mano restrictiva y permitir que la persecución abierta y feroz se desatara una vez más sobre los verdaderos seguidores del Cordero, la diferencia que acabamos de mencionar se haría evidente, pues "cuando surge la tribulación o la persecución a causa de la Palabra", el oyente de piedra pronto se "ofende" (Mateo 13:21), o, como lo expresa Lucas 8:13, "cae". Pero diferente es el caso del oyente de buena tierra.

"La prueba de vuestra fe, siendo mucho más preciosa que el oro que perece, aunque se pruebe con fuego, podrá ser hallada para alabanza, honra y gloria en la manifestación de Jesucristo" (1 Pedro 1:7). Esa fe que es "el don de Dios" perdura hasta el final. La prueba de esa fe, la ardiente prueba de la misma, sirve mejor para poner de manifiesto el origen divino de la misma: sólo aquella fe que ha venido de Dios es capaz de soportar la prueba de Dios. Así como el oro genuino se distingue más rápidamente del oropel en el horno, la diferencia entre la fe espiritual y la natural se hace más evidente en las duras pruebas. Al igual que muchas de las joyas de imitación del día, la fe de las criaturas de los profesantes vacíos puede parecer más brillante, ser más voluminosa y tener más atractivo para el ojo externo, y estar mejor calculada para adornar a su poseedor que la fe genuina de los elegidos de Dios, que a menudo es de tamaño pequeño, de apariencia aburrida y carente de atractivo para el espectador humano.

Sí, querido lector, es la prueba de fuego la que pone a prueba la clase de fe que realmente poseemos. Dejemos que las dos fes -la fe natural que el hombre origina y ejerce por un acto de su propia voluntad, y la fe espiritual que es el don de Dios y que el hombre no puede ejercer por sí mismo, como tampoco puede crear un mundo- se coloquen una al lado de la otra en el crisol; dejemos que la llama ardiente pruebe cuál es el metal genuino; Deja que el fuego caliente juegue alrededor de ambos, y la fe falsa (como el oro de imitación) pronto se derretirá hasta convertirse en una masa informe de metal común; pero la fe verdadera saldrá ilesa del fuego, sin haber perdido nada más que lo que podría ahorrar: la

escoria con la que se ha mezclado. Vean este hecho adumbrado de manera sorprendente y solemne en Daniel 3: el horno de Babilonia no dañó a los tres hebreos que fueron arrojados en él; simplemente destruyó sus ataduras; pero consumió a los babilonios (v. 22).

Obsérvese debidamente que en 1 Pedro 1:7 el Apóstol, al comparar la fe con el oro, acredita a la primera un valor superior: es "mucho más preciosa que el oro que perece". El oro, aunque su autenticidad pueda ser probada al soportar la prueba del fuego, es sin embargo una cosa que perece, una cosa de la tierra, una cosa del tiempo. Ese oro por el que los hombres se esfuerzan tan laboriosamente y venden sus almas para adquirirlo, no sirve de nada en el lecho de muerte, y mucho menos le servirá a nadie en el día del juicio. Al morir hay que dejarla atrás, pues nadie puede llevarla consigo a la otra vida. Entonces, ¡cuánto más preciosa es esa fe que, en lugar de dejar a su poseedor bajo la ira de Dios, como el oro, será "hallada para alabanza, honor y gloria en la aparición de Jesucristo!"

Pero el punto al que queremos dirigir ahora una atención especial es que no es tanto la fe en sí como "la prueba de la fe" lo que es más precioso que el oro que perece. Esto es claro para la mente espiritual: las pruebas y las tentaciones son los medios que Dios emplea para manifestar al alma la realidad y la fuerza de esa fe que Él otorga, porque hay en cada prueba y tentación una oposición hecha a la fe que está en el corazón, y la prueba y la tentación, por así decirlo, amenazan la vida de la fe. ¿Por qué? Porque bajo la prueba, Dios, en su mayor parte, se esconde: la luz de su rostro ya no es visible, su sonrisa está cubierta por una oscura providencia. Sin embargo, Él despliega un poder secreto que sostiene el alma, de lo contrario se hundiría en la desesperación total, sería tragada por el poder de la incredulidad. Aquí, pues, está el conflicto: la prueba luchando contra la fe, y esa fe contra la prueba.

Ahora bien, en esta prueba, bajo este agudo conflicto, en este horno caliente, la fe espiritual y sobrenatural no se quema ni se destruye, sino que se aferra firmemente a la promesa, y a la fidelidad de Aquel que la ha dado. Y así, "la prueba de la fe" se convierte en algo sumamente precioso. Es "preciosa" para su

poseedor cuando su autenticidad se le hace más evidente. Es "preciosa" a la vista del pueblo de Dios, que la discierne, y obtiene fuerza y consuelo de lo que presencian en la experiencia de un compañero santo que es así probado y bendecido. Es "preciosa" a los ojos de Dios mismo, que la corona con su propia aprobación manifiesta y pone sobre ella el sello de su sonrisa aprobatoria. Pero, sobre todo, será "preciosa" en la aparición final del Señor Jesús en la gloria, porque entonces "será admirado en todos los que creen" (2 Tesalonicenses 1:10).

Sufrir las cosas más duras, así como hacer las más grandes, es todo uno para la fe. Está igualmente preparada para ambas cosas cuando Dios lo requiera; y es igualmente eficaz en ambas, según Dios la fortalezca. La realización de hazañas espectaculares y el soportar terribles aflicciones difieren casi tanto para la carne como el cielo y el infierno, pero son uno para la fe cuando el deber lo requiere. Esto es muy evidente en la sección de Hebreos 11 que tenemos ante nosotros (vv. 33-38), cuya parte final está a punto de atraer nuestra atención. Al principio de esta sección se nos proporciona una lista de las maravillas que fueron realizadas por una fe dada por Dios; al final de la misma se nos da una lista de temibles sufrimientos y privaciones que fueron soportados paciente y valientemente por una fe sostenida por Dios. Esto último, al igual que lo anterior, demuestra el carácter sobrenatural de esa fe que se contempla a lo largo de nuestro capítulo; sí, forma un clímax muy glorioso del mismo.

Decimos que los temibles sufrimientos experimentados por el pueblo de Dios forman un bendito clímax en el desarrollo de la vida de fe por parte del Espíritu: esos sufrimientos marcan, de hecho, el pináculo de sus logros. ¿Por qué? Porque ponen de manifiesto un corazón completamente sometido a Dios, que se inclina sumisamente ante todo lo que Él se complace en enviar, que ha sido tan completamente ganado para Él que la tortura y la muerte son deliberadamente elegidas y gustosamente preferidas a la apostasía de Él. Un "espíritu manso y tranquilo" es de "gran valor" a los ojos de Dios (1 Pedro 3:4), y nada evidencia más claramente la mansedumbre del cristiano -su yacimiento pasivo como la arcilla en las manos del Alfarero- como la aceptación voluntaria por parte de la fe de cualquier suerte que nuestro Padre considere oportuno asignarnos. Ser fieles hasta la muerte, tener una confianza inquebrantable en el Señor, aunque Él sufra nuestra muerte, confiar en Él cuando a la vista y al sentido parece que nos

ha abandonado, es el ejercicio más elevado de toda la fe.

Antes de concluir estos párrafos introductorios, tratemos de señalar las diversas acciones de la fe en tiempos de peligro, prueba y persecución. En primer lugar, la fe reconoce que "el Señor Dios omnipotente reina" (Apocalipsis 19:6), que está en el trono del universo, y "hace según su voluntad en el ejército de los cielos, y entre los habitantes de la tierra; y nadie puede detener su mano" (Daniel 4:35). Sí, querido lector, una fe espiritual percibe que las cosas no ocurren por casualidad, sino que todo está regulado por el Señor Dios. En segundo lugar, la fe reconoce que todo lo que entra en nuestras vidas es ordenado por Aquel que es nuestro Padre, y que nuestros enemigos no pueden hacer nada contra nosotros sin Su permiso directo: el Diablo no podía tocar a Job ni cernir a Pedro hasta que no obtuviera primero el permiso del Señor. Oh, qué lugar de descanso seguro hay aquí para el corazón atribulado y tembloroso. Tercero, la fe reconoce que, no importa cuán ferozmente se le permita a Satanás enfurecerse contra nosotros, o cuán penosamente nos persigan los hombres, sus esfuerzos maliciosos se harán para trabajar juntos para nuestro bien (Romanos 8:28).

En cuarto lugar, al mezclarse con las promesas de Dios, la fe obtiene la ayuda, la fuerza y el consuelo presentes de Dios. Obtiene paz y consuelo de esa palabra segura: "Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y por los ríos, no te desbordarán; cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama se encenderá sobre ti" (Isaías 43:2). Cuenta con la seguridad de que "fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis, sino que junto con la tentación os dará salida, para que podáis soportarla" (1 Corintios 10:13). Por último, la fe aparta la mirada del conflicto presente y contempla el descanso prometido. Anticipa la recompensa futura y, al hacerlo, se asegura de que "los sufrimientos de este tiempo no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros" (Romanos 8:18). Tales son algunas de las obras de la fe cuando los hijos de Dios son llamados a pasar por el horno.

"Fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a espada; anduvieron errantes en pieles de oveja y de cabra, desamparados, afligidos, atormentados; (de los

cuales el mundo no era digno); anduvieron errantes en los desiertos, en los montes, en las cuevas y cavernas de la tierra" (Hebreos 11:37, 38). Estos versículos continúan la lista de sufrimientos iniciada en el versículo 35. Enumeran las diversas clases de persecución a las que fueron sometidos muchos de los santos del Antiguo Testamento. Son de dos tipos: primero, los que cayeron bajo la máxima furia de sus enemigos, soportando la muerte de un mártir; segundo, los que para escapar de la muerte, se expusieron a grandes miserias que sufrieron en esta vida.

Puede ser útil en este punto que planteemos la pregunta: ¿Cómo se armonizan esos terribles sufrimientos con las promesas divinas de bendiciones temporales para aquellos cuyos caminos agradan al Señor? Los dispensacionalistas son muy aficionados a enfatizar el carácter temporal de las promesas del Antiguo Testamento, imaginando que las promesas del Nuevo Testamento son de un carácter muy superior. En esto se equivocan gravemente. Por un lado, los versículos que estamos considerando ahora describen las experiencias temporales de algunos de los más eminentes santos del Antiguo Testamento; por otro lado, el Nuevo Testamento afirma expresamente que la piedad tiene "promesa de la vida presente y de la venidera" (1 Timoteo 4:8). La respuesta a nuestra pregunta inicial es muy simple: tales promesas como las de Deuteronomio 28:1-6 (¡que aún son válidas para la fe!) deben entenderse con dos excepciones: a menos que nuestros pecados llamen a los castigos divinos, o a menos que Dios se complazca en hacer prueba de nuestras gracias mediante aflicciones.

"Fueron apedreados". Esta forma de muerte fue designada por Dios mismo para ser infligida a los malhechores notorios: Levítico 22:2, Josué 7:24, 25. Pero nuestro texto se refiere a la perversión satánica de esta institución divina, pues aquí son los enemigos de Dios los que infligen este castigo a su amado y fiel pueblo. "El demonio nunca es más demonio ni más escandaloso que cuando toma en sus manos la pretensión de las armas de Dios" (Owen). Esteban, el primer mártir cristiano, sufrió la muerte de esta forma. Es conmovedor recordar que el primero que escribió nuestro texto, él mismo "consintió" el apedreamiento de Esteban (Hechos 8:1): y más tarde él mismo fue apedreado en Listra.

"Fueron aserrados". Este era un método bárbaro de ejecución que los judíos posteriores parecían haber aprendido de los paganos. No hay registro en las Escrituras de nadie que haya sido ejecutado de esta manera, aunque la tradición dice que Isaías terminó su carrera terrenal de esta manera. Que algunos de los héroes de la fe perecieron de este modo se desprende de nuestro texto, evidenciando la malicia del Diablo y la furia brutal de la persecución. Su resistencia a tal tortura demuestra la realidad y el poder del apoyo del Espíritu, permitiéndoles permanecer fieles a Dios, y en medio de sus agonías entregar dulcemente sus espíritus en Sus manos, para asombro de sus asesinos. Cómo debería esto estimularnos a soportar pacientemente las pruebas mucho más pequeñas que podamos encontrar.

"Fueron tentados". Esto puede considerarse de dos maneras, como señalando un agravamiento de sus sufrimientos, o como refiriéndose a una prueba separada de la fe; lo tomaremos en ambos aspectos. En primer lugar, como significando una intensificación de sus otras pruebas, la referencia sería a sus perseguidores que les pusieron delante la promesa de alivio si repudiaban la Verdad-libertad al precio de la perfidia. El cebo de la inmunidad y el ascenso se les ofrecía a condición de que abandonaran su rigor y se unieran a las filas de los hígados sueltos de aquella época. Creemos que nuestro texto también incluye las tentaciones de Satanás, que buscaba llenar sus mentes con dudas sobre la bondad y el poder de Dios, instándolos a retroceder de la posición que habían tomado. Como permanecieron resueltos, negándose a ceder a las insidiosas exigencias de sus perseguidores, fueron cruelmente masacrados.

"Fueron tentados" puede contemplarse, en segundo lugar, como refiriéndose a esa vida de facilidad y placer que el avance mundano y las riquezas podrían proporcionar. La historia registra solemnemente que muchos de los que soportaron valerosamente un largo y cruel encarcelamiento (y otras penosas pruebas) por causa de la verdad durante el reinado de la papista y sangrienta reina María de Inglaterra, sin embargo, tras la llegada de la reina Isabel fueron liberados, elevados a altos puestos, y obteniendo mucha riqueza y poder, negaron el poder de la piedad y naufragaron en la fe y la buena conciencia. Pero los que

aparecen en nuestro texto poseían una fe semejante a la de Moisés (11:24-26), y por lo tanto fueron capaces de resistir las poderosas tentaciones del mundo. La pobreza, querido lector, es enviada a menudo por Dios a su pueblo como un medio misericordioso de librarlo de las peligrosas trampas que conlleva la riqueza.

"Fueron muertos a espada": probablemente hay una doble referencia aquí. Primero, a la espada de la violencia, cuando los perseguidores en su furia caían sobre los siervos y el pueblo de Dios, descuartizándolos por su fidelidad: véase 1 Samuel 22:18, 21, 1 Reyes 19:10. En segundo lugar, la espada de la justicia, o más bien de la injusticia, al aplicarse la ley contra los santos. Probablemente esta forma de muerte se menciona en último lugar para significar la multitud de mártires que con su sangre sellaron la Verdad: traducido literalmente nuestro texto dice: "murieron en la matanza de la espada", lo que denota la insaciable sed de los perseguidores y el gran número que abatieron. Los papistas han superado a los paganos en este aspecto: atestigua sus crueles masacres en Francia y otros lugares: bien puede el Espíritu Santo representar a la puta Babilonia como "ebria de la sangre de los santos" (Apocalipsis 17:6).

"Vagaban en pieles de oveja y de cabra", lo que significa que fueron expulsados de sus hogares, y obligados a salir y existir como pudieran, sin ninguna morada establecida. "Fueron expulsados para compartir la suerte de los animales salvajes, y se vieron reducidos a vestir sus pieles, en lugar de ropas tejidas por el hombre". Esta forma de sufrimiento se menciona aquí, para mostrar, por un lado, la crueldad de la persecución religiosa; y, por otro lado, el poderoso poder sustentador de la fe. ¿Qué poder es éste? No era simplemente la compulsión como la que obligaba a vagar a los proscritos de la sociedad. Fue más bien la elección deliberada como la de Moisés (vv. 24-26). Cualquier día, cualquiera de estos vagabundos podría haberse reunido con sus compañeros, disfrutar de su sociedad y compartir sus comodidades; pero prefirieron esta suerte a la apostasía" (E.W.B.)

"Estar destituido, afligido, atormentado". Estos términos exponen la variedad e

intensidad de los sufrimientos experimentados por los santos sin hogar. "Destituidos" significa que estaban privados de las necesidades ordinarias de la vida, y además significa que se les negó la amable asistencia de parientes y amigos: fueron expulsados sin los medios de subsistencia y estaban fuera del alcance del apoyo de todos los que se preocupaban por ellos. "Afligidos" probablemente hace referencia a su estado de ánimo: no eran estoicos sin emociones, sino que sentían agudamente su triste condición. Sin duda, el Enemigo se aprovechó de su estado e inyectó en sus mentes muchos pensamientos incrédulos y acosadores. "Atormentados" es una palabra demasiado fuerte aquí: entendemos que la referencia es a los malos tratos que recibieron de los extraños poco amistosos que encontraron en su peregrinaje, que los miraron sin ninguna piedad y los trataron mal.

"De quienes el mundo no era digno". Esta cláusula parentética se introduce aquí con el fin de eliminar una objeción: muchos podrían suponer que estos vagabundos despreciados sólo recibían su merecido, por no ser aptos para vivir en una sociedad decente. Para eliminar este escándalo, el Apóstol pone la culpa donde corresponde, afirmando que era la sociedad la que no era digna de tener a los santos de Dios en su seno. En su aspecto más amplio, el "mundo" abarca aquí toda la compañía de los impíos; pero en su sentido más estrecho (el del contexto), se refiere al "mundo" apóstata -toda la historia, sagrada y secular- es armoniosa en este punto: ¡los perseguidores más despiadados, sin conciencia, crueles e inveterados de los elegidos de Dios han sido personas religiosas!

"De quienes el mundo no era digno". Aquí vemos la diferencia entre la estimación de Dios y la de los religiosos no regenerados respecto a los Hijos de la Fe. Dios los considera como "los excelentes" de la tierra en quienes está su "delicia" (Salmo 16:3). "Un verdadero creyente, en razón de su unión con Cristo, y de la morada del Espíritu de santificación en él, vale más que un millón de mundos; como una joya rica y preciosa vale más que muchas cargas de barro inmundo" (W. Gouge). La excelencia de los santos aparece también en el beneficio y las bendiciones que aportan a los lugares donde residen: son la "sal de la tierra", aunque la multitud corrupta que los rodea no se dé cuenta de ello. Su presencia detiene la mano del juicio divino (Génesis 19:22), hace descender la bendición (Génesis 30:27), y sus oraciones aseguran la curación divina

(Génesis 20:17). ¡Qué poco se da cuenta el mundo de lo mucho que debe a aquellos a quienes odia tan amargamente!

"Anduvieron errantes por los desiertos, por los montes, por las guaridas y cuevas de la tierra". No sólo carecían de una morada estable, sino que se veían obligados a recurrir a lugares desolados y a las guaridas de las fieras para escapar de la furia de sus enemigos. La palabra "errante" aquí es diferente de la utilizada en el versículo anterior: allí significa ir de casa en casa, o de ciudad en ciudad, con la esperanza de encontrar apoyo; pero en lo que fueron decepcionados. Aquí el término denota un vagabundeo en territorio desconocido, yendo (como un ciego) que no sabían dónde: es el término usado de Abraham en el versículo 8, y de Agar en Génesis 16:6, y de las ovejas errantes en Mateo 18:12. ¡Qué comentario sobre la naturaleza humana caída: estos santos de Dios estaban más seguros entre las bestias del campo que en el mundo religioso inflamado por el Diablo! Mientras se leen estas líneas, es probable que algunos de los hijos de Dios en tierras extranjeras estén sufriendo estas mismas experiencias.

Viendo que la fe en el Dios vivo es la única que sostiene el alma bajo múltiples pruebas, cuán necesario es que trabajemos en el temor del Señor para que nuestros corazones estén arraigados y cimentados en la verdad, de modo que cuando lleguen las aflicciones o las persecuciones seamos capaces de mostrar el poder y los frutos de esta gracia espiritual. La fe tiene que superar el miedo al hombre, así como el amor al mundo. Cualesquiera que sean los sufrimientos que Dios designe en el camino del deber, han de ser soportados con paciencia, como si se viera a Aquel que es invisible. Sus enemigos vistieron a la muerte con las formas más horribles y horrorosas que el odio pudiera concebir, pero la fe de aquellos santos la enfrentó y soportó con valentía. Cuán agradecidos debemos estar de que la mano restrictiva de Dios esté todavía sobre los réprobos, pues la naturaleza humana no ha mejorado nada.

CAPÍTULO 27. La familia de la fe

(Hebreos 11:39, 40)

"Y todos éstos, habiendo obtenido un buen informe por medio de la fe, no recibieron la promesa: habiendo provisto Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que sin nosotros no fueran perfeccionados" (vv. 39, 40). Varios detalles de estos versículos exigen una cuidadosa consideración. En primer lugar, ¿a qué se refiere aquí "la promesa"? Segundo, ¿en qué sentido los santos del Antiguo Testamento "no habían recibido" la promesa? Tercero, ¿cuál es la "cosa mejor" que Dios proveyó para nosotros? Cuarto, ¿qué significa aquí "ser perfeccionados"? Se han dado respuestas muy diferentes a estas preguntas, e incluso los comentaristas más fiables no se ponen de acuerdo en absoluto; por lo tanto, no nos convendría hablar de forma dogmática cuando los hombres de Dios difieren. En lugar de cansar al lector con sus diversos puntos de vista, expondremos nuestro texto según la medida de la luz que Dios nos ha concedido sobre él.

A medida que nos acercamos a nuestra tarea, hay varias consideraciones que deben ser tenidas en cuenta, cuya observación nos ayudará no poco. En primer lugar, determinar la relación de nuestro texto con el que le precede. En segundo lugar, descubrir la relación exacta de sus diversas cláusulas. Tercero, estudiarlo a la luz del tema distintivo y dominante de la epístola particular en la que aparece. Cuarto, sopesar sus términos principales en relación con su uso en pasajes paralelos. Si se presta la debida atención a estas cuatro cosas, no deberíamos equivocarnos mucho en nuestra interpretación. Nuestro propósito al enumerarlas es principalmente indicar a sus predicadores los métodos que deben seguirse en el examen crítico de cualquier pasaje difícil.

En cuanto a la conexión entre nuestros versículos actuales y los que preceden, no hay ninguna dificultad. El Apóstol, después de haber expuesto con tanta fuerza y amplitud la virtud y el vigor de la fe por las admirables obras y frutos de la misma, tanto en el hacer como en el sufrir, da ahora un resumen general: todos "obtuvieron un buen informe". La relación de las diversas cláusulas de nuestro texto entre sí, puede establecerse así: "y todos ellos" se refiere a toda la compañía que ha estado ante nosotros en los versículos anteriores; se les atribuye un "buen informe"; sin embargo, no habían "recibido la promesa"; porque Dios había provisto algo "mejor" para los santos del Nuevo Testamento. El tema dominante de Hebreos es la inconmensurable superioridad del cristianismo sobre el judaísmo. Los términos principales de nuestro texto serán ponderados en lo que sigue.

"Y todos estos, habiendo obtenido un buen informe por medio de la fe". Dos cosas están aquí en vista: las personas de las que se habla, y lo que se predica de ellas. La referencia es a todos los mencionados en las partes anteriores del capítulo, y por inferencia necesaria, a todos los creyentes antes de la encarnación de Cristo que exhibieron una fe verdadera. Las palabras "todos estos" son restrictivas, excluyendo a otros que no tenían la fe aquí mencionada. "Muchos más que éstos vivieron antes de que Cristo fuera exhibido, sí, vivieron en el tiempo y lugar que algunos de éstos, y sin embargo no recibieron un buen informe. Caín vivió y ofreció un sacrificio con Abel, y sin embargo no fue ninguno de éstos. Cam estuvo en el arca con Sem; Ismael en la familia de Abraham con Isaac; Esaú en el mismo vientre con Jacob; Datán y Abiram atravesaron el Mar Rojo con Caleb y Josué: muchos otros incrédulos malvados se mezclaron con los creyentes, y sin embargo no obtuvieron tan buena fama. Aunque su condición externa era igual, su disposición interna era muy diferente" (W. Gouge).

Así es hoy. Hay dos clases muy diferentes de personas que caen bajo el sonido de la Palabra: los que la creen y los que no la creen. Y los de la primera clase también tienen que ser divididos, pues mientras hay unos pocos en los que esa Palabra obra eficazmente de manera espiritual, muchos no tienen más que una fe natural en su letra. Esta última fe, que muchos confunden hoy con una fe salvadora, es meramente un asentimiento intelectual a la autoridad divina de la

Biblia y a las verdades de su contenido, como la que poseían la mayoría de los judíos de los días de Cristo, y que, aunque es buena hasta cierto punto, no cambia el corazón ni da lugar a una vida piadosa. Una fe sobrenatural, que se produce en el alma por las operaciones del Espíritu Santo, da lugar a obras sobrenaturales, como las que se atribuyen a los hombres y mujeres mencionados en Hebreos 11. Es un principio divino que permite a su poseedor vencer al mundo, soportar pacientemente las aflicciones más dolorosas y amar a Dios y a su verdad más que a la vida misma.

"Habiendo obtenido una buena reputación por medio de la fe". A causa de su confianza en Cristo solamente para la salvación, y a causa de su caminar en sujeción a Su voluntad revelada, recibieron aprobación. Probablemente hay una triple referencia en las palabras que tenemos ante nosotros. Primero, al propio testimonio de Dios que les dio: esto se encuentra en su Palabra, donde sus nombres reciben una mención honorable, y donde los frutos de su fe se conservan imperecederos. Segundo, al testimonio del Espíritu con su espíritu de que eran hijos de Dios (Romanos 8:16), el regocijo que tenían por el testimonio de una buena conciencia (2 Corintios 1:20): esto en bendito contraste con la estimación que el mundo tenía de ellos, que los consideraba y trataba como el desecho de todas las cosas. En tercer lugar, a la estima en que eran tenidos por la Iglesia, ya que sus compañeros santos daban testimonio de la impiedad de sus vidas: esto muestra que nuestra fe debe ser evidenciada por obras tan buenas que se justifique ante los hombres.

"No recibieron la promesa". El número singular aquí implica alguna cosa excelente preeminente prometida, y esto es Jesucristo, el Divino Salvador. Se dice que fue dado según "la promesa" (Hechos 13:23). La "promesa" de Dios fue declarada como cumplida cuando trajo a Cristo (Hechos 13:32, 33). En Hechos 2:39 y 26:6 se presenta a Cristo bajo este término "promesa". Cristo mismo es la promesa principal, no sólo porque fue la sustancia de la primera promesa dada después de la Caída (Génesis 3:15), sino también porque es el complemento o cumplimiento de todas las promesas (2 Corintios 1:20). La gran promesa de Dios de enviar a su Hijo, nacido de mujer, para salvar a su pueblo de sus pecados, fue el objeto de fe de la Iglesia a lo largo de todas las generaciones de la era del Antiguo Testamento. En esto podemos discernir la rica gracia de Dios al proveer

las necesidades espirituales de sus santos desde los primeros tiempos.

"No recibió la promesa". Como varias veces antes en la Epístola, "promesa" se usa aquí como metonimia de la cosa prometida, y esto es lo que explica el "no recibieron". Como Owen lo expresó, "La promesa como un compromiso fiel de un bien futuro, ellos recibieron, pero el bien en sí no fue exhibido en sus días". No vivieron para ver cumplido históricamente lo que su fe abarcaba específicamente. Como declaró el Señor Jesús a sus discípulos: "Muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron" (Mateo 13:17). Aquí vemos la fuerza y la perseverancia de la fe, que siguieron esperando, inquebrantablemente, durante tantos siglos a Aquel que debía venir, y no vino en su vida.

"Habiendo provisto Dios alguna cosa mejor para nosotros". El verbo aquí se remonta a los consejos eternos de la gracia divina, al pacto eterno; es una palabra que denota la determinación, la designación y el nombramiento de Dios para que Cristo sea el sacrificio propiciatorio, y el tiempo exacto para su advenimiento. "Cuando llegó la plenitud del tiempo (el tiempo ordenado por el Cielo), Dios envió a su Hijo" (Gálatas 4:4). Por lo tanto, debe quedar claro que el contraste que se señala en la frase que tenemos ante nosotros, es el que existe entre "la promesa" dada y "la promesa" realizada. Es en ese punto, y no en otro, donde encontramos la diferencia esencial entre la fe de los santos del Antiguo Testamento y la fe de los santos del Nuevo Testamento: la una esperaba a un Salvador que iba a venir, la otra mira hacia atrás a un Salvador que ha venido.

Parece extraño que lo que es realmente tan obvio y sencillo haya sido considerado por muchos como oscuro y difícil. En su "Gran Nube de Testigos", E.W. Bullinger comenzó sus comentarios sobre este pasaje diciendo: "Estos versículos deben estar entre aquellos a los que Pedro se refería cuando dijo, hablando de las Epístolas de Pablo, que hay 'algunas cosas difíciles de entender'. Porque, según se confiesa, presentan no poca dificultad". Pero, ¿qué hay aquí que sea "difícil de entender"? La misma epístola en la que aparece este versículo proporciona una clave segura para su correcta interpretación. Como hemos dicho

anteriormente, el gran tema de la misma es la inconmensurable superioridad del cristianismo sobre el judaísmo, y aquellos de nuestros lectores que nos han seguido a lo largo de esta serie de exposiciones, recordarán cuántas ilustraciones de esto han estado ante nosotros. Otra está presente en 11:39, 40: "no recibieron el (cumplimiento de) la promesa", tenemos: "habiendo provisto Dios alguna cosa mejor para nosotros": cf. 7:19, 22; 8:6; 9:23; 10:34 para la palabra "mejor".

Es realmente patético y deplorable ver lo que la mayoría de los modernos hacen de nuestro presente versículo. En su ansiedad por magnificar el contraste entre las economías mosaica y cristiana, y en su ignorancia de gran parte del contenido de las Escrituras del Antiguo Testamento, se han apoderado de estas palabras "habiendo Dios provisto algo mejor para nosotros" para reforzar uno de sus principales errores, y han leído en ellas lo que cualquiera que tenga un conocimiento incluso superficial de los Salmos y los Profetas no debería tener ninguna dificultad en percibir que es totalmente insostenible. Algunos han dicho que "lo mejor" que tenemos los cristianos es la vida eterna, otros que es la regeneración y la morada del Espíritu, otros que es la pertenencia al Cuerpo de Cristo con el llamamiento celestial que conlleva, negando que estas bendiciones fueran disfrutadas por cualquiera de los santos del Antiguo Testamento. Tal es una buena muestra de la basura que se encuentra ahora en la mayor parte del "ministerio", oral y escrito, de esta época degenerada.

En sus burdos y arbitrarios intentos de dividir correctamente la palabra de la verdad, los que se llaman a sí mismos "dispensacionalistas" han dividido erróneamente la familia de Dios. Toda la Elección de la Gracia tiene a Dios como su Padre, a Cristo como su Salvador, al Espíritu Santo como su Consolador. Todos los que se salvan, desde el principio hasta el final de la historia de la tierra, son objeto del amor eterno de Dios, participan por igual de los beneficios de la expiación de Cristo, y son engendrados por el Espíritu para la misma herencia. Dios comunicó a Able el mismo tipo de fe que a sus hijos de hoy. Abraham fue justificado precisamente de la misma manera que lo son ahora los cristianos (Romanos 4). Moisés llevó el "oprobio de Cristo", y tuvo respeto a la idéntica "recompensa de la recompensa" (Hebreos 11:26) que se presenta ante nosotros. David era tan extranjero y peregrino en la tierra como nosotros (Salmo 119:19), y esperaba los mismos placeres eternos a la derecha de Dios que

nosotros (Salmo 16:11; 23:6).

Los peores errores cometidos por los "dispensacionalistas" surgen de sus fracasos en los siguientes puntos: primero, ver la unión orgánica entre las economías mosaica y cristiana; segundo, percibir que el "antiguo pacto" y el "nuevo pacto" no eran sino dos administraciones diferentes bajo las cuales se imparten las bendiciones del "pacto eterno"; tercero, distinguir entre el remanente espiritual y la nación misma. La relación entre las dispensaciones patriarcal y mosaica y esta era cristiana puede afirmarse así: se situaban la una con la otra, en parte como el principio con el fin, y en parte como la cáscara con el núcleo. Las primeras eran preparatorias, la última es el desarrollo completo: primero la hoja (en la dispensación patriarcal), luego la espiga (la mosaica), y ahora el maíz completo en la espiga, en esta era cristiana. En la primera tenemos el tipo y la sombra; en la segunda, el antitipo y la sustancia. El cristianismo no es más que el desarrollo completo de lo que existía en épocas anteriores, o una ejemplificación más grande de las verdades y principios que fueron revelados entonces.

El gran hecho de que el Pacto Eterno que Dios hizo con Cristo como Cabeza de Su Iglesia formó la base de todos Sus tratos con Su pueblo, y que los términos y bendiciones de esa Carta Eterna fueron administrados por Él bajo los pactos "viejo" y "nuevo", puede ilustrarse a partir de la historia secular. Prácticamente en todos los países hay dos partidos políticos principales. La política, y en particular los métodos seguidos por estas facciones rivales, difieren radicalmente; sin embargo, aunque uno pueda suceder al otro en el poder, y aunque grandes cambios marquen sus regímenes alternativos, y aunque muchas leyes diversas puedan ser promulgadas o canceladas de tiempo en tiempo, sin embargo la constitución fundamental del país permanece inalterada. Así sucede bajo las economías mosaica y cristiana: aunque son muy diferentes en muchos detalles incidentales, sin embargo el gobierno moral de Dios es siempre según los mismos principios fundamentales de gracia y rectitud, misericordia y justicia, verdad y fidelidad, tanto en una era como en la otra.

La distinción entre el remanente regenerado y la nación no regenerada durante los tiempos del Antiguo Testamento, es tan real y radical como la que existe ahora entre los verdaderos cristianos y la multitud de profesantes vacíos con los que abunda la cristiandad; sí, uno es el tipo del otro. Así como los profesantes vacíos poseen ahora una "forma de piedad" pero están desprovistos de su "poder", así la gran mayoría de los descendientes de Abraham estaban ocupados sólo con los aspectos externos del judaísmo, como los escribas y fariseos de los días de Cristo, y así como los religiosos sin vida de nuestro tiempo están ocupados con la "letra" de la Palabra y no tienen conocimiento experimental de sus realidades espirituales, así, los israelitas de antaño se ocupaban de la cáscara externa de su ritual, pero nunca penetraban en su núcleo. Había una elección dentro de una elección, un remanente que era judío "en su interior" (Romanos 2:29), entre la gran compañía que los rodeaba y que era judía sólo de nombre, exteriormente.

La porción espiritual de ese remanente del Antiguo Testamento de los santos de Dios era idéntica a la del cristiano de ahora. Eran los receptores del don gratuito de la gracia en Cristo (Génesis 6:8) como lo somos nosotros. Poseían la vida eterna (Salmo 133:3) tan verdaderamente como nosotros. Se regocijaban en el conocimiento de los pecados perdonados (Salmo 32:1, 2) tan sinceramente como nosotros. Fueron tan realmente instruidos por el Espíritu (Nehemías 9:20) como nosotros. Tampoco fueron dejados en total ignorancia del glorioso futuro que les esperaba: "Todos ellos murieron en la fe, no habiendo recibido las promesas, sino habiéndolas visto de lejos, y persuadidos de ellas, las abrazaron, y confesaron que eran extranjeros y peregrinos en la tierra. Porque los que dicen tales cosas declaran claramente que buscan una patria" (Hebreos 11:13, 14). La palabra para "patria" no es la ordinaria "chora", sino "patris", que significa Patria, o Patria; una "patria" como la que habita el padre de uno.

La cuestión, pues, vuelve a plantearse: Viendo que los santos del Antiguo Testamento disfrutaban de todas las bendiciones espirituales esenciales de las que ahora participan los cristianos, ¿cuál es exactamente la "cosa mejor" que Dios "nos proporciona"? La respuesta es una administración superior del Pacto Eterno: 7:22. ¿En qué aspectos particulares? Principalmente en estos. En primer lugar, ahora tenemos una mejor visión de Cristo que la que tenían los santos del

Antiguo Testamento: ellos lo veían, principalmente, a través de tipos y promesas, mientras que nosotros lo vemos en los logros y el cumplimiento de los mismos. En segundo lugar, ahora hay un fundamento más amplio para que la fe se apoye en él: ellos esperaban a un Cristo que iba a venir y que eliminaría sus pecados; nosotros miramos a un Cristo que ha venido y que ha eliminado nuestros pecados. En tercer lugar, ellos estaban como menores de edad, bajo maestros y gobernantes; mientras que nosotros estamos en la posición, dispensacionalmente, de aquellos que han alcanzado la mayoría de edad: Gálatas 4:1-7. En cuarto lugar, ahora hay un derramamiento más amplio de la gracia de Dios: ya no se limita a un remanente elegido en una nación, sino que alcanza a su pueblo favorecido disperso entre todas las naciones.

"Para que sin nosotros no se hagan perfectos". "La ley (o economía mosaica) no perfeccionó nada, sino que lo hizo la introducción de una esperanza mejor" (Hebreos 7:19). El "perfeccionamiento" de una cosa consiste en el buen acabado de la misma, y en el pleno cumplimiento de todas las cosas que le corresponden. No hay duda de que la referencia última de nuestro texto es la gloria eterna de toda la Familia de la Fe en el Cielo, pero creemos que también incluye los diversos grados por los que se alcanza esa perfección, y los medios para ello. En primer lugar, la eliminación del pecado -que hace al hombre más imperfecto- y el revestimiento con el manto de la justicia, en el que puede aparecer perfecto ante Dios. Estos fueron asegurados por la vida y la muerte de Jesucristo. En eso, los santos del Antiguo Testamento no fueron "hechos perfectos sin nosotros", pues sus pecados y los nuestros fueron expiados por el mismo sacrificio, y sus personas y las nuestras son justificadas por la misma justicia.

En segundo lugar, el sometimiento del poder del pecado que mora en ellos, capacitando a los justificados para que caminen por las sendas de la justicia, lo cual es mediante la capacitación del Espíritu. En esto también los santos del Antiguo Testamento no fueron (relativamente) "hechos perfectos sin nosotros", como queda claro en el Salmo 23:4; 51:11, etc. Tercero, el Espíritu que capacita a los que están unidos a Cristo para resistir todos los asaltos y perseverar en un crecimiento espiritual; en esto también los santos del Antiguo Testamento no fueron "hechos perfectos sin nosotros", como es evidente al comparar el Salmo 97:10 con 1 Pedro 1:5. Cuarto, la recepción del alma a la gloria cuando

abandona el cuerpo: esto también era común a los santos del Antiguo y del Nuevo Testamento; no ignoramos la teoría carnal sostenida por algunos que imaginan que antes de la muerte de Cristo, las almas de los santos iban sólo a algún paraíso imaginario "en el corazón de la tierra"; pero esto es demasiado parecido al limbo subterráneo del romanismo para merecer cualquier refutación.

Quinto, la resurrección del cuerpo. En ella participará toda la familia de la fe por igual y al mismo tiempo: "En Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su orden: Cristo, las primicias; después, los que son de Cristo en su venida" (1 Corintios 15:22, 23). ¿Y quiénes son "de Cristo"? Pues todo lo que el Padre le dio, todo lo que compró con su sangre. La Palabra de Dios no sabe nada de que su pueblo sea resucitado en secciones a intervalos. Sexto, la reunión entre el alma y el cuerpo, que tiene lugar en la aparición de Cristo. En Hebreos 12:23 se hace referencia a los santos del Antiguo Testamento como "los espíritus de los justos hechos perfectos", pero todavía están "esperando la adopción, es decir, la redención del cuerpo" (Romanos 8:23). En esto también participarán todos los redimidos por igual, siendo "arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire" (1 Tesalonicenses 4:17).

En séptimo lugar, la entrada en la Gloria eterna, cuando los santos del Antiguo y del Nuevo Testamento estarán, todos juntos, "para siempre con el Señor". Entonces se cumplirá completamente aquel antiguo oráculo relativo a Silo: "A él se reunirá el pueblo" (Génesis 49:10). Entonces se cumplirá aquella palabra mística: "Os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos" (Mateo 8:11). Como declaró el Señor Jesús, "Yo pongo mi vida por las ovejas (del Antiguo Testamento). Y tengo otras ovejas (del Nuevo Testamento) que no son de este redil; también a ellas debo traer, y oirán mi voz; y habrá un solo rebaño (griego y R.V.), un solo Pastor" (Juan 10:15, 16). Entonces será cuando Cristo "reunirá en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos" (Juan 11:52), no sólo entre todas las naciones, sino a través de todas las dispensaciones.

En todos estos siete grados mencionados anteriormente son los elegidos de Dios

"hechos perfectos"; en todos ellos participarán por igual los santos del Antiguo y del Nuevo Testamento: todos llegarán "a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo" (Efesios 4:13). Dios aplazó la resurrección y la glorificación final de los santos del Antiguo Testamento hasta que los santos de esta era del Nuevo Testamento fueran llamados y reunidos en el único Cuerpo: "Dios ha dispuesto los asuntos de tal manera que el cumplimiento completo de la promesa, tanto para los creyentes del Antiguo como del Nuevo Testamento, tendrá lugar conjuntamente; "ellos" serán hechos perfectos, pero no sin "nosotros"; nosotros y ellos alcanzaremos la perfección juntos" (John Brown). Así, "ser perfeccionados" equivale aquí a recibir (el pleno cumplimiento de) la promesa, o a disfrutar juntos de la realización completa de la "cosa mejor". Los versículos 39 y 40 están inseparablemente unidos, y el lenguaje utilizado en uno sirve para interpretar el empleado en el otro, estando ambos coloreados por el tema dominante de esta Epístola.

Por lo tanto, nuestra comprensión de estos dos versículos que han causado tantos problemas a muchos de los comentaristas, es la siguiente. Primero, aunque los santos del Antiguo Testamento vivían bajo una administración del pacto eterno inferior a la nuestra, sin embargo, "obtuvieron un buen informe" y fueron al cielo al morir. Segundo, lo "mejor" que Dios ha provisto para los santos del Nuevo Testamento es una administración superior del Pacto Eterno, es decir, disfrutamos de medios de gracia superiores a los que ellos tenían. Las bendiciones espirituales y celestiales fueron presentadas a la Iglesia en las dispensaciones patriarcal y mosaica bajo imágenes temporales y terrenales: Canaán era una figura del Cielo; Cristo y su expiación se presentaban bajo ceremonias simbólicas y ordenanzas oscuras. Como la sustancia excede a las sombras, así el estado de la Iglesia bajo el "nuevo" pacto es superior a su estado bajo el "antiguo". En tercer lugar, Dios ha ordenado que toda la Familia de la Fe sea "perfeccionada" por el mismo Sacrificio, y que juntos disfruten de sus bendiciones compradas a lo largo de una eternidad sin fin.

La aplicación práctica de todo lo anterior a nuestros corazones, fue bien expresada por Juan Calvino: "Si ellos, sobre los que la luz de la gracia no había brillado aún tan intensamente, mostraron una constancia tan grande en y durante

los males, ¡qué debería producir en nosotros el pleno brillo del Evangelio! Una pequeña chispa de luz los llevó al Cielo; cuando el sol de la justicia brilla sobre nosotros, ¿con qué pretensión podemos excusarnos si todavía nos aferramos a la tierra?"